



POR LA AUTORA DE
CÓMO MATAR A UNA NINFA

CLARA PEÑALVER
EL JUEGO
DE LOS
CEMENTERIOS





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

«El mejor olor, el del pan; el mejor sabor, el de la sal; el mejor amor, el de los niños».

Con el caso del Asesino de la Hoguera, Ada Levy aprendió dos cosas sobre sí misma: tiene un talento natural para la investigación criminal y una facilidad innata para buscarse problemas. Su nuevo caso como detective recién titulada promete ser tan o más peligroso. Todo empieza cuando descubre varias tumbas iguales en distintos puntos del país. Todas son de granito verde con ramitos de margaritas en las esquinas y una misteriosa inscripción. Temeraria como es, no puede resistir la tentación de profanar una de ellas. Lo que encuentra es escalofriante: una pintura y una esclava con la inscripción "Daniel 4/5/1980". El hallazgo está relacionado con la desaparición de siete niños entre 1981 y 1987, y todo apunta a que ha sido obra de un asesino en serie. Mientras intenta recuperar el equilibrio emocional tras todo lo vivido, la perspicaz e intuitiva Ada se empeñará en resolver el rompecabezas antes de que haya un nuevo asesinato...



Clara Peñalver

El juego de los cementerios

Ada Levy - 2

*A Cristina, mi editora:
Muchísimas gracias por todo lo que me estás enseñando*

Dicen que el amor dura sólo dos años. ¡Madre mía! ¿Cuántas novelas habrá en el mundo que comiencen con esa frase? Supongo que cientos, sino miles. Creo que es por eso por lo que me siento tan ridícula. No sabía muy bien por qué regresaba a ti; busqué en la agenda del móvil tu contacto (Loquera), sin querer reconocer por qué te necesitaba de nuevo.

He de admitir que tus consejos ya me ayudaron una vez. De hecho, aquí me tienes, narrando la historia de mi vida. Sin embargo, en esta ocasión, el comienzo es perezoso. Estoy enfadada contigo. Bueno, vale, estoy enfadada conmigo.

Hugo se ha ido. Y yo, con la misma fe de quien va a un curandero a que le quite unas verrugas, acudo a ti para refugiarme en tu «terapia de cafetería».

«Esto va a ser sencillo, Ada —me digo a mí misma antes de llamar—. Vas a quedar con la psicóloga y disfrutarás de un rico café, y ella te recomendará que escribas este episodio de tu vida». Porque eso es lo que ella hace: magia y nada más.

¿Cómo he podido pensar que iba a ser tan sencillo?

Lo peor de todo es que creo saber por qué tu respuesta a mi petición de auxilio no ha sido la misma que la primera vez. He tratado de convencerte de que el amor sólo dura dos años porque lo había leído en un portal femenino. «Hasta que las hormonas nos separen» se llamaba el artículo, que estaba basado en un estudio científico, creo que italiano. Me he plantado ante ti, al borde de la desesperación, con unas ojeras hasta los tobillos y una necesidad tremenda de recibir tu ayuda, y, cómo no, he tratado de convencerte de que todo iba bien. Cosas de hormonas... De dos años.

Y tú, de nuevo, has vuelto a romperme los esquemas. Te cuento mi problema, te digo que te necesito. Bueno, está bien, para ser fiel a la verdad, trato de convencerte de que no te necesito tanto, y tú, en lugar de ponérmelo fácil me dices que no estoy preparada para recibir tu ayuda.

¡Que no estoy preparada!

«Yo no hago magia, Ada —me explicas—. Yo solo puedo ayudarte a avanzar cuando tú misma has decidido que quieres avanzar. Y me da a mí que ni siquiera eres consciente de cuál es tu problema. Te propongo algo...»

Y me citas dos meses después. ¡Dos meses! Cuando ahora casi ni puedo

respirar.

Que si no sé lo que quiero. Que si no quiero saberlo.

Que si tengo miedo.

Tengo miedo...

Salgo de La Qarmita, donde siempre hemos quedado, y hago justo lo que me pides, pese a que no lo entiendo. Entro en una papelería, escojo una caja de cartón decorada, la que más me gusta, y me la llevo a casa.

Pretendes que dedique este tiempo a mirar a mi alrededor y en mi interior. Quieres que me enfrente a mí misma, que aprenda a conocerme. Que me dé valor. Y yo te miro y pienso: «¿Que me dé valor? ¿No es eso lo único que hago?». Me doy valor... o eso creo.

Me pides que, tras estos dos meses, escoja cuatro objetos, cuatro símbolos que representen las cuatro partes de mi vida que no quiero perder y que me comprometo a cuidar.

Y aquí me tienes, tecleando como una desesperada en mi diminuto piso junto al Arco de Elvira, escribiendo una historia que no me has pedido y con una gran caja negra con rosas plateadas en la que no tengo ni idea de qué meter.

Sí que hay algo bastante claro en mi mente, un detalle importante del que he sido consciente nada más conectar el ordenador. Pese a lo mucho que me duele su ausencia, estos tres años de mi vida no pueden resumirse en una bonita historia de amor que concluye abruptamente por un simple bache triste y lacrimoso. Todo este tiempo permanece bien nítido en mi memoria por algo mucho más importante que los preciosos ojos bicolores que tanto echo de menos. Estos tres años me han enseñado una poderosa lección: la venganza tiene una paleta cromática mucho más rica que la del mismísimo arcoíris.

*El mejor olor, el del pan;
El mejor sabor, el de la sal;
El mejor amor, el de los niños.*

Recuerdo perfectamente el día en que comenzó todo. Fue en mayo, hace más de tres años. Un día que podría haber pasado al olvido como cualquier otro, si no hubiese sido porque tuve que viajar a Sevilla para testificar de nuevo ante el juez.

El caso del Asesino de la Hoguera había tenido tanta repercusión mediática que las autoridades se dieron toda la prisa del mundo para cerrarlo cuanto antes. No todos los días se juzgaba, en territorio andaluz, a un asesino que había ido quemando mujeres por los parques de Córdoba y de Sevilla.

¿Y qué pintaba Ada Levy en toda esa locura? Pues la verdad es que yo me veía como la tonta más tonta del lugar, la chica entrometida que se empeñaba en encontrar a una modelo desaparecida y que perdía un dedo por el camino. Bueno, quizá sea demasiado cruel conmigo misma, sobre todo teniendo en cuenta que aquello acabó, en parte, gracias a mí y a mi pobre dedo, desaparecido y dramáticamente recuperado por mensajería urgente.

Pese a no haber encontrado a los señores trajeados que me dieron la paliza, al juez de instrucción le pareció bastante probable que si el Asesino de la Hoguera había tenido el detalle de enviarme mi meñique acompañado de una exquisita amenaza era porque, «presuntamente», él mismo había contratado a aquellos señores trajeados.

Si te soy sincera, lo de ir al juzgado fue un trago realmente duro para mí.

Tener que revivir todo aquello...

Me regañé una y mil veces por no haber permitido que nadie me acompañara. ¿Valentía? ¿Orgullo? ¿Carencia de sensibilidad? A toro pasado, más bien lo calificaría de idiotez extrema. Siempre me había preocupado tanto no parecer una pobre damisela en apuros que había acabado llevándolo al extremo.

El charquito previo al llanto en mis ojos...

Las manos escondidas bajo mis muslos, en contacto con la silla...

El temblor incontrolable de todo mi cuerpo...

Por eso fui sola. No podía soportar la idea de que Hugo me viese en aquella

situación. Ni él, ni nadie que me quisiera.

Únicamente el juez.

Sali de allí con el alma tan encogida, tan hundida, que tuve la sensación de ir arrastrándola por los suelos a cada paso que daba. Aquel temblor incontrolable que aún me acompañaba se había unido irremediablemente a un sinfín de imágenes y recuerdos nítidos de dolor.

La sensación de muerte de aquel día.

La culpa por haber abandonado a Susana.

Toda aquella mierda había logrado apelonarse en la boca de mi estómago y pugnaba por salir.

Ya sé que estarás muy acostumbrada a este tipo de casos. Supongo que serán muchos los que traten de quitar importancia a determinados instantes de su vida realmente traumáticos. Sin ir más lejos, yo soy una de esas personas que cada día tratan de convencerse de que todo va genial. De hecho, casi siempre consigo sobreponerme.

Sin embargo, cada vez que recuerdo aquellos malditos minutos, un vértigo incontrolable se apodera de todo mi cuerpo. El vómito golpea, potente, en mi boca.

El miedo me puede y mi seguridad, mi férrea seguridad, se queda en nada.

Así me sentía, como si fuese nada. Tremendamente chiquitita y comida de un bocado por el miedo.

Llegué a la moto como una autómatas, deseando subirme en su lomo y hacer miles de kilómetros para olvidar.

Creo que por eso no lo vi. Estaba tan metida en mis recuerdos... Tan ahogada en ellos...

Di un respingo enorme al oír su voz.

—Espero que no te importe tener un compañero de ruta.

Su voz.

Su sonrisa mellada.

Sus preciosos ojos bicolors.

—¡Hey! ¿Estás bien? —me preguntó.

—Ahora sí —le respondí.

Me colé entre sus brazos y me apreté con fuerza contra él. Me nutrí de su seguridad y, poco a poco, fui recuperando toda la tranquilidad que me había abandonado.

« ¿Todo bien? », me testeé.

« Todo bien », afirmé para mis adentros. Como si mi máquina hubiese recuperado su equilibrio. Únicamente con un abrazo. Bueno, no tanto con el abrazo sino, más bien, con la sensación de tener cerca a mi compañero.

Sí, mi compañero. En aquel momento, para mí, Hugo era mi compañero: de viaje, de cama... de vida.

Lástima que, al final, mi mala cabeza y yo acabáramos estropeándolo.



Llegamos a casa en torno a las ocho de la tarde de ese día, tras recorrer más de quinientos kilómetros de carreteras reviradas. De Sevilla a Granada, pasando por Córdoba y Jaén. Un pequeño rodeo, ¿no crees?

Aquellas horas me supieron a gloria y me dejaron reventada. Cenamos, nos acurrucamos un rato en el sofá y nos metimos temprano en la cama. Hugo cayó presa del sueño enseguida. Yo, por más que lo intenté, no pude siquiera coquetear con Morfeo.

Decidí levantarme y ponerme un rato con el ordenador, para seleccionar fotos y preparar mis siguientes artículos.

Como ya sabes, trabajo para la revista *Moter@s* haciendo reportajes mototurísticos por toda la geografía española: carreteras con buenas curvas, paisajes mágicos, destinos interesantes o, simplemente, lugares curiosos en los que tomar un café. En aquella ocasión, el tema era «Doce meses de cementerios». Había disfrutado muchísimo haciendo necroturismo en los viajes anteriores, y seleccionar las imágenes para los artículos me traía muy buenos recuerdos.

Buenos recuerdos y alguna que otra sorpresa, porque no llevaba ni una hora ojeando las carpetas con imágenes en el ordenador cuando me encontré con algo que me pareció haber visto antes. Se trataba de una foto con un nicho muy característico: lápida de granito verde brillante, ramitos de margaritas en las esquinas y una inscripción en letras metálicas incrustadas.

—¿Dónde has visto esto antes, Ada? —me pregunté en voz alta.

Regresé al principio y reabrí todas las carpetas que había estado mirando con anterioridad. Repasé los cementerios de Extremadura, de Andalucía y de Asturias. Y en Asturias la encontré. De no haber sido porque los nichos de alrededor eran distintos, habría jurado que aquella foto era una copia archivada en una carpeta equivocada.

Parecían idénticas: el granito, las margaritas, las inscripciones... Aquellas palabras que, al leerlas en voz alta, consiguieron erizar cada pelo de mi piel:

*El mejor olor, el del pan;
El mejor sabor, el de la sal;
El mejor amor, el de los niños.*

GRAHAM GREENE

*La curiosa casualidad acabó revelando
todo un cúmulo de causalidades.*

Había pasado casi toda la noche en vela, tratando de localizar más fotos y haciendo búsquedas por internet. Me metí en la cama a eso de las seis de la mañana, y no llevaría ni dos horas durmiendo cuando sentí su agradable contacto sobre mi piel. Una sonrisilla cambió mi rictus de cansancio e, inmóvil, aguardé a que aquella lengua juguetona fuese despertando, poco a poco, cada miembro de mi cuerpo. Un gustoso rastro húmedo iba recorriendo mi piel, a la vez que dos grandes manos masajeaban mis muslos, mis brazos, mis pechos... Deseé, por un momento, despertar cada mañana de mi vida así. Abrí los ojos y me encontré con sus preciosos iris bicolors. Su mirada me sonreía.

—Buenos días —susurré.

—Buenos días —susurró él, y regresó de nuevo bajo las sábanas para darme uno de los mejores despertares que jamás habría podido imaginar.



A pesar del cansancio, me levanté con Hugo a desayunar y, mientras se tostaba el pan, envuelta en el rico aroma del café y de la suave voz de Mildred Bailey, interpretando «Georgia on my mind», no pude evitar mirar un poco hacia el pasado.

Habían transcurrido casi seis meses desde aquel caso que me llevó a perder el dedo meñique de mi mano izquierda.

Seis meses...

Si lo analizaba un poco, me era fácil reconocer lo mucho que había cambiado mi vida y, por suerte, casi todos esos cambios habían sido para bien. El tono rosáceo de la cicatriz de mi dedo ausente iba desapareciendo poco a poco, mi vida con Hugo se asentaba cada vez más y la decisión que había tomado de convertirme en detective privada parecía que, por fin, iba avanzando hacia buen

puerto.

En general, todo seguía más o menos igual: Flor y su música al otro lado del rellano, mi madre disfrutando de la vida en Londres, Enrico y su gente en La Napolitana, Cristina tan traviesa con los hombres como de costumbre y Clemente... Bueno, Clemente, mi pez negro y horroroso, continuaba nadando aún en su pecera sin sospechar en absoluto el trágico final que lo aguardaba tras la llegada de Tulipán.

—¿Regresarías de las nubes si te dijera que, a pesar de esas ojeras, sigues pareciéndome la mujer más bonita del mundo?

La frase de Hugo cumplió su cometido. Descendí de la troposfera, sintiendo un rubor en la cara típico de chica tonta enamorada. Fue en ese instante cuando recordé el motivo de mi insomnio.

—¡No te vas a creer lo que encontré anoche! —exclamé.

Fui corriendo al salón y cogí el portátil.

—Ayer, seleccionando fotos para los artículos, me topé con esto.

Tardé muy poco en dar con las dos fotografías. Las abrí en dos ventanas diferentes y las puse una al lado de la otra para que Hugo pudiera verlas bien en la pantalla.

—¿Ves? —le pregunté completamente emocionada.

Él no pareció ver nada extraño en las dos imágenes, así que lo intenté de nuevo.

—Fíjate en esto: las dos tumbas, además de ser iguales, tienen la misma inscripción en letras de acero. —Señalé y leí en voz alta la inscripción—: «El mejor olor, el del pan; el mejor sabor, el de la sal; el mejor amor, el de los niños». ¡Son exactamente iguales! —le dije, entusiasmada.

Hugo permaneció un momento en silencio. No sé si intentando contagiarse de mi júbilo o si disminuyendo el suyo para no subirme a mí por las nubes de nuevo.

—Podría ser la misma tumba. Puede que hicieras dos veces la misma foto —me sugirió, quitando importancia al asunto.

—Pensé en esa posibilidad anoche, pero lo he comprobado. Una es del cementerio de Avilés y la otra de un pueblo de Sevilla. Estaban en sus respectivas carpetas, tienen fechas diferentes y, si te fijas, los nichos de alrededor son distintos también —le expliqué.

—Pues me parece una bonita coincidencia.

—Sí, si no fuera porque he encontrado otra. —En ese momento tuve en mi cabeza la frase «¿A que esto sí que no te lo esperabas?» , pero traté de que no se notara demasiado—. Por eso no he dormido prácticamente nada; he pasado toda la noche revisando fotos y he acabado localizando otra tumba igual muy cerquita de aquí, en el cementerio de Jódar, en la provincia de Jaén. —Le mostré la foto mientras se lo contaba—. No se ve de frente y está algo desenfocada, pero parece idéntica: la lápida verde, las margaritas en las esquinas y la inscripción

central que, aunque no puede leerse, todo indica que ocupa el mismo espacio. A mí se me antoja un pelín extraño. ¿A ti no?

—A ver, cielo, ¿cuántos cementerios has podido visitar en los últimos seis meses? —me preguntó la voz de la razón.

Hice cálculos mentalmente y no llegué a una cifra concreta. Intuí que superaban los cien, quizá los doscientos, pero no estaba del todo segura.

—Supongo que si te dedicas a visitar cada cementerio de España acabas topándote con cosas como ésta —añadió Hugo—. Me parece curioso. Puede que sea una moda o algo así.

Vaya chasco me llevó. No había que ser demasiado inteligente para darse cuenta de que lo de las lápidas repetidas no le había parecido el descubrimiento del siglo, y acabé planteándome que tal vez no lo fuera. No, definitivamente no lo era.

Casualidades.

¿Cuántos de los grandes descubrimientos o inventos de la historia de la humanidad habían sido concebidos por varias personas a la vez? Un buen número de ellos. Y ¿quién acababa llevándose el mérito y apareciendo en todos los libros? Pues la más rápida en patentar su invento o en dar a conocer su descubrimiento. Y si no que se lo digan al difunto Antonio Meucci, a quien se considera el creador del teléfono (para él, el teletrófono) cerca de veinte años antes de que Graham Bell lo patentara; el pobre Antonio no tenía fondos para hacerlo. Coincidencias de ese tipo existían.

Supongo que era fácil ir a una funeraria y acabar escogiendo, de entre todas las lápidas y todas las inscripciones y todas las flores posibles, justo aquéllas. En tres cementerios diferentes. En lugares alejadísimos. Sí, las coincidencias ocurrían y siguen ocurriendo.

No obstante, en el caso de las tumbas, iba a ser que no.

Aquel día la extraña coincidencia de las lápidas quedó guardada en un cajón y permaneció oculta tras la maravillosa rutina diaria. Ya tenía bastantes frentes abiertos como para andar obsesionándome con casualidades.

Sin embargo, aquello no permaneció en el olvido por mucho tiempo. La curiosa casualidad acabó revelando todo un cúmulo de causalidades. Un año después de aquello, las lápidas reaparecieron para poner mi vida patas arriba. Por su culpa, y casi sin pretenderlo, me vi de nuevo inmersa en una historia repleta de muerte, tristeza y más juguetitos rotos.

Vamos, justo ese tipo de líos en los que siempre acabo metida hasta el cuello.

DIN-DON-DÍN.

DIN-DON-DÍN.

Estoy en un tren. Uno amplio, con asientos cómodos. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que subí a uno y, ahora que caigo, tampoco sé cómo he acabado aquí.

« ¿Cuándo he subido? »

« ¿En qué estación? »

Soy incapaz de reconocer el paisaje. Nada de lo que me rodea me es familiar y, como de costumbre, ante lo desconocido, una intensa sensación de angustia comienza a hacerse dueña de mi interior.

« Ada, tienes que tranquilizarte —me ordeno—. Puede que no lo recuerdes, pero si estás aquí, por algo será » .

No estoy muy segura de que mis palabras obren algún resultado.

El leve balanceo del vagón y el sonido hipnótico de la fricción sobre los raíles terminan por atraparme.

Pum-pum, pum-pum, pum-pum...

Es un sonido constante. Casi agradable.

Cierro los ojos con fuerza. Respiro hondo y venzo el miedo. Me asomo con decisión al pasillo para ver lo que me rodea, y lo primero que llama mi atención son todas esas maletas que hay en los portaequipajes y que parecen olvidadas por sus dueños.

Estoy sola en el vagón.

Me pongo en pie mirando al frente. Todo parece normal, como en cualquier otro vagón de tren: el martillo para romper las lunas en caso de accidente, la manilla roja de emergencia, los monitores pendiendo del techo cada pocos asientos... Todo parece normal, salvo por un detalle. En la puerta acristalada que hay al fondo del pasillo localizo un cartel en el que puede leerse en letras grandes: «MAÑANA».

«¿Mañana? ¿No debería poner “WC” o “Cafetería”?», me planteo.

Doy media vuelta para ver qué encuentro detrás. «AYER», en el cartelito que

hay junto a la puerta de cola del vagón se lee la palabra «AYER».

—¿«Mañana»? ¿«Ayer»? Pero ¿dónde narices me he metido? —pregunto en voz alta.

DIN-DON-DÍN.

Me sobresalto al oír el sonido de los altavoces y se me pone la piel de gallina al escuchar lo que viene a continuación:

«Bienvenida, señorita Levy, al vagón de su presente. En él, usted podrá encontrar todo aquello que forme parte de su vida actual. Si quiere hacer una visita a su pasado, dirjase hacia el vagón “Ayer”. Si, por el contrario, lo que desea es conocer su futuro, vaya al vagón “Mañana”. Ya sólo nos queda desearle un agradable viaje y darle las gracias por haber confiado en nuestro servicio» .

DIN-DON-DÍN.



Desperté con el corazón a mil por hora y con la lengua seca como una alpargata. Aquél fue el primero de muchos sueños. El tren apareció en mi vida de repente y comenzó a actuar como la voz de mi conciencia.

Maldita voz.

Maldita conciencia.

Una desagradable sensación de incomodidad me recordó que había dormido en el sofá. Fui a coger el móvil para mirar la hora y me di cuenta de que había un papel encima de la mesa. Era una nota de Hugo: «Estaré de vuelta en unos días. Te quiero. Hugo» .

—Mierda —dije en voz alta.

Aquellas palabras me dejaron destrozada.

Ya se había marchado, y pasaría fuera la friolera de cinco días impartiendo uno de sus cursos intensivos sobre marketing y estrategias de empresa. Pero lo malo no era eso; estaba acostumbrada a que nuestros trabajos nos obligaran a dormir separados de vez en cuando. Lo que me tenía realmente hecha polvo era la discusión que habíamos mantenido la noche anterior.

Nuestra primera riña de verdad.

Después de un año y medio juntos compartiendo charlas, risas, roces, miles de kilómetros y un montón de experiencias mágicas, la pasada noche habíamos vivido, por primera vez, una pelea de esas que te dejan mal cuerpo durante días.

*Yo jamás hablaba de ello.
Él jamás sacaba el tema.*

Salté sudorosa del sofá y me metí directamente en la ducha. Flor llegaría en una hora escasa y quería estar bien despejada antes de coger el coche.

Me acucillé bajo la cascada de agua y traté de imaginar cómo mi mala sensación se iba diluyendo y fluía, poco a poco, a través del desagüe. Pero no todo se fue. No pude evitar volver a dar vueltas a mi enfado con Hugo. ¿Cómo habíamos llegado a aquello? Por más vueltas que le daba, no lograba entenderlo.



Un año y medio.

Ya había pasado un año y medio.

Un período de tiempo en el que mi día a día había acabado sumiéndose en una sucesión de horas cargadas de « hecho », « haciendo » y « por hacer » .

La decisión de convertirme en detective privada fue el principal motor de mi rutina y, en cierto sentido, pienso que esas horas cargadas de trabajo, estudio e intensos momentos con Hugo y mi gente fueron las que me salvaron de ahogarme en el aplastante recuerdo de mi sangriento encuentro con los señores trajeados.

Por desgracia para mí, no controlaba mi mente mientras dormía. Algunas noches me atacaban, sin piedad, esos recuerdos. Solía ver en sueños el intenso color rojo que quedó grabado en mi memoria en el instante mismo en que me amputaron el dedo.

Dolor y color: ¡toda una experiencia emocional!

De cara a los demás, mis entrenamientos de Krav Maga en la escuela de Paco Torrero se debían a mi necesidad, como futura investigadora privada, de aprender a defenderme. En mi fuero interno, el motivo real era el miedo. Me horrorizaba la posibilidad de encontrarme con ellos de nuevo y comencé a

entrenar, buscando algo de seguridad y deseando, con todas mis fuerzas, estar preparada para nuestro próximo encuentro. Me había jurado a mí misma enfrentarme a aquel miedo y librarme para siempre de él. No sabía muy bien cómo, pero debía hacerlo.



Aquella noche terminé mis clases de Krav y salí de allí empapada en sudor. No quise ducharme en el gimnasio. Fantaseaba con llegar a casa, darme una ducha rápida, llenar la bañera y atraer con promesas de sexo y placer a Hugo. Dando vueltas a la idea, me acompañó una sonrisa pícaro desde que me puse el casco de la moto hasta que llegué al parque del Triunfo. Fue allí donde la magia de mis pensamientos se rompió.

« No puede ser» , me dije a mí misma.

« Seguro que no puede ser» , me repetí tratando de controlarme.

Un fuerte pinchazo en el muñón de mi dedo acabó estrujándome las tripas.

Sentí cómo la musculatura de mi cuerpo perdía fuerza y temí, por un instante, echarme la moto encima. No podía dejar de mirar a lo lejos.

Cuando oí los cláxones y fui consciente de que el semáforo se había abierto, miré al frente, metí primera y me alejé.

En el trayecto hasta casa me obligué a convencerme de que aquel tipo calvo de casi dos metros que paseaba plácidamente por el parque con un chándal negro no era el mismo calvo de mi pasado.

No lo era, porque no podía serlo.

¿Qué iba a hacer el calvo en Granada?



Para cuando llegué al piso, casi me lo había quitado de la cabeza por completo y estaba más que dispuesta a eliminar la mala sensación que me quedaba retomando mis planes originales.

La ducha me sentó fenomenal, pero lo que vino después fue mucho mejor: el momento bañera con Hugo, lleno de roces húmedos y de posturas incómodas pero excitantes. Al final, unas prisas locas por salir de allí y terminar con lo que habíamos empezado.

El sexo con Hugo era tan...

Aún hoy me excito sólo con pensarlo.

Era la mezcla perfecta entre cariño y urgencia, caricias y fricción violenta.

El sexo con Hugo... Sin palabras.

Y tras el « sin palabras» , llegó el momento dulce de la jornada.

Desde que estábamos juntos, habíamos adquirido una bonita costumbre: escuchábamos música antes de dormir. A veces la elegía él. Otras veces la escogía yo. Como aquella noche la elección era mía, me decidí por la voz de Ella Fitzgerald y sus temas más soporíferos.

Mientras aguardábamos el delicioso sueño, nos dedicamos a hablar abrazados bajo las sábanas.

Su viaje de trabajo al día siguiente.

Mis últimas seis clases antes de las prácticas y de mi ansiada licencia de detective.

Nuestras próximas vacaciones.

Conversamos sobre muchas cosas, pero no dije ni pío acerca de mi sensación de miedo unas horas antes, cuando creí haber visto al calvo paseando por el parque del Triunfo.

Creo que caí presa del sueño con aquella melódica voz interpretando « Tea leaves» . Cerré los ojos tranquila, de un modo tan dulce que me dije a mí misma que aquella noche no habría pesadillas.

Pero me equivoqué.



Mi propio grito me despertó.

La punzada en el pecho, en aquella ocasión, parecía más fuerte que nunca.

Casi no podía respirar por culpa de la ansiedad y, por primera vez, el color rojo seguía tiñendo mi horrorosa sensación una vez despierta.

—Ada, cariño, ¿estás bien?

Comencé a estarlo cuando Hugo encendió la luz y desapareció el tono escarlata de mi pesadilla. Jamás recordaba lo que soñaba, jamás. Tan sólo aquel color que solía desaparecer al despertar, dejando únicamente el pinchazo localizado en el pecho, la ansiedad y la sensación de miedo.

Respiré hondo y asentí.

Tensión en mi cuerpo.

Horror en mi mente.

—Sólo ha sido una pesadilla, no te preocupes.

—Ya lo sé, cielo —me dijo, acercándose y rodeándome con el brazo—. Ha sido una pesadilla, otra más. ¿No crees que ha pasado ya demasiado tiempo? Puede que...

—Sé por qué ha sido esta vez —lo interrumpí, para no escuchar lo que supuse

que iba a decir—. Esta noche, cuando venía de camino a casa, me ha parecido ver a uno de esos tipos —le expliqué.

—¿A qué tipo? —me preguntó como no queriendo entenderme.

—Pues, verás... —Me lo pensé dos veces antes de hablar porque ni siquiera sabía si lo que había visto era real o no—. En el parque del Triunfo, cuando me he parado en el semáforo, he visto a un tío igual que el calvo que me machacó. Pero no puedo asegurarte que fuera él. Ha pasado más de un año, y estaba demasiado lejos para ver si tenía el tatuaje en el mentón.

Hugo permaneció en silencio unos segundos, tratando de escoger las palabras adecuadas. Aquella conversación era terreno escabroso para ambos.

Yo jamás hablaba de ello.

Él jamás sacaba el tema.

Era algo del pasado que no tenía por qué regresar a mi presente. Las pesadillas, según me decía a mí misma y a todo aquel que sabía de su existencia, ya desaparecerían.

Cuestión de tiempo.

—Ada, ya sabes que intento no hablar demasiado de esto, pero, si te soy sincero, de un tiempo a esta parte me preocupa bastante —comenzó—. Hace unos meses parecía que la cosa mejoraba. Casi no tenía malos sueños, ya hablabas del tema con cierta naturalidad, pero... desde que te ingresaron la indemnización en la cuenta es como si todo hubiera empezado de nuevo.

Sí, la indemnización. Esos cien mil euros que me llevaron a acudir a ti por primera vez. Un montón de dinero que, finalmente, el juez consideró como pago justo por mi mala experiencia con aquel maldito asesino. Cien mil euros por un dedo menos. ¿Y si me hubieran cortado la mano a la altura de la muñeca? ¿Calcularían la indemnización según el número de falanges perdidas? Sí, ya lo sé, es más por el daño moral ocasionado que por la cantidad de dedos, pero a veces necesito bromear con esto.

Obviando el tono jocosos, Hugo habló conmigo aquella noche desde su experiencia, y he de reconocer que, si le hubiese escuchado en su momento, probablemente me habría ahorrado la bronca de aquella noche y un buen número de meteduras de pata posteriores.

—Ada, escúchame... —Me puso la mano en el hombro para que centrara mi atención en él—. Ejercí muy poco tiempo como psicólogo antes de dedicarme a lo que hago ahora, pero aún sé reconocer un trastorno por estrés postraumático. Y tu caso, mi amor, es de libro. Quizá deberías hablar con alguien para que te ayude.

Ahí estaba.

Me lo había soltado.

Justo lo que intuía que acabaría diciéndome tarde o temprano.

Precisamente, lo último que deseaba oír.

—No necesito ayuda, Hugo —le rechisté—. Tan sólo necesito tiempo. No creo que los cien mil euros tengan que ver con las pesadillas. De verdad que no lo creo.

Era cierto, en aquel momento no veía una relación directa entre mis pesadillas y la aparición en mi cuenta de la indemnización.

—Puede que tengas razón, pero... entonces ¿por qué no has gastado ni un solo euro aún? ¿Por qué no quieres hablar de ese dinero? ¿Por qué, de repente, te ha dado por ver al calvo caminando por Granada?

—¿Perdona? —exclamé, algo indignada—. ¿Has dicho que de repente me ha dado por ver al calvo?

Hugo puso cara como de «Glups», pero continuó intentando convencerme de que algo no marchaba bien.

—A ver, Ada, no pretendía decirlo así. Sólo quiero que te observes. Tus sobresaltos; la forma en que te abres inconscientemente al volver una esquina, como intentando ver bien antes de avanzar; las pesadillas; la irritabilidad...

Dijo muchas cosas más, pero estaba tan enfadada que dejé de escuchar. ¿Irritabilidad? ¡Pues claro que estaba irritada! No te puedes imaginar lo arrepentida que me sentí por haberle contado lo del calvo.

Respiré profundamente y controlé mis ganas de gritar.

—Hugo... —Pronuncié su nombre muy seria, conteniendo mi rabia—. En ningún momento te he dicho que haya visto al calvo, sólo que me había parecido verlo. No creo que eso signifique nada concreto. —Tuve que tragarme el nudo de la garganta para no llorar—. Hace un año y medio me dieron una paliza de cojones. Creí que iba a morir, ¿lo entiendes? Lo creí de verdad. Pero la muerte no llegó. No. Los señores trajeados se limitaron a romperme las costillas, destrozarme la nariz y cortarme el dedo meñique con unas jodidas tijeras de podar. No me mataron, pero me dejaron literalmente reventada. —No pude evitar que una lágrima rodara hasta la comisura de mis labios—. Y ¿sabes lo mejor de todo? Que conservaron una sonrisa radiante mientras mis huesos crujían al romperse y mi sangre manchaba sus zapatos. Perdóname, Hugo, si al ver a un calvo que se parece a uno de aquellos tipos me da por pensar que podría ser el mismo calvo. Perdóname, porque yo te perdono, pese a que no lo entiendas.

Hugo se levantó de la cama visiblemente frustrado. Dio varias vueltas a la habitación y, tras unos segundos, se sentó en el silloncito de la esquina, tratando de recuperar el control de sus impulsos.

—Ahí es donde está el problema, Ada. No te gusta lo que digo porque te comprendo mejor de lo que querías —me soltó al fin.

Aquellas fueron sus últimas palabras. Me dejó planchada, sin saber qué contestar.

La rabia se me comía por dentro. Estaba demasiado cansada para

convencerlo de que todo iba bien, de que lo tenía todo controlado, e hice algo que jamás pensé que haría: me levanté de la cama y fui a dormir al sofá, lejos de aquella verdad que tanto me irritaba.

Sola.



El frío me llevó de vuelta a la ducha. Debía de llevar demasiado rato bajo la alcachofa porque el termo estaba quedándose sin agua caliente. Tenía que darme prisa.

Envolví mi cuerpo en una toalla y salí de allí con el pelo chorreando. Me vestí a la velocidad de la luz, le di cuatro pasadas al pelo con el secador y fui directa a la cocina. Necesitaba urgentemente mi café y mi ratito con Clemente.

—No merece la pena, ¿verdad, bicho? —le pregunté a mi aburrido pez.

Tenía exactamente esa sensación. No me merecía la pena un despertar como aquél. No me merecía la pena una discusión como la de la noche anterior. Y, por supuesto, lo que menos me merecía la pena era dormir sola en el sofá, en lugar de disfrutar de su cercanía en la cama. Me sentí realmente culpable por aquello y, al fin, dejé de analizar quién de los dos tenía la razón.

Salí corriendo al salón a por el móvil. Llamé a Hugo, pero debía de haber embarcado ya rumbo a Madrid porque me saltó el buzón de voz. Le dejé un mensaje: « Siento mucho no haber dormido contigo el resto de la noche. Te quiero» .

Cuando colgué, miré el teléfono con una intensa desazón oprimiéndome el pecho. Me disponía a intentar hablar con Hugo de nuevo, cuando sonó el timbre de la entrada.

Flor me esperaba en la puerta.

*Otra tumba más.
Una nueva lápida repetida.
El granito verde, los ramos de margaritas y la inscripción.
Sí. Otra tumba más.*

No dejaba de preguntarme cómo narices había podido pensar que lo de colarme de madrugada en el cementerio en ruinas de Jaén era una buena idea.

Soy una persona bastante impulsiva. Si a esa cualidad le sumamos mi increíble capacidad para obsesionarme por cualquier cosa, supongo que aquello acababa adquiriendo algo de sentido. La realidad era que ya estaba allí dentro, con un rasponazo en una rodilla y una leve cojera por haber saltado el murete con muy poca habilidad.

¿Y todo esto por qué? Por ser una buena amiga y acompañar a Flor a un entierro, y por la maldita ocurrencia de inventar « El Juego de los Cementerios ». Parece complicado, pero no lo es tanto.



Cuando abrí la puerta aquella mañana me encontré al otro lado a Flor, con carita de haber llorado y un ramo de flores multicolor entre las manos. Deduje que aquél iba a ser un día mucho más duro para ella de lo que había pronosticado.

Hicimos el trayecto en coche en silencio.

Los ojos de Flor miraban al frente. Desconozco dónde estaba su mente, pero si tuviese que apostar, yo diría que en sus recuerdos. Puede que en ese ramo de flores que Salvador le regalaba cada año para conmemorar el día en el que se conocieron. « Flores de mil colores, un color por cada una de las emociones que sentimos la primera vez que nos vimos », me había explicado ella hacía tiempo.

Mi cabeza era un auténtico torbellino de emociones encontradas. Sin embargo, pese a las ganas que tenía de contar a Flor lo de la noche anterior con Hugo, me limité a conducir y respeté su necesidad de silencio.

Nos dirigíamos a la campiña cordobesa, a un pueblo llamado Monturque.

Hasta hacía un par de días, allí residía el último pariente vivo del marido muerto de Flor: su hermano Santiago.

También un ictus.

También durmiendo.

Muy duro perder así a tu ser más querido.

Muy dulce si eres tú quien muere.

Apenas sin darte cuenta... te apagas y ya está.

Aguardamos juntas en la puerta de la parroquia hasta que sacaron el féretro. Me sorprendió que lo metieran en el coche fúnebre para recorrer los cincuenta metros que separaban la iglesia del cementerio.

Caminamos juntas, acompañando a aquel corrillo de gente atestado de sensación de pérdida. Me olvidé por un momento de Flor y me puse a analizar el elenco de emociones que había dejado aquella muerte a su paso: rostros cargados de pesar y desazón, rostros melancólicos y autocompasivos... También había allí rostros llenos de ira, de remordimiento y derrota. Pinceladas de morbo y cotilleo. Hasta costumbre llegué a distinguir en alguno de aquellos rostros.

Tras el paseo, en el momento final, el del yeso y el ladrillo, me alejé para permitir a Flor despedirse en soledad.

Quería volver a deambular por aquel camposanto perteneciente a la Ruta de los Cementerios Europeos. Para mí era uno de los más emblemáticos que había visitado por una bonita razón: lo que en el pasado permitía la vida, ahora, en el presente, albergaba la muerte.

El cementerio de Monturque descansa sobre unas antiguas cisternas romanas. Gracias a ellas, el agua de lluvia hacía posible que la población de la época subsistiese. Fueron los siglos y las sucesivas capas de civilizaciones los que acabaron convirtiendo las cisternas en un hermoso y bien conservado recuerdo del pasado, y aquel cementerio, en un lugar realmente mágico. Un espacio silencioso y especial.

Y fue, precisamente, disfrutando del paseo cuando me topé con lo último que habría esperado encontrar.

Otra tumba más.

Una nueva lápida repetida.

El granito verde, los ramos de margaritas y la inscripción.

Sí. Otra tumba más...



La visita a aquel pueblo produjo un intenso cambio en las dos.

Flor parecía más entera después del entierro.

Cuando regresé a por ella, se había olvidado por completo de toda la gente que la rodeaba. La encontré hablando con Santiago a través de aquella pared que los separaba. A continuación, depositó el bonito ramo en el nicho de su cuñado, apoyó su mano en aquella superficie húmeda, respiró hondo y pronunció la palabra «Adiós».

Una tierna sonrisa fue creciendo en su rostro conforme nos alejábamos. No podría jurarlo, pero me pareció que mi querida Flor se había liberado, por fin, en aquel lugar.

En mi caso, también hubo sonrisa, pero de pura excitación. Acababa de recuperar de golpe algo que me había abandonado hacía tiempo: la nueva lápida desempolvó mi añorado espíritu de reportera de investigación.

Me dio por convertir aquella casualidad en un misterio y me sumí en un intenso torbellino de pensamientos: «A Alfonso, el director de la revista *Moter@*, le va a encantar la idea. Se lo presentaré como un gran proyecto. No sólo consistirá en averiguar cuántas lápidas como ésa hay en territorio español. Desentrañaré su significado. Y, ¡quién sabe!, esto podría suponer el comienzo de una nueva serie de artículos. ¡Mototurismo de investigación! Suena genial, ¿verdad, Ada?».

Así fui todo el camino, sin parar de dialogar para mis adentros. La emoción me llenaba el pecho, tanto que la mala sensación que me había dejado haber discutido con Hugo la noche anterior acabó por diluirse.

La Ada de entonces era experta en esas cosas. Cuando aparecía un problema personal, de los catalogables como «importantes», nada mejor para hacerlo chiquitito que taparlo con una gran obsesión. Ya lo hice con el caso del Asesino de la Hoguera y lo estaba haciendo de nuevo. Cerré los ojos, y me negué a escuchar a Hugo cuando trató de protegerme de mi propio miedo.

Siempre había evitado reconocer mis flaquezas. ¿Por qué iba a ser diferente entonces? Los miedos, para mí, eran pasajeros y las debilidades las tapaba con parches. Lo único malo fue que, en aquella ocasión, acabé utilizando un parche demasiado grande para tapar la realidad que brotó de la boca de Hugo.

No quise reconocerlo hasta que fue demasiado tarde: mis miedos no eran pequeños ni pasajeros.



Tanto Flor como yo estuvimos afanosas los días siguientes.

Ella salía y entraba sin cesar. Cuando nos cruzábamos por la escalera, la veía llegar con flores, pasteles o bolsas repletas de ropa nueva. Llevaba maquillaje

alegre y olía a colonia de bebé.

Yo también salía y entraba con frecuencia. Las lápidas comenzaron a marcar mi día a día; tuve que meterlas con calzador entre mis clases y mis trabajos de seguimiento para Enrico.

—¿Y esa sonrisa? —me preguntó mi amigo/compañero nada más verme aparecer en el restaurante—. A ver, ¿qué te traes entre manos?

—Nada —le respondí—. ¿Es que una no puede sonreír sin más?

—Pues claro que sí, pero hay sonrisas y sonrisas —concluyó él.

Fue entonces cuando le conté lo de las lápidas. Estaba deseando poder compartir mi emoción con alguien. Con Hugo casi no había podido hablar y, en los pocos minutos de charla, los dos habíamos estado haciendo esfuerzos para quitar importancia a la discusión y enterrar el tema por siempre jamás.

—Sí que suena interesante. Y como ahora casi no tienes trabajo, pues claro, puedes dedicar tu tiempo libre a investigar. —Vaya pildorazo que me soltó.

—Jolín, Enrico, ¿desde cuándo te has convertido en Pepito Grillo?

—Últimamente no te dedicas tiempo a ti misma, Ada. ¿Va todo bien? —Su forma de hablar me estaba dejando a cuadros.

Frases como aquella no eran muy comunes entre Enrico y yo. Cuando teníamos que decirnos una verdad, la soltábamos sin anestesia. Los pildorazos y las medias tintas no formaban parte de nuestra relación. Por eso supuse que había algo de fondo que no podía contarme.

—Hugo ha hablado contigo —afirmé.

Silencio por su parte.

Y más silencio.

Y más silencio.

Le faltó enterrar la cabeza bajo la arena como un avestruz. Supongo que no lo hizo por falta de arena.

—Vamos a ver, Enrico —comencé—. No sé cómo decirlo que estoy bien. Tengo pesadillas, pero nada más. Verás como pronto se me pasan.

—Ada, Hugo sólo está preocupado por ti. Yo te conozco y sé que vas a salir de ésta. Pero es él quien se despierta a tu lado después de cada pesadilla. Sólo intenta entenderlo, ¿de acuerdo? Además... —Se lo pensó antes de seguir hablando—. Además, ya sabes que no termino de caerle demasiado bien, y si ha acudido a mí es porque debe de estar muy desesperado.

Aquello era cierto. No lograba entender muy bien por qué, pero Hugo no había llegado a entablar muy buena relación con Enrico. Puede que pensara que nuestro trabajo era demasiado peligroso para mí o, simplemente, que estuviera un poco celoso por el tiempo que pasábamos el uno al lado del otro. Desconocía el motivo, pero la realidad era que no congeniaban. Y Enrico tenía razón: si Hugo había acudido a él, era porque estaba muy desesperado.

—De acuerdo. —Claudiqué y decidí para mis adentros hacer un esfuerzo.

—Y ahora cuéntame lo de las tumbas, que sólo a ti te pasan estas cosas.



No tengo ni idea de cuántas llamadas telefónicas pude hacer aquellos días para intentar averiguar algo sobre las malditas tumbas. Bueno, llamadas y búsquedas en la red y visitas a curas y cementerios... Acabé agotada y bastante frustrada.

Yo pensaba que aquello iba a ser mucho más fácil. Suponía, tonta de mí, que debía de existir un registro, a nivel nacional, de todos los cementerios de España al que poder acudir para consultar no sólo defunciones sino también números de enterramientos y propietarios de tumbas y nichos.

Pues no. No existía, ni remotamente, nada parecido.

—Pero ¡mira que eres tonta, niña!

Fue lo primero que me dijo Enrico cuando acudí, desesperada, a pedirle consejo. El carácter agrio de mi compañero y su actitud de mofa hacia mí contrastaron fuertemente con la voz de Frank Sinatra, interpretando « Granada », que llegaba a mis oídos desde la zona de comedor de La Napolitana.

—Pero tonta, tonta —repitió, mirándome muy serio—. Anteayer estabas emocionadísima con ese gran reportaje y hoy, después de unos inconvenientes de nada, te vienes abajo y no sabes si seguir o no. Pues ¡vaya reportera de investigación!

Ése sí que era Enrico, el de las verdades que escuecen.

—¿Y qué hago? No hay ningún registro que consultar y no puedo visitar cementerio por cementerio. ¿Sabes cuántos puede haber en España?

—No tengo ni idea, Ada. Lo que sí sé es que cuando te interesa tu inventiva es asombrosa. Me sorprende que no hayas dado ya con una forma fácil de buscar las tumbas —me soltó—. ¿Recuerdas qué te dije cuando no sabías cómo buscar a Hugo?

Bombillita iluminando mis ideas.

—¡Pues claro! —exclamé—. ¡Estamos en la era de las redes sociales!

Salí corriendo de La Napolitana en dirección a casa. Me senté frente al ordenador dispuesta a emplearme a fondo, con las energías totalmente renovadas.

Justo antes de emprender mi nueva línea de acción, Hugo me llamó por teléfono.

—¡Hola, Hugo! —le respondí con una gran sonrisa en los labios, recordando las palabras de Enrico y deseando, de una vez por todas, acabar con nuestras tiranteces—. Antes de que digas nada, te entiendo. Comprendo que estés preocupado. Yo, por mi parte, voy a tratar de no ponerme nerviosa cuando

intentes ayudarme. ¿Confiarías tú un poquito en mí? Estoy segura de que, si le quitamos importancia, todo esto va a pasar.

Mi entusiasmo lo dejó pasmado. Creo que tenía el cuerpo preparado para otra conversación tensa y le rompí los esquemas. Se los rompí para bien. Los dos nos relajamos ipso facto, y disfrutamos de una conversación distendida y llena a rebosar de palabras bonitas. Pude contarle por fin lo de mi idea de hacer un juego con las lápidas, y la consideró estupenda.

—¿Qué te parece entonces como título «El Juego de los Cementerios»? —le pregunté.

—Me parece muy buen nombre. Y no olvides, aparte de utilizar la página de la revista y a la gente que te sigue, promocionarlo en Facebook en el rango de edad apropiado. Tengo a los alumnos en medio de una práctica; si quieres, mientras tú le das forma a todo, te hago un pequeño análisis para buscar el perfil más adecuado al que debes dirigirlo.

No puedo describir cómo me sentí. Habíamos pasado dos días fatales y, de repente, estábamos trabajando en equipo a pesar de los kilómetros que nos separaban. Cuando colgué el teléfono, sentí la necesidad de tenerlo cerca y abrazarlo.



Al final de aquel miércoles, «El Juego de los Cementerios» estaba funcionando en la red.

Con la ayuda de Hugo, creé una página en Facebook y un blog con el título del juego. Lo enlacé todo a la red de la revista *Moter@S* y lo promocioné activamente en portales dedicados al mundo del motor. Se trataba de movilizar a moteros y a viajeros en general para buscar a nivel nacional las tumbas repetidas. La idea era emplear el blog para ir publicando las crónicas y las imágenes de los viajes necroturísticos de los participantes, y utilizar la página de Facebook para llegar cada vez a más gente e ir clasificando las imágenes.

Hugo hizo un trabajo espectacular. En poco más de una semana y con una inversión muy pequeña, la página tenía más de dos mil seguidores.

Los primeros resultados llegaron mucho antes. Aquel mismo fin de semana aparecieron dos lápidas más: una en el cementerio de Cambados, en Galicia, y la otra en Punta Umbría, Huelva.

No me lo podía creer. Casi no daba abasto con las crónicas y me impresionaba ver que muchos viajeros habían adoptado el juego como una cruzada personal.

Alfonso, mi jefe en la revista, andaba incluso más emocionado que yo. A las

dos semanas, el nuevo número de *Moter@s* estaba en todos los quioscos con un especial de cinco páginas titulado «El Juego de los Cementerios», con las imágenes de dos de las lápidas que ya se habían localizado y el mejor reportaje de viajero aficionado, seleccionado de entre todos los que habíamos publicado hasta entonces en el blog. Alfonso estaba tan contento con los resultados y los incrementos en las ventas de la revista que decidió ofrecer un buen incentivo: una semana con gastos pagados de alojamiento y gasolina para el reportaje necroturístico de motero aficionado más votado por el resto de los lectores. Sin requisitos. Se olvidó por completo de las lápidas. Vamos, que mi jefe acabó tomando las riendas de mi idea, que dejó de ser mi idea, y «El Juego de los Cementerios» se fue desvirtuando.

—¡Enhorabuena, Ada! —me dijo una mañana—. Esto era justo lo que necesitábamos para diferenciarnos de la competencia. Tu juego está dando mucho de qué hablar y las ventas se han disparado. Me has dejado sin palabras, de corazón.

Así fue como mi nombre acabó apareciendo en dos puestos diferentes en la revista. El primero, el de siempre, como redactora. El segundo, recién estrenado, como reportera de investigación. Más dinero a final de mes, pero más dificultades para mí. A ver cómo preparaba yo dos reportajes de calidad al mes, uno de ellos de investigación.

Hubo otro problema: acabé odiando «El Juego de los Cementerios».

Sorprendentemente, en tan sólo tres semanas había llegado a saturarme. El volumen de participantes era muy alto y lo de las lápidas había pasado a segundo o tercer plano.

Alfonso no pudo negarse cuando su reportera de investigación recién estrenada le pidió ayuda para gestionar el blog y la página, y puso al frente a Virginia, una chica muy eficiente con un contrato en prácticas de seis meses.

Tan eficiente era la chica que me relajé con el tema y la dejé hacer.

Un mes y medio después de que todo empezara, Virginia me mandó un e-mail que me dejó muda:

Buenos días, Ada:

Me pongo en contacto contigo porque tengo unos datos que pueden interesarte. Si no me equivoco, el objetivo inicial de «El Juego de los Cementerios» era la búsqueda de unas tumbas repetidas.

Supongo que lo tienes controlado, pero como llega tanta información mezclada, he elaborado un dossier con las lápidas repetidas que los lectores de la revista han localizado. En cada foto tienes anotado el lugar en el que cada una se encontró, la fecha y lo de las margaritas. Verás que todas tienen el mismo tipo de cerradura.

Espero que esto te facilite el trabajo.

Un cordial saludo,

VIRGINIA

Y tan muda que me quedé. Cuando abrí el dossier y me di cuenta de que las fotos estaban numeradas, lo primero que hice fue irme al final y ver cuál era la última cifra.

—¡Hugo, ven! —grité—. ¡Tienes que ver esto!

Mientras llegaba, regresé al principio y comencé a repasar, una a una, las fotos.

Todo coincidía.

Todo.

Incluyendo las margaritas.

Para mí, lo primordial no era el número ni el grosor de los ramos. Lo realmente importante era lo que más me llamó la atención en el cementerio de Monturque: aquellas margaritas eran frescas. En todos los casos, absolutamente en todos, las flores habían resultado ser naturales. Alguien se encargaba de cambiarlas con frecuencia.

—¿De verdad han localizado cuarenta y seis lápidas? —me preguntó Hugo, incrédulo, cuando le mostré el dato.

Yo asentí y permanecí en silencio. Aún no daba crédito.

—Esto no puede ser una casualidad —afirmó él—. No señora, ya no puede ser una casualidad. Pero... ¿qué significado tienen? ¿Qué es exactamente lo que has encontrado?

Eso mismo me estaba preguntando yo. ¿Qué significado podían tener cuarenta y seis lápidas iguales, con el mismo color de granito, cerraduras equivalentes, misma inscripción e idénticos ramitos de margaritas frescas en las esquinas? ¿Qué sentido podría tener aquello? Y sobre todo, ¿qué habría tras las lápidas y sus cerraduras?



Pues sí, en algún momento, mientras me hacía todas aquellas preguntas frente al ordenador, se sembró en mi interior la obsesión por descubrir lo que había dentro de aquellos nichos. Y, claro, no ayudó demasiado a mi escaso autocontrol el hecho de descubrir que una de esas lápidas se encontraba en el cementerio de San Eufrasio, en Jaén. Un camposanto medio en ruinas, con la mayoría de sus tumbas vacías.

Cuando lo visité por primera vez, lo que vi en él me transmitió una inmensa

sensación de tristeza... de abandono. Vivos que hablan con sus muertos a través de lápidas de granito y rodeados por todas partes de escombros. Un viejo cementerio que ya no está en uso; un escuálido esqueleto que apenas refleja lo que fue y que, tras años de anunciada clausura, sigue albergando cadáveres en sus maltrechas entrañas. Un lúgubre escenario capaz de reavivar duelos que habían quedado superados tiempo atrás.

Un cementerio con más de doscientos años de historia, prácticamente abandonado.

Abandonado.

Lleno de escombros.

Dando vueltas al tema, me envenené a mí misma con una simple pero potente idea recurrente: ¿quién iba a darse cuenta de que se había profanado una tumba en un cementerio con miles de tumbas vacías y lápidas hechas añicos?

Ahí fue cuando me pareció una ingeniosa ocurrencia lo de colarme de noche en el cementerio. Claro que, a la hora de la verdad, ya dentro de aquel camposanto en ruinas, a oscuras y con un rasponazo en la rodilla, me sentía un poco idiota por haberme convencido a mí misma.

Una esclava.

Una sencilla esclava de oro.

En el anverso, un nombre, y en el reverso, una fecha:

Daniel, 4/5/1980.

Lo primero que hice fue colocarme en la cabeza mi nueva linterna frontal recargable con iluminación autoadaptable. ¡Toma ya! Era el único juguete que no había comprado en el portal de detectives.

Nada más encenderla, la apagué.

Emitía tanta luz que tuve la sensación de parecerme más al faro de Alejandría que a una persona con una linterna en la cabeza.

—¿Ves, Ada? Por eso no venden linternas potentes en las páginas de investigadores privados, porque no son nada discretas —me recriminé en voz baja.

Metí el faro en la mochila y saqué el móvil para mirar la hora y obtener algo de iluminación. El segurata había pasado por allí justo antes de que yo me colara. Supuse que no tardaría en regresar.

¿Te he contado alguna vez que los planos y yo nos llevamos fatal? ¿Te he dicho que, además, mi orientación es peor que la de una hormiga sin antenas? Pues sí. Tardé cerca de veinte minutos en encontrar la maldita tumba, y eso que se suponía que estaba a unos doscientos metros del sitio por el que me había colado.

«Venga, nena, date prisa», me ordené a mí misma.

De rodillas en el suelo, extraje de la mochila mis útiles de trabajo: un juego de ganchos de treinta y seis piezas, un spray lubricante, unos guantes de látex bien gruesos y un martillo.

Cogí el juego de ganchos y me enfrenté a la cerradura de la lápida como quien tiene experiencia. Después de cerca de media hora y una ansiedad que se me comía viva, llegué a la conclusión de que aquel curso de treinta horas de vídeo del maestro cerrajero Steven Hampton no había calado hondo en mí. «¡Ninguna cerradura se le resistirá!», se prometía al comienzo de cada capítulo del curso. «¡Y una mierda!», le dije yo al Steven Hampton de mi cabeza.

Ni con lubricante ni sin lubricante. Lo de las cerraduras y las ganzúas definitivamente no era lo mío.

Total, que me podía haber ahorrado cerca de seiscientos euros en material especial para detectives y haberme limitado a ir a la ferretería a comprar el martillo y los guantes.

El guarda de seguridad no aparecía, pero a mí me devoraba la prisa.

Golpeé con el martillo la lápida y, claro, con aquella delicadeza no le hice ni un pequeño arañazo. El segundo impacto fue el definitivo: agarré con ambas manos el martillo y lancé el golpetazo con todas mis fuerzas. Me aparte por instinto, para que no me diera en la cara ningún trozo y por si el olor del interior era demasiado intenso.

Me mantuve retirada un instante.

Un leve olor a humedad, poco más.

«Acabas de reventar una tumba, bonita», me dije.

Por poco miedo que pudieran darme los fantasmas, lo de encontrarme frente a un cadáver descompuesto no me atraía nada en absoluto. Por eso aguardé unos segundos hasta que estuve preparada para mirar dentro. Respiré hondo y, ayudada con la escasa iluminación del móvil, me asomé al interior del nicho.

No había cadáver.

Tan sólo un tubo de medio metro bien plastificado y una pequeña caja.

Nada más.

Guardé ambas cosas en la mochila, cogí los trozos de la lápida y los arrojé a un montón de escombros, coloqué las margaritas frescas en otro nicho y me dispuse a salir de allí tan rápido como pude.



Menos mal que el segurata no dio señales de vida. Y eso que en los periódicos había leído hacía unos días que habían tenido que contratarlos a tiempo completo por supuestos actos de vandalismo dentro del cementerio. Me imaginé al buen hombre durmiendo calentito en cualquier sitio.

Repito, menos mal que ni segurata ni nada, porque volví a perderme dentro del camposanto. Y vale que no me dieran miedo los fantasmas, pero eso de que te salte un gato asustado a los pies justo cuando pasas a oscuras por el patio de los mausoleos te aseguro que no es nada agradable. Sobre todo cuando todas las puertas de esos mausoleos están abiertas y puedes ver, en muchos de ellos, el reflejo de los cirios encendidos en los espejos.

¿Para qué narices hace falta un espejo en un mausoleo?! Y, más importante aún, ¿para qué ponen cirios encendidos en una tumba que se supone que está

vacía? Pues no tengo ni idea, pero lo que sí sé es que corrí por allí muertecita de miedo, buscando desesperadamente una zona baja de la tapia por donde poder salir.

Ya en la calle, sin aliento y con un nuevo rasponazo en la misma rodilla, localicé el coche y me refugié, medio coja, en su interior.

Me ardía el pecho por la carrera, y una risa floja fruto de la vergüenza se resistía a dejarme en paz.

Saqué de la mochila los dos objetos que había robado. Porque aquello, no podía engañarme, era robar. Claro que, bien mirado, un robo era infinitamente mejor que mi intención inicial de profanar una tumba.

Primero cogí el tubo, que estaba bien envuelto en plástico. Cuando eliminé todo el embalaje con la ayuda de mi navaja, me di cuenta de que se trataba de un portaplanos como los que usan los arquitectos y la gente de bellas artes. Lo destapé con cuidado y extraje una lámina enrollada. Al extenderla, me sorprendió encontrar una simple pintura. Muy bonita, eso sí, con mucho detalle y bien elaborada, pero una pintura al fin y al cabo. No podría jurarlo, pero a primera vista me pareció una imagen del parque del Cerro de Santa Catalina. Una vista desde bien lejos, con un pinar bajo en primer plano y lo que identifiqué como un fragmento de muralla.

Enrollé de nuevo la lámina con cara de « No entiendo nada » y me centré en la cajita, con la esperanza de encontrar en su interior algún detalle que diera sentido al enigma de las lápidas.

Una esclava.

Una sencilla esclava de oro.

En el anverso, un nombre, y en el reverso, una fecha: *Daniel, 4/5/1980.*

Tras leer aquello, me dio aún más grima la maldita inscripción.

« El mejor amor, el de los niños », rememoré en mi cabeza.



Entré por la puerta de casa a eso de las cuatro de la madrugada.

Pelos de loca por las carreras.

Vaqueros rotos y ensangrentados a la altura de la rodilla.

Me fastidiaban mucho los constantes viajes de Hugo. Últimamente cada vez pasaba más tiempo fuera de Granada, y yo llevaba regular lo de dormir lejos de él. Sin embargo, por primera vez en muchos meses, me alegré de que no estuviera en casa.

De hecho, había aprovechado su ausencia para llevar a cabo mi excursión al cementerio. Él jamás lo habría aprobado. Si me hubiera parado a pensarlo

fríamente, ni siquiera yo lo habría aprobado. Pero ya estaba hecho y lo único que me quedaba era agachar las orejitas y confesarle mi travesura.

Si no hubiera encontrado nada en aquel nicho, puede que ni me hubiera planteado contárselo. Pero intuía que aquello era lo suficientemente importante para tragarme su enfado, así que me prometí a mí misma que se lo contaría todo cuando regresara al día siguiente.

Y, tras la promesa, decidí que había llegado el momento de descansar. Después de un par de tilas y un buen baño de agua caliente, caí rendida sobre la cama.

*Andrea era perra de presa
y yo olía a miedo.*

—Buenos días, Ada —me saludó Andrea nada más verme aparecer en la cafetería.

¿La recuerdas? Aquella inspectora de policía que acudió a interrogarme al hospital cuando casi me matan de una paliza.

En los últimos meses, nuestra relación se había hecho más estrecha. No estaría a punto de terminar el curso puente para obtener la licencia de detective si no hubiera sido gracias a su recomendación.

En aquella época, toda la legislación en torno a los investigadores privados estaba a punto de cambiar. Muy pronto iba a ser obligatorio hacer una carrera de grado para obtener la licencia y, como no me gustaba nada la idea de volver a la vida de estudiante, decidí probar a engancharme a los alumnos, digamos, del «plan antiguo». Pero cada vez que intentaba informarme sobre qué debía hacer para obtener la licencia, me topaba con algún muro en forma de laguna administrativa o de rechazo a la hora de reconocer mis estudios.

Ni siquiera Enrico pudo hacer nada.

Yo estaba tan perdida que me dio por acudir a Andrea en busca de consejo. Hizo un par de llamadas y, al cabo de dos meses, ya me habían convalidado los estudios en criminología y pude acceder al curso puente.

De eso hacía ya algo más de un año.

Andrea y yo habíamos llegado a tener una relación muy cordial. Tomábamos café de vez en cuando y conversábamos sobre trabajo, pero nunca compartíamos temas personales.

Era extraño. Numerosas horas juntas y charlas realmente extensas y divertidas. De hecho, me parecía una mujer de lo más interesante. Cuando la oías hablar, una tremenda seguridad cargaba cada una de sus palabras.

Sí, una mujer interesante, de esas con las que de verdad te apetece entablar amistad. Sin embargo, jamás traspasábamos la superficie. Cuando yo sacaba algún tema cercano a lo personal, ella cortaba de raíz, le surgía algún imprevisto y se marchaba.

Por eso había acabado adaptándome a ella. Algo me decía que tenía un buen motivo para ser así y, como me encantaba su compañía, cuando nos encontrábamos, la dejaba guiar las conversaciones e intentaba controlar mi entusiasmo.

¿Quién iba a decirme que aquella tarde nuestra relación cambiaría drásticamente? Y todo gracias a la lápida repetida.

O más bien por culpa de ella.



—Hola, preciosa —la saludé y me senté a su lado.

Por un momento no supe cómo abordar la conversación. A ver, estaba hablando con una inspectora de policía y lo que tenía que contarle muy legal no era. Bueno, al menos no todo.

—¿Cómo va «El Juego de los Cementerios»? Lo veo por todos lados, Ada. Tenías razón, era una gran idea.

Bueno, al menos ya se había encargado Andrea de romper el hielo. La última vez que nos vimos, haría unas tres semanas, le estuve contando lo de las tumbas repetidas y la idea que había tenido para resolver aquel misterio. ¿Cómo le explicaba yo entonces que lo de las tumbas repetidas había terminado con una obsesiva Ada Levy colándose de noche en un cementerio y reventando una de las lápidas para robar lo que había dentro?

Sentí toda la sangre de mi cuerpo acumulada en mis mejillas.

—No sé muy bien cómo contarte esto, Andrea —comencé al fin—. Ni siquiera sé si es buena idea confesártelo precisamente a ti —añadí.

Hice una breve pausa y continué.

—El caso es que... A ver cómo te lo explico.

—¿Qué has hecho Ada? —quiso saber, muy seria.

—Anoche me colé en el cementerio de Jaén y abrí una de las tumbas repetidas.

Lo dije rápidamente, como los críos pequeños cuando confiesen una travesura y, al igual que ellos, aguardé temerosa la llegada de la reprimenda.

—¿Cómo?!

Se puso tan nerviosa que hasta se levantó de golpe de la silla. Cuando se dio cuenta de que varios compañeros de la comisaría la miraban con sorpresa desde la barra, se sentó de nuevo y bajó la voz. Yo no sabía dónde meterme. Puedo asegurarte que Andrea da muchísimo miedo cuando se enfada.

—A ver, Ada... —dijo un poco más calmada y disimulando ante sus compañeros con una sonrisa bastante convincente—. Tú eres consciente de que

para obtener y conservar tu licencia de detective no puedes tener antecedentes, ¿verdad? Y seguro que también sabes, porque eres muy lista, que lo que has hecho es un delito. ¿Te suena de algo el respeto a los difuntos? Porque está en el código penal, Ada.

Me limité a asentir y a guardar silencio. Definitivamente, me sentía como una cría pequeña recibiendo la regañina de mamá. Una regañina muy merecida, todo sea dicho.

—Y si lo sabes... —Andrea respiró hondo, remarcó la sonrisa en su cara y continuó—: Si lo sabes, Ada, ¿cómo coño se te ocurre venir a contarme esto a mí? ¿O es que se te ha olvidado que soy inspectora de policía?

En aquel momento, Andrea era perra de presa y yo olía a miedo.

Tragué saliva y me propuse darle una explicación lo más convincente posible.

—Pues, la verdad, estoy aquí porque Hugo me ha obligado a contártelo. Está muy enfadado conmigo porque lo hice aprovechando que él no se encontraba en casa y, claro, cuando volvió y se lo confesé casi me tira por una ventana.

Mi instinto me decía que con aquella explicación no iba por buen camino. La sonrisa de Andrea estaba desapareciendo de su boca y yo ya comenzaba a imaginarme tirada en el suelo, boca abajo, con una de sus rodillas en mi espalda y la otra en el cuello, espachurrándome la cara mientras me colocaba las esposas y decía eso de « Tiene derecho a guardar silencio... ».

—Encontré esto dentro del nicho. No había ningún muerto, te lo juro.

Puse sobre la mesa los dos objetos que llevaba en la mochila, y comencé a rezar para que los cogiera y no se decantara por la opción de las esposas.

Lo hizo en el mismo orden que yo. Primero cogió el canuto y lo abrió.

Examinó unos segundos la pintura y me miró fijamente. El enfado había sido sustituido por la curiosidad.

—¿Dices que esto estaba dentro de la tumba? —me preguntó mirándome de soslayo por encima de la lámina.

—Eso y la pulsera. Dentro de la caja. —La señalé.

Andrea guardó la lámina en su sitio y tomó la cajita. Cuando la abrió, pude ver que todo su cuerpo se tensaba sobre la silla.

Sacó la esclava con la mano temblorosa y leyó lo que ponía en la chapita por ambos lados. A continuación, me la entregó y me dijo que lo leyera yo en voz alta. No entendía nada, pero hice lo que me pedía.

—« Daniel, 4/5/1980 » —leí.

—No puede ser —susurró.

Me la arrancó de la mano y guardó la pulsera en su sitio. Acto seguido se levantó, cogió la caja y el portaplanos... Y se largó.

La esperé cerca de media hora con cara de « ¿Qué acaba de pasar? ».

Cuando me convencí por fin de que Andrea no iba a regresar, pagué la

cuenta y me marché a casa para enfrentarme a la cara larga de Hugo.



Antes de meter la llave en la cerradura me pareció oír ruidos dentro del piso. Risas, grititos y ... ¡maullidos?

Cuando entré, me encontré con una escena de lo más entrañable: Hugo y Flor, arrodillados en la alfombra del salón y jugando con una pequeña bola de pelo. Parecían dos críos.

La sonrisa de Hugo y sus bonitos ojos me derritieron por dentro.

—Y este enano ¿quién es? —pregunté con una sonrisa en la cara.

Flor me presentó a Tulipán, un diminuto gato negro con nombre de margarina y con un título de experto en amor a primera vista.

Caí rendida a sus patas. Tan sólo tuvo que emitir un tierno «Ramiau» y enrollar su colita a mi tobillo, mientras me miraba con aquellos preciosos ojos de color verde.

—¡Zalamero! —le dije mientras me arrodillaba junto a él en la alfombra.

Era tan bonito...

Y llegó en tan buen momento...

Tulipán había aparecido aquella misma mañana en la puerta del bloque. Flor se lo encontró cuando regresaba de comprar el pan. Se coló con ella en el edificio sin que pudiera hacer nada, la acompañó por la escalera y entró en su casa para quedarse por siempre en su vida.

Sí, aquel precioso gatito negro llenó un hueco en el corazón de mi querida vecina, que por fin estaba preparado para ser ocupado. Parece que hay momentos en la vida en los que todo acaba asentándose a la vez. En el caso de Flor, aquel último ictus, el del hermano de su marido, fue como la segunda muerte de su Salvador. Una muerte anunciada esa vez, mucho más fácil de asimilar. Muchísimo más sencilla de superar.



Cuando cerramos la puerta, después de despedirnos de ella y del pequeño peluche, la magia pareció haberse quedado en mi piso.

Hugo y yo permanecimos allí plantados, el uno frente al otro, mirándonos fijamente.

Sin decir nada.

Sin hacer nada.

Me hundi en sus ojos y recordé su imagen aquel día, año y medio atrás, reflejada en el retrovisor de mi moto. Me pareció sentir en los puños y en las caderas aquellas primeras curvas.

Saboreé de nuevo aquellas emociones recién estrenadas.

Nuestro primer encuentro. Mis balbuceos.

Una noche de brujas.

Una noche de magia.

Desayunos dulces con tostadas de miel y mantequilla.

Noches con sabor a cacao calentito.

Nos miramos intensamente, allí, en el pasillo de mi piso. Recorrimos el álbum de bonitos recuerdos que atesorábamos desde que nos conocimos, y puedo jurar que a ninguno de los dos nos gustaron las últimas fotos memorizadas. Sensación de falta de libertad por mi parte. De reproches. En su caso, supongo que desconfianza. Miedo a mis locuras.

No nos dijimos nada. Sonreímos levemente y nos fundimos en un abrazo. Fue la primera vez que sentí que lo comprendía. La primera vez que intenté comprenderme a mí misma.

—Perdóname. No quería que te preocuparas, por eso lo hice mientras no estabas —le confesé—. No volverá a pasar, te lo prometo.

—Volverá a pasar. Lo sé —me aseguró él, y me alejó de su abrazo para agarrarme por los hombros y mirarme a la cara—. Cruce los dedos para que siga mereciéndome la pena estar a su lado, señorita.

Acabamos la velada desnudos en el sofá.

Risas, caricias y sexo... Lo que viene siendo el lote completo.

Ya en la cama, recordé sus palabras y tuve la sensación de que Hugo me conocía mucho mejor de lo que yo me conocía a mí misma. Recordé mi reacción, la risita de niña traviesa y el haber restado importancia a sus palabras. Sonreí en la cama al recordarlo, pero, por si acaso, le hice caso y crucé los dedos.

*Se suponía que éramos un equipo.
Compañeros de trabajo.
Amigos.*

Aquel día entré como un torbellino en La Napolitana. Desde que había recibido la carta en casa no podía pensar en otra cosa salvo en enseñársela a Enrico.

—Que conste que no estoy gritando ahora mismo porque tienes el restaurante lleno de gente, que sí no...

Enrico estaba en la barra, yo frente a él, moviéndome como una ardilla con exceso de cafeína y, sin embargo, no me hizo ni puñetero caso.

—Enrico, ¡que ya tengo mi licencia! ¡Que soy detective privada de verdad! —exclamé.

Mi amigo/compañero me miró un instante y me indicó que me sentara a su lado, en la barra. Le hice caso y ocupé una banqueta a su izquierda.

Me pregunté qué podría haber en el mundo aquel día más importante que la noticia de mi licencia recién estrenada. La respuesta llegó enseguida: Carmina parecía hablar de algo serio con un señor sentado a una de las mesas más apartadas. Era un hombre corpulento, con cara de asco y mucho pelo en todas las partes visibles del cuerpo. La sobrina de Enrico permanecía de pie junto a la mesa, con la libreta de pedidos en la mano.

Yo no lograba oír lo que decía aquel tipo, pero a Carmina se la veía bastante incómoda con la conversación. Estaba muy seria y con los brazos cruzados. Tiesa como una estaca.

—¿Quién es? —susurré a Enrico.

—Eso mismo me pregunto yo —respondió él con cara de pocos amigos.

Permanecimos alerta unos minutos más. El mentón de Carmina cada vez estaba más elevado, su cuerpo más a la defensiva. Yo no entendía muy bien por qué Enrico no intervenía, pero, claro, tampoco sabía si aquel hombre era un cliente con una simple queja o si Carmina y él se conocían.

El final del encuentro se precipitó cuando ella miró a Enrico con cara de urgencia. Algo de lo que había dicho aquel tipo la alarmó de verdad, trató de marcharse de su lado y a él no se le ocurrió otra cosa que agarrarla con fuerza

de la muñeca derecha. Tanto Enrico como yo nos pusimos en pie de un salto.

—¿Pasa algo, Carmina? —preguntó mi jefe, levantando la voz para que todos en el restaurante se enteraran.

Carmina recuperó su muñeca y fue corriendo hacia la cocina; se la veía muy afectada. Sin embargo, antes de entrar, recuperó fuerzas y se dio la vuelta.

—Ada, prepara la cuenta al caballero. Ya se marcha —me dijo en voz alta.

Y siguiendo con la tendencia en lo de elevar la voz, contesté con un sonoro:

—¡Marchando la cuenta para el caballero!

El tipo dejó sobre la mesa un billete de veinte euros para pagar una cerveza y se largó enfadado sin esperar la vuelta. Cuando lo vi de espaldas pude comprobar que lo de su exceso de vello corporal también se extendía, a modo de prado oscuro y rizado, desde el cuello hacia abajo. Acababa de ganarse un buen apelativo: el Osito.

Enrico y Carmina se encerraron en el despacho.

Yo, viendo el panorama, guardé mi licencia en la cartera y me puse el delantal para terminar de atender las mesas. Todo parecía estar más o menos controlado; a punto de dar las tres y media de la tarde, con casi todas las mesas servidas, supuse que en unos tres cuartos de hora podríamos estar cerrando.

—Óscar, ¿estás bien ahí dentro? —pregunté al pobre pinche, que había vuelto a quedarse solo en la cocina.

Asomó una mano con el pulgar hacia arriba por la ventana que daba al pasillo. En todo aquel tiempo, recordaba haber oído la voz de Óscar dos o tres veces como mucho. Es de esas personas que sólo hablan cuando tienen algo realmente importante que decir. Vamos, todo lo contrario a mí.



Carmina abandonó el local con los ojos rojos de haber llorado. Para entonces, mi licencia de detective había dejado de ser el centro de mi atención. Me moría de ganas por saber qué estaba pasando.

—¿Me vas a contar lo que ocurre o no, jefe? —le pregunté asomando la cabeza por la rendija de la puerta.

Cuando le vi la cara, paladeé un asqueroso regusto a pasado. Su aspecto era exactamente el mismo que cuando apareció año y medio atrás la madre de Mari Vila para contratarlo. No pude evitar evocar la herida de bala y el antibiótico para ganado.

—¿Nápoles? —Formulé la pregunta a pesar de conocer la respuesta.

—Nápoles —dijo él atravesándome con la mirada.

No había leído ningún libro de instrucciones que me indicase cómo manejar

una situación como aquella, y mucho menos el específico para Enrico. Mi amigo/jefe/compañero era el mejor ejemplo de « HombreDeCorazónOpacoQueJamásHablaDeSuOscuroPasado» .

Se le veía derrotado. Aplastado por el peso de los años y los recuerdos.

No sabía muy bien cómo hacerlo, pero llegué a la conclusión de que debía ayudarlo.

Di media vuelta y entré en la cocina para pedirle a Óscar que se marchara. Necesitaba quedarme a solas con Enrico porque estaba dispuesta a hacerle vomitar todo aquello que lo destrozaba por dentro.

Se suponía que éramos un equipo.

Compañeros de trabajo.

Amigos.

Enrico me había escogido a mí, a la mujer más pesada y descerebrada del mundo, para caminar a su lado, y aquella mujer pesada y descerebrada lo quería con locura. Yo ya no era capaz de imaginarme mi vida sin aquel maldito italiano. Así que lo sentía mucho, pero tendría que aguantarse con las consecuencias de su elección. Me necesitaba y me iba a tener a su lado aunque no quisiera.

Salí de la cocina con dos trozos inmensos de tiramisú. Preparé dos expresos bien cargados y un par de vasos de Jack Daniel's con hielo, y lo llevé todo en una bandeja a la zona de comedor. Descarté su despacho porque era para él un remanso de paz, el lugar al que quería regresar buscando consuelo tras nuestra conversación.

—Enrico, levántate y ven conmigo —le ordené.

Me sorprendió no tener que decirlo dos veces. Apoyó las manos sobre la mesa y abandonó su sillón de meditar. Me siguió en silencio. Cuando le indiqué cuál sería su sitio, apartó la silla de la mesa y se sentó.

—¿Vas a compartir toda esa mierda con alguien o te la comerás tú solo, compañero?

Sonrió levemente al oír la palabra « compañero» . La verdad es que sonaba realmente bien.

—¿Crees en el destino, Ada? —me preguntó—. ¿Crees que hay momentos en la vida que te marcan como si fueses ganado y te llevan, aunque tú no quieras, de regreso a tu camino?

No tenía ni idea de qué responder. ¿Si creía en el destino? Pues no, la verdad. Tampoco creo ahora en él. Veo la vida como una corriente de energías. Si sabes moverlas, al final eres tú quien construyes tu camino. La gente lo llama « karma» .

—Hace quince años prometí cuidar de Carmina a cambio de venganza —comenzó—. ¡Hace quince años, Ada! Ha pasado demasiado tiempo. —Alargó el brazo y cogió el vaso de Jack Daniel's—. Mi corazón está cansado... y viejo. —

Suspiró hasta haber vaciado casi todo el aire de sus pulmones—. Creo que Gennaro ha decidido que ha llegado el momento de saldar su deuda.

Dio un largo trago de bourbon y permaneció un rato mirando al vacío antes de volver a hablar.

—El final de mi misión se precipitó cuando me informaron de que Giorgio Napolitano iba a enviar a Nápoles a un auténtico escuadrón, formado por soldados, policías y *carabinieri*, para restablecer el orden allí —comenzó a explicar con energía Enrico—. En poco tiempo, cerca de mil efectivos iban a limpiar por la fuerza la ciudad y aquello podía comprometer seriamente mi misión.

Enrico estuvo infiltrado en una de las principales familias de la camorra algo más de dos años, o eso era lo que yo recordaba de la primera vez que habíamos tocado el tema.

—Unas horas antes de la carga militar y policial, todo el entramado en el que había estado moviéndome se derrumbó por la intervención de la Unidad de Mafias. Como no podíamos levantar sospechas, yo fui arrestado con los demás y pasé un par de meses en la cárcel.

» Salí a la calle el primero de mayo de hace quince años, acompañado de una mala sensación. Algo me decía que, al igual que yo, muchos de los que debían pudrirse en la cárcel quedarían libres en unas horas. Tenía poco tiempo, el justo para recoger a mis ángeles y llevármelos al aeropuerto en busca de una vida nueva.

Supongo que fue el efecto del alcohol; el corazón de Enrico se reblandeció lo suficiente para provocar un leve derrame acuoso por sus ojos y un temblor de animal desvalido en su cuerpo.

—Perdí la vida aquel día, Ada, en aquella habitación ensangrentada, junto a mi mujer y mi hija —me explicó entre sollozos—. Y te aseguro que lo único en lo que puede pensar un hombre muerto y maldito es en provocar más muerte a su alrededor.

No pude evitar evocar la primera vez que Enrico me habló de aquel aciago día.

La habitación de su bebé con salpicaduras de sangre por todas partes...

Su mujer yaciente en el suelo, envolviendo con su propio cuerpo la envagadura diminuta de su niña...

La rosa blanca junto a aquella nota...

Aquella maldita nota.

—Domenico me encontró en casa con el arma en la mano y abrazado a aquellos cadáveres que un día fueron mi vida. Trataba de decidirme entre matar o morir. Pero no me dejaron elegir.

» No recuerdo lo que ocurrió después. No sé quién me arrancó a mi mujer y a mi hija de los brazos, ni cómo consiguieron quitarme aquella ropa

ensangrentada. Si recuerdo que acabé en el aeropuerto, acompañado por Domenico y escoltado por no sé cuántos compañeros más.

» Estaba desesperado. Acorralado. Recordé de pronto la sonrisa de mi ángel y la suave risa de mi bebé, y me propuse salir de allí, dispuesto a perder la vida vengando sus muertes. Localicé el arma de Domenico, disimulada bajo la chaqueta. Si lo pillaba desprevenido podría cogerla y trataría de salir huyendo. Era más rápido que él, mucho mejor tirador... Lo habría conseguido. Pero ni siquiera lo intenté. No después de oír aquella dulce voz: “¡Francesco!”. Cuando me volví no comprendí qué hacía ella allí.

» Gennaro me conocía bien. Yo adoraba a aquella chiquilla, y jamás lo habría atacado estando ella delante. Nuestra conversación fue clara: los padres de la niña habían sido asesinados y él temía por la vida de su nieta. Me ofrecía el nombre de quien había asesinado a mi familia a cambio de que yo la protegiera. “Llegado el momento, cuando todo se haya calmado, iré a buscarla y cumpliré con mi parte del trato”, me prometió. Y yo le creí. La insistencia de Domenico y mis escasas esperanzas no me dejaban ver más posibilidades que aquélla.

» Aquel maldito primero de mayo, yo dejé de ser Francesco Longoni para convertirme en Enrico y aquella jovencita de quince años llamada Violetta tuvo que olvidar su nombre para adoptar el de Carmina, mi nueva sobrina.



Al fin conseguí que mi compañero lo vomitara todo. Para los momentos duros del pasado necesitó un par de vasos más de bourbon. El cansancio acumulado a lo largo de aquellos años pidió su dosis de café. Al final, tras horas de charla, el desahogo dejó una sensación de vacío que sólo pudo rellenar aquel gran trozo de tiramisú.

Nos despedimos como si aquellas horas no hubiesen existido. Un simple «Hasta mañana, jefe» por mi parte. Un tajante «No me llames jefe y no me llegues tarde, que te conozco» por la suya. Y no estoy muy segura del todo, pero, cuando bajó el cierre de La Napolitana dejándome a mí fuera, me pareció oír por lo bajo un «Muchas gracias, Ada».



Llegué a la moto cargada con una intensa angustia que me apretaba el pecho. No tenía ni idea de cómo ayudar a Enrico con todo aquello. Para mí, la Camorra napolitana era algo demasiado lejano, prácticamente irreal. Habíamos hablado

de dificultades a la hora de investigar, de drogas, contrabando y basura, de un concepto de familia un tanto extraño y, sobre todo, de miedo.

Mucho miedo.

Necesitaba saber para poder opinar y terminé haciendo lo que hago siempre que no sé por dónde comenzar: acabé en la librería Picasso comprando todos los libros sobre la mafia italiana que pude encontrar.

*Lo veo muerto en algún sitio,
con sus catorce años recién cumplidos.
Catorce años que duran ya treinta y dos.
Catorce años eternos.*

Hay momentos en la vida en los que parece que todo se complica. Momentos en los que, cuando piensas que las cosas no pueden ir a más y estás dándole vueltas a cómo enfrentarte a tu último problema, aparece otro en escena que te obliga a comprar una agenda para poder organizarte bien en lo que a preocupaciones, estreses y sustos se refiere.



La tarde en La Napolitana con Enrico había sido tan intensa que ni siquiera me acordé de mirar el móvil. Cuando me dio por sacarlo de la mochila, me extrañó muchísimo lo que vi en la pantalla. Tenía quince llamadas perdidas de Andrea y, rematando su insistencia, unos veinticinco mensajitos de WhatsApp.

Andrea: Ada, necesito verte. ¿Podría ser esta tarde?

Diez minutos después:

Andrea: ¿Estás? De verdad, necesito que quedemos, tengo algo que contarte.

Diez minutos más tarde:

Andrea: ¿Ada?

Aquellos mensajes se parecían más a lo que habría escrito una neurótica que a la imagen de Andrea que tenía guardada en mi cabeza. Sus tres últimos mensajes fueron ya diametralmente opuestos a los que esperaba de aquella inspectora de policía con la que solía quedar de vez en cuando para tomar un café. ¿Y su seguridad? ¿Y su fuerza? ¿Dónde estaban?

Andrea: Está bien, entiendo que estés enfadada. Te dejé sola en la cafetería y me marché sin decir nada. Te juro que tengo una buena razón. Coge el teléfono y podrás contártelo. Cógelo, por favor.

Andrea: Ada, ¡me cago en la puta! ¡Cógelo!

Andrea: Perdóname. Estoy un poco nerviosa. En cuanto puedas, llámame, por favor.

Visto lo visto, antes de llamarla por teléfono le mandé un par de mensajes. No quería arriesgarme a que me mordiera a través del auricular del móvil.

Yo: Perdona, preciosa, pero he tenido una tarde muy difícil. No estoy ni enfadada ni molesta ni nada de nada.

Yo: Te llamo en cinco minutos. Estoy llegando a casa.

Yo: R

Cuando llegué al Arco de Elvira me encontré a Andrea en la entrada del bloque con el móvil en la mano. Se la veía un poco avergonzada, y lo entendí perfectamente. Supuse que ni ella misma se reconocía al leer aquellos mensajes.

—Perdóname, Ada —me dijo nada más verme llegar—. Perdona por haber salido el otro día corriendo y por las prisas de hoy. Es que no estoy llevando esto demasiado bien.

Sentí repelús al verla de cerca. Había perdido peso en aquellos días, y deduje que su sueño no había sido bueno por las oscuras bolsas sobre las que reposaban sus ojos. Por un momento, su imponente metro ochenta se me antojó fantasmagórico.

—Andrea, no tengo nada que perdonarte, así que vamos a olvidarnos de mí, ¿te parece? —le dije muy seria—. ¿Quieres que subamos a mi piso o prefieres que demos un paseo?

Ella comenzó a caminar hacia la calle Elvira y yo la seguí de cerca con la mochila cargada de libros a la espalda.

A aquellas alturas, ya podía considerarme casi una experta en lo que a confesiones cruciales se refiere. Decidí respetar su tiempo de preparación y su silencio.

Recorrimos aquella larga arteria estrecha y empedrada en la que desembocan numerosas callejuelas del Albaycín; salpicada, aquí y allá, de distintas épocas y culturas variopintas. La calle Elvira es un auténtico caudal lleno a rebosar de gente cargada de sonrisas y ávida por descubrir todas y cada una de las sorpresas que esconden sus rincones. Aroma a cultura árabe, a especias y té. Sabor a dulces de canela y miel. Sin duda, uno de mis paseos favoritos por Granada, cargado de encanto y de magia.

Un paseo del que no pude disfrutar como habría deseado. Me pesaba una profunda sensación de agotamiento tras la tarde con mi compañero, y mi necesidad de descansar y de aclararme las ideas provocó que el recorrido hacia Plaza Nueva se me hiciera eterno. Mientras Andrea avanzaba enfrascada en su cabeza, mis pensamientos saltaban sin previo aviso desde el interior de mi cráneo hasta la calle. Lo mismo me centraba en el pasado de Enrico y Carmina, que me imaginaba tomando un té moruno y un dulce árabe típico en la tetería Las Cuevas, una de mis preferidas.

Una vez en Plaza Nueva, Andrea se dirigió hacia la iglesia de San Gil y Santa Ana y se sentó en el largo e imponente banco de piedra que la delimita a la izquierda. Fue allí, con el río Darro a nuestras espaldas, sintiéndolo fluir bajo los pies, donde la inspectora de policía comenzó a hablar por fin.

—La verdad es que no sé muy bien si darte las gracias u odiarte hasta el fin de mis días.

Sus primeras palabras me hicieron sentir un pellizco en la boca del estómago. Me miraba con una sonrisa de mentira, de esas que solemos dibujar cuando no queremos que se note la frustración o la pena. Antes de continuar hablando, sacó la pulsera del bolsillo de su pantalón y me la mostró.

—Esta esclava es el motivo por el que decidí ser inspectora de policía —comenzó, y supe inmediatamente que lo que venía a continuación no iba a gustarme—. Perteneció a mi hermano Daniel. Fue un regalo de mis padres, por su primera comunión —me explicó—. Él la odiaba; no le gustó el día que tuvo que ponérsela para ir a la iglesia y siguió sin gustarle tres años después cuando comenzaba a apretarle la muñeca. Sin embargo, no se la quitó jamás porque sabía que a mi madre le encantaba que la llevara puesta.

Andrea permaneció por un momento anclada en el pasado y yo, sin saber muy bien adónde quería llegar, le pedí que continuara hablando.

—Cuando Daniel desapareció yo tenía cinco años. —Un nuevo pellizco en el estómago—. Por aquel entonces vivíamos en pleno centro de Jaén... Ya conoces la ciudad, es un lugar tranquilo, y hace treinta años lo era mucho más. Mi hermano salió con sus amigos una tarde y no regresó. —Hizo una pausa para

respirar hondo antes de proseguir—. Mis padres denunciaron la desaparición aquella misma noche porque no era normal, él no solía ausentarse. Sus amigos aseguraban que Dani había vuelto a casa antes del anochecer, pero en el barrio nadie lo había visto. Pasaron los días, luego las semanas... hasta que comenzamos a contar su desaparición por meses.

» Mis padres empapelaron la ciudad de carteles con su foto. Bajo la imagen, describían la ropa que vestía aquel día y hablaban de la pequeña esclava que llevaba puesta en la muñeca. Esta misma esclava que has encontrado tú tras la lápida. —Me la volvió a mostrar.

Andrea inspiró profundamente, se tragó la emoción y reorganizó de nuevo sus pensamientos.

Yo estaba hecha un guiñapo. Después de lo de Enrico, lo último que habría esperado era una historia como aquella.

—Con la desaparición de mi hermano Daniel, también se fueron mis padres —continuó—. No físicamente, claro, pero yo me sentí la niña más sola del mundo. Fui dando tumbos de un lado a otro. Primero a casa de mis tíos, luego con mis abuelos. Nadie me explicaba nada y yo, tan pequeñita como era, me sentí abandonada.

» En pocos meses pasamos de ser una familia feliz a otra tremendamente desestructurada. Niña apartada y protegida de la realidad. Madre que culpa a su marido por no hacer nada más. Padre que, desesperado, acaba pendiendo de un olivo, con una soga al cuello.

—Lo siento mucho, Andrea —atiné a decir.

—No lo sientas —me replicó, molesta—. Fue un cobarde. Nos dejó solas a mi madre y a mí.

« Fue un cobarde » .

Aquella frase retumbó en mi cabeza durante un rato. ¿Cobardía? Tener el valor de quitarse la vida, ¿una cobardía? No lo sé. Siempre había creído que el suicidio era un tema lo bastante serio para no juzgarlo a la ligera. Pero podía entender la postura de Andrea: probablemente era más fácil para ella culpar a su padre que comprender su sensación de impotencia.

Fue justo eso, la muerte de su padre, lo que provocó la reacción de la madre de Andrea. Dos años y medio después de la desaparición de Daniel, decidió perder la esperanza de encontrarlo y centrarse en su pequeña.

Se mudaron a Granada y estrenaron vida nueva. Una vida cargada de malos recuerdos, eso sí, pero una vida al fin y al cabo.

Su madre encontró trabajo de camarera, compró un pisito en un pueblo de las afueras con lo que le habían dado por su casa en el centro de Jaén y educó a su hija lo mejor que pudo, a pesar de vivir con un miedo constante a perderla.

Supongo que el pasado de Andrea y esa sobreprotección de su madre fue lo que la llevó a convertirse en la inspectora de policía distante y recta que yo

conocía.

—De eso hace ya treinta y dos años, Ada. Si Dani estuviera vivo, ahora tendría cuarenta y seis —me explicó—. Y, aunque mi madre la hubiera perdido, yo siempre conservé la esperanza de encontrarlo con vida. Cada año, en su cumpleaños, solía imaginármelo celebrándolo con alguien querido a su lado. Fantaseaba con su aspecto actual. ¿Sería gordo o delgado? ¿Conservaría aún las pecas que yo recordaba? ¿Tendría ya canas? A mí me salió la primera al cumplir los veinticinco. Pero ya no —me dijo mirándome fijamente a la cara y con un pesar en el rostro que acabó doliéndome por dentro—. Ya no... Desde que me diste esta esclava he dejado de imaginarlo con vida. Lo veo muerto en algún sitio, con sus catorce años recién cumplidos. Catorce años que duran ya treinta y dos, Ada. Catorce años eternos.

Hizo una pausa para respirar hondo. Se tragó el llanto.

—No he conseguido dormir desde que me la entregaste. He intentado dar sentido a todo esto. Esta esclava me dice que Daniel murió hace tiempo, pero ¿por qué no estaba en esa tumba? ¿Dónde está el cuerpo de mi hermano? —me preguntó, angustiada, sin buscar en mí esa respuesta—. Y, lo que más me aterra de todo, ¿para qué tantas tumbas?

Su cuerpo pareció languidecer por un instante, como vencido por la pena y la incertidumbre. Acto seguido, se recompuso y continuó hablando.

—Había pensado enviar una petición formal para tratar de reabrir el caso de la desaparición de mi hermano. Incluiría en el informe lo de las lápidas repetidas y desperdigadas por los cementerios españoles y fotos de lo que encontraste en el interior del nicho de Jaén. Sin embargo, denegarían mi petición porque no podría explicar cómo fueron sustraídos de la tumba los dos objetos.

Guardé silencio un instante.

—Gracias, Andrea —dije al fin, sintiéndome un poco egoísta—. No sé cómo agradecértelo, acabo de recibir mi licencia y comenzaba a pensar que iba a perderla por esto.

—No me lo agradezcas, de nada me serviría explicar que has sido tú quien ha abierto la tumba. Probablemente habrían desestimado las pruebas. Y, en caso de haberlas tenido en cuenta, me habría perjudicado el hecho de que la esclava perteneciera a mi hermano. He dado muchas vueltas al tema. A mí lo que realmente me interesa es que no se sepa que tengo una relación personal con este caso. No puedo permitir por nada del mundo que me aparten de él. Por eso lo que pretendo es que esta esclava desaparezca hasta que llegue el momento adecuado.

No la entendí. Quería hacer desaparecer la esclava, pero ¿cómo? La lápida ya estaba rota y habían pasado dos días.

—¿Y qué tienes pensado hacer? —le pregunté, aun intuyendo que lo que iba a contarme no me gustaría.

—Lo que estoy haciendo en este momento. —Su cara parecía haber recuperado toda la fuerza—. Contratar a una detective privada para que reúna las pruebas suficientes que me permitan abrir este caso.

En aquel momento Andrea volvió a ser la mujer fuerte y distante que yo conocía. Lo tenía todo calculado milimétricamente: yo la ayudaría a dejar la lápida de Jaén tal cual estaba antes de que yo la abriera. Un par de amigas de confianza ya se habían encargado de comprar por separado la lápida de granito verde y las letras. Ellas mismas pegarían la inscripción para que pudiéramos tener la lápida lista para el día siguiente.

Tras colocarla en su sitio y rezar para que nadie se diera cuenta de que un nicho destrozado, de repente, volvía a aparecer como nuevo, yo me encargaría de buscar datos que relacionaran las tumbas repetidas con hechos delictivos ocurridos en las zonas donde se encontraban.

Andrea estaba convencida de que si la lápida de Jaén estaba relacionada con la desaparición de su hermano, el resto de las lápidas también encerrarían algún misterio, y yo debía encargarme de resolverlo.

No sé cómo lo verás tú ahora, pero a mí en su momento me pareció todo muy complicado. Andrea necesitaba encontrar a Daniel y no quería por nada del mundo que la apartasen de aquel caso. Pero, mirándolo fríamente, ¿no habría sido más sano para ella que otro se encargara de su hermano? En aquel momento preferí no decir nada. Andrea estaba obsesionada con llevar personalmente el tema, y yo no quería meter aún más la pata.



Cuando llegué a casa aquella noche estaba al borde de un ataque de ansiedad. Me encontraba frente a mi primer caso real como detective con licencia, sin saber muy bien si debía sentirme culpable u orgullosa por haber abierto aquel nicho. No tenía ni idea de cómo afrontar aquello. De hecho, no quería afrontarlo, pero me había generado la obligación moral de hacerlo con aquel maldito golpe de mala suerte.

¿Abrir una tumba, movida por una obsesión de mujer irresponsable, y acabar encontrando indicios de la muerte del hermano de una amiga? ¡Venga ya! Eso no es una casualidad, es una putada.

¿Cómo iba a ayudar a Enrico? Porque mi compañero también me necesitaba. Y, más descorazonador aún, ¿a quién pediría yo ayuda?

Me veía de nuevo sola ante un caso que se me hacía aún más difícil que el de Mari Vila.

Sola.

—Ada, cielo, parece que has visto a un muerto —me dijo Hugo nada más entrar yo por la puerta.

¿Sola?

—¿Y las bisagras? ¿Cómo son las bisagras?
Silencio por mi parte y un leve tic en el ojo.

—Os juro a las dos que no tengo ni idea de cómo he acabado metido en esto —nos dijo Hugo, con cara de mosqueo, a Andrea y a mí.

Yo sí que sabía por qué: por su necesidad de tenerlo todo controlado.



Cuando llegué a casa la noche anterior y se lo conté todo, esperaba que me cayera una bronca monumental. Hugo me regañaría, yo me sentiría culpable por mi alto grado de irracionalidad, pasaríamos un par de días distantes y, mientras tanto, yo me iría metiendo sola en aquel berenjenal.

Imagínate mi sorpresa cuando, después de contarle lo de Andrea y su descabellado plan, va y me dice: «Yo también pienso que la mejor opción es tapar lo del cementerio».

Ahí fue cuando estuve a punto de coger a aquel hombre por los hombros, zarandearlo fuertemente y preguntarle a voces quién era él y qué había hecho con el verdadero Hugo.

Te prometo que no daba crédito. Tenía la sensación de que la única persona madura y con dos dedos de frente en aquel asunto era yo. Imagínate mi desconcierto. Yo, la madura.

Más tarde, cuando me lo razonó con esa mente fría que lo caracteriza, comencé a verlo desde otra perspectiva. Conclusión: o estaba dentro de la peli *La invasión de los ladrones de cuerpos* y me habían abducido a mí también o todo aquello realmente tenía sentido.

Hugo consideró mi impulso de colarme en el cementerio de Jaén como un golpe de suerte.

—Si no lo hubieses hecho, la inspectora Andrea jamás habría tenido noticias de su hermano —me dijo.

Lo importante ya no era perder o no mi licencia. Desde el punto de vista de Hugo, aquello era mucho más serio. Yo era Ada Levy, la reportera de la revista que había ideado « El Juego de los Cementerios », gracias al cual *Moter@s* había incrementado sus ventas una barbaridad. Cabía la posibilidad de que la policía se tomara la aparición de la pintura y la esclava como una estrategia de marketing más, y eso habría sido desastroso para Andrea y las posibilidades de descubrir qué ocurrió con su hermano.

Aqué fue el primer gran consejo de Hugo: la revista debía retirar de la red la página y el blog de « El Juego de los Cementerios » antes de que yo comenzara a investigar en serio en torno al caso.

Llamé a Alfonso a primera hora de la mañana siguiente y le dije que había que hacer desaparecer el juego. Decidí ser sincera a medias con él; primero le expliqué que había un asunto serio de fondo del que no podía hablarle aún y luego traté de convencerlo asegurándole que no era un cierre definitivo, que en unos meses, antes de que perdiese fuerza, lo relanzaríamos de un modo más completo e impactante.

Como veía que no terminaba de ceder, recurrí a algo que me habría gustado no tener que usar: el chantaje emocional.

—Me lo debes —le solté muy seria—. No puedo volver a correr peligro por culpa de la revista, Alfonso. Un dedo menos es más que suficiente.

Ya no tuve que decir nada más. Al cabo de unas horas, todo indicio de « El Juego de los Cementerios » había desaparecido de internet.



Después de hablar del tema de Andrea y pasar de soslayo por el problema de Enrico, Hugo quiso saber cómo íbamos a hacer lo de la lápida a la noche siguiente. Se puso muy nervioso cuando descubrió que ni siquiera me lo había planteado.

Me pidió que sacase unas fotos para poder examinar bien las lápidas y cuando vio la cerradura me preguntó, profundamente alarmado:

—¿Y las bisagras? ¿Cómo son las bisagras?

Silencio por mi parte y un leve tic en el ojo.

Una gran torpeza la mía, el no haber caído en la cuenta de que una lápida con cerradura debía de tener bisagras.

—¿Cómo abre si no? —me preguntó, para echar aún más sal en la herida.

Suerte que Andrea tenía mucha más capacidad que yo para fijarse en esos « detalles sin importancia » y se había asegurado de recoger un par de días antes todos los trozos de la antigua lápida que dejé tirados encima del montón de

escombros.

Nos reunimos aquella misma mañana en mi piso. Hugo, después de observarnos un rato, decidió ponerse él mismo a transformar aquel trozo de granito verde con la inscripción en una copia exacta de la lápida que una servidora había roto. Sacó la cerradura de la antigua y la adaptó a la nueva, atornilló las bisagras en su sitio y, al final, se la dejó a Andrea para que la limpiara y eliminara las posibles huellas.

Cuando terminó con la lápida, hizo lo mismo con los objetos. Limpió el portaplanos y lo envolvió en plástico con la pintura dentro. A continuación, dejó impolutas tanto la esclava como su cajita. Los objetos acabaron en bolsas de plástico.

A mediodía lo teníamos todo preparado y guardado en un armario.

Nos despedimos a eso de las tres, después de un almuerzo ligero.

Andrea quedó en recogernos a las doce de la noche, así que tuve toda la tarde para seguir ordenando mis ideas.

*Estaba enfadada.
 ¿Impaciencia?
 ¿Cabezonería?
 ¿Exceso de confianza?
 ¿Confundir valentía con temeridad?
 ¿Tomar decisiones en caliente?*

No sé lo que habría hecho si Hugo no hubiera estado a mi lado aquel día. Mi cabeza era una tormenta descontrolada de pensamientos inconexos, y me sentía tan perdida que sólo podía pensar en meterme en la cama y olvidarme del mundo hasta que todo hubiera pasado.



Unos minutos después de que Andrea se marchara de casa, recibí una llamada de Enrico.

—Ada, creo que a Domenico le ha pasado algo.

Tuve que sentarme al oír aquello. El tema de Enrico se revelaba aún más grave de lo que ninguno de los dos habíamos pensado.

—Necesito comprobar que todo anda bien, saber cómo están las cosas por allí. Pero yo no puedo ausentarme de Granada. No quiero dejar a Carmina sola en estos momentos.

Cuando dejé a Enrico en La Napolitana, lo primero que hizo fue tratar de hablar con Domenico para ver si se encontraba bien. No logró localizarlo por ningún medio y acabó temiendo lo peor. La única forma de comprobar que todo marchaba bien era viajar a Nápoles y, como él no quería alejarse de su sobrina, me lo pidió a mí.

Con aquella llamada, Enrico me demostró que confiaba plenamente en mí. Tanto, que me encomendaba cuidar una parte de su pasado que él había mantenido guardada bajo llave durante años.

Por eso mismo me sentí tan mal cuando fui consciente de que debía decirle que no.

—Podrías salir pasado mañana desde Málaga. Te daría un par de direcciones y nombres. Sería sencillo.

Me sentí tan ahogada por la angustia que estaba viviendo Enrico, tan mal por tener que negarme a ayudarlo, que no fui capaz de hacerlo.

—¿Puedo confirmártelo luego? —le pregunté un poco agobiada—. Es que estoy metida hasta el cuello en otro tema y tengo que ver cómo me organizo.

—Claro, claro. —Su voz sonó contrariada—. Pero ¿tú estás bien? —quiso saber.

—Sí, no te preocupes —le aseguré—. Lo que pasa es que al final ha resultado que lo de las lápidas venía con sorpresa. Ya te contaré. Voy a ver si me organizo y te digo luego, ¿OK?

Hablé con él con una entereza nada propia de mí. De hecho, cuando colgué el teléfono y evalué lo que acababa de pasar, casi entro en pánico. A Andrea no le iba a hacer ninguna gracia que me largara a Nápoles estando lo de su hermano de por medio.

—A ver, ¿me lo explicas? —me preguntó Hugo.

—¿Que si te lo explico? Pues es muy sencillo: que me va a dar un ataque al corazón.



Hugo se llevó las manos a la cabeza cuando le conté lo del viaje a Nápoles. Me razonó de todas las formas posibles lo desaconsejable que era para mí hacerle aquel favor a Enrico. Pero estaba librando una batalla perdida de antemano: en situaciones puramente emocionales, mi capacidad de razonamiento suele verse reducida al cero por ciento.

—Te entiendo —le dije—, pero tengo que hacerlo. Ahora mismo mi vida tiene cuatro patas y una de ellas es Enrico. Lo siento, pero no puedo fallarle.

Con el tiempo, aprendí a interpretar los silencios de Hugo. En aquella ocasión, aquel mutismo y el paseo a la cocina a por un vaso de agua los interpreté como un «Voy a tragarme lo que pienso y a averiguar cómo seguir ayudando». Me falló un detalle primordial del que no me he dado cuenta hasta que ha faltado en mi vida: muchos de sus silencios los causaba una herida que yo misma había ido abriendo poco a poco. Supongo que para Hugo fue muy duro sentir que, de esas cuatro patas sobre las que se asentaba mi vida, la menos importante para mí parecía ser la que él representaba. Y digo parecía, porque la realidad era otra muy diferente.

Es una mierda sentir y no ser capaz de demostrarlo, ¿no crees?

—A ver... ¿qué necesitas? —me preguntó cuando regresó de la cocina.



Salimos de casa en torno a las cinco de la tarde y fuimos directos a Carling a comprar una Moleskine.

Cuando ocurrió lo del Asesino de la Hoguera, el cuaderno de notas que compré se convirtió en algo casi sagrado para mí, mi fuente de creatividad e información, así que pensé que estrenar una Moleskine con el caso de los cementerios podría ser una buena idea. De hecho, los cuadernos de notas acabaron convirtiéndose en una costumbre obligada. Tengo un cajón con tantas libretas Moleskine como casos he llevado.

Después de la compra decidimos resguardarnos de la lluvia otoñal en el centro comercial Serrallo Plaza. No soy demasiado de centros comerciales, pero, para mí, un lugar en el que una música agradable, muchas veces jazz, suele acompañarte allá donde te encuentres acaba teniendo puntos extra. Eso sí, siempre que no transmitan los partidos de fútbol en una pantalla gigantesca.

Ocupamos una mesa en la cafetería Bombón Café y, cuando nos sirvieron, la tormenta de pensamientos regresó a mi cabeza aún más cargada de truenos y relámpagos.

—Me va a explotar el cerebro, Hugo. Sé lo que tengo que hacer, pero no cómo hacerlo —le confesé—. Y lo que más agobiada me tiene es lo de Enrico. Me juré a mí misma no repetir jamás lo que hice con Mari Vila.

Ya habíamos hablado sobre aquello alguna vez. Es cierto que saqué muchas cosas positivas de mi viaje a Galicia. Conocer a Hugo fue una de ellas. Pero, a pesar de todo, no podía perdonarme a mí misma el haber huido de la angustia que me provocaba no encontrar a María. Tengo que ser crítica conmigo: si no hubiese sido por un buen puñado de golpes de suerte, jamás habría dado con ella.

Puede que fuera aquello lo que me tenía tan nerviosa: encajar de nuevo un viaje teniendo pendiente una investigación importante. Lo que me había encargado Andrea me resultaba lo más difícil del mundo, sobre todo teniendo en cuenta que las únicas pruebas que teníamos iban a desaparecer en cuestión de horas en lo más profundo de aquel nicho.

—A ver, cielo, mírame. —Hugo me cogió de la mano para sacarme de mis pensamientos—. No tengo conocimientos de criminología, y mucho menos experiencia en investigación privada, pero lo que sí puedo asegurarte es que soy bueno solucionando problemas.

Ahí tenía razón. Hugo era muy bueno en su trabajo y pocos casos se le

resistian. Aún me sonreía al recordar el día que me dio su tarjeta. « Solucionador de problemas» , rezaba aquel pedazo de cartulina. Lo que no podía imaginar era que aquella frase fuese tan cercana a la realidad.

—Saca tu cuaderno que voy a enseñarte cómo se hace un DAFO.

Y eso hicimos aquella tarde: un DAFO de mí misma. Me pidió que dibujara un cuadrado en la primera hoja y que, a su vez, dividiera ese cuadrado en cuatro partes iguales.

A nivel empresarial, los análisis DAFO ayudan a plantear las soluciones que deberían ponerse en marcha para aprovechar las oportunidades detectadas y preparar a la organización contra las amenazas teniendo en cuenta tanto nuestras debilidades como nuestras fortalezas. Vamos, que Hugo se puso a hacer aquella tarde un análisis de Ada Levy como si Ada Levy fuese una de sus empresas. Lo más sorprendente de todo es que funcionó.

—Vamos a simplificarlo todo un poco, ¿vale? —me propuso—. Esto es lo más sencillo y eficaz que se me ocurre para ayudarte a tomar tus próximas decisiones. En un análisis DAFO, las oportunidades y las amenazas son factores externos que pueden facilitarnos o hacernos más difícil la consecución de nuestro objetivo, mientras que las debilidades y las fortalezas son cualidades propias, son puntos débiles y puntos fuertes internos. ¿Lo entiendes?

Claro que lo entendía. Había visto a Hugo mil veces analizar empresas utilizando los cuadraditos. Siempre me decía que, a la larga, lo más simple era lo más eficaz y por eso comenzaba su trabajo desde la base que le proporcionaban los análisis DAFO.

—Venga, rellena mi cuadrado —le pedí.

—De acuerdo. Que conste que yo te digo lo que veo y puede que, en algún caso, no te guste lo que vas a oír. Empezamos por la parte más difícil de asimilar: los puntos débiles.

Respiré bien hondo para no saltar a la primera de cambio. Me dije a mí misma que Hugo sólo intentaba ayudarme y que todo lo que estaba a punto de decir tenía como único fin sacar lo mejor de mi persona.

—Creo que tus principales debilidades son querer abarcarlo todo, confundir valentía con temeridad, la inexperiencia, la impaciencia, la cabezonería, el exceso de confianza y el tomar decisiones en caliente —enumeró—. ¿Añadirías algo más?

Estaba enfadada.

¿Impaciencia?

¿Cabezonería?

¿Exceso de confianza?

¿Confundir valentía con temeridad?

¿Tomar decisiones en caliente?

Quise replicarle, pero todas las explicaciones en torno a mis supuestas

debilidades me parecían más excusas que otra cosa. Así que acabé tragándome aquel puñado de verdades y traté de no atragantarme con ellas.

—No tengo nada que añadir. Continúa —le pedí un poco molesta.

—De acuerdo, continuo. Pero recuerda que está en tu mano parar esto cuando quieras. Podemos hacerlo a tu manera. —Hizo una pausa para ver cómo reaccionaba yo, y al no haber respuesta por mi parte, prosiguió—. Pasemos a tus fortalezas. Tienes una gran capacidad de intuición, lo demostraste en tu primer caso con Mari Vila y lo veo cada día que paso contigo. Es una de tus principales cualidades.

La cosa ya no iba tan mal. Cuando pasamos de mis defectos y nos centramos en mis virtudes, lo del análisis DAFO volvió a parecerme una buena idea.

—Junto a tu intuición, yo destacaría la cabezonería de nuevo, porque es lo que hace que no te rindas jamás; y también tu capacidad de trabajo, tu optimismo y tu creatividad. Yo añadiría alguna más, pero creo que son las mejores cualidades que puedes tener en un trabajo como el tuyo. Ah, y casi se me olvida la más importante de todas: tu increíble capacidad de empatía. Sabes dar a cada uno lo que necesita y eso, en tu oficio, es tremendamente importante. Y ahora, ¿cuáles crees que son tus principales amenazas?

Cogí el cuaderno y eché un ojo a lo que había escrito Hugo en los recuadros correspondientes a debilidades y fortalezas. Luego miré los que aún estaban por rellenar y pensé en las amenazas. ¿Qué cosas que no dependían de mí podían hacerme difícil avanzar?

—No poder contar con las pruebas que ya teníamos es una putada —solté de pronto.

—Desde luego, eso es una clara amenaza. Tenías unas pruebas que no vas a poder usar porque tienen que dejar de existir. Pero, por el contrario, esas pruebas te han aportado una información valiosa, una gran oportunidad: sabes que la tumba de Jaén está relacionada con la desaparición del hermano de Andrea, y ese detalle da una gran importancia al resto de las lápidas repetidas. No lo olvides —me aclaró Hugo con su bonita sonrisa mellada acompañando a sus palabras.

—Tienes razón —admití—. Otra amenaza es la ausencia de registros a nivel nacional que me permita tener información sobre las tumbas. Pero... —me apresuré a añadir antes de que Hugo se me adelantara—. Pero ahí mi creatividad me ayudó a dar con una oportunidad. Gracias a «El Juego de los Cementerios» ahora tengo el número aproximado de esas lápidas. Espero que no sean muchas más.

Analizándolo de aquel modo, la cosa no iba tan mal. Sobre todo si tenía en cuenta la mayor fortaleza con la que podía contar: mi gente. La gente que me rodeaba fue crucial a la hora de encontrar a Mari Vila y podría serme de gran ayuda en aquella nueva aventura. Era consciente de que Enrico iba a estar solo a medias, pero yo tenía allí a mi tío guapo de los ojos bicolores, dispuesto a

sacudirme las inseguridades y a ayudarme a abrir camino. Además, me había olvidado de una de las personas más importantes en mi primera gran investigación, alguien de quien no había tenido noticias desde hacía cerca de un año y que tenía una capacidad envidiable para conseguir y contrastar información.

Respiré aliviada cuando me acordé de él y, por un momento, tuve la certeza de que todo saldría bien. Mi cabeza comenzó a funcionar a mil por hora y el caos que tanto me agobiaba hacía tan sólo unos minutos fue diluyéndose en una creciente sensación de control.

—Mañana a primera hora tengo que localizar a José Luis.

No quise hacer caso al gesto alarmado de Hugo al oír aquello.

El pasado de Enrico se llama Camorra [...].

Mafia.

Servir, obedecer y callar.

Extorsión y muerte.

Poder.

Aquella noche Hugo y yo cenamos temprano en La Tagliatella, disfrutando de la agradable voz de Michael Bublé como música de acompañamiento.

La Tagliatella es una franquicia de comida italiana en la que el trato es tan cercano y agradable que acabas eliminando la palabra «franquicia» de la ecuación. Enrico siempre bromea con que le pongo los cuernos con unos simples *ravioli nero di seppia con noci e gorgonzola*. Pero es que hay que reconocer que están realmente buenos.

Mientras aguardábamos a que nos sirvieran, lo llamé para confirmarle que iría a Nápoles. Para que todo me cuadrara, le pedí que el billete de vuelta, en lugar de a Málaga, me lo cogiera para Sevilla.



Llegamos a casa con el tiempo justo para prepararlo todo.

A las doce en punto Andrea estaba en la puerta.

Llovía a mares en Granada y en Jaén no fue distinto. El barro nos llegó hasta las orejas en nuestra caminata a través del campo de olivos que rodeaba el cementerio. En aquella ocasión no me hice ningún rasponazo al saltar el muro, pero sí que me llevé un buen morado en el trasero cuando resbalé y me caí, de golpe, al suelo. Me enfadé un montón conmigo misma. Yo, que me tenía por una mujer ágil, no había sido capaz de saltar un simple muro de dos metros sin hacerme daño.

Localizamos el nicho enseguida gracias a Andrea.

Como seguía lloviendo con intensidad, improvisamos un techo con una manta

para evitar que a Hugo le molestara el agua. Se puso a trabajar con una linterna frontal de baja potencia. Quitó los restos de la lápida anterior que quedaban dentro del nicho, desechó los restos de las antiguas bisagras y encajó la flamante lápida en su sitio.

Cuando fue a cerrarla, llegó el problema: Hugo había dejado la cerradura abierta para poder encajar la lápida y, sin la llave, no podíamos dejarla cerrada.

Andrea debía de haber hecho muchos cursos en vídeo sobre cerrajería porque sacó dos llaves maestras y, en menos de dos minutos, la cerró.

—Estuve ensayando en casa, por si pasaba esto —nos explicó al ver la cara de pasmados que se nos había quedado.

[Nota mental: Ada, bonita, a ver si aprendes a planificar un poquito mejor.]



Cuando entramos por la puerta de casa no me lo podía creer. Había sido uno de los días más largos de mi vida. Me sentía agotada, física y mentalmente, y con un frío insoportable por culpa de la maldita lluvia. Estaba tan calada que se me había mojado hasta la ropa interior.

Andrea durmió aquella noche en el salón. Nos dio una burda excusa acerca de lo poco oportuno que era llegar a su piso a esas horas con lo cerca que vivía de la comisaría. «Podrían verme los compañeros», nos dijo. Tanto Hugo como yo nos dimos cuenta enseguida de que no quería dormir aquella noche sola y le acondicionamos el salón para que pudiera descansar tranquila.

Antes de irnos a la cama, mantuvimos una breve charla. Le expliqué por dónde iba a comenzar a buscar y le pedí que me diera unos días. No quise decirle lo de Nápoles; primero, porque quería evitar que pensara que me estaba desentendiendo del tema y, segundo, porque lo de Enrico no debía saberlo nadie más.

Cuando desperté a la mañana siguiente encontré a Hugo a mi lado en la cama, taladrándome con sus preciosos ojos bicolors.

—Ojalá pudiera acompañarte siempre en este tipo de cosas —me dijo—. Puede que no lograra que hicieras menos locuras, pero, al menos, sabría en cada momento si estás bien o no.

Me acerqué a él bajo la suavidad de las sábanas, sin dejar de mirarle a los ojos. Estaba tan calentita allí dentro... Tan cerca de él...

Acaricié sus labios con el dedo índice y después lo besé.

—Ojalá pudiera yo besarte así cada día de mi vida —le susurré—. Ojalá pudiera despertar todas las mañanas a tu lado, mirarte como ahora a los ojos y arrimarme al calor que desprendes. Pero no siempre puedo.

Le sonreí e intenté besarlo de nuevo, pero posó dos dedos sobre mis labios.

—Ada, intento decirte que me preocupo por ti. Necesito que seas consciente de los riesgos que corres a veces. Me gustaría...

—Hugo, no me pasará nada en Nápoles. Va a ser un viaje sencillo: llegar allí, buscar a ese tipo y regresar en dos días, tanto si lo encuentro como si no —le expliqué en cuanto supe por dónde iban los tiros.

Se levantó de la cama. Llevaba puestos unos bóxer que me gustaban mucho. Me dieron unas ganas tremendas de echarle un polvo, pero algo me decía que no era el momento más indicado. Me levanté y lo seguí descalza al cuarto de baño.

—¿Y si te prometo que voy a tener mucho cuidado? —probé de nuevo.

Él estaba ya desnudo, listo para darse una ducha. Se sentó junto a la bañera, sobre la esterilla, y me miró muy preocupado.

—No te pedí que no fueras porque si lo hubiera hecho ni te lo habrías pensado. No soportas que te digan que no hagas algo. Por eso pensé que si te dejaba elegir, cabría la posibilidad de que decidieras que lo mejor era no ir.

—Yo no soy así, Hugo. Soy más razonable que todo eso. —En cuanto me oí, me di cuenta de lo equivocada que estaba—. Bueno, vale, a lo mejor soy un poco así —admití al final.

Me senté frente a él en el suelo para abandonar aquella posición más elevada. Él sonrió levemente y alargó el brazo para agarrarme la mano.

—Puede que no lo comprendas, pero tengo miedo de que pueda pasarte algo. Creo que no te has parado siquiera a pensar a qué vas a Nápoles. —Hizo una breve pausa para escoger bien las palabras y continuó—: El pasado de Enrico se llama Camorra, Ada. Mafia. Servir, obedecer y callar. Extorsión y muerte. Poder. —Con cada palabra, estrechaba mi mano con más fuerza—. Ése es el pasado de Enrico, Ada. Y te pide que te sumerjas en él. Ese hombre no va a Nápoles para proteger a su sobrina, pero ¿quién te protege a ti?

Aquella última pregunta se clavó de lleno en mi orgullo. Estuve a punto de saltar con mi típica frase «Yo me basto para cuidarme solita». Pero entendí a tiempo que Hugo no estaba intentando decirme lo débil que me veía sino lo preocupado que se sentía por mí.

—Cariño, escúchame —comencé sin saber muy bien cómo continuar—. Mi visita a Nápoles puede ser de mil formas diferentes. Puedo llegar allí y encontrarme muerto a ese tipo en cualquiera de los sitios que me ha indicado Enrico o puedo no dar con él en ningún lugar y limitarme a pasear por aquella ciudad maravillosa. Me protegeré. Pienso poner la carita de chica tonta despistada y parecer una turista más —le expliqué para intentar calmarlo un poco—. A mí no me hace demasiada gracia, sobre todo teniendo en cuenta lo del hermano de Andrea, pero puedo asegurarte que si Enrico me está pidiendo esto es porque no puede hacer otra cosa.

No le había contado nunca a Hugo en qué condiciones llegó Enrico de

Nápoles la primera vez que desapareció para solucionar un problema. Por supuesto, aquella mañana tampoco se lo dije. Me limité a acercarme a su desnudez, allí en el suelo, y a meterme entre sus piernas para darle un fuerte abrazo.

—Te prometo que voy a estar bien. Te llamaré dos veces cada día y te enviaré mensajitos de WhatsApp, cargados de fotos y de caritas con besitos.

*Estaré encantado de prepararte la habitación de invitados.
[...] No sabes cuánto me alegra saber de ti.*

Cuenta la leyenda que allá por el siglo XV llegaron hasta Italia desde España tres caballeros de Toledo: Osso, Mastrosso y Carcagnosso. Tomaron tierra en la isla de Favignana y allí permanecieron, ocultos en sus cuevas, durante casi treinta años.

Pasado ese tiempo, salieron de aquel lugar con un código de honor recién creado y se separaron. Osso se quedó en Sicilia, donde fundó la Cosa Nostra. Mastrosso cruzó el estrecho de Mesina y viajó hasta Calabria para crear la 'Ndrangheta, y el último, Carcagnosso, escogió la región de Campania y dio a luz a la Camorra.

Esta leyenda, difundida por la propia mafia, la conocí ojeando en YouTube vídeos de Roberto Saviano, autor de *Gomorra*. En concreto, esa historia aparecía en un programa de la televisión nacional italiana.

Aquel día, mientras esperaba en el aeropuerto de Málaga para coger el primero de tres aviones, pues tenía que hacer dos escalas, rumbo a Nápoles, descubrí que, en el imaginario popular, las tres principales mafias italianas tenían la misma matriz, tanto física como cultural: tres caballeros españoles.

«¿Y por qué España?», me pregunté en aquel momento. Por suerte, me aguardaban horas y horas de viaje a lo largo de las cuales podría zambullirme en todos aquellos libros que había comprado sobre la mafia italiana. Y acabé tan inmersa en ellos que, con datos históricos, cuentos más o menos probados y un toque propio de imaginación, aquella leyenda, al principio tan lejana para mí, acabó pareciéndome demasiado cercana a la realidad.

Lo primero que aprendí fue que Italia, como Estado nacional, existe desde 1861 y que (ta-ta-ta-chán) desde el siglo XIII hasta esa fecha, salvo pequeños periodos, los españoles dominaron el sur de Italia. Así que cuando surgieron las tres principales organizaciones mafiosas, en la primera mitad del siglo XIX, el sur de Italia pertenecía a una rama borbónica española llamada Reino de las Dos Sicilias. Vamos, que iba a ser verdad que las mafias surgieron en territorio español.

Durante ese período hispano en Italia, lo más importante llegó a ser el intercambio de favores con el poder. ¿Y qué quiere decir eso? Pues que el que progresaba no era el que más mérito tenía, sino el que se hacía más amigo de quien mandaba.

Hasta aquí todo más o menos normal, porque esto puede recordar tanto a la película *El Padrino* como a la sociedad española actual, ¿no crees?

Más tarde apareció en mi lectura la Garduña, una organización criminal de la que no hay demasiados datos históricos fiables, pero sí muchas historias fascinantes.

Esta sociedad, que se consideraba a sí misma una organización religiosa, nació y murió en España y sus colonias entre los siglos XV y XIX. Tan religiosa se consideraba que apelaba a razones divinas para robar o asesinar. Y llegó a ser tan poderosa que incluso la Iglesia, a través de su Santa Inquisición, la utilizó en determinados momentos para resolver problemas difíciles.

Según pude leer, estaba formada por criminales de la época y funcionarios corruptos, y para pertenecer a sus filas era necesario enfrentarse a una serie de rituales de iniciación. Daban mucha importancia a la simbología esotérica, y utilizaban palabras de paso y señales de reconocimiento. Entre esas señales, los tres puntos tatuados en la palma de la mano, tan comunes hoy en día en ciertos gremios.

Como buena sociedad secreta, carecía de documentos escritos y estatutos. Toda su historia y su simbología iban transmitiéndose de unos miembros a otros. Un secretismo glacial, gracias al cual no había pruebas de su existencia.

Hasta que ocurrió lo inevitable: apareció el ego.

Sus últimos maestros, en un ataque de vanidad, escribieron el llamado *Libro Mayor*, en el que narraban, como si fuesen heroicidades, las muchas barbaridades que habían llevado a cabo: raptos, robos, violaciones, asesinatos...

Y, mira tú por dónde, el libro llegó a manos de quien no debía. Lo descubrieron en 1821, en la casa del Gran Maestro Alfonso Cortina. ¿Consecuencia? Tanto Alfonso como sus lugartenientes y un montón de garduñistas más fueron ejecutados en la plaza Mayor de Sevilla el 25 de noviembre de 1822.

¿Qué ocurrió después? Pues muy sencillo: se hizo el silencio. La sociedad criminal se creyó extinta en España. Sin embargo, casualidades de la vida, en ese mismo siglo XIX, cuando el sur de Italia aún pertenecía a una rama borbónica española, en el mismo Reino de las Dos Sicilias, surgieron como de la nada, y con pocos años de diferencia, la Cosa Nostra Siciliana, la Camorra Napolitana y la 'Ndrangheta Calabresa.



Así, entre libros y crecimiento intelectual, acompañada del swing de Benny Goodman, llegué a la primera de las escalas de mi viaje: Charles de Gaulle, en París. Lástima no haber tenido tiempo para visitar la Ciudad de la Luz. Al menos sí que tuve una hora para tomarme un buen bocata y un par de cafés.

Al encender el móvil tenía dos correos electrónicos. Uno de ellos, esperado: el de Enrico, con las direcciones que debía visitar al llegar a Nápoles. El otro fue una auténtica sorpresa.

Había estado intentando localizar a José Luis durante todo el día anterior. Su teléfono aparecía constantemente apagado o fuera de cobertura, y no respondió a ninguno de mis mensajes. Acabé preocupándome de verdad, no sólo por el caso del hermano de Andrea, sino porque llevaba sin hablar con él desde hacía mucho tiempo. La última vez fue cuando nos cruzamos en los juzgados, unos minutos después de que el juez dictara sentencia por el caso del Asesino de la Hoguera.

José Luis había estado a punto de fallecer en Córdoba. De hecho, creo que ninguno de los que lo vimos allí, tirado en el suelo y en medio de un gran charco de sangre, comprendemos cómo sigue hoy respirando. Un hombre que decía querer morir y que acabó burlándose de la muerte en su propia cara. O la muerte de él...

Por eso no entendí cómo mi indemnización fue superior a la suya.

Cien mil para mí.

Ochenta mil para él.

La explicación me la dio Andrea en su día: mis secuelas (físicas, psíquicas y estéticas) eran potencialmente mayores. No obstante, yo sabía perfectamente que José Luis me superaba con creces sólo por la parte psicológica. Pero, claro, la muerte de Silvia, su vecina, no podía ser considerada una gran pérdida para él a pesar de que, tras morir ella abrasada por las llamas, se llevó para siempre el corazón del pobre periodista sevillano.

Después de aquel último encuentro, no volvimos a saber nada el uno del otro. Creo que ambos, a nuestra manera, necesitábamos olvidar.

Cuando intenté contactar de nuevo con él, al no recibir respuesta, me pregunté qué habría sido de José Luis. ¿Seguiría siendo aquel cascarón grasiento y destrozado que conocí en Sevilla? ¿Pensaría aún en su escopeta? Deseé de corazón que no respondiera a mis mensajes porque no quería hablar conmigo; aquello era mucho mejor que imaginarlo aún hundido y roto.

Por eso, al ver su correo, me sentí tan feliz que olvidé por completo el

cansancio y el estrés que me ocasionaba aquel viaje.

Hola, Ada:

Disculpa la tardanza en responder a tus e-mails, he estado muy ocupado estos días.

El motivo por el que no has podido localizarme por teléfono es porque hace unos meses decidí guardar mi antiguo móvil en un cajón. Recibía demasiadas llamadas que no quería atender y acabé odiando aquel aparatito.

Pero bueno, por suerte volvemos a estar en contacto y eso es lo importante. Te dejo al final de este correo mi número de teléfono nuevo.

He estado echándole un ojo a lo de las lápidas. Ya me contarás qué es lo que te lleva a pensar que estos nichos están relacionados con desapariciones. Pero vamos, que coincido contigo en que tantas lápidas son demasiada casualidad. Algún motivo tiene que haber.

Si finalmente vienes a Sevilla, avísame con tiempo. Ahora vivo en Umbrete, en la antigua casa de mi hermana. Podrías quedarte un par de noches y así trabajaríamos juntos en el caso. Estaré encantado de prepararte la habitación de invitados.

Un fuerte abrazo,

JOSÉ LUIS

P.D. No sabes cuánto me alegra saber de ti.

Guardé en la agenda el nuevo número de móvil y me levanté de la mesa con una gran sonrisa en la cara. Si la cosa salía como Enrico había programado, mi vuelta de Nápoles sería dos días después y llegaría a Sevilla alrededor de las ocho de la tarde. Aún me quedaban dos días para decidir si quería o no dormir bajo el mismo techo que él. No me agradaba demasiado la idea, teniendo en cuenta mis recuerdos en torno a José Luis. Pero preferí olvidarme del tema y me centré en ir al servicio antes de subir a mi siguiente avión.

Nada.

En la segunda dirección no había nada.

La via Ettore Bellini, junto a la piazza Dante Alighieri.

Nápoles es, con un pelín menos de color, la Cádiz italiana. Una hermosa ciudad a los pies del Vesubio, donde puedes encontrar construcciones de piedra con siglos y siglos de antigüedad junto a modernos edificios de acero y cristal. Elegantes barrios abiertos a la bahía que contrastan con calles estrechas de casas abigarradas, adornadas en sus fachadas con miles de prendas de ropa tendida.

Una ciudad a la que llegué acompañada por el sol de mi tierra y en la que descubrí un ambiente luminoso y cercano, cargado del olor a incienso de las iglesias, de *mamme* chillonas en las ventanas, de corrillos de hombres mayores charlando en voz baja y de chavales golpeando la pelota en calles y plazas.

Durante los dos días que pasé en Nápoles, mi alma se inundó tan intensamente de la música napolitana que me olvidé por completo de Benny Goodman y del swing que me habían acompañado en aquellas horas y horas de avión. Tan sencillo como bajar del taxi y abrir mis sentidos a toda aquella espontaneidad; un atractivo caos, cargado de sonrisas y gente cercana.



La verdad es que Enrico había tenido un gran detalle conmigo. No sabía muy bien si porque se sentía culpable por haberme hecho viajar hasta su tierra o porque pensaba que aquellos días podrían llegar a ser unas auténticas vacaciones para mí.

El hotel Piazza Bellini es un antiguo palacete del siglo XV, totalmente reformado, en pleno centro histórico de Nápoles. Una auténtica preciosidad. Y mi habitación, un magnífico y moderno dúplex, me dejó sin palabras; un ambiente abierto y luminoso que me llenó al instante de sensación de libertad.

Casi me fastidió no poder quedarme allí el resto del día, con lo cansada que

estaba. Habría sido maravilloso subir aquella escalera hasta la plataforma voladiza y desparramarme en la cama durante horas. O quizá me habría sentado mejor un rico baño de sales primero, para salir después en albornoz y hartarme de helado en el sofá mientras veía una película profunda y lacrimosa en la tele de plasma. ¡Ay! Habría sido genial poder comportarme como la protagonista de una de esas novelas *chick-lit*. Y así, con un poco de suerte, entre helado y helado, podría acabar apareciendo Hugo en cueros, con una potente erección y dispuesto a darme placer durante horas. O durante días, ¿por qué no?

Pero como no podía ser y viendo que, con tanta fantasía, no sólo me estaba quedando dormida en el sofá sino que además estaba poniéndome cardíaca, decidí regresar a la realidad en la que la Camorra esperaba al otro lado de la puerta. Aquella realidad en la que mi objetivo de localizar a Domenico Trucco no podía esperar.

Me levanté con desgana para darme una ducha rápida y me puse unos vaqueros, una camiseta y un abrigo negro de corte militar. Pese al sol, la temperatura era muy baja aquel día.

Sustituí los libros sobre la mafia italiana que llevaba en la mochila por un par de guías turísticas, el mapa de la ciudad y mi Canon ultracompacta. El monedero y el móvil los guardé en los bolsillos interiores de la chaqueta para evitar sorpresas no deseadas.

Antes de salir, me planté frente al espejo y comprobé que mi moño estaba lo suficientemente sujeto y que los mechones de mi diminuto flequillo estaban cada uno en su sitio.

—¿Lo llevas todo, Ada? —me pregunté en voz alta—. Casi todo. Lo único que me falta es mi navaja. Lástima no haber podido traerla.

Sí, una auténtica lástima. Ya no iba a ningún sitio sin mi navaja. Según Enrico, es el dedo que me falta, y, todo hay que decirlo, había aprendido a manejarla bastante bien en aquel año.



Me tomé un par de cafés allí mismo, en el hotel, mientras trataba de orientarme en la ciudad y decidía hacia dónde debía caminar.

Mi primer destino era via Toledo y parecía estar muy cerca en el mapa. Pregunté a la camarera que me había atendido y sonrió. Quiso saber si ya echaba de menos mi tierra porque aquel lugar estaba en pleno Barrio Español. Después de indicarme, con ese acento que parece hacer la letra «a» más grande, hacia dónde debía ir, cogí la mochila y me dispuse a caminar.

—Cuidado en aquel barrio, señorita. Mejor no se quede hasta tarde.

Le di las gracias por la advertencia y eché a andar deseando descubrir el Barrio Español y el motivo de su alarma.

Según me contó Enrico meses después, aquel barrio era la mejor muestra del intenso vínculo que hubo entre Nápoles y España. Se trata del barrio más antiguo de la ciudad y la calle a la que yo me dirigía, la via Toledo, era su arteria principal.

Cuando me adentré en aquella zona, tuve la extraña sensación de estar paseando por el barrio del Zaidín en Granada. El ambiente era tan parecido que no me habría sorprendido en absoluto encontrar allí un Merca 80.

Dos diferencias fundamentales: las hileras kilométricas de motos y ciclomotores a ambos lados de la calle y carteles del tipo PROFUMERIA: SUPER PROMOZIONI que daban la nota clara de no estar en mi tierra.

Seguí avanzando hasta encontrar el número exacto de la calle. La verdad es que no sabía lo que buscaba y no es que tuviera ninguna expectativa previa, pero he de reconocer que sí me sorprendió lo que vi.

—¿Una panadería? —me pregunté en voz alta.

Miré de nuevo el móvil para comprobar que no me había equivocado y, según el correo de Enrico, estaba en el lugar indicado.

Dudé por un instante antes de entrar y, ya en el interior, no supe muy bien qué decir. « ¡Maldito el momento en que Enrico me pidió que no me pusiera en contacto con él desde aquí! », grité en mi cabeza. Ya sabía que era por si me pillaban... Por mi seguridad. Pero ¿una panadería?

Aguardé a que la gente se fuese marchando. Si iba a quedar en ridículo allí, mejor que sólo lo presenciara la señora que despachaba al otro lado del mostrador.

Después de una hora entera oliendo el pan recién hecho y cediendo mi turno a todo aquel que pasaba, al fin me quedé sola. Me acerqué al mostrador tímidamente y sonreí.

—*Cosa desidera?* —me preguntó aquella mujer de carita anciana y mirada joven.

—¿Podría darme ese bollo? —le dije señalando el primer pan que vi en el mostrador y sin saber muy bien si preguntar o no.

—*Ah, spagnola?! Una piccola ciabatta per questa bella signorina!* —Cogió mi pan, lo envolvió y me lo entregó.

Saqué el monedero de la chaqueta y le di un billete. Estaba pasando una vergüenza tremenda, simplemente al imaginarme que preguntaba por Domenico y sólo obtenía una carcajada como respuesta. Pero, al fin, unos instantes antes de marcharme, le solté la pregunta.

—¿Ha visto usted a Domenico Trucco por aquí? Me manda Francesco Longoni.

La señora perdió toda expresión en la cara. Casi diría que hasta las arrugas se

le borraron al oír aquel nombre. Salió de detrás del mostrador y me invitó a abandonar el establecimiento con el avance de su cuerpo.

—*Qui non conosciamo nessun Francesco* —me dijo justo antes de cerrarme la puerta en las narices.

Estaba claro que en aquel momento ya no sentía vergüenza. Me había quedado literalmente a cuadros.

Resultaba evidente que aquella dirección era la correcta porque la reacción de la señora no había sido nada normal. Lo que sí me extrañó muchísimo fue que sólo dijera que no conocía a ningún Francesco. Eso no casaba en absoluto con lo que me decía Enrico en el e-mail. «Recuerda que tienes que hablar de mí como Francesco Longoni. Sólo Domenico conoce mi nombre en España», me especificó.

—En fin... Vamos a probar en la siguiente dirección —dije en voz alta recurriendo de nuevo al móvil.



Nada.

En la segunda dirección no había nada.

La via Ettore Bellini, junto a la piazza Dante Alighieri.

Había llegado hasta allí en taxi para no entretenerme demasiado. Pregunté a varios comerciantes de la zona, y los que me entendieron dijeron lo mismo: aquella pizzería llevaba meses cerrada.

Podrías imaginarte cómo me sentí. Sólo dos posibles direcciones para contactar con el puñetero Domenico. De una, no quedaba ni siquiera el local, y de la otra, casi me echaron a patadas.

No tenía ni idea de qué hacer.

Sabía de sobra que no debía buscar a Domenico en su oficina ni cerca de su casa. Eso podría ponerme en peligro y, por una vez, estaba dispuesta a no ser tan tonta como de costumbre. También influía bastante el hecho de no tener esas direcciones.

Enrico me había explicado que la única forma de dar con él era visitando aquellos lugares y que, si allí no podían localizarlo, sólo podría significar que estaba muerto. Pero es que ni siquiera había conseguido que alguien tratara de dar con él. No me habían escuchado.

Antes de caer presa de la desesperación, lo intenté de nuevo en la panadería. Regresé en taxi hasta via Toledo y me planté frente al local dispuesta a conseguir que aquella señora me escuchara.

En cuanto me vio a través del cristal, salió de detrás del mostrador y cerró la

puerta desde dentro.

—*Se ne vada, signorina, se ne vada!!* —me dijo en voz alta desde el interior.

Me volví con el cuerpo cargado de impotencia.

No tenía nada. Y ese nada comenzó a picarme.

Otra de las advertencias de Enrico, tanto en persona como por e-mail, era que no diera a nadie mis datos. Cosa que, cómo no, me había repetido Hugo unas quince veces antes de coger el avión.

Pero, si no podía hablar con esa mujer para explicarle la situación y si tampoco podía dejarle una simple nota dirigida a Domenico para que pudiera localizarme en caso de que aún viviera, ¿cómo narices iba a quedarme tranquila?

Y así fue como cometí LA GRAN ESTUPIDEZ de mi aventura en Nápoles.

Saqué mi libreta nueva de la mochila, escribí una escueta nota dirigida a Domenico Trucco y la metí bajo la puerta de la panadería con mi nombre y el hotel en el que podrían encontrarme.

Claro que, y esto lo pensé justo después, con aquella nota podría encontrarme Domenico o un hipotético cliente con tendencias a la agresión sexual que, al entrar en la panadería, se topase con el papel. Y, ¿por qué no?, un hipotético asesino en serie obsesionado con españolas morenas de flequillo extracorto y lo bastante descerebradas para ir metiendo la pata constantemente en aras de la improvisación.

[Nota mental: Si es que eres más tonta, Ada...]



No quise aparecer por el hotel hasta la hora de dormir. Estuve dando vueltas por los alrededores tratando de convencerme a mí misma de que lo que acababa de hacer no era tan peligroso.

Al final, tanto mi parte coherente como la incoherente llegaron a la misma conclusión: « Si no has hecho nada peligroso ni descerebrado, ¿por qué no llamas a Hugo o a Enrico para contárselo? », me pregunté a mí misma. Pues sí, había metido la pata hasta el fondo. Ya sólo me quedaba rezar para que el diminuto papelito hubiera acabado pisoteado y pegado a la suela del zapato de alguna tierna e inocente viejecita.

Había barajado la posibilidad de no regresar al hotel, pero mis cosas estaban allí y, además, una vez dentro y con el pestillo echado, no tenía por qué entrar nadie. Con ese razonamiento y alguno que otro más decidí regresar a eso de las once de la noche.

Subí con uno de los hombres de recepción después de poner una burda excusa:

—Perdona, pero es que esta tarde no dejaba de gotear el grifo del lavabo y no sé si lograré dormir con el ruido. ¿Podrías acompañarme a la habitación y apretarlo?

Creo que el recepcionista trató de ligar conmigo mientras subíamos, pero, pobrecito, no le hice ni caso. Yo sólo podía pensar en ir un par de pasos por detrás de él y en estar bien cubierta por su cuerpo al entrar en la habitación. Después de muchas películas de gángsteres, había llegado a la conclusión de que, en un tiroteo, si no puedes cubrirte con nada más, es mejor usar un cuerpo. Y el de aquel hombre, con todo su metro noventa y su porte tipo armario ropero, seguro que podría parar algún que otro balazo.

Abrió la puerta, encendió la luz y aguardé a ver su reacción antes de entrar con él en la habitación.

—Parece que el grifo ya no gotea, señorita —me dijo en un español casi perfecto y con una radiante sonrisa de italiano lignoncete.

—¿Cómo es posible? Le prometo que goteaba cuando me fui de aquí. Puede que se hayan dado cuenta los del servicio de habitaciones y que lo hayan arreglado cuando me marché —dije para disimular mientras me aseguraba, mirando en cada rincón, de que no había nadie escondido que quisiera matarme ni nada por el estilo.

Despedí al recepcionista con una gran sonrisa en los labios y pidiéndole disculpas por las molestias.

No respiré tranquila hasta que cerré la puerta con el pestillo y encajé una de las sillas de la habitación bajo el pomo. Al menos, si alguien intentaba entrar, el ruido de la silla me despertaría.

Noté la ausencia de mi cartera en la chaqueta [...] la silla no estaba donde la había dejado.

He regresado al tren.

Estoy sentada en uno de los asientos del centro del vagón, junto a la ventana.

«¿Qué hago aquí de nuevo?», me pregunto.

No hallo respuesta.

«¿Por qué un tren?», quiero saber.

Miro a mi alrededor en busca de alguna pista.

No logro ver nada desde allí, salvo las baldas laterales sobre los asientos, cargadas, de nuevo, con maletas.

Decido levantarme para poder analizar mejor mi situación. Salgo al pasillo y permanezco allí de pie, frente a la puerta que lleva al siguiente vagón.

«HOY», leo en el cartel.

«¿Por qué “hoy”?», me pregunto.

Al mirar hacia atrás me doy cuenta de que me encuentro en el vagón de cola.

«Debo de estar en el vagón del pasado», me digo.

Una desagradable sensación comienza a recorrerme el cuerpo. En el pasado hay cosas a las que no quiero volver a enfrentarme.

Justo cuando soy consciente de ello, en el mismo instante en que comienzo a paladear el miedo, localizo varias cabezas que sobresalen por encima de los asientos.

«No deseo estar aquí», me digo.

«Quiero despertar», suplico.

Pero no despierto. Permanezco allí, en lo más profundo de mi sueño, oyendo de fondo el sonido de la fricción sobre los raíles y temiendo encontrar, en algunas de esas cabezas que sobresalen, caras que no quiero volver a ver.

—Ada, no pasa nada —me animo en voz baja—. Esto es sólo un sueño.

Parece que esa certeza me da valor. Despego los pies del suelo y avanzo, lentamente, hacia los asientos.

Quienesquiera que estén allí no parecen haber notado mi presencia. Avanzo poco a poco, tratando de no hacer ruido, notando un intenso y desagradable

hormigueo en la boca del estómago. Pronto comienzo a reconocer algunos perfiles. Ninguno me da miedo.

—¿Bruno? —pregunto en voz alta—. ¿Qué tal estáis, chicos?

Mi pregunta no obtiene respuesta.

Junto a Bruno están Rubén y Alfredo; cuento a otros cinco amigos entrecomillados con ellos. Permanecen estáticos, mirando al frente. Me sonrío y soy consciente de que sólo son un reflejo de mis recuerdos. Desde la llegada de Hugo a mi vida, no había vuelto a pensar en ellos.

Cuando me vuelvo, casi todos los asientos han sido ocupados. Reconozco a amigos de la infancia; con más de uno hice alguna que otra gamberrada. Siempre fui una niña traviesa, de esas a las que se les ven los cardenales en las piernas bajo la falda. También hay compañeros y profesores de la facultad. Gente que apareció y, sin más, desapareció de mi vida.

Me quedo un rato entre todos ellos, acariciando con mis pensamientos aquellos bonitos recuerdos que ya estaban olvidados. Las tardes correteando a las ovejas en el pueblo de mi madre, los recreos cargados de juegos y alguna que otra pelea en el colegio. Sí que era traviesa, sí.

El primer beso.

El primer cubata.

El primer porro, que también fue el último.

El primer condón en una noche de sexo sin sexo.

¡Vaya años de facultad cargados de inexperiencia!

Pero sí, tenía bonitos recuerdos; tan sólo los había olvidado.

No todo fue una mierda.

«A ver qué más puedo encontrar», me digo, y continúo avanzando.

Me encuentro con numerosos rostros familiares. Algunos bienvenidos; otros no tanto. Disfruto de los bonitos recuerdos; ante los malos, me alegro de que formen parte del pasado.

Sin embargo, hay algo que no me encaja.

Falta un detalle importante.

Una relación que creía superada.

Alguien que, pensaba yo, había relegado al pasado.

Por más paseos que doy a lo largo del pasillo, no logro encontrarlo. Miro al frente con miedo; acabo temiéndome lo peor: algo me dice que mi padre debe de estar sentado en el vagón de mi presente.



Desperté sobresaltada y sin ser muy consciente del lugar en el que me

encontraba. Necesité unos segundos para reconocer la cama del hotel de Nápoles.

—Mierda —dije en voz alta—. ¿Por qué ese maldito tren?

Bajé la escalera del bonito dúplex y me metí en el servicio. Tenía tantas ganas de orinar que bien podría habérmelo hecho encima mientras dormía.

«Un tren —pensé—. ¿Por qué un tren?»

Aquel sueño me había dejado realmente inquieta.

Ya sabes que nunca he confiado demasiado en los loqueros y creo que, para hablarlo un poco, mi cabeza me ayuda a arreglarme por medio de los sueños. Bueno, vale, no a arreglarme; más bien me va indicando qué parches tengo que ponerme.

Lo malo era que, después de aquel sueño, no tenía ni idea de qué hacer. Llevaba años pensando en mi padre como el gran bache del pasado, ese que, a base de fuerza de voluntad, había logrado superar. Y ahora mi cabeza caprichosa me venía con aquello. No me hizo ni puñetera gracia, la verdad.

Seguí dando vueltas al tema mientras me duchaba. El agua calentita me sentó realmente bien.

Para cuando salí del cuarto de baño, ya me había quitado el tema de la cabeza. Me dije a mí misma que bastantes preocupaciones tenía encima para sumar una más.

Me puse ropa cómoda y me disponía a salir en busca del desayuno cuando recordé el miedo que había pasado la noche anterior. Me sentí tan ridícula pensando en mi numerito con el recepcionista que pude notar el rubor calentándome la cara.

Justo cuando noté la ausencia de mi cartera en el bolsillo del abrigo me di cuenta de que la silla no estaba como la había dejado. Descansaba sobre la pared, junto a la puerta.

Rígida como un palo, me di la vuelta con cuidado, como si, en caso de que hubiera alguien allí, mi sigilo pudiera hacer que no me viera.

Revisé la estancia al completo con el corazón golpeándome el pecho con fuerza. No había nadie, ni en la sala principal ni arriba, junto a la cama. El aseo también estaba vacío, igual que la terraza.

Cuando me sentí a salvo, me di cuenta de que no todo estaba como yo lo había dejado. Juraría que los libros sobre la mafia italiana estaban colocados de forma diferente y que la ropa de mi maleta estaba revuelta.

Lo más patente fue la cartera: la encontré junto a mi móvil, sobre la mesa. Cuando la abrí para comprobar que no me faltaba nada, encontré dentro una nota doblada:

Tenemos que hablar, señorita Levy. Esta tarde habrá un taxi esperándola en la puerta del hotel, el conductor sabrá adónde llevarla. No se preocupe por nada, le

prometo que estará usted a salvo.

Primero, las plagas de peste...

Luego, las del cólera.

[...] Montañas y montañas de muerte.

Miles de esqueletos abandonados sin orden ni concierto.

Algo me decía que estaba haciendo lo correcto, pese a haber pasado todo el día deambulando por Nápoles con mil razones bombardeando mi cabeza y aconsejándome que no acudiera a aquella cita. Mil razones de peso en contra y sólo una que me pedía que fuera: el instinto.

A lo largo de aquellas horas había tenido tiempo de hablar un par de veces con Hugo. Le había contado lo bonito que era el hotel, los paseos tan maravillosos que estaba dando por Nápoles y la imposibilidad de contactar con Domenico. Le hablé de la señora de la panadería, y de la pizzería que había cerrado. Para su tranquilidad, le dije que no tenía nada y que, probablemente, volvería a casa sin nada.

No le hablé de la nota que se me ocurrió dejar en aquella panadería y no mencioné en ningún momento mi sensación de inseguridad de la noche anterior.

En cuanto a la segunda nota, esa que alguien había dejado en mi cartera a lo largo de la noche tras colarse en mi habitación y revolverlo todo mientras yo dormía plácidamente... No, de ésa sí que no dije ni pío.



Ma n'atu sole c'chiu' bello, oi ne'.

'O sole mio sta 'nfronte a te!

'O sole, 'o sole mio

sta 'nfronte a te,

sta 'nfronte a te!

No sé cuántas veces pude oírla aquel día. La canción « Oh sole mio » llegaba a mis oídos desde el interior de las casas, a veces interpretada por Pavarotti; en otras ocasiones, por Enrico Caruso. También la oí en la calle, de manos de músicos itinerantes con mandolinas y voces potentes.

Hasta llegué a pensar que debía de ser por algo; quizá el aniversario de la muerte de su compositor. Vete tú a saber.

Incluso el conductor de aquel taxi con los cristales traseros tintados tararearía aquella canción durante más de una hora.

Cuando me vio en la puerta del hotel, se limitó a bajar la ventanilla del copiloto y a pronunciar mi nombre. Asentí con la cabeza, tratando de aparentar una seguridad que no tenía y haciendo bailar mi lengua en el paladar intentando que mis glándulas salivares volviesen a funcionar. Estaba tan nerviosa que notaba una cortante sequedad desde la superficie de los labios hasta bien abajo en la garganta.

—*Signorina* —insistió el conductor del taxi indicándome que subiera.

« Venga, Ada. Seguro que todo va a salir bien », me dije para tranquilizarme y comencé a avanzar hacia la puerta trasera.

El taxista no me dirigió la palabra en todo el trayecto. Se limitó a canturrear mientras yo trataba de adivinar en sus gestos el más mínimo síntoma de amenaza. Tenía los ojos grandes, de un color marrón de lo más común. La piel aceitunada y la nariz recta. Bigote y barba de varios días, casi tan largos como su cabello. Una incipiente calva asomaba por encima del respaldo del asiento.

Emanaba tranquilidad. Justo lo contrario a mí. Todos y cada uno de los poros de mi piel exudaban angustia y desconfianza. Apretaba con fuerza la navaja que había comprado aquella mañana y que escondía en el bolsillo derecho de la chaqueta.

—¿No hemos pasado ya por aquí? —le dije cuando identifiqué por tercera vez la misma plaza.

—*Pazienza, signorina.* —Fue su única respuesta.

Un par de minutos después, cuando comenzaba a plantearme la posibilidad de abrir la puerta del coche y saltar en marcha, entramos en un aparcamiento subterráneo. Todo fue tan rápido que ni siquiera tuve tiempo para alarmarme en exceso.

El taxista bajó del vehículo, abrió la puerta de mi lado y me indicó que subiera a un Fiat 500 negro que había justo al lado.

—Pero...

—Domenico la espera —me dijo antes de que me negara a subir.

« Domenico », dije para mí, y me dejé llevar. Mi corazón siguió latiendo fuertemente el resto del camino, y la áspera sensación de mi garganta me hizo pensar en cuchillas de afeitar. Sin embargo, la remota posibilidad de encontrarme con Domenico, de ayudar a mi compañero Enrico, me animó a seguir adelante

sin vacilar.

El Fiat 500 se detuvo en algún lugar de las afueras demasiado inhóspito para permitirme recuperar la tranquilidad.

Me apeé a la puerta de una pequeña iglesia rodeada por un barrio tirando a rural, con aroma a abandono y excesivamente solitario. El coche y su conductor se marcharon sin avisar.

No te imaginas lo que me alegré de haber comprado la navaja aquella misma mañana. Dicen que la curiosidad mató al gato, y no me apetecía nada morir.

—Gracias por acudir a nuestra cita, señorita Levy. —La voz, con un fuerte acento italiano, me sonó lejana.

Un hombre alto y muy delgado, trajeado, caminaba en mi dirección. Nariz aguileña, ojos pequeños, boca diminuta y una leve cojera al andar.

—¿Es usted Domenico? —le pregunté cuando aún nos separaban unos diez metros.

—El mismo —afirmó, y no dijo nada más.

Siguió avanzando con lentitud, observándome atentamente, y cuando estuvo a poco más de dos metros de mí se detuvo en seco.

—No se preocupe, no voy a hacerle daño.

Si con aquella frase trataba de tranquilizarme, no lo consiguió en absoluto. Mantuve las manos en los bolsillos, agarrando la navaja firmemente con la diestra.

—Venga por aquí —me indicó con un gesto de la cabeza.

Dio media vuelta y dejó la iglesia atrás. Varios metros más allá, una señora mayor nos esperaba en lo que me pareció la puerta de una cochera.

—Quiero enseñarle algo, señorita Levy —me dijo antes de entrar.

—Llámemme Ada.

—Está bien, Ada. Acompáñeme, por favor.

Cuando sobrepasé la línea del portón metálico, la señora lo cerró detrás de mí. Me volví, nerviosa, sin saber qué hacer. Intenté localizar una salida, pero no vi ninguna, salvo saltando el portón.

«Mierda, ya he vuelto a cagarla», me dije.

La rasposa aridez de mi garganta...

El corazón quejándose frenético bajo mi pecho...

En aquel lugar nadie me oiría gritar, y si alguien lo hacía, dudaba mucho que acudiera en mi auxilio. Aquel hombre me tenía completamente a su merced.

¿Y si no era Domenico? Se parecía muchísimo a la descripción física que Enrico me había hecho de él, pero nunca lo había visto en fotos.

Me alteré tanto en tan poco tiempo que ni siquiera me di cuenta de que mi acompañante había echado a andar hacia el interior de aquella cueva.

—Ada, tranquilízate —me ordené en voz baja—. Todo va a salir bien.

Al fin conseguí convencer a mis músculos para que comenzaran a moverse. Decidí creer que aquel hombre era quien decía ser y me prometí a mí misma que aquella noche estaría durmiendo plácidamente en mi habitación de hotel.

—Todo va a ir bien —me animé de nuevo.

Fui tras él, aligerando el paso para poder alcanzarlo, pero cuando miré con atención a mi alrededor y vi lo que había en aquel lugar, no pude avanzar más. Era indescriptible.

Amplias galerías excavadas en la roca.

Un espacio inmenso, cubierto por todas partes de huesos humanos.

Calaveras alineadas.

Calaveras apiladas.

Calaveras llenas de polvo y telarañas. Otras, en cambio, limpias... imaculadas.

¿Alguna vez has visto algo tan fascinante que te ha resultado casi imposible creer que era real? ¿Has vivido en alguna ocasión la anestesia de todos tus sentidos por exceso de emoción? A mí me pasó aquel día, en aquel lugar, donde creí estar viviendo dentro de una auténtica ensoñación. Una ilusión deslumbrante.

—Pero ¿qué...?

El sonido de los pasos de Domenico me hizo reaccionar de nuevo. Continué avanzando tras él, pero admirándolo todo, atenta a cada pared, cada rincón, cada trocito de suelo. Hasta que, de pronto, lo reconocí.

—Yo conozco este lugar —dije fascinada—. Pero en la película Ingrid Bergman entraba por la iglesia. ¿Cómo se llamaba?

Había visitado muchas ciudades de muertos, pero como aquella, ninguna.

—*Viaggio in Italia* era la película —apuntó Domenico—. Está usted en el Cimitero delle Fontanelle, el Cementerio de los Manantiales en su idioma. El mejor ejemplo de hasta dónde pueden llegar la fe y la superstición napolitanas cuando ambas confluyen.

Según me contó Domenico, aquel lugar se creó en el siglo XVII.

Primero, las plagas de peste...

Luego, las del cólera.

En la ciudad había casi tantos muertos como vivos, y el gobierno decidió depositar los cadáveres en un lugar alejado del núcleo de la población. Cuando las grandes epidemias pasaron, aquel camposanto improvisado acabó convirtiéndose en pozo de almas anónimas, tumba de mendigos y de gentes sin nombre.

Montañas y montañas de muerte.

Miles de esqueletos abandonados sin orden ni concierto.

Sin orden, hasta la llegada del padre Gaetano Barbati, quien comenzó a catalogar los restos y a almacenarlos en cajas, criptas y montículos por todo el cementerio. Y con él, cientos de católicos, en la creencia de que aquellas almas

estaban atrapadas en el Purgatorio, comenzaron a adorar aquellos restos.

—En Nápoles existe la costumbre de apadrinar a las almas del Purgatorio —me contaba Domenico—. La *mia mamma* hablaba del *Anime Pezzentelle* como un puente entre la tierra y el más allá; un pasadizo a través del cual los pobres de ambos lados se ayudaban. «Yo cuido de sus restos aquí, les rezo y les doy paz, y esa alma, al haber encontrado alivio en el Purgatorio, me envía suerte a este lado», me explicaba ella.

» Nunca había creído en esas historias que la *mamma* me contaba... Hasta que se llevaron a mi mujer y a mis dos hijas. —Domenico me miró fijamente a los ojos al decirlo—. La desesperación ayuda a creer en cualquier cosa, señorita.

Avanzó un poco y se situó frente a una calavera que descansaba sobre un pequeño altar. Acarició con su dedo índice la brillante superficie.

—No pedían rescate —me dijo—. Sólo querían que les especificara dónde se escondía Francesco. Pero yo sabía que no podía hacerlo. Si lo delataba, no sólo traicionaría a mi compañero sino que, además, mi mujer y mis niñas acabarían muertas. Así que, como un pobre desesperado, acabé aquí. —Sonrió al decir aquello—. Escogí una calavera, la limpié a conciencia, le di brillo y la deposité sobre un almohadón bordado. —Parecía un poco avergonzado al confesarlo—. Vine cada día a conversar con ella y a rezar por su alma. La convertí en parte de mi familia y le hablé de mis chicas y de mi miedo a perderlas. No me atreví a pedir un deseo... Sí que le supliqué por una señal. —Posó sus diminutos ojos sobre mí—. Y la señal llegó.

» Ese mismo día vi a Anna en un programa de la televisión italiana hablando de la desaparición de su hija y del poco apoyo que estaba recibiendo en España.

Esa Anna era la madre de la modelo Mari Vila. Domenico decidió contactar con ella y utilizarla para alertar a Enrico. Sabía que si ella acudía a mi compañero llamándolo por su verdadero nombre, él lo interpretaría como una petición de auxilio y acudiría a Nápoles sin descubrir su escondite en España.

Al final, la cosa no parecía haber salido tan bien. Enrico no consiguió despistarlos a su regreso, cosa que me pareció normal; no tuvo que serle nada fácil volver a casa con aquella herida de bala.

—Ada, quiero pedirle un favor —me dijo Domenico mirándome de nuevo a los ojos—. Dígame a Francesco que he muerto. Para mí él es como un hermano. Pero créame cuando le digo, señorita Levy, que mataría a mi propio hermano si, por su culpa, mis hijas volviesen a correr peligro.



De camino al hotel fui dando vueltas a lo que Domenico me había contado.

Según él, el problema de Enrico ya no era su pasado como *carabiniere* en la Unidad de Mafias. Su problema real era Carmina y el deseo implacable de recuperarla por parte de su abuelo.

Cuando Enrico acudió en su ayuda, Domenico se sintió traicionado. Gennaro pedía a su nieta Violetta como condición para entregar a la familia de su amigo, y la respuesta de Enrico fue tajante: jamás le entregaría a su sobrina Carmina.

Rescataron de milagro a la mujer y a las niñas. Ambos estuvieron a punto de morir; antiguos compañeros que, al cabo de los años, luchaban por defender objetivos distintos.

Fue en aquel momento cuando, ya pasado el peligro, Domenico comprendió que Francesco ya no era Francesco. Aquel hombre se llamaba Enrico y, como hombre nuevo, había acabado construyendo una nueva vida sobre los escombros de la antigua. Ya no estaban sus ángeles con él, pero sí Carmina y sus hijas, junto con todo lo que encontró al llegar a Granada. A todo aquello era a lo que Enrico se aferraba.

Fue muy duro para Domenico sentir que había estado a punto de perder a su familia porque su amigo había decidido proteger, ante todo, la suya propia. Al fin fue consciente: los años y la distancia los habían separado.

Me contó que acababa de jubilarse por enfermedad y que pretendía desaparecer de Nápoles con su mujer y sus dos hijas. No me aclaró cómo de enfermo estaba. La panadería cerraría en unos días y aquel último puente que unía a los dos antiguos compañeros se esfumaría para siempre.

—No estaba muy seguro de si había hecho bien o no citándola hoy aquí. Ahora sé que sí, porque es usted quien ha ocupado mi lugar en España. Y me alegro de ello, porque usted me gusta —me dijo cuando salíamos del cementerio—. Sé que no tiene por qué guardarme el secreto, pero necesitaba despedirme de algún modo de Francesco. Cuide de mi hermano, Ada, porque yo ya no puedo —me rogó.

Aquellas fueron sus últimas palabras. Cuando nos subimos juntos al taxi que aguardaba en la calle, nos dejamos envolver por una atmósfera de silencio. No sé en qué iba pensando él, quizá en sus recuerdos.

Yo, por mi parte, trataba de asimilar aquella afirmación: «Es usted quien ha ocupado mi lugar en España». Aquella sentencia supuso un antes y un después para mí.

Sabía lo tremendamente importante que era Domenico para Enrico. Él mismo me había contado que eran como hermanos. Se habían apoyado mutuamente durante años y habían arriesgado sus vidas para protegerse el uno al otro. Por ello, quizá, aquella revelación fue tan bestial para mí. Yo me veía tan chiquitita al lado de Enrico, tan poquita cosa, que no lograba entender cómo Domenico había llegado a aquella conclusión.

Yo, su sustituta.

Si era cierto, había subestimado el aprecio que me tenía Enrico. Siempre pensé que había comenzado a encargarme trabajillos porque todo me venía bien.

Nos habíamos conocido años atrás en La Napolitana después de un almuerzo tardío, poco antes del cierre. Por aquel entonces, mi semblante era mucho más serio que el actual. Me protegía mucho más. Era mujer de sonrisas abundantes pero parca en palabras. Muy cerrada.

Con él fue diferente. Conectamos enseguida y le conté en diez minutos más cosas sobre mi vida de las que jamás había compartido con nadie.

Le presenté a mi moto, *Chiquitina*, le hablé de mis cámaras de fotos y, en poco más de dos horas, él me había ofrecido la primera posibilidad de colaboración. Al poco llegó la siguiente y, semanas más tarde, tenía mi hueco hecho en La Napolitana.

Nunca, hasta aquella frase, me había parado a pensar en lo especial que era la relación que teníamos Enrico y yo. Él decidió, desde un primer momento, confiar en mí. Yo, sin siquiera decidirlo, sin darme cuenta, a su lado comencé a abrirme a los demás.

Nos conocimos y nos complementamos.

Sí, definitivamente Enrico y yo teníamos algo especial, y acababa de descubrirlo gracias a Domenico. Lo miré con el corazón cargado hasta los topes de gratitud y me sentí realmente afortunada por haberlo conocido.



Cuando paramos frente a la puerta del hotel, antes de bajarme del taxi, lo miré con ternura y lo imaginé como a un hombre muerto.

—No se preocupe, cuidaré de él... y de su secreto. —Fue lo que dije.

Abandoné el taxi, entré corriendo al hotel y, al atravesar la puerta de la habitación, no pude evitar romper a llorar.

Aquel día quise a Enrico como nunca y sentí como nadie la pérdida de su amigo, su hermano, Domenico.

Rostros adolescentes.

Pequeños hombrecitos con llamativas huellas de la infancia [...].

Había inocencia en aquellos rostros.

Inocencia... y belleza.

A la mañana siguiente desperté envuelta en un estado de ánimo mucho más positivo. Era muy consciente de que iba a mentir a Enrico y de que, para él, sería muy duro creer que Domenico había muerto.

Sin embargo, sabía que mi decisión era la correcta. Me sentía tranquila, aunque aquella tranquilidad no la hubiera conseguido yo sola.



Tras la llantina de la noche anterior, cuando tuve la sensación de que había destilado la pena y el estrés de aquel día, llamé por teléfono a Flor.

—¡Hola, mi niña! —me dijo nada más descolgar—. ¿Qué tal tu escapada a Nápoles?

Flor pensaba que mi viaje a Nápoles era por puro placer, aprovechando unos días que Hugo estaba fuera.

—¡Maravillosamente bien! —le dije fingiendo entusiasmo y mientras terminaba de limpiarme los mocos de haber estado llorando—. Una ciudad preciosa, llena a rebosar de vida y con las mejores pizzas del mundo. —Mentira de nuevo, porque no había conseguido probar aún ni una triste porción.

—Te noto la voz tomada. ¿Estás resfriada? —me preguntó con esa actitud de madre que tanto la caracteriza.

—Mmm... sí, un poco. Aquí hace más frío de lo que imaginaba —le respondí, sintiéndome tonta por no haber esperado un poco más antes de llamarla, cuando todo rastro del llanto hubiera pasado—. Pero he comprado una chaqueta más calentita, así que no te preocupes, ¿vale?

—Está bien, yo no me preocupo, pero tú abrigate. —Me regañó un poco—.

Pero dime, cielo, ¿necesitabas algo?

—Sólo quería hacerte una pregunta de esas que tú sabes resolver tan bien —le adelanté.

—Pues pregunta.

—A ver... no puedo entrar mucho en detalles, pero resumiéndolo un poco... —Me preparé un instante antes de hablar—. Si yo supiera que una verdad, una verdad muy dura, podría hacer mucho daño a alguien a quien quiero y tengo la oportunidad de contarle una verdad alterada, que sé que va a dolerle a mi amigo pero que es infinitamente mejor para él, ¿crees que debería decirle la verdad real o la descafeinada? —Tuve la sensación de haberme liado tanto que no creí que Flor me hubiese entendido.

—¿Una mentira piadosa? —quiso saber.

—Sí, algo como una mentira piadosa.

—Pues depende de las consecuencias que esa noticia pueda tener en la vida de tu amigo. Si el resultado es el mismo pero con la verdad descafeinada, como tú la llamas, le ahorras parte del sufrimiento, creo que habrás hecho bien mintiéndole.

Palabras mágicas las de Flor.

Hablamos unos minutos más, sobre todo de su nueva vida con Tulipán. Su risa estaba cargada de ilusión cuando me contaba lo de la adicción a las aceitunas de su minino. Me explicaba que había dejado de comprarlas porque, al más mínimo olor a olivas aliñadas, ya no se separaba en todo el día de la puerta de la nevera.

Cuando colgué el teléfono, la decisión estaba ya tomada del todo. Flor había dado en el clavo. Las consecuencias del abandono de Domenico o de su falsa muerte iban a ser las mismas para mi amigo/compañero: Domenico ya no estaría nunca más a su lado... ni en su vida. Sin embargo, el saberse solo porque su amigo le había dado de lado iba a hacerle mucho más daño que su falsa muerte.



Resuelto mi dilema y estabilizado un poco mi ánimo, me enfrenté a otra llamada telefónica que debí haber hecho nada más despertar aquella mañana. En Londres serían en torno a las once de la noche y me constaba que mi madre seguía manteniendo los horarios más bien nocturnos de España.

—Buenas noches, señora madre —la saludé fingiendo seriedad—, ¿cómo ha pasado usted hoy el día?

—¡Ada! ¡Buenas noches, cariño! —me saludó, demasiado entusiasmada, diría que achispada—. Pues he tenido un día maravilloso en compañía de mi

buen amigo Thomas.

Y, cómo no, se arrancó a contarme la intensa historia de amistad y sexo que la unía al tal Thomas, aprovechando que el susodicho había salido un momento.

Se conocieron una tarde lluviosa. Ella había perdido el paraguas, él se ofreció a acercarla a casa. Un hombre apuesto, aunque no totalmente del gusto de mi madre.

—Fue su nombre, Ada —me explicaba—. Su nombre me encantó... la forma tan bonita en que pronuncia la «Th» de Thomas...

Ésa era mi madre, la mujer que se sentía atraída por los detalles más inverosímiles. Supongo que, en este caso, influyó bastante su incapacidad para pronunciar bien la «th» inglesa. Yo no lograba concebir cómo los pobres londinenses entendían el inglés con acento «granaíno» de mi madre, deduje que por lo tremendamente expresiva que era con los ojos y las manos, y recé por que no sólo la «entendiesen» los londinenses varones.

—¿Te pasa algo, Ada? —me preguntó de pronto cuando se dio cuenta de que no la estaba regañando ni chinchando como de costumbre.

—Mamá... ¿tú sueñas con papá? —le solté de sopetón, sin habérmelo planteado siquiera.

Aquel largo silencio me hizo más consciente aún de los miles de kilómetros que nos separaban. Mi madre en Londres. Yo...

—A veces —me respondió.

La chispa de su voz había desaparecido por completo.

—¿Y por qué crees que es? —Necesitaba dar un sentido a aquello.

—Pues no lo sé, cariño —admitió—. Al principio pensé que soñaba con él porque no lo había superado. Pero luego, cuando rehice mi vida, me pareció que sólo soñaba con él cuando me sentía realmente bien. Era como si por las noches me atacara el miedo a perder la felicidad que había logrado atrapar. No sé si me explico.

—Y ahora, cuando sueñas con papá, ¿qué crees que significa?

Por la pausa y el sonido, la imaginé dando un largo trago a su copa. A continuación, respiró hondo y se preparó para contestar. Sentí que aquella conversación la estaba preocupando un poco.

—Si te soy sincera, no sé qué significan esos sueños. Ahora no puedo relacionarlos con ningún estado de ánimo concreto; simplemente aparecen y ya está. Pero sí que puedo contarte lo que he decidido que signifiquen: para mí, la presencia de tu padre en algunos de mis sueños es el recuerdo constante de algo a lo que no puedo volver. Me ayuda a defender mi felicidad y a luchar por lo que quiero.

Sus palabras me aliviaron.

Ella había decidido creer.

Admiraba, y admiro, tanto a mi madre...

Fortaleza en estado puro.

—Gracias, mami. Era lo que necesitaba oír —le confesé—. Y ahora vuelve con Thomas y pídele que pronuncie su nombre para ti.

Casi se me olvida contarte un pequeño detalle: aquella intensa historia de amistad, y sexo, había comenzado tan sólo cinco días atrás y, cómo no, finalizó dos días más tarde.



Mi última mañana en Nápoles.

Tras ducharme, vestirme y desayunar con toda la tranquilidad del mundo aún me restaban dos horas antes salir hacia el aeropuerto.

Había decidido aprovechar ese tiempo para pasear por el centro histórico de Nápoles y, con un poco de suerte, comprar un trozo de pizza. Tenía tantas ganas de probar aquel invento culinario napolitano...

Mi deseo no se hizo realidad.

Justo cuando esperaba en recepción a que me guardasen la maleta hasta mi marcha definitiva, me llegó un correo electrónico de José Luis.

Suspendí mi paseo y me metí en una cafetería cercana para echar un vistazo a lo que contenía el mensaje. Encontré mucho más de lo que esperaba en tan poco tiempo y mucho menos de lo que me habría gustado:

Muy buenos días, Ada:

Tal como me pediste, he estado buscando información que pueda relacionar esas tumbas repetidas de las que me hablabas con desapariciones de gente en las mismas localidades.

Efectivamente, he encontrado coincidencias. En concreto, entre los años 1981 y 1987 desaparecieron siete jóvenes de características similares en siete localidades españolas. De esos siete, seis vivían a menos de diez kilómetros de cementerios con lápidas repetidas. De modo que tenemos, por ahora, seis chicos extraviados con sus seis lápidas correspondientes.

Puede que ese séptimo se nos salga del tiesto o que aún queden lápidas por descubrir.

Te mando adjuntas imágenes de cada uno de esos chicos y recortes de prensa de la época en que desaparecieron.

He pensado en ir preparando un esquema con las posibles similitudes entre las víctimas, como ya hicimos en su día con el Asesino de la Hoguera y, por supuesto, voy a seguir buscando a ver qué más encuentro.

Un saludo y hasta muy pronto,

—¡Me cago en la puta!

No encontré otras palabras que pudieran describir aquello que vi en las imágenes de los siete muchachos.

Eran todos prácticamente iguales.

Rostros adolescentes.

Pequeños hombrecitos con llamativas huellas de la infancia en sus facciones.

Querubines que se hacían adultos y quedaban marcados, para siempre, por sus cabellos rubios, sus facciones redondeadas, sus naricillas respingonas y unos ojos tan claros y amplios que parecían ser reflejo perpetuo del cielo.

Había inocencia en aquellos rostros.

Inocencia... y belleza.

La prisa me inundó por dentro. Respondí al mensaje de José Luis pidiéndole que me recogiera en el aeropuerto de Sevilla a mi llegada. Decidí pasar con él un par de días hasta que algunas de mis preguntas en torno a las lápidas repetidas tuvieran respuesta.

«Equilibrio» .

Jamás me había parado a pensarlo.

Me encontraba sentada en la cafetería del aeropuerto de Sevilla, tomándome un zumo de piña con hielo y mirando una vez más aquellas imágenes, cuando me pareció ver a un hombre de cuarenta y largos años saludándome a lo lejos.

Al principio dudé. Pensé que no podía dirigirse a mí, a pesar de estar mirándome directamente. Disimulé un poco, miré a ambos lados para comprobar que no tenía a nadie detrás y, como estaba yo sola, decidí saludar con timidez.

—Vaya, vaya... No has cambiado nada, chiquilla —me dijo aquel hombre con una voz que me resultaba un tanto familiar.

—¿José Luis? ¿Tú eres José Luis? —le pregunté, pasmada—. Pues yo me alegro de poder decir que has cambiado una barbaridad desde la última vez que te vi.

No podía creerlo. Definitivamente, aquél no era el periodista sevillano destrozado y al borde del suicidio que había conocido dos años atrás. Su aspecto era inmejorable: afeitado, aseado y bien vestido de los pies a la cabeza. Se le veía francamente bien, y había ganado peso. El José Luis que yo conocí estaba muy delgado y plegado hacia dentro. Este José Luis, en cambio, se presentaba ante mí con la postura abierta, los hombros alineados y una barriguita cervecera que, en su caso, me pareció el mejor de los aspectos para él. Recorrian su rostro unos delgados surcos que interpreté como la huella perenne de su decadencia, junto con un leve tono grisáceo que matizaba el castaño oscuro de su pelo.

—Te juro que nos cruzamos por la calle y ni le habrías dado un aire al recuerdo que tenía de ti —le confesé—. Me alegro muchísimo de verte, José Luis... sobre todo de verte así. —Le di un abrazo sincero.

Al separarnos, me sonrió con ganas, como si él fuese un crío pequeño y yo acabara de decirle lo bonita que era su cometa, o su tablet PC, que es de lo que suelen presumir los niños de hoy en día, ¿no?

—Regresan los viejos tiempos —me dijo—. Venga, vamos para mi casa que tenemos mucho trabajo.



No era sólo el aspecto de José Luis lo que había cambiado. También lo había hecho su vida, y de una forma muy radical, quizá demasiado.

Había pasado a ser periodista freelance y colaboraba con un número importante de periódicos de la provincia cubriendo todo lo referente a sucesos y noticias, digamos, escandalosos. De hecho, me hizo prometer que cuando todo aquello pudiera salir a la luz él sería el primero en difundirlo.

También había dejado atrás su piso en el centro de Sevilla para mudarse a Umbrete, donde había comprado la casa de su hermana.

Llegamos hasta allí en una media hora, a causa del intenso tráfico.

A la luz del día, el pueblo y el vecindario no tenían nada de amenazador, pero aún me estremecía al rememorar mi primera visita a aquel lugar. A oscuras, en una casa vacía e iluminada tan sólo con velas y linternas.

Lo que encontré no se parecía en nada a mi recuerdo.

La casa estaba completamente amueblada, con una decoración no demasiado masculina; eso sí, muy utilitaria. Parecía haber allí todo lo que José Luis pudiera necesitar. Había convertido el salón en un lugar acogedor, con mobiliario cómodo y discreto, con una buena carga de tecnología. La manzanita de Apple estaba por todas partes.

—¿Qué te parece mi nueva casa? —me preguntó.

—Nada que ver con lo que conocí hace dos años —respondí sonriendo—. ¿Dónde dejo mis cosas?

—Ah, sí, claro. —Lo noté apurado—. Es que ya no estoy acostumbrado a recibir visitas y se me olvidan los buenos modales. Ven por aquí, he preparado tu habitación arriba.

Lo acompañé a la planta superior y, para mi sorpresa, se adelantó apresurado a cerrar la puerta de una habitación contigua a la mía. No se excusó, simplemente trató de disimular aquella prisa que le había entrado al ver la puerta abierta. Yo, por supuesto, comencé a sentir un interés inmediato por lo que pudiera esconder José Luis en aquel rincón. Pero, dispuesta a comportarme como una persona respetuosa, me dije a mí misma que no iba a intentar descubrirlo, a no ser que me lo mostrara él mismo.

—Éste será tu dormitorio —me indicó, volviendo sobre sus pasos—. Yo duermo abajo, en la habitación que hay junto al salón. Cuando me mudé a esta casa quise tener en ella algo parecido a una habitación de hotel. Todo lo que necesito está abajo en un radio minúsculo.

Me dejó un momento a solas.

La habitación era bastante acogedora. Tenía baño propio y todo lo que podía

necesitar para sentirme cómoda.

Solté mi pequeña maleta, cogí la mochila y bajé dispuesta a ponerme a trabajar. Al llegar al salón, justo antes de poder abrir la boca, sonó en mi teléfono «Stoptime Rag» de Joplin. Era la melodía que identificaba a Hugo.

—¡Hola! Por fin puedo hablar contigo —le dije nada más contestar.

—Hola, Ada. Acabo de llegar a Granada. He visto ahora mismo tus mensajes.

Su voz sonaba un tanto seria.

—¿Estás bien? —quise saber.

—Sí, estoy bien. Es sólo que ayer, cuando hablamos, no me dijiste que ibas a quedarte a dormir en la casa del periodista. —Sí, su voz sonaba realmente seria.

—Ay, pobrecito mi Hugo, que se ha puesto celoso —quise bromear.

—¡Ada, no me toques los...! —Se frenó a tiempo—. Perdona, es que esto ya me está poniendo un poco de los nervios.

Como intuí que aquella conversación no iba a ser un camino de rosas ni mucho menos, me excusé con José Luis y salí a hablar al jardín por una puerta acristalada que había al otro lado del salón.

—A ver, ¿me explicas qué te pasa? —le pedí.

—El problema es que te lo tengo que explicar, Ada. Ése es el problema.

Yo no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo. El día anterior habíamos tenido una conversación de lo más bonita, cargada de un intenso deseo de vernos y de tocarnos. De repente, en aquel momento, todo parecía ir mal. Respiré hondo y pedí tranquilidad al universo.

—Primero fueron las pesadillas, una consecuencia totalmente normal después de una experiencia tan dura como la que viviste. Intento ayudarte con ello pero, según tú, no te ocurre nada. —Había comenzado a hablar de forma atropellada—. Yo me obligo a creer en lo que me dices, confío en que lo superarás sola y me callo. Después, te obsesionas con unas lápidas y te cueles en un cementerio de noche para profanar una tumba. Y yo, cuando me entero, no te digo nada. Me lo trago y se me va tanto la olla que os sigo la corriente a Andrea y a ti y me cuelo con vosotras para hacer algo que es ilegal. —Respiró hondo antes de continuar—. Pero bueno, no pasa nada, porque creo que, a pesar de que hayas metido la pata, ésa es la mejor solución. Luego viene lo de Enrico, que está metido hasta el cuello en un problema con la mafia napolitana y no se le ocurre otra cosa que mandar a mi novia a Nápoles a comprobar si un tipo ha muerto. Y tú, cómo no, vas a Nápoles, como si fueses a subirte a un castillo hinchable en una feria. Simplemente, haces la maleta y te vas. Y yo me callo de nuevo, porque estás segura de que no va a pasarte nada. Me lo trago. Me lo trago todo. —Su voz cada vez era más acelerada—. Estoy seguro, porque te conozco más de lo que piensas, de que en Nápoles ha pasado mucho más de lo que me has contado. Y, a pesar de estar seguro, cuando me dices que vuelves con las

manos vacías hago como que te creo y no digo ni pío de nuevo. Pero ya no puedo callarme más, Ada. Lo siento. No voy a ser tan imbécil para esperar sentado en casa a que vuelvas sana y salva después de haber hecho otra de esas barbaridades que, según tú, no te van a perjudicar en nada.

—A ver, Hugo, me estoy agobiando un poco. —Comencé con aquello porque no sabía qué otra cosa decir—. Cuando entraste en mi vida ya sabías a qué me dedicaba o, al menos, a qué pretendía dedicarme. Entiendo que puedan generarte inseguridad algunas de las cosas que hago, pero creo que les das más importancia de la que realmente tienen.

—Ada, acabo de leer unos mensajes de WhatsApp en los que me dices que no regresas a Granada hasta mañana, o pasado, porque José Luis ha encontrado información sobre lo de las lápidas. Hasta ahí todo bien, yo entiendo que ese hombre te fue de mucha utilidad en el pasado y piensas que ahora también puede ayudarte. Lo que me ha hecho llevarme las manos a la cabeza es que no se te haya ocurrido otra cosa que quedarte a dormir en su casa. ¡Por Dios, Ada! ¿Es que no hay hoteles? —Hugo estaba realmente nervioso—. Cariño, que vas a pasar la noche con el mismo periodista sevillano del que me contabas que no te inspiraba ninguna seguridad. Un hombre que, según tú, te acorraló hace un par de años en medio de un ataque de locura y que, también has sido tú quien me lo ha dicho, ¡estaba obsesionado con su escopeta! —El tono de su voz estaba siendo mucho más alto de lo normal—. Perdona, cariño, si después de leer tus mensajes en lo único que puedo pensar es en coger el coche e ir a por ti a Sevilla para alejarte de ese tipo y de su maldita locura.

Si te soy sincera, sabía que Hugo tenía razón. Cuando comprobé que José Luis había recabado tanta información, en lo único que pensé fue en conseguir más. No me detuve ni por un instante a repasar mis recuerdos, y he de reconocer que lo último que esperaba era encontrar a un José Luis recuperado y llevando una vida normal, como si jamás hubiesen existido Silvia o la escopeta. En definitiva, que aquella vez, como en tantas otras ocasiones, había tomado mi decisión sin valorar las posibles consecuencias.

Pero, claro, aquello no podía reconocérselo. ¿Cómo iba yo a decirle a Hugo «Tienes razón, cariño»? ¿Cómo iba a dejarlo más tranquilo pidiéndole que cogiese el coche y viniera a buscarme?

No.

Eso habría sido el equivalente a comportarme como una persona normal y coherente. Y, por aquel entonces, ni la normalidad ni la coherencia eran cualidades que pudieran meterse en el paquete «Ada Levy». De hecho, por aquel entonces ese paquete estaba bastante incompleto aún y, he de reconocerlo, casi todas mis carencias afectaban a la seguridad. Me miro hoy, muy poco tiempo después y, comparándome con mi moto, es como si en aquella época no fuese equipada ni con ABS ni con control de tracción, como si me faltaran los

guardapuños y las defensas para el motor. Me enfrentaba a los problemas prácticamente desnuda, tanto por dentro como por fuera.

Y, lo que era aún peor, mi cabezonería me llevaba una y otra vez a meter la pata con la persona que más me quería y más se preocupaba por mi seguridad.

—No es necesario que vengas a por mí —le dije un poco molesta ante aquella evidencia que estaba dispuesta a ignorar—. José Luis es un hombre nuevo. Ha cambiado tanto que ni siquiera lo reconozco. —Tal vez, pensé, había cambiado demasiado para creerlo—. Vale que no supiera que iba a encontrármelo así, pero la realidad es que ahora es perfectamente normal. Inofensivo... —Cuando pronuncié la palabra «inofensivo», un leve escalofrío me recorrió el cuerpo; recordé la habitación que había cerrado con tanta prisa.

—¡Ada, joder, que para ti nada en este mundo es arriesgado hasta que te clavan un cuchillo en el pecho!

Otro escalofrío al recordar aquel cuchillo con el que intentó atravesarme el Asesino de la Hoguera y que no me mató de milagro gracias a la espaldera de Hugo.

—De verdad, Ada, yo ya no sé qué hacer contigo —me confesó—. Tú no te proteges y a mí no me permites protegerte. Sólo existo para ti en los buenos momentos. Ni en los miedos, ni en las dificultades, ni en las situaciones delicadas... Sólo en los buenos momentos. —Respiró hondo de nuevo—. Por más que lo busco, no encuentro el equilibrio.

«Equilibrio» .

Jamás me había parado a pensarlo.

¿Teníamos o no una relación equilibrada?

Me daba a mí que, en aquel momento, ni equilibrio ni nada.

—Hugo, escúchame, por favor —le pedí—. Te prometo que aquí todo va a ir bien. En dos días estaré de vuelta y podremos acurrucarnos juntos en el sofá. Ya lo verás.

Aquel silencio fue demasiado largo.

—De nuevo me prometes que estaremos bien en otro de tus momentos buenos. —Sonó algo derrotado—. A veces desearía que trabajaras de camarera o de cajera en un supermercado, y que nuestras conversaciones girasen en torno a temas sin importancia. Seguirías siendo la misma, ante los problemas te cerrarías en banda, pero al menos tendría la tranquilidad de que lo más peligroso que podría pasarte sería que te echaras encima un sencillo e inofensivo plato de espaguetis o que te pillaras un dedo con la caja registradora. —Su enfado parecía diluirse en una profunda sensación de impotencia.

—Pues lo siento, Hugo. Mi trabajo y mi vida son los que son. Y ya eran así cuando me conociste. —Era ahora mi voz la que salía por mi garganta con dureza.

—Ya... —me dijo un poco cortado—. Bueno, te dejo trabajar. Voy a darme

una ducha y a meterme en la cama. Estoy muy cansado.

—¿Te acordarás de ponerle de comer a Clemente? —le pregunté.

—Hoy no voy a poder, Ada —me respondió—. Esta noche dormiré en mi piso.



Tuve ganas de echar a correr y no parar hasta que mis fuerzas no dieran para más. Hugo aquella noche no durmió en casa. Tampoco lo haría la noche siguiente, y cuando ya en Granada le pregunté si regresaría al piso, no supo qué responder.

Aqué! fue el primer gran aviso de la inestabilidad de nuestra relación y yo, en lugar de coger un tren con destino a Granada y mandar todo lo demás a tomar por culo, entré de nuevo en casa de aquel periodista sevillano y me sumergí de lleno en el caso de las lápidas, como si nada más importara.

Como si los problemas, al no mirarlos, se solucionaran solos.

Una de sus obras, quizá la más oscura de todas.

Su título: La habitación de Jack el Destripador.

[...] Contemplarla resulta espeluznante.

—¿Te encuentras bien? Parece que has visto un muerto —me dijo José Luis cuando me vio entrar en el salón.

—No te preocupes, enseguida se me pasa —afirmé, sintiéndome un poco descompuesta—. Vamos a empezar, a ver hasta dónde llegamos.

Por suerte, no siguió preguntando. De lo contrario, no sé si me habría puesto a llorar desconsoladamente o a gritar como una histérica. Tomó asiento a la mesa del ordenador y me invitó a ocupar la silla que había justo a su lado.

Al fin nos pusimos a trabajar.



—Por más que busco, no encuentro noticias en prensa sobre desaparecidos más allá de 1987. Tampoco he localizado nada previo. Sólo hay datos de estos siete chicos —me dijo José Luis al cabo de un rato.

Aqué! fue uno de sus mayores hallazgos: junto con el hermano de Andrea, había seis desapariciones más y, a falta de uno por confirmar, en zonas cercanas a cementerios con lápidas repetidas. Demasiado cercanas para ser una simple casualidad: menos de diez kilómetros de distancia entre sus residencias y los cementerios.

Mi primera impresión, aún en Nápoles y sin haber visto todavía aquellas fotos, no fue demasiado buena. « En todas partes desaparece gente » , pensé.

Sin embargo, mi visión dio un giro de ciento ochenta grados cuando conocí el perfil de las víctimas. Lo único que hacía falta para poder meter a los siete chicos en el mismo saco era localizar la lápida que correspondía al desaparecido de 1985.

Pedí a José Luis que me mostrara de nuevo las imágenes y los recortes de

periódico. Lo había obtenido casi todo en los archivos de la Biblioteca Provincial y había ido fotografiando cuanto pudiera tener relación con el caso.

—¿Dónde vivía el chico que desapareció en 1985? —pregunté a José Luis—. Tendré que intentar localizar alguna lápida en la zona.

—A ver, creo que estaba por aquí. —Se puso a buscarlo—. Aquí está.

Miguel Rodríguez era de Águilas, un bonito pueblo costero de Murcia que yo había visitado en moto hacía algún tiempo. Tenía dieciséis años cuando desapareció. También en el mes de mayo.

«¿Por qué en mayo?» , pensé.

Olvidé inmediatamente lo del mes de mayo y me centré en un pequeño detalle que no habíamos tenido en cuenta antes.

—Has dicho dieciséis años, ¿no? Creo que acabamos de dar con un dato importante —le dije—. Daniel, el hermano de Andrea, desapareció en 1983 y tenía catorce años. Creo recordar que el más jovencito tenía doce. Compruébalo, por favor.

—Tienes razón —apuntó—. Raúl Pérez tenía doce años y desapareció en 1981. ¿Qué es lo que intentas decirme?

José Luis aún no se había dado cuenta de que la edad de aquellos chicos seguía una progresión aritmética: cada año desaparecía un chaval un año mayor. Y no nos habíamos percatado en un principio porque el aspecto de aquellos desaparecidos era tan aniñado que casi no se notaba la diferencia de edad que existía entre los de los extremos.

—¡Tienes razón! Cada chico es un año mayor que el anterior —dijo el periodista al cabo de un rato; se quedó embobado mirando los recortes de periódico—. Voy a organizarlo todo en un momento.

Tardó unos veinte minutos en hacer un PDF con toda la información que teníamos. Lo ordenó por fechas, especificando el nombre y la edad del desaparecido en una página previa a las fotos que había hecho de los artículos de prensa.

Yo, mientras tanto, le daba vueltas a la cabeza, tratando inútilmente de encontrar algún sentido a aquella curiosa progresión.

Como veía que esa línea de pensamiento no me llevaba a ningún sitio, salté al siguiente punto: teníamos a un chico sin lápida. Cogí el cuaderno y lo abrí por la página en la que había anotado todos los camposantos con tumbas repetidas para ver si en Murcia había alguna.

—Tendré que viajar hasta Águilas para visitar el cementerio. Estoy casi convencida de que las lápidas se extienden por toda España y aún veo aquí algunas provincias vacías —concluí.

Continuamos un rato más, dando vueltas a todos los datos con los que contábamos, y poco a poco la maraña desordenada de preguntas que me oprimía el coco fue deshaciéndose en interrogantes concretos y con objetivos claros.

—Vamos a ver... Estamos de acuerdo en que estos chicos tienen demasiadas cosas en común, ¿verdad? —propuse mientras sacaba la foto de Daniel que tenía guardada en la cartera—. Y si Daniel, el hermano de Andrea, está relacionado con el nicho del cementerio de Jaén, apostarí a que los otros seis chicos también guardan relación con las lápidas cercanas a ellos.

—Pero ¿cómo estás tan segura de que la desaparición del hermano de esa inspectora y el nicho están relacionados? —quiso saber José Luis.

—Créeme, lo están —respondí sin más, y me puse tensa esperando su reacción.

No quedé muy convencido con aquella respuesta carente de información, pero, por suerte, no insistió. Se limitó a sonreír, como diciendo «Sí... y a...», y continuó trasteando en internet.

Por una vez en la vida me había propuesto ser discreta de verdad. Decidí omitir detalles como lo de las «excursiones» al cementerio de Jaén, no sólo por mi propia seguridad, sino también por la de Andrea. Nadie, aparte de Hugo y de mí, debía saber que la inspectora de policía estaba relacionada con el caso hasta el extremo de haber ocultado pruebas. Por supuesto, había una clara excepción: Enrico. En él sí que podía confiar, y seguro que podría serme de gran ayuda dada su experiencia. Aunque, por desgracia, el pobre no tenía la cabeza en aquel momento ni para tumbas ni para chicos extraviados.

—De acuerdo —me dijo José Luis—. Las desapariciones comienzan en 1981. Una cada año, en torno al mes de mayo, con chicos un año mayores cada vez. Todo, aparentemente, muy bien organizado. Y digo «aparentemente» porque partimos de la premisa de que las lápidas estaban antes de que estos chicos se esfumaran, ¿no es cierto? —quiso saber José Luis—. Es que en ningún momento me has dicho cuándo se adquirieron ni si tienen dueño, y creo que son datos cruciales.

José Luis tenía toda la razón del mundo. Debía comprobar las fechas de compra de los nichos porque, hasta aquel momento, ni siquiera me había planteado si ya existían cuando los chicos desaparecieron o si, por el contrario, las lápidas fueron surgiendo poco a poco.

—Estoy de acuerdo contigo —admití—, lo primero que debo hacer es averiguar en qué año se compraron y quiénes son sus dueños.

—Bien, quedamos entonces pendientes de eso para poder dar por buena la vía de las lápidas, ¿de acuerdo?

Cuando creyó verme conforme con la propuesta, continuó analizando el tema, aunque no es que yo estuviera lo que se dice muy conforme. Intuía, por lo que había visto dentro de aquel nicho, que las lápidas estaban relacionadas. Lo que no tenía claro era hasta qué punto lo estaban, pero sí que veía un paralelismo evidente. También debía tener en cuenta que José Luis estaba a una esclava y una pintura de distancia con respecto a mí; para él, creer aquello era un auténtico

acto de fe.

—Por algún motivo que desconocemos, deja de haber noticias sobre desapariciones de chicos después de 1987, y a mí esto me parece raro, no sé a ti. —Se me quedó mirando, pensativo—. Si realmente las lápidas están relacionadas con las desapariciones, volviendo a tu premisa inicial, ¿para qué tantas si sólo hubo siete víctimas? Y eso suponiendo que el chico de 1985 tenga su propia lápida, claro está. Aquí hay algo que no cuadra.

—A mí también me extraña —admití—. Pero hazme caso, no saques las lápidas de la ecuación. Yo tengo claro que están relacionadas. Tan sólo necesito fechas y propietarios para saber cómo de íntima es esa relación —insistí en ello y continué con los chicos desaparecidos—. Puede que en 1987 ocurriera algo que lo obligó a dejar de matar... Bueno, de secuestrar —me corregí al instante, porque debía tener en cuenta que, si no había cuerpos, podía no haber muertos—. Aunque me cuesta creer que esos chavales sigan vivos.

—Yo hablaría más de un asesino que de un secuestrador, Ada. Seamos realistas —concluyó José Luis con toda la razón del mundo—. Veo muy poco probable que la intención de ese tipo fuera crear un cielo en la tierra lleno de rostros angelicales. La esperanza de encontrarlos con vida déjasela a los familiares.

—Es cierto —admití—. Ya sé que soy muy inocente, pero es que me cuesta mucho pensar en esos críos como víctimas de un asesinato. Mira sus caras. Si es que lo único que despiertan es ternura —le expliqué—. Pero bueno, sigamos avanzando. —Me obligué a quitarme la tristeza de encima—. ¿Qué crees que pudo hacerle parar? No quiero hacer comparaciones tan extremas, pero hay una teoría que dice que Jack el Destripador no continuó matando porque algún hecho fortuito se lo impidió. Puede que ese tipo enfermara... o muriera —propuse—. Aunque...

Sin darme cuenta, acababa de comenzar a tirar de un cordel anclado muy hondo en mis recuerdos. Regresé a mis años de estudiante de criminología, a la época en la que llegué a estar un poco obsesionada con un puñado de asesinos en serie.

Ya sabes... Mis obsesiones y yo.

Rescaté de mi memoria un nombre: Walter Sickert.

Fue la escritora Patricia Cornwell quien, movida por una profunda curiosidad en torno a la figura de Jack el Destripador y ayudada por un buen puñado de dinero (seis millones de dólares, ni más ni menos), estableció una relación bastante intensa entre el asesino de Whitechapel y el pintor alemán Walter Richard Sickert.

Recogió sus conclusiones en un libro titulado *Retrato de un asesino: Jack el Destripador. Caso cerrado*. En él estableció una relación bastante próxima entre la obra del pintor impresionista y las atrocidades del Destripador. De hecho,

Cornwell comenzó a interesarse por Walter Sickert a partir de la temática de sus obras, excesivamente cercanas a las escenas que Jack fue dejando por las calles de Londres. Sickert tenía un gusto extremo por los ambientes sórdidos, los desnudos de prostitutas y las historias de asesinatos. Tan extremo era que, en aquella época, finales del siglo XIX, desafió unos cuantos tabúes sociales.

Patricia Cornwell afirmaba en su obra que Jack el Destripador y Walter Sickert fueron la misma persona, basándose en unas pruebas que realizó comparando ADN mitocondrial de estos dos personajes y barajando la posibilidad de que el propio Sickert decidiera hacer desaparecer a su álter ego cuando él comenzaba a alcanzar cierta fama como pintor.

No me convencieron del todo sus conclusiones después de leer el libro. Para mí no fueron importantes ni la sórdida oscuridad de los cuadros de Sickert, ni el posible trauma de la infancia del que hablaba Cornwell ni las coincidencias de ADN. Lo que me impidió eliminar de mi mente al pintor impresionista como el verdadero Jack el Destripador fue una de sus obras, quizá la más oscura de todas. Su título: *La habitación de Jack el Destripador*. Te puedo asegurar que contemplarla resulta espeluznante.



—Ada, ¿estás ahí? —me preguntó José Luis posando su mano derecha sobre mi hombro.

Aquel contacto me enervó. Me resultó excesivamente pegajoso para ser una mera llamada de atención. Me retiré y lo miré a la cara, mientras terminaba de regresar a la realidad.

« ¿Qué pasa aquí? », pensé. Pero sacudí la cabeza y me obligué a relajar mis facciones de nuevo.

—Sí, perdona, es que estaba recordando algo —le dije mientras me apartaba un poco más de él.

—¿Y bien? —me preguntó—. ¿Era algo importante?

Asentí con la cabeza y traté de dar un poco de forma a todo aquello.

—¿Y si no podemos encontrar más noticias en prensa porque quienquiera que se llevara a esos chicos de pronto tuvo necesidad de permanecer en el anonimato? —planteé—. Piénsalo un poco. Siempre dicen que para permanecer mucho tiempo en un lugar sin tener problemas, lo mejor es ser discreto; no hablarán de ti si tú no das motivos para que lo hagan. Se me ocurre que si pretendes convertirte en un asesino con una larga trayectoria, si persigues algún fin a largo plazo, lo más seguro para ti y para tu fin es evitar ser un personaje mediático, ¿no crees?

—Me da a mí que estás hilando muy fino, Ada —me confesó José Luis—. ¿Un fin a largo plazo? No tienes ni idea de si todo esto tiene un fin o no. Puede que sólo hubiera siete desapariciones y ya está. Puede que quien se llevó a esos chicos hizo lo que tuviera que hacer con ellos y paró. Punto.

Quizá yo estaba hilando fino, pero si sabía algo sobre asesinos en serie era que no paraban a menos que las circunstancias los obligaran. En mi cabeza sólo cabían dos posibilidades: o no habían desaparecido más chicos porque el tipo que se los llevó estaba muerto o en la cárcel, o eran muchos más los desaparecidos, pero de un modo más silencioso y discreto.

Además, estaba el tema de las edades ascendentes.

¿Hasta qué edad querría llegar?

Esa pregunta me daba mucho miedo.

—Tú hazme un favor —le pedí—, busca alguna muerte en extrañas circunstancias de varones más allá de los ochenta. Mira a ver si en los años noventa o más adelante apareció algún cadáver que hasta hoy no haya sido identificado. Puede que el hecho de que se hiciera silencioso no le eximiera de cometer algún error.

A José Luis le pareció una petición un poco descabellada. Aun así, se puso manos a la obra.

—Yo voy a hacer una llamada mientras tanto —le dije.



—¿Andrea? Perdona por las horas, pero he tenido una corazonada y esto sólo puedes investigarlo tú.

—No te preocupes, no podía dormir de todas formas —me respondió, un poco ida—. ¿Tienes algo que pueda servirnos? —Su voz apareció de pronto cargada de urgencia.

—Puede que sí, pero mañana te cuento con más detalle. Voy a enviarte algunas fotos de chicos desaparecidos. Verás que tienen una fisonomía muy parecida a la de tu hermano —le avisé—. Necesito que mañana busques, entre las denuncias antiguas de desaparecidos, a varones con ese mismo aspecto. Si estoy en lo cierto, deberías encontrar casos con edades ascendentes cada año.

—¿Cómo? No lo entiendo.

—Sí, edades ascendentes. Busca en 1988 a un chico de diecinueve años; en 1989, a uno de veinte y así en adelante —le expliqué—. Cuando recibas mi correo lo entenderás.

Me pareció oír algo de ruido de fondo y quise saber qué ocurría.

—Estoy cogiendo algunas cosas. Salgo ahora mismo para la comisaría —me

explicó Andrea—. Tú envíame eso y a ver qué encuentro.

Me colgó antes de que pudiera despedirme de ella.

Permanecí en pie, con el teléfono en la mano, sin saber muy bien qué hacer.

«¿Qué estás haciendo, Ada? —me pregunté a mí misma—. Estás jugando a los detectives, y en este país los detectives no juegan así».

La inseguridad me atacó de nuevo. Temí que Andrea estuviera tomándose demasiado en serio mi trabajo. Incluso temí ser yo misma la que estaba dándose importancia de más.

Me vi tan inexperta, tan poquita cosa, que más que buscando pruebas me parecía que estaba echando una partidita al Cluedo. Y, siéndote honesta, creo que no he ganado al Cluedo en mi vida.

—Mierda —dije en voz alta—. ¡Malditas lápidas!

Me obligué a centrarme y entré de nuevo en el salón en busca de José Luis.

—Envíame todo lo que tenemos por ahora en un correo. Voy a seleccionar las fotos para que una amiga pueda ayudarnos con las búsquedas —pedí a José Luis.

Abandonó por un momento lo que estaba haciendo y abrió su cuenta de Gmail.

—Comprueba tu e-mail —me dijo.

El correo electrónico me llegó enseguida. Le di las gracias y se lo reenvié a Andrea. Le expliqué brevemente en el cuerpo del mensaje lo que le estaba mandando en el archivo PDF y quedé en llamarla al día siguiente.



Mientras José Luis permanecía con los ojos soldados a la pantalla del ordenador, yo me dediqué a hacer un pequeño esquema en mi libreta con lo que teníamos hasta el momento. No es que tuviéramos demasiado, pero sí lo suficiente para comenzar a tomarme el tema de las lápidas totalmente en serio.

«¿Qué mejor lugar para ocultar los rastros de un crimen que un cementerio?», pensé.

Mi siguiente idea comenzó a girar en torno a la esclava y la pintura. Aquellos dos objetos con los que aún no podía contar. Comenzaba a verlos como trofeos, objetos personales que el causante de aquellas desapariciones había decidido guardar. Los tesoros de su depravación. Y lo que más minaba mi moral era el escrúpulo con el que había ocultado esos trofeos. Demasiado cuidado para ser un asesino puntual. Excesivo mimo para tratarse de unos cuantos casos aislados.

—Una esclava y una pintura en el cementerio de Jaén
—Primera conexión: la esclava era de Daniel (hermano de Andrea)
— *En prensa aparecen siete desapariciones:*

- *De 1981 a 1987*
- *Edades ascendentes: 12-18 años*
- *Misma fisonomía y complexión*
- *Todos desaparecen en torno a mayo*
- *6 vivían cerca de una lápida repetida*
- *1 pendiente de confirmar*

— *MIS SIGUIENTES PASOS:*

- *Averiguar año de compra de las lápidas y nombres de los dueños*
- *Intentar localizar la lápida correspondiente al chico de Águilas*
- *Comprar un mapa mudo de España*
- *Aguardar noticias de Andrea y de José Luis*
- *MIRAR MI DAFO CON MÁS FRECUENCIA*

—Creo que por ahora ya está —dije en voz alta.

No pude evitar bostezar y sentí curiosidad por saber cuántas horas llevaba aquel día en pie.

Cuando miré la hora en el móvil y vi que eran cerca de las tres de la madrugada no me lo podía creer. « Tanto tiempo para tan poca cosa », pensé. Lo cierto era que estaba agotada y, para colmo, tenía un dolor de cabeza de esos que no puedes aguantar.

—¿Qué tal vas? —pregunté a José Luis.

Volvió la cabeza para mirarme y también lo noté cansado.

—Pues no muy bien, para qué te voy a engañar —me confesó.

Se levantó y fue en dirección a la cocina. Regresó con una botella de Chivas y un par de vasos cortos. Me ofreció uno.

—No, gracias —le dije—. Ahora sólo puedo pensar en dormir. No quiero alcohol.

Le sonreí justo después de aguantarme un bostezo. Él se sirvió medio vaso de whisky y se lo bebió de un trago.

—Yo, si quiero dormir, necesito una ayudita —me dijo mostrándome la botella.

—¿Vas a seguir delante del ordenador mucho rato? —quise saber.

José Luis miró de soslayo la pantalla y se volvió hacia mí de nuevo. Me pareció atisbar en él un extraño cambio de actitud.

—No mucho. Del año 2000 en adelante no he localizado nada. Y mientras más me aleje hacia atrás en el tiempo, menos datos voy a encontrar. Recuerda que Google y la era de la información son muy recientes —me advirtió—.

Mañana me tocará volver a la biblioteca.

» Creo que también intentaré hacer perfiles lo más completos posibles de los desaparecidos con los recortes de prensa, a ver si teniéndolo todo bien atado logramos avanzar.

Por increíble que parezca, ni siquiera me había planteado aquello. Estaba tan acostumbrada a san Google bendito que ya no recordaba la época en la que había sido capaz de respirar y vivir sin él. ¿Realmente existió esa etapa de mi vida? Puede que ya naciera con trece años y con aquel rudimentario internet y sus chats. Lo cierto es que, fuese o no reciente, siempre había definido mi memoria selectiva de un modo un tanto particular: « Dicese de ese trozo de mi cerebro que, ante una nueva información, se pregunta: ¿esto puedo localizarlo fácilmente en Google? Y, si la respuesta es sí, pues no lo memoriza y punto» .

*¿Protegerme de qué?
Pues de mí misma, ¿de qué iba a ser?*

Me fui a la cama bien avanzada la madrugada, tras un desagradable descubrimiento que me hizo sentir demasiado inquieta en aquella casa: el José Luis nocturno que se había quedado en el salón no tenía nada que ver con el José Luis diurno que me había recogido en el aeropuerto.



El periodista se quedó abajo, con unos cuantos tragos de más y algún que otro gesto extraño que me había llevado a aumentar aún más la distancia que nos separaba. Hablaba con la lengua perezosa, y cuanto mayor era el efecto del whisky en él, más numerosas eran sus frases referentes al pasado.

El periódico *Sevilla Sucesos*.

Su ex mujer.

Los hijos a los que llevaba años sin ver.

El piso en el centro de Sevilla.

Me estaba dando tan mal rollo que decidí subirme a dormir antes de que Silvia o su escopeta acabaran asomándose a sus recuerdos.

Ya arriba, antes de entrar en la habitación, no pude evitar fijarme de nuevo en aquella puerta cerrada. Sentí una curiosidad tremenda por lo que pudiera haber allí dentro y tuve que regañarme a mí misma cuando me descubrí avanzando hacia ella, dispuesta a girar el pomo y averiguar lo que había en su interior.

Deshice mis pasos y entré en mi dormitorio, orgullosa de haber vencido a la tentación.

Me relajó muchísimo encontrar un pestillo en la puerta cuando la cerré. Podría estar durmiendo en casa de un desequilibrado, pero al menos pude sentirme algo más segura gracias a aquella cerradura. La giré con cuidado para

evitar hacer ruido y me metí en la cama con la ropa de calle puesta, por si las moscas.



Aquella noche regresé al tren.

Algo me decía que estaba en el vagón de mi presente y me sentía tranquila. No hay nada mejor que saber que estás en un sueño, tener la certeza de que cualquier cosa que pudiera ocurrir desaparecería al despertar.

Miré a mi izquierda y encontré a Hugo sentado junto a mí.

Me observaba fijamente, con los ojos cargados de una profunda tristeza y el rostro bañado por la decepción.

—Hugo, yo te quiero —le dije.

Pero mi propia cabeza me respondió con un tajante: «El amor no basta».

—No es suficiente, ¿verdad? —le pregunté, aunque no esperaba respuesta.

Había acabado acostumbrándome a aquellos reflejos de mi memoria. Mi gente aparecía en el tren como maniquíes cargados hasta los topes de emoción, una emoción que podía acabar contagiándome si se lo permitía. Al fin y al cabo, todo aquello lo estaba generando yo.

Me negué a seguir contemplando el rostro estático y triste de Hugo, así que decidí levantarme a explorar.

En aquella ocasión, el vagón estaba lleno de gente: la dulce Flor y su pequeño Tulipán; mi querido Enrico y su sobrina Carmina; mi mami con una de sus sonrisas pícaras; Cristina, tan atractiva como siempre; Andrea, con cara seria y preocupada... Todas las personas que daban sentido a mi vida estaban allí y, en su mayoría, representaban para mí felicidad o alegría.

Pero también encontré culpa, en el rostro perdido de Susana, mi preciosa amiga muerta, sentada en un lugar apartado del vagón pero cargando aquel rincón con su presencia.

Y no sólo culpa... También había miedo.

En el vagón de mi presente viajaban plácidamente, como si aquél fuera el mejor lugar del mundo, los señores trajeados. El calvo, con su tatuaje en el mentón; el moreno, con su pelo engominado y recogido en una coleta.

Levanté mi mano izquierda y el muñón de mi meñique ausente apareció ante mí ensangrentado.

Lo reconozco, tuve mucho miedo y, por un instante, olvidé que aquello era sólo un sueño. Pero, por suerte, al abrir mi campo de visión, al ver de nuevo a toda mi gente allí, regresó mi tranquilidad. Respiré hondo y me dije a mí misma que aún no estaba preparada para relegarlos al vagón del pasado. No mientras mi muñón

siguiera sangrando.

—No quiero ver al último —dije con determinación—. Y como no quiero, no voy a verlo.

Aún quedaba alguien sentado en el último asiento del vagón. Alguien que ya sabía de antemano que encontraría allí, pero a quien no era capaz de enfrentarme aún. Por eso mismo me di la vuelta. Decidí hacer un viaje al vagón de mi futuro y, así, poder dar la espalda a la desagradable figura de mi padre.

—Pero ¿qué pasa aquí? —me pregunté nada más atravesar la puerta automática.

«Tranquila, Ada. Debe de haber un error», me dije para tratar de convencerme a mí misma.

Volví la vista atrás para comprobar que todo seguía tal cual en el vagón del presente y vi que así era. Luego la máquina del sueño no se había estropeado y, si todo marchaba correctamente, lo que había allí debía de ser también reflejo de mis sentimientos.

Aun así no lo entendía. No comprendía por qué razón, con lo rico e intenso que era mi presente, mi cabeza se empeñaba en pronosticar un futuro tan yermo.

«Sólo mi moto», me dije.

« Sólo mi moto...»



Cuando desperté, sobresaltada y con una intensa angustia apretándome el pecho, tuve una necesidad tremenda de coger el móvil y llamar a Hugo, únicamente para oír su voz. Sin embargo, al ir a buscar la mochila para sacarlo, recordé que la había dejado abajo, en el salón.

Permanecí unos minutos a oscuras, inmóvil en aquella cama extraña, tratando de controlar el impulso e intentando convencerme a mí misma de que los malditos sueños no tenían por qué significar nada.

Luego recordé la discusión con Hugo, el tono roto de su voz, y me sentí la mujer más cabrona del mundo.

Me puse boca arriba en la cama y miré hacia el techo. Con aquella oscuridad apenas lograba distinguir los contornos de la habitación. Me lo imaginé solo, en su piso.

En SU PISO...

Quería a Hugo casi tanto como a mi propia vida. Era tan importante para mí que a veces hasta me dolía y, aun así, no era capaz de controlar mi cabeza de cabra loca con él. No lograba olvidarme de esa necesidad de libertad desvirtuada que había estado defendiendo durante años. « Me tiene que querer como soy »,

me decía a mí misma muy a menudo, sobre todo cuando discutíamos. Y me negaba a entender que lo único que hacía él era tratar de protegerme.

¿Protegerme de qué?

Pues de mí misma, ¿de qué iba a ser?

Aunque, claro... yo, por aquel entonces, aún no lo entendía.

Y, pese a no entenderlo, me dolía enormemente la angustia que había descubierto en su voz. Aquella sería la primera vez, después de más de un año, que Hugo pasaba la noche en su piso. Solo. Lo usaba tan poco que incluso nos habíamos planteado seriamente dejarlo para ahorrar gastos. Viviríamos oficialmente juntos, en el mío. Acompañados.

Claro que, si me detenía a pensarlo, llevábamos meses sin comentarlo y yo no había sido consciente de ello hasta aquel mismo momento.

Era como si hubiéramos dejado aquel proyecto de lado.

Nuestro proyecto de vida juntos.

Y yo, cómo no, me había negado a darme cuenta.

Llegué a la conclusión de que aquello se me escapaba de las manos y no sabía cómo evitarlo.

—¡Mierda! Necesito hablar con él —dije en voz baja, estando aún en la cama.

Me planteé por un instante si sería buena idea bajar en busca del móvil, y me decidí a hacerlo cuando fui consciente de que la huella de aquel sueño y de nuestra discusión no desaparecería hasta que hubiera intentado, al menos, darle alguna solución.

Retiré el edredón y me levanté con sigilo de la cama. Giré el pestillo con el mayor de los cuidados. Habría ido directa hacia la escalera si aquel tenue resplandor no me hubiese hecho mirar a la derecha.

«La habitación está abierta», me dije al ver la rendija de la puerta.

La luz estaba apagada, pero parecía como si alguien estuviese mirando la tele dentro.

Avancé lentamente en aquella dirección y, tratando de no hacer ningún ruido, apoyé una mano en la puerta y empujé lo suficiente para poder ver el interior. Se me heló la sangre al mirar: José Luis estaba de espaldas, frente a la pantalla del ordenador. Parecía estar llorando y diciendo algo entre balbuceos.

—Siempre estaremos juntos, mi amor. Jamás abandonaré tu recuerdo, te lo juro.

Sin embargo, no fue eso lo que me dejó sin aliento.

Cuando metí un poco la cabeza en la habitación tratando de ver mejor la pantalla, me di cuenta de que las paredes estaban completamente empapeladas.

Todo estaba cubierto de recortes de periódico y fotos.

El Asesino de la Hoguera.

Las imágenes de las mujeres quemadas por Hogui.

En una de las esquinas, un pequeño altar con velas.

Un diminuto lugar de culto dedicado a Silvia, aquel amor que le fue arrebatado a José Luis entre las llamas y que había acabado sumiéndolo en la más profunda de las locuras.

Di unos pasos atrás y saqué mis ojos de aquel lugar infectado por la paranoia. Entorné de nuevo la puerta sin hacer ruido y bajé la escalera con urgencia, en busca del móvil.

No podía borrar de mi mente aquella escena.

José Luis ya no era aquel cascarón decrepito que había conocido tiempo atrás. En aquel momento tuve la certeza de que el periodista sevillano se había transformado en algo mucho peor: una profunda y enfermiza obsesión, camuflada con la mejor de las apariencias.



Ya en el salón, sentí latir mi corazón a mil por hora. Noté el cimbreo de mi pulso, potente y acelerado, llegar hasta mis orejas.

La mochila estaba donde la había dejado y, por suerte, el móvil también.

Sólo podía pensar en llamar a Hugo y admitir que tenía razón. «Lo siento, cariño», repetía en mi cabeza una y otra vez. Cogí el teléfono y, cuando estaba a punto de llamar, fui consciente de una realidad aplastante: Hugo se encontraba a casi trescientos kilómetros de mí. Si lo llamaba a las cinco de la madrugada contándole aquello, lo único que iba a conseguir era que se le saliera el corazón del pecho.

«No se lo merece —me dije a mí misma—, no después de cómo lo he tratado».

Me decidí a actuar del modo menos egoísta posible. Bastantes veces había tenido que acudir corriendo en mi ayuda; ya no iba a hacérselo más.

Localicé el control en rincones de mi ser en los que no sabía que lo encontraría. Con toda aquella adrenalina recorriendo mi cuerpo y con unas ganas atroces de salir escopetada de allí, conseguí sentarme en el suelo, justo en medio del salón, y comencé a hablar en voz baja.

—A ver, niña, tranquilízate un poco porque aquí aún no ha pasado nada —me dije, teniendo la ridícula sensación de que últimamente hablaba demasiado conmigo misma en voz alta—. Tienes que calmarte, Ada. Respira hondo y piénsalo bien. —Lo hice, respiré hondo—. José Luis está un poco loco, pero eso no significa que vaya a hacerte daño, y si llamas ahora a Hugo y lo despiertas, vas a darle el mayor susto de su vida. —Se me daba bien razonar conmigo misma, aunque no tuviera demasiada razón—. Así que lo mejor será que le

mandes unos mensajes para que pueda leerlos cuando despierte por la mañana. Después, vas a levantarte, subirás de nuevo la escalera y te encerrarás en el dormitorio como si no hubieras visto nada.

Y eso fue lo que hice. Sintiéndome yo también un poco desequilibrada por lo de hablar sola, escribí unos mensajes de WhatsApp a Hugo para que los viera por la mañana:

Yo: Hola, cariño, sólo te escribo para decirte que tenías razón.

Yo: Tomo un montón de decisiones sin tener en cuenta el riesgo que puedo correr. Pero, de ahora en adelante, pienso aprender a cuidarme más.

Yo: Si no te importa, me gustaría que vinieras a recogerme. Saldré muy temprano de la casa de José Luis y te esperaré en alguna cafetería por la zona. Te mando mi ubicación.

Yo: [Enlace de Google Maps]

Yo: Si no quieres venir, lo entiendo, de verdad.

Yo: Te quiero.



Después de mandar los mensajes, me levanté del suelo haciendo acopio de valor para regresar al dormitorio.

No quería volver a subir.

—¿Ada? —La taquicardia me atacó de nuevo al oír la voz de José Luis—. Ada, ¿qué haces ahí abajo? —me preguntó asomado a la escalera.

Su voz sonaba pastosa a causa del alcohol.

Su mirada bailaba a mi alrededor y su cabeza se desequilibraba con facilidad.

« ¡A tomar por culo la maleta! », grité en mi cabeza. Ya había tenido más que suficiente. Me apresuré hacia la puerta de la calle, agarré el pomo y salí corriendo de aquella casa en dirección al centro del pueblo.

Corrí sin parar, oyendo los reclamos de José Luis a mis espaldas y suplicando por que se quedase atrás.

—¿Hay algún taxi por aquí? —pregunté al llegar al bar de la plaza, casi sin aliento.

La dueña de la cafetería se preocupó mucho al verme tan alterada. Habría llamado a la Guardia Civil de no ser porque el taxista del pueblo pasó por allí casualmente. ¿Qué podía contar yo a las autoridades? ¿Que un hombre obsesionado con una mujer muerta me había asustado? ¿Que, aun sabiendo lo tocado que estaba, iba a pasar toda la noche en su casa? Mirándolo con

perspectiva, no había llegado a ocurrir nada. Y ni siquiera podía asegurar que José Luis fuese un hombre peligroso. Hasta la fecha, únicamente me había demostrado tener capacidad para hacerse daño a sí mismo. Puede que sólo necesitara un poco de comprensión.

« ¡Pues que lo comprenda otro!», me reocriminé ante aquel sentimiento de lástima que había comenzado a crecer en mi interior. Aquel periodista sevillano necesitaba un psiquiátrico más que un amigo.

Di las gracias a la señora de la cafetería y entré en el taxi a toda prisa. Pedí al taxista que me llevara a algún hotel cercano, uno que no estuviera demasiado alejado de la autovía, pensando en la posibilidad de que Hugo fuera a recogerme.



Conseguí habitación de milagro a aquellas horas de la mañana. Por supuesto, tuvo mucho que ver el hecho de haber pagado por adelantado aquella noche, que ya había pasado, y la siguiente, para poder permanecer allí más allá de las doce del mediodía.

Una vez en el dormitorio, saqué el móvil de la mochila y me metí en la cama con la ropa puesta. Mandé a Hugo un mensaje de WhatsApp con mi nueva ubicación y cerré los ojos para tratar de descansar un poco.

Me sentía tan rota...

Tan tonta...

Tan cansada...

*¿Qué elegir?
¿La narcosis de la esperanza o
la crudeza de la probabilidad?
¿Cuántos crios desaparecidos durante años
regresaban a casa con vida?*

No logré dormir ni media hora.

Desperté sobresaltada a eso de las ocho y media de la mañana sintiendo en el pecho una intensa aleación de angustia, cansancio y prisa. Angustia por la desagradable experiencia con José Luis; cansancio por aquellos cuatro días que llevaba a cuestas, cargados hasta las trancas de viajes en avión, historias del pasado, tensión y sobresaltos, y prisa por encontrar cuanto antes información útil para Andrea.

Para colmo, no sabía qué me disgustaba más, si el susto que me había dado el maldito periodista o la consecuencia del mismo: acababa de perder una ayuda inestimable en el caso de las lápidas repetidas.

«No puedes pensar así, Ada. ¡Quién sabe lo que te habría hecho!», me regañé.

Las imágenes de aquellos chicos desaparecidos vibraban de un modo insoportable en mi cabeza. El olvido al que los había sometido el implacable paso del tiempo... Las familias rotas que perdieron la esperanza de dar con ellos, vivos o muertos... Y, lo peor de todo, la incómoda certeza que estaba terminando de asentarse en mi interior: aquellos siete chavales no iban a ser los únicos.



Como aún no tenía noticias de Hugo, supuse que seguiría durmiendo, de modo que me puse a funcionar.

Primero me di una ducha rápida, tratando de disipar un poco el cansancio. A continuación, cogí el móvil y telefoneé a Andrea para ponerla al corriente de lo

que tenía hasta ese momento, y también para comprobar si ella había conseguido algo.

—En cuanto llegue a Granada pienso coger la moto y visitar los cementerios más cercanos. Creo que es importante averiguar las fechas en que se compraron los nichos y, si es posible, localizar a su propietario —le expliqué—. Te llamo mañana mismo, ¿de acuerdo?

Andrea estaba aún en la comisaría. Me dijo que lo que le había pedido, pese a parecer fácil, era un trabajo tremendamente lento.

—¿Tienes idea de cuántas personas desaparecen cada año en España? —me preguntó—. Miles —respondió ella misma—. Voy lo más rápido que puedo. Si veo que no avanzo demasiado, tendré que pedir a alguien de mi equipo que me eche un cable.

—¿Te has parado a pensar en la posibilidad de que Daniel esté vivo? —le pregunté antes de colgar.

Andrea no se esperaba aquella pregunta. Permaneció un momento en silencio, como planteándose su postura.

¿Qué elegir?

¿La narcosis de la esperanza o la crudeza de la probabilidad?

¿Cuántos críos desaparecidos durante años regresaban a casa con vida?

—Ada, hazte a la idea de que buscamos a un asesino —me respondió ella, tajante—. Un asesino muy inteligente y organizado.

Dejé el teléfono sobre la mesita de noche dando vueltas a aquellas últimas palabras.

«Un asesino muy inteligente y organizado».

—Joder, Ada, ¿cómo no has caído antes en eso? —me dije en voz alta frente al espejo del armario.

Me sentía tan tonta...

Si en algo me había esmerado cuando estudiaba criminología fue en el análisis de las mentes de sociópatas y psicópatas. Mentes que, si llegaban a traspasar la delgada línea del asesinato, tenían formas completamente diferentes a la hora de actuar.

Los asesinos con personalidad sociopática no suelen ser personas con grandes habilidades sociales. Lo normal es que vivan en soledad o con uno de sus progenitores y que no logren mantener por mucho tiempo un mismo trabajo. Tenderán a actuar de forma desorganizada, de un modo impulsivo, respondiendo a mensajes del entorno que los rodea o, yéndome un poco al extremo, a voces en su cabeza. En definitiva, suelen ser asesinos con unos vaivenes emocionales brutales que acaban matando porque no pueden evitarlo. A menudo les corroe la culpa.

Los asesinos psicópatas, sin embargo, son organizados: espían, acechan y acosan. Suelen ser personas inteligentes, con buenas habilidades sociales y

trabajadores competentes. Carecen de remordimientos y suelen estar tan adaptados a la sociedad, tan bien integrados, que comúnmente viven en pareja y cuidan de sus familias.

En una ocasión, para explicar a una compañera de clase la diferencia entre ambos tipos de homicidas, utilicé como ejemplo una tableta de chocolate. Suponiendo que haya comedores de chocolate sociopáticos y psicopáticos, el primero se zamparía la tableta entera en un ataque de ansiedad, y luego se sentiría culpable por haber comido tanto chocolate y por cómo éste podría llegar a afectar a su salud y a su peso. El comedor de chocolate psicopático se comería la tableta sin ansiedad, onza a onza, y evaluaría la ganancia de peso comparándola con las calorías del chocolate y la alteración en sus niveles de glucosa en sangre después de la ingesta. Puede que sea una tontería, pero mi compañera lo comprendió. Y, debo añadir, sin sentirme demasiado orgulloso de ello, que yo soy una comedora de chocolate sociopática y que, pobrecito mi trasero, no siento el arrepentimiento hasta que he acabado con varias tabletas.



Siguiendo el consejo de Andrea me metí en la cabeza que estaba frente a la obra de un asesino que, acorde con la teoría, parecía ser bastante organizado. Así que decidí arrancar de nuevo desde aquella premisa y me propuse averiguar cómo de organizado y de inteligente era.

Estaba cogiendo mi libreta para hacer algunas anotaciones cuando alguien llamó a la puerta.

Al principio me dio por pensar que podía ser José Luis. Temí que me hubiera seguido, inmerso en su embriaguez y en su desequilibrio, y por eso me quedé callada, atenta a cualquier ruido al otro lado de la puerta.

Cuando llamaron de nuevo, una voz familiar me relajó por completo.

—Ada, soy Hugo. Abre, por favor.

Corrí hacia la puerta a abrir y allí lo encontré, con el equipo de la moto puesto y una cara de preocupación que me hizo sentir realmente mal.

—Lo siento —le dije—. Tenías razón. Jamás debí haber ido sola a la casa de José Luis. Te prometo que voy a cuidarme mucho más de ahora en adelante.

No pronuncié palabra alguna y tampoco pude saber si creyó mis palabras. Al menos, noté un cambio en la expresión de su cara; parecía algo más relajado.

Lo invité a entrar y, mientras él soltaba la maleta y se quitaba las botas de la moto, yo me acerqué a la mesita a por mi cuaderno.

—Estaba despierto cuando me enviaste aquellos mensajes, por eso he llegado tan pronto. He venido en moto, era lo más rápido —me explicó—. ¿Tú estás bien?

—Sí, ya sabes que bicho malo nunca muere. —Hice una mueca que pretendía ser divertida, pero no hubo risas—. ¿Y tú?

—No me he enterado de que estabas en el hotel hasta que he llegado a Umbrete —me dijo.

Me quedé parada al oír aquello. Respiré hondo y me pregunté si quería saber o no lo que había ocurrido allí.

—¿Miraste el móvil antes de llamar al timbre? —le pregunté, rezando por que hubiese sido así.

—No.

Se quitó la chaqueta de la moto y la dejó colgada en el armario.

—¿Llamaste a la puerta de José Luis? —Sentí un leve mareo.

—Llamé a la puerta —me respondió.

—¿Y?

—Me presenté a través del telefonillo como tu novio y le expliqué que estaba allí para recogerte.

Hugo hizo una pausa para controlar su enfado. No lo había visto tan irritado desde el día que me escapé para rescatar a Mari Vila.

—Ese periodista abrió la puerta de la casa y se puso a hablar conmigo a través de la cancela. —Hugo se sentó sobre el sillón de la esquina de la habitación, hablando con tanta frialdad que sentí su hielo en la estancia—. Como comprenderás, después de tus mensajes, no me tomé muy en serio lo de que te hubieras ido ya y, como comprenderás, no tenía ninguna intención de salir de allí hasta haber comprobado que aquella casa estaba vacía —me explicó—. Y no estabas. Tú no estabas, pero sí que estaba tu maleta, así que, como comprenderás, en el estado de nervios en que me encontraba, quise saber qué te había hecho para que hubieras salido de allí corriendo sin tu equipaje.

—No me hizo nada —me apresuré a aclarar antes de que siguiera—. Te lo juro, Hugo, no me tocó ni un pelo. José Luis... ¿está bien?

Me miró un instante con incredulidad y asintió levemente antes de continuar.

—Es la primera vez en mi vida que he golpeado a alguien y lo he hecho con tanta sangre fría que no he sido capaz de reconocermelo después. —Apretó los puños con fuerza—. Me dejé los guantes de la moto puestos para poder darle con las protecciones de los nudillos. —Respiró hondo y puso la mano en alto cuando traté de decir algo—. Como te digo, es la primera vez en mi vida que pego a alguien... y no me he gustado. De hecho, me he odiado por ello.

Comencé a respirar de forma acelerada para aguantar las ganas de llorar. Una impotencia tremenda comenzaba a aplastarme el pecho, y la sensación de culpa por ver a Hugo en aquel estado llegó a ser casi insoportable. Aun así, decidí callar y dejar que terminara.

—Ésta es la última vez que me preocupo por ti. Es la última vez que me convenzo a mí mismo de que lo que haces tiene algún sentido. —Sus palabras

eran aplastantes—. Podría soportar tu trabajo si lo llevaras a cabo con cabeza, pero a la vista está que la cordura y tú no os lleváis demasiado bien. —Sus palabras eran como rocas—. Escúchame bien porque ésta va a ser mi última exigencia: empieza a protegerte ya porque yo no aguantaré mucho más. Tengo la sensación de que tu vida acabará destrozando la mía y, si no paras, puedo asegurarte que me marcharé antes de que eso ocurra. Te quiero muchísimo... pero he decidido que tengo que quererme a mí mismo mucho más que a ti. Me robas la felicidad, Ada.



Aquellas palabras me hicieron un roto en el corazón. Y lo peor de todo era que aquel roto lo había provocado yo.

Deseé poder ser otra persona, alguien más cabal, con la misma capacidad de amar, de respetar y de cuidar que tenía Hugo hacia mí. Alguien que no pensase únicamente en su culo y que, ante el más mínimo ofrecimiento de ayuda, no se cerrara en banda. Alguien con un concepto de libertad más cercano a lo normal.

Pese a no decirle nada por miedo a que no me creyera, decidí tratar de convertirme en ese alguien.

«Sabes qué es lo que no funciona en tu cabeza y lo vas a cambiar», me dije a mí misma cargada de determinación. Sí, estaba decidida a cambiar.

Miré a Hugo a los ojos y deseé estar con él en Galicia, de nuevo en Casa de Verdes, frente a aquella quemada. Deseé poder partir desde aquel punto en el que nuestros corazones comenzaron a latir a la par. Partir justo desde aquel instante, borrando todo aquello que, por mi culpa, nos estaba separando.

Sí, lo deseé, con todas mis fuerzas, pero siendo muy consciente de que el pasado, por desgracia, no podía borrarse.

*Aquellos ojos intensos, taladrándome el cráneo.
Aquellos dientes potentes, atrapando mi cuello tierno.
Aquel torso desnudo, aplastando mis pechos contra mi cuerpo.*

Yo aún estaba sentada sobre la cama, con un nudo en la garganta y apretando la libreta como si fuera lo único que me quedaba.

Hugo se levantó, me quitó el cuaderno y lo arrojó al suelo.

Me arrancó la ropa con violencia y me dejó en cueros sobre la cama, aguardando mientras él también se desnudaba.

Al principio fue como si estuviese demostrándose algo a sí mismo. Demostrándose algo a mí. Pronto lo tuve encima inmovilizando por completo mi cuerpo, hundiendo sus uñas en mi piel, sus dientes en mi carne... sin importarle lo más mínimo si me hacía daño o no.

Me miraba con algo más que deseo y se excitaba más cuanto mayor era el control que ejercía sobre mi cuerpo.

Yo descubrí a un Hugo muy diferente aquella mañana. Un Hugo que tenía mucho que decir y pretendía no dejarme decir nada. Y me excitaba. Me excitaba hasta un punto que me resulta difícil describir.

Aquellos ojos intensos, taladrándome el cráneo.

Aquellos dientes potentes, atrapando mi cuello tierno.

Aquel torso desnudo, aplastando mis pechos contra mi cuerpo.

Sensación de ahogo por la escasez de aire en mis pulmones.

Palpitaciones en la entrepierna por el roce de su dureza en mi bajo vientre.

Casi no lo reconocía, pero me estaba excitando de un modo tan bestial que temía ser azotada demasiado pronto por el orgasmo.

—Fóllame ya —le pedí en voz baja.

Y lo hizo.

Me sujetó las muñecas por encima de la cabeza con una mano, y con la otra me obligó a abrir las piernas.

Me embistió con tanta violencia que sentí dolor antes de dar la bienvenida al placer. Empujó con fuerza, como si quisiera abrir aún más hueco para él en mi interior. Como si lo que yo le ofrecía no fuera suficiente.

Apreté el abdomen y contraí el suelo pélvico para evitar el dolor y dejar más espacio libre para Hugo. Y surtió efecto; un sonido ronco escapó de su garganta hasta mi oído y el dolor desapareció para dejar espacio al placer.

Continué empujando con fuerza, mientras mantenía mis manos prisioneras por encima de mi cabeza y clavaba sus intensos iris bicolores en mis ojos.

Con cada movimiento de su pelvis contemplé en su rostro un auténtico arcoíris de emociones. Primero llegó la furia, después la rabia... Tras la rabia, la lujuria. Y en aquel momento, en presencia de esa lascivia, nos reconocimos de nuevo.

Relajé el cuerpo al ser consciente de que, en aquella ocasión, no ganaba y o.

Tampoco ganaba él.

Vencíamos o perdíamos los dos.

Fuimos, por primera vez desde que nos conocimos, iguales.

Misma fuerza.

Misma violencia.

Mismo sexo.

Mismo placer.

El movimiento se hizo cada vez más acompasado. La fricción acabó erizándonos la piel a ambos. Encharcaba nuestros ojos y perlabo nuestros cuerpos por fuera... Nos derretía por dentro.

Le sentí con tanta intensidad en mi interior, y fuera de mí, que el orgasmo final acabó pareciéndome lo menos importante de aquel momento.

Fue, tan sólo, el final del sexo.

Aquella mañana, en aquella habitación de hotel, Hugo y yo tuvimos por primera vez un equilibrio que jamás habíamos sido capaces de alcanzar.

«Don't take your love from me» pareció llegar a mis oídos a través de la voz de Mildred Bailey. Puede que sólo fuera un dulce recuerdo. Quizá la huella de alguno de nuestros momentos mágicos del pasado; aquellos caramelos temporales con sabor a música y calor.

Quedaron lejos mis locuras y mis miedos.

Desaparecieron su impotencia y su necesidad de control.

Fuimos sólo nosotros, sin nuestras experiencias, en aquella habitación de hotel.

Una auténtica putada porque aquella fue la última vez que hicimos realmente el amor.

Luego llegó el sexo.

Y más tarde, al cabo de unos meses, se fue.

Color y más color por todas partes.

Color en su casa.

Color en su sonrisa.

Color en su corazón.

Hugo y yo llegamos a Granada aquel mismo día, bien entrada la noche.

El viaje fue una experiencia tan nueva como terrorífica para mí: jamás había viajado como paquete en otra moto, y es muy difícil entender que quien conduce no eres tú y que no todo el mundo tiene por qué coger las curvas a tu manera. Cuando pisé suelo granadino, me prometí a mí misma que jamás volvería a repetir aquella experiencia.

—¿No subes? —pregunté a Hugo cuando me hube quitado el casco.

—Esta noche no, Ada, necesito pensar —me dijo.

No insistí.

Me limité a quedarme allí quieta, observando cómo se alejaba y temiendo pronunciar en voz alta las palabras que llevaban horas escribiéndose en mi cerebro.

« Esto se ha roto» .

« Se ha roto...»

Después de nuestro mágico reencuentro en la cama, todo parecía haberse esfumado.

—¡Hola, mi niña! —La voz de Flor me pilló por sorpresa—. ¿Qué tal por Nápoles, cielo?

No pude evitar sonreír al ver aquella imagen: Flor caminaba hacia mí, cubierta desde la barbilla hasta los tobillos por un abrigo calentito de color rojo, y, junto a ella, Tulipán, atado con un arnés a juego con el abrigo de su dueña, andando a trompicones y entreteniéndose con todo, como buen gato que era.

—Llevamos una hora entera para recorrer la plaza de un extremo a otro — me explicó—. Y mira que es pequeña...

Subimos juntas a su piso, ya con Tulipán en brazos, y me invitó a cenar. La verdad es que la había echado de menos. Mi vida no era, ni es, precisamente sosegada y ella sabe darme ese punto perfecto de tranquilidad.

—Veo que has redecorado el piso, Flor. —Lo noté al entrar, todo estaba cambiado—. Me gusta muchísimo más así. Es más... tú.

Me agradeció el comentario con una sonrisa radiante, de esas que acaban iluminando a todo aquel que tiene alrededor. Lo había cambiado casi todo: en la cocina, los muebles y los electrodomésticos, junto con los azulejos; el baño era ahora mucho más moderno que el mío; los dormitorios habían sido modificados por completo y el salón parecía sacado de una revista de decoración.

Color y más color por todas partes.

Color en su casa.

Color en su sonrisa.

Color en su corazón.



Me sentó realmente bien escucharla. Desprendía un rico aroma a alegría y liberación, y si quedaba nostalgia en su corazón, yo no fui capaz de verla aquel día.

Me contó lo emocionante que había sido para ella despedirse de todos aquellos trastos viejos y dar ese intenso lavado de cara a su piso, lo mucho que había disfrutado eligiendo muebles y cómo había agasajado a los operarios, sirviéndoles cervezas y embutidos. Vamos, que se lo había pasado pipa con algo que para mí habría sido un auténtico suplicio.

—Por cierto... ¿podrías quedarte el fin de semana que viene con Tulipán? Es que me apetece hacer una escapadita. —Aquella fue la mayor sorpresa de la noche—. Estaba pensando en París, siempre he querido visitar la Torre Eiffel.

—¡Por supuesto que sí! —le respondí, entusiasmada—. Ya me darás las instrucciones de esta pequeña bolita de pelo —añadí—. Me alegro mucho de que te encuentres tan bien.

Supongo que, por un instante, mis barreras se vinieron abajo.

—Yo estoy bien, pero a ti te pasa algo, Ada —me dijo de pronto—. Te conozco, mi niña, y algo te está ocurriendo. Llevas meses sin ser tú.

Una lágrima traicionera resbaló por mi mejilla antes de que pudiera contenerla con la mano.

—Puede que tengas razón, pero ahora no me apetece demasiado analizar por qué estoy mandando mi vida a la mierda —le respondí con una falsa sonrisa en la boca—. ¿Te importa que lo hablemos otro día? Me está haciendo bien estar aquí contigo, disfrutando de tu compañía y de la de Tulipán.

—De acuerdo, cielo, pero permíteme que te diga una sola cosa. —Aguardó hasta tener mi permiso—. No estás mandando tu vida a la mierda, sólo estás un

poco perdida y, créeme, te acabarás encontrando. Acompañada... o en soledad.
Cuánta razón tenía Flor, aunque yo aún no lo supiera.



*Swing low, sweet chariot,
Comin' for to carry me home.*

Fue lo primero que hice tras entrar por la puerta de casa, acudir en busca de la voz de Mildred Bailey. Estaba por fin en casa y necesitaba sentirlo de verdad.

*Tell all my friends I'm coming too,
Comin' for to carry me home.*

Serían las diez de la noche. Después de soltar la mochila y la bolsa en la que habíamos metido las cosas de mi maleta para poder llevarlas en la moto, me senté a la mesa, en la cocina, junto a mi pequeño bichejo negro y feo.

Le restaban tres días hasta su trágica muerte.

Pobrecito mi bulto de ojos saltones.

—¿Tú también piensas que me encontraré? —pregunté a Clemente—. Sí, y a sé que eres un pez y que los peces no hablan, pero con lo poco agradecido que eres, al menos podrías tener la virtud de iluminar mis pensamientos, ¿no crees?

Bueno, un poco sí que me iluminó porque, de repente, recordé que había quedado en llamar a Enrico cuando regresara a casa.

—Hola, jefe —dije nada más oír su voz al otro lado de la línea.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llames jefe, niña?

Parecía estar de mejor humor que la última vez que estuvimos hablando.

Le había telefoneado desde el aeropuerto de Sevilla, poco antes de que me recogiera el puñetero José Luis, y el silencio que hubo después de que le notificara que no había logrado encontrar a Domenico fue muy doloroso. No sólo para él... también para mí. Luego me agradeció, con la voz entrecortada, que hubiese viajado hasta Nápoles para buscar a su amigo, y se disculpó diciendo que tenía mucho trabajo en La Napolitana y que, por eso, debía colgar.

Lo siguiente que supe de él fue por un mensaje de texto. Me preguntaba si todo marchaba bien y quería saber cuándo regresaba. Yo le respondí con la promesa de una llamada en cuanto estuviese sana y salva en casa.

—Lo siento mucho, Enrico. —No había tenido oportunidad de decírselo—. Ya sé que estas heridas son difíciles de curar... Sólo quiero que sepas que me tienes

aquí, para lo que necesites. «El dedo que me falta» estará siempre a tu disposición. —Ése era el nombre con que habíamos bautizado a la segunda navaja que Enrico me regaló.

—Mi familia está en Granada, Ada —me dijo—. En Nápoles ya no queda nada. Y, en cuanto logre acabar con lo que se nos echa encima, por fin podré descansar.

—¿Tienes idea de qué es lo que está pasando? ¿Es realmente Gennaro? —Ya sabía la respuesta por mi conversación con Domenico, pero debía tener cuidado y obtener toda la información necesaria por parte de Enrico para evitar meter la pata.

—Me temo que sí, pero aún no sé lo que quiere —me respondió—. Ahora me estoy planteando si necesito o no saber determinadas cosas.

Se refería a aquella antigua promesa.

Enrico se llevó a Carmina de Nápoles y la convirtió en su sobrina a cambio de que Gennaro, el puto mafioso de los cojones que estaba a punto de hacernos la vida más difícil, le revelara el nombre del asesino de su familia, cuando todo se hubiese calmado.

—Tú mismo lo has dicho, tu familia está ahora en Granada —le dije tratando de ocultar mi temor.

Deseé con todas mis fuerzas que el abuelo de Carmina tropezara bajando una escalera y se partiera la crisma. Si ese malnacido había venido hasta Granada para cumplir su promesa, si Enrico al fin llegaba a conocer el nombre de quien acabó con la vida de sus ángeles, estaba segura de que enloquecería y cometería el mayor error de su vida. Todo lo que había luchado aquellos años, aquel nuevo y mejorado hombre que había construido con coraje, a partir de unos cimientos inestables y al borde de la extinción, acabaría derrumbándose. Sólo quedaría de él un oscuro amasijo de dolor y destrucción.

—No necesitas a Gennaro. —No sabía cómo decirle que debía evitar a toda costa hablar con él.

—Eso es lo que aún no sé, Ada —me confesó—. No sé si quiero olvidar y seguir con el corazón cargado hasta los topes de anestesia o si prefiero descubrir la verdad y luchar por liberarme de una vez por todas.

Qué dura fue para mí aquella conversación.

Fui consciente en aquel momento de que Enrico era para mí como el padre que jamás había tenido. Un padre que me mandaba a Nápoles para comprobar si la mafia había matado a un amigo suyo, pero un padre al fin y al cabo. Me di cuenta de que lo quería tanto que el hecho de estar hablando con él de aquello me estaba doliendo demasiado.

—Clemente, te juro que si esto fuera una película, compraba una metralleta y me los cargaba a todos —le dije a mi pobre pez cuando colgué el teléfono para evitar que me venciera la ansiedad.



Sabía que lo de intentar dormir aquella noche no iba a ser tarea fácil, así que me puse a preparar mi plan de acción para el día siguiente.

Enrico me necesitaría en el restaurante esa noche. Por suerte no entraría a trabajar hasta las siete de la tarde, de modo que tendría suficientes horas para visitar tres o cuatro cementerios cercanos y podría llegar a casa aún con tiempo de ducharme y cambiarme para ir a La Napolitana.

En Granada habíamos localizado hasta el momento un cementerio con lápida repetida: en Salobreña, en la costa granadina. Mi idea era comenzar por lo más cercano e ir alejándome poco a poco. De Salobreña, teniendo en cuenta que en Málaga aún no tenía nada, me iría a Jódar, en Jaén, y de Jódar a Monturque, en Córdoba.

No eran pocos kilómetros, pero calculé que, si no me entretenía demasiado en ninguna de las paradas, hacia las cinco de la tarde podría estar de vuelta en casa.

*Tan sólo quedaba un detalle [...]:
la lápida.
Hasta en eso coincidían.*

Probablemente, aquélla fue la primera vez que me acordé a tiempo de una de mis notas mentales y, cosa extraña en mí, la tuve en cuenta y la puse en práctica. ¿Recuerdas cuando, en el cementerio de Jaén, Andrea cerró la lápida con una llave falsa como si fuese lo más sencillo del mundo? ¿Recuerdas que nos explicó a Hugo y a mí que había estado practicando en casa? Yo sí que lo recuerdo, y también la advertencia que me hizo mi cerebro: «Ada, bonita, a ver si aprendes a planificar un poco mejor».

Sí, una buena nota mental. Desde aquel día, a veces me acuerdo de ponerla en práctica. Sólo a veces.



Regresé a Granada con tiempo de sobra para darme una ducha antes de ir a La Napolitana. Sin embargo, la información que había obtenido aquel día era tan valiosa que preferí quedar con Andrea antes de ir a trabajar.

—Tienes la carita cansada, nena. ¿No has dormido nada? —le pregunté cuando se sentó a mi lado en la cafetería.

—¿Y me lo preguntas tú, que pareces un muerto? —me respondió Andrea, dibujando en su cara una leve sonrisa.

Era cierto, las dos estábamos tirando a destrozadas. Nuestro diagnóstico: horas de sueño insuficientes y un exceso de preocupaciones. Ahí empecé a sospechar que en lo referente a cabezonería éramos prácticamente iguales.

—¿Y bien? ¿Qué tienes? —me preguntó, excitada como una yonqui impaciente por la llegada de su dosis diaria.

—Primero tú —le dije poniendo una mano sobre la carpeta que tenía sobre la mesa—. No quiero, por nada del mundo, eclipsar tu descubrimiento.

Le sentó bien la broma. Sonrió con ganas en aquella ocasión y fingió sentirse ofendida por mis palabras. Las pequotas de su cara parecían desdibujadas a causa del cansancio.

—Está bien. —Andrea accedió y sacó la tablet del bolso—. En mayo de 1993 una pareja encontró en la sierra de La Alfaguara el cadáver de un joven de veinticuatro años envuelto en plástico junto a una carretilla. Se llamaba David Sanders y vivía con su madre en Alfacar. Tenía doble nacionalidad y llevaba en España sólo dos años.

Me mostró fotos del cuerpo del chico, aún envuelto en plástico, en el lugar en el que fue encontrado; a continuación, algunas instantáneas de la autopsia. Si te soy sincera, más que impresión sentí una profunda lástima por él. Parecía dormido, allí, sobre la fría mesa metálica, con aquella profunda incisión cosida con liza recorriéndole todo el torso. Su rostro, aun en la muerte, resultaba angelical. Facciones aniñadas. Nariz respingona. Sus ojos, cerrados y con largas pestañas rubias, parecían dos pequeñas sonrisas.

—Se parece muchísimo al resto de los chicos —apunté—. ¿Hay alguna de él con vida?

Andrea deslizó el dedo por la pantalla de la tablet hasta localizar la foto de David. Sin lugar a dudas, era prácticamente calcado, sólo que unos años mayor.

—Fue drogado y estrangulado. No hubo agresión sexual. —Suspiró, como si aquello eliminara uno de los mayores miedos que atormentaban su cabeza en torno a la muerte de su hermano—. No había signos en su cuerpo de que se hubiese defendido, por lo que se pensó que debía de conocer a su agresor —me explicó Andrea—. Tampoco se encontró rastro alguno del autor del crimen: ni huellas, ni ADN... Nada. Tan sólo el cuerpo desnudo envuelto en un plástico grueso. Y por aquel entonces, al no encontrar otros indicios en la zona, se supuso que quienquiera que lo hubiese matado pensaba abandonar el cuerpo en plena sierra y ya está.

—Pero si este chico está relacionado con el resto de las desapariciones, se habrían encontrado más cuerpos, ¿no? —quise saber desde mi ignorancia.

—Lo descubrieron bien entrada la noche. Me da a mí que esta pareja pilló por sorpresa al asesino y no le permitió terminar con lo que había empezado. Puede que pretendiera enterrar el cuerpo o trasladarlo a otro sitio —me explicó—. De hecho, quienes lo hallaron dijeron en su declaración haber oído el motor de un coche alejándose.



¿Te has sentido alguna vez culpable por tener razón? Pues así me sentí yo al ser

consciente de que aquella idea descabellada que se había apoderado de mí en Sevilla se había hecho realidad.

David Sanders encajaba perfectamente con las víctimas del que comenzamos a llamar provisionalmente el Asesino de las Lápidas. Su edad se correspondía con la que yo había calculado que tendría el desaparecido de 1993: veinticuatro años. De haberlo conocido en vida, cualquiera habría podido confundirlo con la versión adulta del hermano de Andrea, o del crío de 1981... o de cualquiera de los chavales extraviados. Era como ver en diferentes personas la línea del tiempo de una sola.

Tan sólo quedaba un detalle.

Un dato crucial que nos permitiría meterlo de forma definitiva en el saco: la lápida.

Hasta en eso coincidían.

—Antes de subir a la sierra, he pasado por el cementerio —me dijo Andrea, y cogió de nuevo la tablet para mostrarme una foto—. También hay lápida —sentenció.

Saqué mi libreta y anoté el nombre de aquel chico junto a los demás. De pronto, ya no me pareció tan importante viajar a Murcia para buscar en el cementerio de Águilas la lápida que nos faltaba. Me quedó bastante claro que Miguel Rodríguez también tenía su propio nicho.

—No sé qué decir. —Le fui sincera—. En el mundo feliz de Ada Levy, yo aún albergaba la esperanza de encontrar a tu hermano y al resto de los chicos con vida.

—Yo sí tengo algo que decir —apuntó Andrea—. La muerte de este chaval, este fallo del asesino, ha sido para mí el mayor golpe de suerte que podría haber tenido.

—No te entiendo —le dije.

—Ada, ya tengo material suficiente para judicializar el caso. El cadáver de la sierra de La Alfaguara está dentro del partido judicial de Granada —me explicó—. Con un poco de suerte, si escojo bien al juez de instrucción de guardia, podré llevar el caso personalmente. Voy a poder quedármelo yo. —Su sonrisa cínica me produjo escalofríos.

—¿Eso quieres? —le pregunté—. ¿Crees que serás capaz de llevarlo tú? ¿No te hará demasiado daño todo esto?

Andrea pareció plantearse mis preguntas seriamente. Incluso llegué a creer que el llanto acabaría rompiéndola. Sin embargo, justo cuando la primera lágrima comenzaba a rebosar, endureció el semblante y se cargó de determinación.

—La desaparición de mi hermano ha marcado mi vida desde los cinco años. Me hice inspectora de policía por y para esto —me dijo—. Ese hijo de puta se llevó a Daniel y, con él, todo lo bonito que había en mi vida: la valentía de mi

padre, la sonrisa de mi madre, mi infancia, mi adolescencia... Me lo arrebató todo —me confesó—. Así que, sí, quiero llevar yo el caso. Aunque termine destrozándome, quiero llevarlo yo, porque no voy a encontrar mayor satisfacción en esta vida que dar caza a ese cabrón.

*Pero jeso es genial!
¡Podrías tener al asesino!*

Cuando le conté a Andrea mi descubrimiento de aquel día decidí retrasar lo de presentar el caso ante el juez de instrucción.

—Cambio de planes —me dijo—. Mándame la foto que has hecho. Vamos a ver primero si ese nombre que tienes se repite en muchos más cementerios. Tú vete a ayudar a Enrico —me aconsejó—. Luego, a última hora, te digo algo.



Le hice caso. Envié la foto de aquella fotocopia de DNI a su WhatsApp y salí corriendo hacia La Napolitana.

De camino, me sentí realmente orgullosa por el trabajo que había hecho hasta aquel momento, y eso que había dudado una y mil veces de mis capacidades. Pero tenía que reconocérmelo: mi instinto y mi toque de planificación habían acabado dando sus frutos. Tan sólo deseaba que aquellos frutos nos llevaran a buen puerto.

Aquel mismo día por la mañana sólo tuve tiempo de visitar Salobreña y Monturque. La cosa no había sido tan sencilla como había previsto en un principio: en los pueblos relativamente pequeños, los archivos de los cementerios están en los ayuntamientos.

Al llegar a la costa, lo primero que hice fue ir al camposanto y localizar la lápida. La fotografié y apunté en la libreta el número de nicho y el lugar en el que se encontraba, para que resultara más fácil dar con los datos de su propietario. Aun así, hicieron falta cerca de dos horas, teniendo en cuenta que la persona encargada estaba de baja y Puri, la mujer que me atendió, tenía muchas ganas de ayudar pero poca idea de dónde buscar.

Además, tuve que recurrir a la inventiva para conseguir lo que quería. Bueno, a la inventiva y a algo que ya había inventado: antes de salir de casa, se me

ocurrió coger los dos números de la revista *Moter@s* en los que se hablaba de «El Juego de los Cementerios». Se los mostré a la buena mujer, y le dije que el juego continuaba y que estábamos preparando un gran premio de cara a la Navidad, tanto para los dueños de las lápidas más bonitas y originales como para los cementerios mejor cuidados a nivel nacional.

—Estas cosas las hacen mucho los americanos, ¿sabe usted? —le conté, sin tener ni idea de si los americanos hacían concursos o no de ese tipo.

A Puri le entusiasmó la posibilidad de que su pueblo recibiera un premio, aunque no terminó de entender del todo eso del necroturismo.

—¡Aquí está! —me dijo, sacando una carpeta del archivo—. Se compró a prenecesidad en 1979 y su dueño... Aquí hay una fotocopia del DNI.

Tuve que controlarme para no arrancársela de las manos. Traté de disimular mi nerviosismo y aguardé a que la pusiera sobre la mesa para poder mirarla.

—«Antonio López Sánchez» —leyó Puri en voz alta—. ¿De Coín? ¿Y para qué querrá alguien de Coín un nicho aquí? —se preguntó—. Tendrá familia en Salobreña —concluyó ella sola.

Mientras tanto, yo disimulaba apuntando los datos en la libreta, pero en realidad me moría de ganas por hacerle una foto a aquella puñetera fotocopia. Estaba a punto de pedirle permiso cuando, bendito golpe de suerte, llamaron a Puri por teléfono. Aproveché su despiste para sacar el móvil y hacer un par de instantáneas sin el flash.

—Muchísimas gracias, Puri —le dije cuando terminó de hablar—. Me ha sido de gran ayuda. Y, por favor, guárdeme el secreto, que hasta diciembre no va a publicarse nada, ¿de acuerdo?

Sali de Salobreña pitando y, viendo que eran las once y media de la mañana, decidí saltarme la parada de Jódar y tirar hacia Monturque. Después de todo, ya tenía la foto del nicho que hice cuando acompañé a Flor al entierro. Además, recordaba dónde se encontraba el ayuntamiento, por lo que me resultó bastante fácil llegar hasta allí y localizar a alguien que pudiera ayudarme.

—Hola, muy buenas —dije nada más entrar—. Ya sé que vengo un poco tarde, pero necesitaría hablar con el encargado del cementerio, si no es mucha molestia.

En Monturque fue mucho más fácil ya que, para los habitantes del pueblo, el que su cementerio estuviera en la Ruta Europea de los Cementerios era un auténtico orgullo. Ayudó también el hecho de que Guadalupe, la mujer que me atendió, tuviera en casa la revista de hacía año y medio en la que hablaba del precioso camposanto monturqueño y de sus cisternas romanas.

—Aquí está. —Lo encontró en menos de diez minutos—. «Antonio López Sánchez», de Coín.

Me dejó con la boca abierta.

—¿Y en qué año se adquirió? —le pregunté cuando me di cuenta de que había

vuelto a guardar la fotocopia del DNI en su correspondiente carpeta.

—Espera, que te lo digo. —La abrió de nuevo y buscó el documento—. Aquí dice que en 1979 —me confirmó con aquel característico seseo de la tierra.

Lo apunté en mi libreta y le dije que acababa de inscribirlos en el concurso al mejor nicho y el mejor cementerio de España, que más adelante nos pondríamos en contacto con el ganador. Y salí de allí corriendo, una vez más, con el cerebro a mil por hora y pensando en cómo conseguir más nombres sin visitar más cementerios.

Al llegar a la calle, una bombillita iluminó todas las oquedades de mi cabeza. Me di la vuelta.

—Guadalupe, perdona —le dije regresando a su despacho—. Me quedan muchísimos cementerios de la lista por visitar. ¿Crees que si llamo por teléfono preguntando por estas tumbas de las que te hablaba, me darán los datos? Me ayudaría a adelantar trabajo.

—Pues no lo sé, la verdad —me respondió—. Si tienes el número de nicho y puedes describirlo, no creo que tengas problemas.

Y efectivamente, no los tuve. Hice diez llamadas, las que me dio tiempo antes de que cerraran los ayuntamientos, y dejé mi correo electrónico para que me enviaran los datos que solicitaba. Por supuesto, no me dediqué a jugar a « Encuentra la Lápidas »; fingí ser la sobrina nieta de Antonio López Sánchez y dije que necesitaba saber si mi tío había comprado a prenecesidad algún nicho en el cementerio del pueblo en 1979.

Tras las diez llamadas telefónicas, recibí casi de inmediato dos correos. Los días siguientes llegaron cuatro más y, al parecer, « mi tío » Antonio López Sánchez se había dedicado a comprar tumbas por España en 1979.



—¿Qué es eso del concurso para la revista?

Fue lo primero que me preguntó Andrea cuando vino a verme a La Napolitana al día siguiente. Uno de los policías de su equipo había llamado a Salobreña y a Monturque para corroborar la información que les había dado y le habían contado lo del concurso para la revista. Yo sonreí sin saber muy bien qué decir.

—Tenía que inventarme algo —admití—. Yo no soy poli y no puedo ir diciendo por ahí que estoy llevando a cabo una investigación supersecreta.

Enrico debió de darse cuenta de que estábamos hablando de algo serio, porque se nos acercó y nos ofreció su despacho.

—Ada, ve adentro con la inspectora. Ahora os llevo un par de cafés.

Le regalé una sonrisa a ese jefe que no soporta que lo llame jefe e indiqué a Andrea que me siguiera. No es que hiciera falta ir a un lugar tan apartado, pero lo cierto es que nos habíamos puesto a hablar de pie en medio de La Napolitana.

—¿Se lo has contado? —me preguntó ella, incómoda, nada más entrar al despacho.

—¿El qué? ¿Lo de tu hermano? —Traté de quitarle importancia—. No, qué va. Pero no por falta de ganas; él tiene ahora demasiado... trabajo. Aunque Enrico no es tonto y sabe que nos traemos algo entre manos. Puedo asegurarte que si él pudiera ayudarnos, ya sabríamos dónde encontrar a quien se llevó a los chicos.

Andrea puso gesto de incredulidad... y de cierta superioridad.

—¿Qué pasa? —le dije—. ¿No te lo crees?

—Ada, por favor, que es un simple husmeabraguetas y, para colmo, necesita un restaurante para llegar a fin de mes —me dijo en tono despectivo.

«Vaya, vaya», pensé.

—Vaya, vaya —dije en voz alta—. No quiero ni plantearme cuál puede ser tu opinión de una investigadora privada novata que tiene que currar como camarera para llegar a fin de mes —le solté, exagerando un poco lo de mi trabajo esporádico en La Napolitana—. Andrea, no deseo parecer grosera pero ya querría una inspectora de policía, con tu estatus y tu experiencia, acercarse a lo que ha vivido y lo que ha sido capaz de hacer en el pasado mi compañero Enrico.

¿Era aquello una carita de «trágame tierra»? Si no lo fue, lo pareció.

—No pretendía ofenderte, Ada. Es sólo que...

—Ya sé que estás nerviosa y que todo esto, en algunos momentos y aunque no quieras reconocerlo, te viene grande —le solté sin miramientos—. Y lo sé porque en eso nos parecemos mucho tú y yo. No me considero la persona más indicada para dar consejos... —Era cierto, no era la más indicada—. Pero hoy voy a darte uno: no infravalores nunca a quien tienes al lado, o correrás el riesgo de desperdiciar muchas oportunidades.

El ambiente entre nosotras se quedó un poco tenso. De hecho, ninguna de las dos se animaba a hablar. Andrea, creo que avergonzada, y yo, algo molesta. Por suerte, tengo en mi vida a un atractivo italiano cincuentón agraciado con el don de la oportunidad. Justo en aquel momento apareció Enrico en el despacho con dos capuchinos y dos trozos enormes de tarta de queso.

—¿Y el tiramisú? —le pregunté, indignada—. ¿Te lo has comido todo? —Me pareció ver una leve sonrisa en el rostro de la inspectora.

—El tiramisú, mi pequeño saltamontes, es sólo para las grandes revelaciones. —Enrico guiñó un ojo tras aquellas palabras y salió del despacho.

Andrea y yo nos quedamos a solas, sentadas a ambos extremos de aquel sofá de cuero marrón y con nuestros trozos de tarta asegurados.

—Mis chicos han confirmado veintiocho nichos más a nombre de Antonio

López Sánchez. Todos comprados en 1979 —me contó al fin Andrea.

—Pero ¡eso es genial! —Yo fui puro entusiasmo de pronto—. ¡Podrías tener al asesino!

—Me temo que no va a ser tan fácil. El carnet es falso —afirmó—. Bueno, falso a medias. Es una falsificación sobre soporte auténtico. De hecho, he tardado en darme cuenta porque aparecía en el registro.

—No entiendo —le confesé.

—Pues muy sencillo: algún funcionario regaló una identidad falsa al tipo de esta foto en 1979. Me he dado cuenta cuando he tratado de localizar al tal Antonio. No hay renovaciones posteriores de este DNI, así que en principio pensé que podría haber muerto, pero al ir a buscar en el registro civil su fecha de defunción, he descubierto que ni siquiera había fecha de nacimiento. Una identidad falsa en un documento perfectamente legal.

Yo ignoraba que esas cosas podían ocurrir, aunque, pensándolo fríamente, los funcionarios son personas... con un precio... como la mayoría de las personas. Además, en aquella época los soportes que se usaban para hacer los DNI no tenían tantas medidas de seguridad como ahora. De hecho, cualquiera que se hiciera con un par de tarjetas en blanco y que tuviera una Olivetti Lexicon 80 podría estrenar identidad cuando quisiera.

—Total, que lo del DNI no nos sirve para nada —afirmé un poco chafada.

—Yo no he dicho eso —apuntó Andrea—. Sólo he dicho que la identidad es falsa. Pero tenemos un hilo del que poder tirar. Esta misma mañana he hablado con Enrique Portillo, el juez de instrucción que me interesa que lleve el caso. Le he dicho que creía que tenía algo y que estaba pendiente de localizar unas pruebas y él me ha comentado que está de guardia este fin de semana —me explicó—. Tengo hasta el sábado para saber hasta dónde me lleva lo del DNI. Si para entonces no he encontrado nada, redacto el oficio con lo que tenga y judicializo el caso.

—Bien, ¿y adónde dices que vamos?

*Luego miré a Enrico.
Toda su energía había desaparecido.
De repente, era un pobre hombre derrotado.*

No fue nada fácil convencer a Andrea para que me dejara acompañarla a Málaga. Según me había comentado, el número de equipo del DNI indicaba que aquel carnet había sido expedido en el mismo Coín, durante el año escaso que estuvo funcionando la comisaría. La intención de la inspectora era tirar al día siguiente hacia Marbella para intentar localizar al funcionario.

—No debe de ser muy difícil. La comisaría de Coín estuvo abierta poquísimo tiempo, y dudo que hubiera más de tres personas encargadas de expedir los DNI —me explicó—. Con un poco de suerte, y con la colaboración del funcionario, puedo dar con el dueño de la identidad falsa.



Cuando salí para acompañar a Andrea hasta la puerta, sonreí al ver a las gemelas de Carmina jugando en una de las mesas más apartadas.

—¡Tita Ada, mira! —me dijo la pequeña Violetta.

—¡Mira, tita Ada! —En esta ocasión, fue la pequeña Carmina quien llamó mi atención.

Las dos jugaban con un par de Barbies idénticas y me hizo mucha gracia darme cuenta de que los novios de sus muñecas eran los dos Action Man que la tita Ada les había regalado.

—Ahora mismo vengo a jugar con vosotras —les prometí.

Ya en la puerta, Andrea quedó en recogerme a las seis de la mañana al lado de casa.

—No te retrases, por favor, me gustaría estar en Marbella a las ocho.

—¡A sus órdenes, inspectora! —bromeé.

Me dio las gracias por todo lo que estaba haciendo y, para que no me hiciera

demasiadas ilusiones, me recordó que, una vez se judicializara el caso, iba a tener que mantenerme al margen si queríamos que todo saliera adelante sin problemas.

—Te pagaré por tus servicios y estaremos en paz —me dijo.

—Buenas noches —saludó un señor mayor con acento extranjero al entrar en La Napolitana.

—Buenas noches —respondimos las dos.

Fue extraño porque, a pesar de parecer un inofensivo anciano, tanto Andrea como yo nos quedamos mirando con curiosidad. Dos tipos grandes lo acompañaban unos metros más atrás; creí identificar a uno de ellos como Osito, ¿lo recuerdas? El tipo peludo que hostigaba a Carmina haría menos de dos semanas.

«La cosa no pinta bien», me dije. Pero traté de disimular para que Andrea no lo notara.

—¿Los conoces? —quiso saber ella.

—¿Qué? —Me pilló por sorpresa—. Ah, sí... son clientes habituales. Ningún problema —improvisé, tratando de quitar importancia al tema.

—De acuerdo entonces. —Pareció quedar conforme—. Recuerda, no te retrases. A las seis en punto.

Me despedí de ella y entré en el restaurante disimulando la urgencia.



Efectivamente, la cosa no pintaba bien.

Ya dentro de La Napolitana me di cuenta de que aquel señor mayor se había sentado a la misma mesa en la que estaban jugando las niñas. Deduje que era Gennaro, el abuelo de Carmina.

—Así que te llamas Violetta —le oí decir—. Es un nombre muy bonito. Aunque también me gusta mucho Carmina. —Rozó con la punta del dedo índice la nariz de una de las niñas—. Dos nombres realmente hermosos —concluyó.

«Se va a armar la gorda», intuí, y me apresuré a entrar a por Enrico a su despacho. Carmina estaba haciendo cosas en la cocina.

—Ejem... ¡jefe! —No sabía qué decir.

—Que no me llames jefe, no sé cómo decírtelo —me regañó.

—Vale, pues Enrico —me corregí muy serio, y aún más serio se puso él al verme—. Creo que deberías salir al comedor.

Se levantó de su cómodo sillón y rodeó la mesa en dirección a la puerta. Me miró fijamente con cara interrogante antes de salir al pasillo. Cuando sus ojos contemplaron la escena, su cuerpo entero se envaró.

—¡Carmina! —dijo en voz alta—. ¡Sal a por tus hijas!

Cuando la sobrina de Enrico salió de la cocina, se quedó completamente blanca. Aquel señor mayor estaba entregando un paquete envuelto en papel de regalo a cada una de las niñas.

—¡Violetta! ¡Carmina! ¡Venid aquí ahora mismo! —les ordenó su madre, un poco nerviosa.

Las niñas se quejaron y sólo accedieron a irse si podían llevarse con ellas sus regalos. Abandonaron las Barbies y los Action Man y acudieron junto a Carmina con los paquetes en la mano. Las tres entraron en el despacho.

Enrico, que aún estaba en pie a mi lado, me pidió que me quedara en un lugar apartado donde pudiera controlar los movimientos de los dos acompañantes de Gennaro. Osito se había sentado en una banqueta en el lado derecho de la barra. El otro tipo, a quien apodé Ratoncito (orejas grandes, ojos como alfileres, nariz puntiaguda y paletas prominentes), se sentó a una de las mesas más cercanas a la puerta, en la pared izquierda de la sala.

Yo permanecí en pie al principio del pasillo que daba al despacho y a la puerta de la cocina. Desde allí tenía una buena perspectiva. Además, como estaba junto al teléfono, si había que hacer alguna llamada urgente no tendría que andar demasiado, con lo que, con suerte, me ahorraría la vergüenza de caer al suelo por la falta de coordinación en mis temblorosas piernas.

Tuve la sensación de estar en medio del rodaje de una película, en una de esas escenas en las que la tensión es tan intensa y espesa que podrías coger un cuchillo y cortarla en lonchas finas para hacerte un bocadillo.

Gennaro había permanecido tranquilo en su sitio hasta aquel momento. De pronto, se volvió y miró fijamente a mi compañero.

—¡Francesco! —dijo en voz alta llamándolo por su antiguo nombre—. *Vieni con me*, Francesco. —Lo invitó a sentarse a su mesa con un gesto de la mano.

Enrico me guiñó un ojo y me regaló una sonrisa fugaz. Trataba de relajarme y de transmitirme que todo iría bien, pero yo no sabía qué pensar. Antes de separarse de mi lado, me apretó con fuerza la mano izquierda.

Caminó hacia la mesa lentamente, reconstruyendo su postura a cada paso, cargándola de seguridad y energía. Se sentó frente a Gennaro y cogió una de las muñecas de las niñas. Comenzó a girar sin parar la cabeza de la pobre Barbie y a hablarle en voz baja a aquel anciano altanero.

La conversación duró escasos minutos.

Yo no podía oír de qué hablaban, pero lo que sí me quedó claro por sus gestos era que ninguno de los dos estaba de acuerdo.

Finalmente, llegó el momento tenso.

Gennaro se levantó de repente de la silla y golpeó con el puño la superficie de la mesa.

Ratoncito y Osito abandonaron sus asientos y clavaron sus miradas en Enrico.

Mi compañero permaneció sentado, mirando con toda la fuerza y la dignidad del mundo a aquel abuelo, que no parecía dar crédito a lo que se había encontrado.

Y yo...

Pues yo me desplazé como pude con mis piernas de regaliz y aferré el teléfono inalámbrico, rezando por ser capaz de marcar los números 0, 9 y 1 en caso de ser necesario, y esforzándome por parecer tranquila y sosegada, imitando el modo en que se comportaba Enrico.

«Apariencia —me dije—. Si no te sientes segura, al menos debes aparentar estarlo».

Y, por fin, el momento tenso se esfumó.

Gennaro relajó el cuerpo, escondió la rigidez de su cara arrugada y plegó la mano con la que había golpeado la mesa. Osito y Ratoncito aflojaron su empaque y dejaron de asesinar con la mirada a Enrico, y él... él permaneció sin inmutarse lo más mínimo. Se levantó de la silla con lentitud, desprendiendo un fuerte olor a seguridad, y extendió el brazo en dirección a la puerta de la calle, mostrando a los tres hombres dónde podían encontrar la salida.

El señor mafioso indicó a sus muchachos que había llegado el momento de abandonar el lugar. Comenzó a caminar hacia la puerta y, antes de salir de La Napolitana, se volvió y le dijo a Enrico en italiano: «Es mi familia, no la tuya. Recuérdalo siempre».



En cuanto se fueron, obligué a mi cuerpo a reaccionar y me dirigí hacia la entrada para cerrar con llave la puerta. Los clientes tendrían que esperar.

Luego miré a Enrico.

Toda su energía había desaparecido.

De repente, era un pobre hombre derrotado.

Se sentó de nuevo a la mesa, con el cuerpo encorvado y la cabeza gacha. Yo me acerqué y ocupé la silla que había junto a él. Le puse la mano derecha sobre los hombros y, con la izquierda, sujeté su barbilla para hacerle elevar la mirada.

—Ha venido a por ellas —me dijo, con el timbre de su voz cargado de tristeza.

—Vamos, jefe... —Traté de animarlo—. Carmina jamás te dejaría.

Le sonreí y tiré de nuevo de su barbilla, obligándolo a mirarme.

—Si ella decide marcharse... y yo no se lo impediré —me confesó mirándome a los ojos.

En ese momento, Carmina apareció por el pasillo y reclamó a su tío.

—Ahora vengo —me dijo Enrico levantándose de la silla—. Lo has hecho muy bien, pequeño saltamontes.

Me dio unos toquitos en la espalda antes de marcharse.

Yo también abandoné aquel rincón, dispuesta a abrir de nuevo las puertas de La Napolitana y a enfrentarme, una vez más, a todo aquel trabajo a solas con Óscar. Trabajaba poco en el restaurante, pero cuando lo hacía siempre acababa reventada.

*Jamás había sido tan seco conmigo.
Definitivamente, él jamás había sido tan seco.*

A las ocho en punto de la mañana del día siguiente, Andrea y yo estábamos plantadas frente a la puerta principal de la comisaría local de Marbella. Aquel lugar me recordó a un edificio típico de playa, sólo que de colores blanco y azul y cargado hasta los topes de policías.



—Espera —le dije a Andrea justo antes de entrar a la comisaría y agarrándola del chaquetón.

—¿Qué ocurre? —me preguntó con cara rara.

—Tenemos que volver al coche —apunté.

—¿Por qué?

—Tú hazme caso —insistí—, volvamos al coche un segundo.

Cuando llegamos a donde habíamos aparcado saqué la navaja de la chaqueta y la escondí en la guantera.

—¡Estás loca! ¿Cómo se te ocurre llevar eso encima?

Ya intuía yo que me regañaría.

Me encogí de hombros y levanté la mano izquierda mostrándole mi muñón.

—Es el dedo que me falta —le expliqué.

Repetía esa broma muy a menudo, para tratar de quitar importancia a «mi pérdida», pero cada vez que miraba aquella cicatriz se me encogían las tripas.

Andrea me miró con cara de «Estás más desequilibrada de lo que pensaba» y yo le respondí con carita de «Esto es lo que hay». Luego, sin decir nada más, nos dimos la vuelta y regresamos a la comisaría para enfrentarnos, con toda la tranquilidad del mundo, al detector de metales; ese detector por el que no tuve que pasar por ir acompañando a una inspectora.

—¿Dónde podemos encontrar la oficina de DNI? —preguntó Andrea después

de haberse identificado como compañera.

Fuimos juntas hasta donde nos habían indicado y, una vez allí, se identificó de nuevo:

—Andrea García, compañera de Granada —dijo de forma escueta a la vez que mostraba su placa al primer funcionario con el que se cruzó—. Me gustaría hablar con el jefe de DNI.

Nunca había estado en una comisaría rodeada de policías y desconocía el modo en que se hablaban normalmente entre ellos. Aun así, me pareció que Andrea había entrado en aquel lugar dándose demasiada importancia.

—Muy buenos días, mi nombre es Juan. ¿Qué es lo que necesitan? —nos preguntó un policía mayorcete que se nos había acercado mientras esperábamos.

—Hablar con el jefe de DNI —respondió en tono seco Andrea.

El policía se quedó un poco cortado ante aquella respuesta y, justo cuando comenzaba a retirarse, decidí suavizar un poco la cosa.

—Aunque puede que usted quiera echarnos un cablecillo —le dije regalándole una de mis sonrisas más radiantes—. Mi nombre es Ada y aquí, mi amiga Andrea y yo, necesitamos toda la ayuda que puedan prestarnos. —Nuevo lanzamiento de sonrisa luminosa y contagiosa.

—Conque de Granada, ¿eh? —Por fin, el señor mayor se liberó de la mala sensación—. Mi nieta estudia psicología allí y dice que no piensa volver a Málaga, que aquello es muy bonito. Aunque a mí no me engaña —dijo levantando un dedo y con cara de abuelo que lo sabe todo—, ¡seguro que se ha echado un novio! Esta juventud... Pero bueno, que no te quiero aburrir con los disgustos que me da mi nieta. —Estaba obviando por completo a Andrea, me hablaba solo a mí—. ¿Qué es lo que necesitas?

Miré a la inspectora de soslayo y me hizo un gesto con la cabeza indicándome que continuara.

—Pues verá, Juan —comencé—, resulta que tenemos un DNI expedido en el año 1979, y necesitamos encontrar al funcionario que lo tramitó.

Juan me escuchaba con las orejas bien abiertas.

—La mala pata es que el número de equipo y la fecha nos llevan a la comisaría de Coín pero... —Yo me limitaba a reproducir lo que me había contado Andrea—. Como usted bien sabe, en Coín ya no hay *ni comisaría ni ná*. —Bueno, lo reproducía a mi manera.

El policía soltó una risotada mientras Andrea me miraba boquiabierta. No había que ser demasiado inteligente para darse cuenta de que no aprobaba el modo en que estaba contando a Juan lo del DNI.

—Pero *ná de ná* —contestó él en tono divertido—. Si es que ese acento *granaino*... —añadió el buen hombre haciendo más patente su deje malagueño—. Pero me da a mí que habéis tenido suerte y que no vais a necesitar hablar con el jefe de DNI, quien, por cierto... —Y en ese momento sí que miró

directamente a Andrea—. No ha venido esta mañana a trabajar a causa de una gripe.

Noté a la inspectora claramente irritada, pero se aguantó y no dijo nada.

—¿Puede usted ayudarnos entonces, Juan? —le pregunté con otra gran sonrisa en la cara para que volviera a centrar su atención en mí.

—Yo fui uno de los policías que vieron cómo se abría y se cerraba aquella comisaría en poco más de un año y, aunque ya estoy en eso que llaman «segunda actividad» y tengo que conformarme con expedir carnets hasta que me manden por fin a casa, han sido muchos años de trabajo y mucho lo que he vivido y lo que he aprendido.

Juan parecía haber decidido dar un rodeo para regalarle un pequeño «zas en toda la boca» a aquella joven e inexperta inspectora. Repitió varias veces las palabras «años» y «experiencia» antes de llegar a la información que nos interesaba.

He de admitir que di por bienvenida aquella charla. Después del comentario que me había hecho la inspectora sobre Enrico cuando estábamos en La Napolitana, fui consciente de que Andrea necesitaba buenas dosis de humildad.

—Como iba diciendo —continuó Juan—, en aquella época, en Coín había tres funcionarios de DNI. Uno de ellos, Pepe Cuadros, ya falleció. Que Dios lo tenga en su gloria —añadió elevando la mirada al techo—. Pero es que era ya muy mayor. Estaba a punto de jubilarse y por aquella época no existía la ley de maltrato a la mujer y, por tanto, tampoco la UPAP.^[1]

» Los otros dos eran José Casas y Paco Criado —continuó—. José está ya jubilado y Paco... ¡Oye, Luis! ¿Dónde anda trabajando tu suegro? —preguntó dirigiéndose a uno de los funcionarios.

—¿Mi suegro? —repitió el tal Luis—. En la provincial de Málaga. Ahí lo tienes, el que decía que con cincuenta y siete se prejubilaba. Pues míralo al *carajote*, sesenta y un años y allí sigue, pringando como los demás —nos contó con acento gaditano.



Le dimos las gracias a Juan por su ayuda y salimos rumbo a la Comisaría Provincial de Málaga.

—Qué suerte, ¿verdad? —comenté a Andrea cuando íbamos de camino en el coche.

—Bueno, yo no creo en la suerte. Lo has hecho muy bien, Ada. Aunque en algunos momentos te hayas salido un poco del tiesto. —La inspectora sonrió.

—No ha sido nada, mujer —le dije—. Y, en lo referente al tiesto, no tienes ni

idea de hasta qué punto puedo llegar a salirme. —Le guiñé un ojo y le saqué la lengua.

Andrea permaneció callada el resto del trayecto. Supongo que iría pensando en sus cosas; yo quise imaginar que estaba planteándose su actuación en la comisaría. Puede que tuviera que mantener las distancias, pero ¿ser tan excesivamente rígida? Y me quedo corta con lo de rígida. Si yo hubiese sido aquel policía, la habría tachado de pedante... O la habría mandado a la mierda.

—¿Sabes? —Interrumpí sus pensamientos—. Mi madre me dijo hace años que quienes más secretos movían antiguamente eran los curas, pero que hoy en día, si quieres estar al tanto de cotilleos y noticias, lo mejor que puedes hacer es acercarte a la barra de un bar o a un carrito de la limpieza. Ésa ha sido una de las mayores lecciones de mi madre: en esta vida, todo el mundo es importante.

Andrea desvió la mirada de la carretera para observarme un momento. No dijo nada. Sólo me miró y luego volvió a colocar sus ojos al frente.



—¡No me lo puedo creer! La inspectora Andrea en tierras malagueñas —dijo en voz alta una mujer morena de ojos oscuros y brillantes que caminaba sonriendo hacia nosotras—. Ya te vale, venir sin avisar...

Andrea y aquella mujer se dieron un fuerte abrazo y se olvidaron por completo de mi presencia. Mientras ellas se saludaban y hablaban de sus cosas, yo me dediqué a mirar a mi alrededor.

«Muy bien ubicada, pero la pobre tiene ya unos cuantos años», pensé al analizar lo poco que veía de la comisaría. Más tarde, cuando nos metimos en sus entrañas, añadí el apelativo «laberíntica» y, para terminar, acabé catalogándola de «pequeña». Esto último, no por apreciación propia, sino por un comentario que le hicieron a Andrea: «Se nos ha quedado pequeña».

—Ada, te presento a Elena Martín —me dijo la inspectora sacándome del interior de mi cabeza—. Estudiamos juntas en Granada las oposiciones para la Escala Ejecutiva —me explicó.

—Sí, bueno, lo malo es que mis treinta años estaban mucho más cerca que los suyos y al final tuve que entrar en el cuerpo por la Escala Básica —me aclaró Elena mostrándome una radiante sonrisa adornada con unos dientes perfectos y blancos—. ¿Es tu chica? —preguntó a Andrea como si yo no estuviera presente—. Es muy bonita —afirmó mirándome igual que si fuera una muestra.

¿Conoces los dibujitos japoneses? ¿Has visto alguna vez esa gotita que aparece en la sien de los personajes cuando quedan en ridículo o avergonzados? Pues esa misma escena fue la que apareció en mi cabeza tras la pregunta de Elena: una

caricatura de Andrea con una gran gota en la sien y un leve tic en el labio superior. Lo de la gota fue invención mía, pero lo del tic te aseguro que no.

—Ejem... No. —Carraspeó—. No es mi chica y, hasta este preciso momento, creo que Ada ni siquiera sabía que me gustan más las mujeres que los hombres.

—¡Qué le vamos a hacer! Si es que sigo siendo tan indiscreta como siempre, querida amiga mía —le soltó Elena a Andrea, moviendo una mano para restar importancia al tema.

Tanto la inspectora como yo decidimos correr un tupido velo y nos acercamos a la cafetería de la comisaría a tomar algo.



Ya sentadas a la mesa, me enteré de que Elena era oficial de policía y trabajaba allí, en la Unidad de Investigación Científica de Málaga. Andrea y ella se conocieron siete años atrás y, por lo que pude ver, las dos eran grandes amigas.

De hecho, me sorprendió mucho ver a aquella inspectora con aspecto de estirada manteniendo con aquella mujer un trato tan cercano y distendido. Se la veía plenamente relajada, sonriendo abiertamente y gesticulando de un modo casi excesivo, comparándolo con la escasa expresividad a la que me tenía acostumbrada.

«Barreras», pensé.

¿Nos habríamos bloqueado la una a la otra con nuestras propias barreras? Porque estaba claro que jamás habíamos logrado traspasar la superficie. Observándolas, creí dar en aquel momento con el verdadero motivo: ella se protegía con frialdad y distancia; yo, en cambio, con calidez y sonrisas excesivas. Nos atraíamos amistosamente hablando, pero no habíamos logrado acoplar nuestras formas de protegernos.

Puede que si lo hubiésemos conseguido, nuestras conversaciones fueran mucho más cercanas, como la que mantenía en aquel preciso instante con Elena.

—¿Cómo está Antonio? —le preguntó Andrea.

—¡Muy bien! Currando como un mulo y con los despistes de siempre —respondió Elena—. ¿Y qué os ha traído por aquí?

«Pregunta delicada», me dije, así que decidí hacerme la loca.

—Voy a pedir otro café. ¿Os apetece algo más a vosotras?

Me quité de en medio con aquella excusa y, de paso, aproveché para llamar a Hugo.

Llevaba sin verlo desde que regresamos de Sevilla y el «Esto se ha acabado» que se había instalado en mi cerebro acabó creciendo hasta un

« ESTO SE HA ACABADO » . Supongo que era el temor a toparme con aquella realidad lo que me había impedido llamarlo dos días atrás y, también lo supongo, el hecho de que él no me hubiera mandado ni un simple mensaje había acabado intensificando mi miedo.

Estuve sentada junto a la barra un par de minutos, mirando fijamente el móvil y sopesando si debía o no ser yo quien lo llamara primero.

Finalmente decidí que sí. Yo la había cagado, aquella vez y muchas otras en el pasado, y debía ser yo quien diera el primero de los pasos hacia la reconciliación. Si es que aquella palabra era posible entre nosotros.

No puedes ni imaginarte lo mucho que me dolió que me rechazara la llamada. Y más hiriente fueron aún los mensajitos de WhatsApp que me envió para compensarlo.

Hugo: Estoy reunido.

Hugo: ¿Es importante?

Jamás había sido tan seco conmigo.

Sentí un pellizco en el estómago y lo interpreté como una mariposa más que acababa de morir en mi barriga. Si la cosa seguía así entre nosotros, al final, aquel revoloteo que sentía al verlo acabaría desapareciendo por completo.

Yo: No, tranquilo.

Yo: Sólo quería oír tu voz.

Yo: Estoy en Málaga, con Andrea.

Yo: Parece que lo de las lápidas avanza.

Yo: J

Hugo: Me alegro.

Hugo: Luego te llamo, si puedo.

Hugo: Un beso.

Definitivamente, él jamás había sido tan seco.



Cuando regresé a la mesa me sorprendió encontrarme a Andrea hablando abiertamente con Elena de lo de su hermano. Se lo había contado todo, incluyendo nuestro pequeño secreto del nicho destrozado y reconstruido.

La oficial pareció notar mi cara de psmo al regresar porque cortó la

conversación antes incluso de que me sentara.

—No le habías hablado de mí, ¿verdad? —preguntó Elena a Andrea, un poco molesta—. Desde luego, Andreíta, eres de lo que no hay —sentenció.

—No hemos tenido demasiadas oportunidades para hablar de temas personales —intenté mediar.

Elena se volvió hacia su amiga con la mirada penetrante para, acto seguido, dirigirse a mí otra vez.

—Bien, pues ya que hasta hoy no tenías ni idea de mi existencia, creo que debes saber, al menos, que esta inspectora con aspecto seco y estirado me salvó la vida hace tres años y que, por pantagruélica que pueda parecer cualquier cosa que me cuente... —Sonrisa y guiño para Andrea—... Yo siempre voy a estar dispuesta a ayudarla. Vamos, que si aparece en mi casa contándome que acaba de asesinar al presidente del Gobierno, lo único que querría saber es si ha pensado hundir el cadáver en un pantano o enterrarlo en cal viva en medio de cualquier monte.

Gritos, gritos y más gritos inundaron mi cabeza.

« ¡Déjalo marchar a tiempo! »

« ¡No seas egoísta y déjalo marchar en paz! »

Mierda de cabeza.

Mierda de conciencia.

Elena nos acompañó a la oficina de DNI y se encargó de presentarnos a Paco Criado, quien pareció encantado de atendernos y de poder pasar un rato recordando viejos tiempos.

Antes de explicar en detalle el motivo de nuestra visita, Andrea puso la fotocopia del DNI sobre su mesa. El funcionario no mostró el más mínimo síntoma de sorpresa. De hecho, pareció realmente sincero cuando negó haber sido él quien había expedido aquella identidad falsa. Incluso aportó una información lo bastante valiosa para llevarnos a las tres a pensar que estaba diciéndolo la verdad.



—Pues estamos apañadas —solté en voz alta cuando salíamos por la puerta de la comisaría.

Según Paco Criado, durante los traslados de material desde la oficina de Coín, antes de que ésta se cerrara, alguien se dio cuenta de la desaparición de un taco de soportes de DNI. Al oír aquello, a Andrea y a mí casi se nos salen los ojos de las cuencas por la sorpresa, pero cuando quisimos saber quién había notado esa ausencia, el funcionario nos aseguró que había sido Pepe Cuadros.

« ¡Cómo no! —pensé y o—. Justo el único de los tres que está muerto ».

Al parecer, dedujeron que los soportes debían de haber acabado en alguna de las cajas de material para tirar y decidieron hacer la vista gorda para que no trascendiera demasiado el incidente.

—Una de dos —dijo Andrea cuando llegamos al coche—. O este hombre

mente muy bien y no piensa soltar prenda, o lo que dice es verdad y fue Pepe Cuadros quien falsificó el carnet.

—Pues anda que si fue el muerto, bendita suerte hemos tenido —concluí.

—No adelantes acontecimientos, Ada. A ver si Elena es capaz de localizar el domicilio del funcionario jubilado y quemamos con él nuestro último cartucho —me dijo—. En este trabajo hay que tener mucha paciencia y, aun poniéndonos en lo peor, ya tenemos datos suficientes para judicializar y tirar para adelante con este caso. Lo del DNI es un plus.

Nos metimos en el coche; pretendíamos hacer tiempo hasta que Elena acudiera al aparcamiento con algo que pudiera servirnos.

—¿Es tu ex novia? —le pregunté a bocajarro.

Para mi sorpresa, Andrea no pretendió cambiar de tema como solía hacer cuando aparecían preguntas personales en nuestras conversaciones.

—No, ¡qué va! —me respondió riendo—. A Elena le han gustado de siempre demasiado los hombres, y yo, cómo decirlo..., tengo otros gustos. —Parecía relajada hablando de aquello conmigo—. No sé muy bien por qué pero, al poco de conocernos, se convirtió en una hermana para mí. Supongo que porque las dos lo hemos pasado mal y porque nos encontramos en el momento en que ambas necesitábamos un buen apoyo.

No me dio más detalles sobre el pasado de su amiga Elena, pero sí que se divirtió muchísimo contándome las juergas que se habían pegado juntas. Me explicaba cómo echaban a suertes lo de elegir el ambiente por el que moverse.

Le brillaban los ojos al hablar de Elena y se sentía realmente feliz viendo que su amiga había encontrado por fin al hombre que le daba justo lo que necesitaba.

—Ella siempre ha querido un hombre que la haga reír, con quien poder comprarse una casa y fundar una familia.

De pronto, Andrea quedó engullida por el silencio. Y por los pensamientos.

—La envidia, ¿sabes? —me confesó con el rostro bañado por el anhelo—. Yo jamás podré tener lo que tiene ella. —Hizo una breve pausa y se golpeó la frente con los nudillos como quien está llamando a una puerta—. Mi cabeza siempre acaba estropeándolo todo.

Me dolió mucho sentirme fiel reflejo de sus palabras y de sus sentimientos, y me animé a admitirlo por fin en voz alta en compañía de alguien que parecía poder entenderme.

—Pues ya somos dos... En estos días me estoy dando cuenta de que el amor no es suficiente. Y mira que lo tengo claro —dije mirando al frente—. Quiero tanto a Hugo que a veces hasta me duele, pero no consigo cambiar eso que anda mal en mi cabeza. No logro darle lo que quiere.

—¿Y te has parado a pensar en que quizá no sea vuestro momento? —Me quedé perpleja con aquella pregunta—. Han pasado ya seis años desde que perdí a la única mujer que he amado en toda mi vida... Aún hoy sigo soñando con ella.

Y es ahora cuando estoy siendo consciente de que ninguna de las dos estábamos preparadas en aquel entonces para estar juntas.

Nunca me había parado a pensar en aquello y, mirándolo de aquel modo, deteniéndome a analizarlo por un momento, lo cierto es que acabé encontrando demasiado sentido a sus palabras.

La vida está cargada de momentos.

Miles de momentos.

Momentos para crecer.

Momentos para temer.

Momentos para odiar.

Y momentos para amar... Para cuidar y ser cuidado.

¿Era posible que Hugo y yo no estuviéramos acompañados? ¿Estábamos en momentos diferentes de nuestras vidas?

Fue muy duro para mí plantearme aquello porque, pese a no encontrarme en la etapa de cuidar y ser cuidada, pese a entender el amor de un modo más bien desequilibrado, si cualquiera me hubiera preguntado por mi futuro ideal, mi respuesta siempre habría sido la misma: viajando en moto, arrugadita como una pasa y cargada de energía, junto a mi eterno compañero de vida, Hugo.

—¿Y qué haces cuando eso ocurre? —le pregunté, tragándome el llanto y la angustia.

—Pues, al igual que tú, no me considero la más adecuada para dar consejos, pero si tuviera que darte uno, te diría que no hagas lo mismo que hice yo. —Su voz estaba conmigo; sus ojos, perdidos muy hondo en sus recuerdos—. Si de verdad lo quieres, no lo destroces. Déjalo marchar a tiempo.

Gritos, gritos y más gritos inundaron mi cabeza.

« ¡Déjalo marchar a tiempo! »

« ¡No seas egoísta y déjalo marchar en paz! »

Mierda de cabeza.

Mierda de conciencia.



Cuando regresó Elena, la primera lágrima ya había alcanzado el vértice de mi barbilla.

—¡La tengo! —exclamó mostrándonos el papelito que guardaba en una mano.

He de reconocer que Andrea se recompuso mucho antes que yo. De hecho, cuando la miré, parecía como si hubiéramos estado hablando del precio del pan.

—¿Estás bien, Ada? —quiso saber Elena—. Parece que has llorado.

Sí que era indiscreta... casi tanto como yo.

—No te preocupes, estoy bien —aseguré—. Son tonterías mías, nada más.

Elena abandonó su posición junto a mi ventana y se subió en la parte de atrás del coche.

—Os acompaño —dijo—. Le he pedido a mi jefe esta última hora y soy libre para el resto del fin de semana.

«Fin de semana —pensé—. ¿Qué tenía yo pendiente para este fin de semana?»

Cuando me acordé, casi salto del coche en marcha como penitencia por mi mala cabeza. Había prometido a Flor que cuidaría de Tulipán para que ella pudiera irse tranquila de viaje a París.

—¡Pobre Flor! —dije en voz alta—. Es la primera vez que olvido algo tan importante para ella.

Cogí el teléfono a toda prisa y me di cuenta de que tenía dos llamadas perdidas suyas.

—Hola, preciosa —le dije nada más descolgar.

—Mi niña, ¿dónde estás? —me preguntó—. Me quedan dos horas para salir y comenzaba a estar preocupada.

—Flor, estoy fuera por trabajo, pero no te preocupes que voy a llegar a tiempo para cuidar de la pequeña bolita de pelo —dije para tranquilizarla—. Lo único es que no podré llevarte al aeropuerto porque llegaré con retraso. Déjame a Tulipán en casa con todas sus cositas y con una pequeña lista de instrucciones y cógete un taxi para el aeropuerto. Te prometo que te lo compensaré con un exquisito pastel.

—¿Estás segura? Puedo irme en otro momento si te viene muy mal —me dijo con sinceridad.

—¡Ni hablar! —le respondí—. Jamás desperdiciaría la oportunidad de pasar un fin de semana con Tulipán. Además, tendrás que mandarme muchas fotos desde la Torre Eiffel.

«Salvada por la campana», pensé justo cuando colgué el teléfono. No había sido capaz de preparar el mejor de los escenarios para el primer viaje de Flor después de muchos años de soledad, pero al menos había logrado que se quedara conforme y tenía algo muy claro: la iba a compensar por aquello.

¡Al rico pastel!

«¿Lo ves? —me interrumpió mi cabeza—. Realmente son momentos, porque ¿cuándo has hecho tú algo así por Hugo?»

En efecto.

Maldita cabeza.

Y maldita conciencia.



Antes de acudir a visitar al funcionario jubilado, viendo que no eran horas de meternos en casa de nadie a hacer preguntas, paramos para tomar un almuerzo ligero.

Elena nos llevó a un pequeño restaurante llamado Lechuga, muy cerca de la plaza de la Merced y de la vivienda de José Casas. Probablemente, de no haber ido acompañada, jamás me habría metido en aquel lugar, porque desde el exterior me pareció un espacio de lo más oscuro. Y nada más lejos de la realidad: su interior era acogedor y muy original, con un mobiliario hecho a partir de puertas y ventanas de madera maciza que, tras una buena restauración y sus correspondientes patas, acabaron convertidas en fantásticas mesas y sillas. Suelos de terrazo decorado y paredes de un color naranja intenso, cargadas de bonitos cuadros muy bien iluminados. Trato agradable y rebosante de sonrisas, con una comida realmente exquisita y bien presentada. Me resultó fácil comprender por qué aquél era uno de los restaurantes preferidos de Elena.

—Estaba todo buenísimo —le dije a la camarera, y con «buenísimo» me quedaba corta.

En aquel instante, el momento de la cuenta, fui consciente de que había permanecido al margen de la conversación todo aquel tiempo. Me había refugiado en mis pensamientos y en la charla que Andrea y yo habíamos mantenido en torno a los momentos y las relaciones. Me había quedado anclada en el «Déjalo marchar a tiempo» y en la gran pregunta: «¿Seré capaz de hacerlo?».

—¿Vamos? —me preguntó Andrea dándome un toquecito en el brazo.

—Sí, perdona, es que estaba un poco ida.

Salimos de allí en torno a las cuatro y cuarto de la tarde y nos dejamos guiar por Elena hasta la casa del funcionario, en pleno centro de Málaga.

—Buen sitio para vivir —aprecié.

—Y tan bueno —me dijo Elena—. Pero compra tú una casa ahora por aquí, que ya verás cuánto te cuesta. Bueno, ahora y hace años; esta zona siempre ha sido cara —añadió.

Mientras Elena y yo cotilleábamos sobre aquel barrio y sus precios, Andrea llamaba a la puerta del caserón.

—Mira, nena, si hasta el timbre tiene clase. —Fue un poderoso din-don.

Acudió a abrirnos una señora mayor.

—Hola, buenas tardes —saludó Andrea—. ¿Vive aquí don José Casas?

*Y se había perdido.
En pleno centro de Málaga.
Sólo por un instante, pero se había perdido.*

Tras las presentaciones y demás formalidades, la señora Celeste nos invitó a pasar. Su marido estaba en el salón, rodeado por completo de niños y de juguetes.

—Mírame, abuelo, ¡soy una princesa! —decía una bonita cría de cuatro o cinco años, pelirroja y con grandes pecas por toda la cara.

—A ver, niños, a jugar al jardín, que el abuelito tiene visita —se apresuró a anunciar la señora Celeste.



La sala estuvo despejada en menos que canta un gallo gracias a la abuela, que desapareció en medio de un torbellino de risas y jaleos. Una yaya muy lista y con muchas tablas: ¿qué crío pequeño iba a resistirse a un succulento trozo de pastel de chocolate?

—Mis nietos... —dijo José como excusándose—. Toda la vida pidiéndoselos a mis hijos sin que me hicieran caso, y de repente vinieron todos de golpe, cuando ya me sentía demasiado viejo. Pero siéntense, por favor, si es que encuentran algún hueco libre. —Extendió ambos brazos para hacer más patente su invitación.

Nos sentamos donde buenamente pudimos, porque estaba todo atestado de juguetes. Claro que lo vi normal, yo había contado al menos siete críos.

—Don José, mi nombre es Andrea García, inspectora del Cuerpo Nacional de Policía en Granada, y mis compañeras son Elena Martín y Ada Levy. Nos gustaría hablar con usted sobre su época de trabajo en la Comisaría Provincial de Coín, si no es mucha molestia.

José perdió automáticamente la sonrisa. No pareció gustarle nada en absoluto oír el nombre de aquel pueblo y, cuando notó que estábamos extrañadas por su reacción, trató de guardar el tipo, consiguiéndolo a duras penas.

—¿Qué necesitan saber? —Su voz transmitía recelo.

—¿Recuerda usted unos soportes de DNI desaparecidos durante el traslado de material a la local de Marbella? —preguntó Andrea.

—Sí, claro que lo recuerdo —afirmó algo nervioso—. Fue Pepe quien se dio cuenta. Tanto Paco como yo estábamos convencidos de que había sido él mismo quien los había extraviado.

—¿Y por qué no informaron de su pérdida?

Tuve la sensación de que Andrea daba un amplio rodeo antes de decidirse a aterrizar en el carnet falsificado y me extrañó, pero supuse que era por algo.

—Pues mire usted, inspectora, le seré sincero. —José parecía cargarse de seguridad a cada momento que pasaba—. Por aquel entonces, Pepe estaba tan mayor y torpón como lo estoy yo ahora. Le fallaba a veces la cabeza y, en los últimos tiempos, sus despistes estaban siendo demasiado numerosos. Nos pidió que no lo comentáramos para ahorrarse la vergüenza y, como lo vimos muy apurado, decidimos no decir nada al respecto. Casi seguro que habían acabado en algún contenedor de basura.

José había ganado sin duda en seguridad, pero, ni de lejos, en credibilidad. Su historia parecía de lo más coherente y podría pasar por válida; no obstante, estaba demasiado cargada de pausas y de miradas nerviosas hacia la puerta, como temiendo que alguien entrara y lo oyera.

—Mi madre, que en paz descanse, me enseñó desde muy chico que hay que cuidar a los viejos como yo —añadió.

Muy pronto supe el motivo por el cual Andrea aún no había sacado la fotocopia de aquel DNI falso.

—Hay que ver qué tres mocitas más lindas han venido a verte, José —dijo su mujer cuando entró en el salón—. ¿Las tres sois policías?

—No, y o no. —Me di prisa en responder—. Yo soy...

—Ella está de prácticas —soltó Andrea de golpe mirándome fijamente a los ojos.

—Sí, eso iba a decir, que todavía soy cascarón de huevo. —Sonreí.

—Bueno, mujer, pero verás como ya mismo te conviertes en una policía hecha y derecha. —Se la veía una buena mujer—. ¡Ah! Casi se me olvida... ¿Os apetece un café?

—No se preocupe, señora —respondió enseguida Andrea—. Hemos parado a tomar uno justo antes de venir hacia acá. Quédese tranquila, de verdad. —Y le indicó con un gesto que, si quería, podía acompañarnos.

«Eso es lo que quiere —pensé—, que se quede con nosotros la señora».

Justo cuando se estaba sentando, su marido se lo impidió.

—Celeste, que hayan tomado café no significa que no les apetezca una infusión y un trozo de pastel —sugirió José—. Mi mujer hace las tartas más ricas de toda Málaga.

Ahí fue cuando quedó clarísimo que José no deseaba que su mujer estuviera delante mientras hablábamos de aquel tema.

—Si quiere, puedo echarle un cablecillo, señora Celeste —me ofrecí, siendo consciente de que el «paciente» abuelo se recolocaba tres o cuatro veces en su asiento—. Total, yo hoy sólo estoy haciendo funciones de chófer. Inspectora *pa'riba*, inspectora *pa'bajo* —bromeé con una gran sonrisa en los labios.

—No se preocupe, señorita, no es necesario. —José estaba claramente incómodo—. Mi mujer prefiere estar sola en la cocina.

—No seas aguafiestas, José. Para una vez que alguien se ofrece a echarme una mano... —rechistó Celeste—. Ven por aquí, que te enseño la cocina.

El contraste entre la distancia con que se dirigía hacia nosotras José Casas y la familiaridad con la que me trataba su mujer resultaron brutales. No sólo me enseñó la cocina, sino toda la casa.

—Tienen una vivienda maravillosa —la alabé cuando estuvimos de regreso en la cocina—. Y un magnífico jardín, perfecto para tanto nieto —recalqué después de haberlos visto allí a todos jugando—. ¡Madre mía! Si es que parece que hayan puesto aquí los ahorros de toda una vida —quise exagerar un poco.

—Muchas gracias, bonita. —Su cara era sincera, parecía a gusto allí conmigo—. Mi marido y yo hemos sido muy afortunados. Justo cuando más ahogados estábamos, de pronto, el Señor nos echó una mano. —Miró al techo como dando gracias de nuevo—. ¡Nos tocó la lotería! Y, aunque no nos hicimos millonarios, tuvimos de premio un buen pico. Y eso que a mi marido nunca le había gustado comprar boletos. Me dijo que fue un pálpito, ¿sabes? —Me puso la mano sobre el brazo y dio un pequeño apretón como queriendo transmitirme toda aquella emoción—. Compró un número de los ciegos. ¡Sólo uno! Y nos tocó.

—Pues sí que fueron afortunados —le dije, cuando comenzaba a oler a gato chamuscado.

—Imagínate, con cinco niños y en la ruina. —Se acercó mucho a mí y comenzó a susurrar—: Es que a mi marido antes le gustaba demasiado el juego. Fíjate si le gustaba que por su mala cabeza perdimos la casa. —Me miraba con parte de la tristeza de aquella época bien marcada en la cara—. Menos mal que, de pronto, José decidió cambiar. Menos mal que tuvimos ese regalo de Dios.

« ¡Ah, sí? », pensé.

—¿Y en qué año dice que les tocó la lotería?



Para cuando Celeste y yo regresamos al salón, Andrea ya había sacado la fotocopia. En aquel momento, el pedazo de papel con aquella identidad falsa

descansaba en terreno neutral: sobre la mesa, equidistante entre José y la inspectora.

—¿Está seguro de que no había visto antes este DNI? —preguntó Elena.

—A ver, señoritas, ¿cuántas veces tengo que repetirles que es la primera vez que veo ese carnet? Ya comienzo a ofenderme porque mi paciencia no es infinita. Jamás he falsificado un documento nacional de identidad. ¡Por Dios! ¡Que eso es un delito! ¡Por mucho que ya haya prescrito, como dicen ustedes!

Celeste se quedó muda cuando entró en el salón conmigo y oyó aquello de boca de su marido.

—¿Qué está pasando aquí, José? —quiso saber.

—Pues muy sencillo, cariño, que se ve que la policía se ha encontrado con un problemón y quieren cargárselo a un pobre viejo —respondió él con toda la mala leche del mundo—. Llévate el té y el pastel de vuelta a la cocina, Celeste, que estas señoritas ya se marchan.

—Una última cosa, José —interrumpí—. ¿Realmente le tocó la lotería en 1979?

Momento « silencio sepulcral » .

Andrea y Elena me miraron.

José y Celeste se miraron.

—Salgan de mi casa ahora mismo —ordenó aquel abuelo al borde de un ataque de nervios.

Andrea nos hizo un gesto con la cabeza para que fuéramos saliendo pero, justo cuando comenzábamos a movernos, se detuvo en medio del salón, junto a José y Celeste, y abrió la carpeta en la que llevaba todos los documentos.

—Este niño se llamaba Raúl Pérez —dijo de pronto, sacando el recorte de periódico con la foto del chico—, tenía doce años y desapareció en 1981. No se ha vuelto a saber de él. —Andrea extrajo otro recorte—. En esta foto aparece Eduardo Coto, desaparecido en 1982 a la edad de trece años. Y aquí tienen a Daniel García, de quien no se sabe nada desde 1983. Los siguieron Abel Martínez en 1984, Miguel Rodríguez en 1985, José Sánchez en 1986 y hay más, muchos más. Cualquiera de estos chavales podría haber sido alguno de sus nietos o, por la época, uno de sus hijos. —Se volvió hacia Celeste con mirada penetrante—. Hasta ahora, todo lo que tenemos son estos chicos, un cadáver y este maldito DNI falso, expedido en 1979 en Coín. Siento mucho haberle ofendido, don José, pero tenga claro que voy a volcar todas mis energías en este caso. Encontraré a ese malnacido e intentaré dar consuelo a las muchas familias que quedaron rotas con la desaparición de estos críos.

Andrea guardó de nuevo los recortes en su carpeta, dejó una de sus tarjetas sobre la mesa junto a la fotocopia del DNI y se marchó.

Antes de ir tras ella, cogí la cartera de mi bolso y saqué la foto de Daniel, el hermano de Andrea. Se la entregué a Celeste.

—Uno de sus nietos se parece mucho al hermano de la inspectora —le dije —. No sabe nada de él desde 1983.



El camino de vuelta a Granada fue de lo más silencioso. Supongo que Andrea prefirió refugiarse en su cabeza para así poder obviar el momento en el que había perdido los papeles en pleno centro de Málaga.

—No debes sentirte avergonzada —le había dicho yo y nada más subir al coche para emprender rumbo a casa.

Pero entendí enseguida que no era vergüenza lo que sentía: se había defraudado a sí misma. No pudo soportar la claridad con la que las tres veíamos que aquel hombre mentía y se alejó, sin poder evitarlo, de aquella esfera de control que la caracterizaba. Había dejado de tenerlo todo bien atado: sus recuerdos, sus emociones, sus sentimientos...

Y se había perdido.

En pleno centro de Málaga.

Sólo por un instante, pero se había perdido.

Por suerte, la sensación de derrota desapareció al llegar a Granada.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté antes de bajar del coche.

—Pues lo que tenía pensado hacer antes de saber que existía ese DNI, judicializar el caso tal cual —me explicó—. ¡Qué remedio!

Asentí sin saber muy bien qué decir.

—Ya sabes que me tienes para lo que necesites. —Fue lo único que se me ocurrió.

—Necesitaré que vayas mañana a la comisaría para tomarte declaración —dijo Andrea. Yo ni siquiera lo había pensado—. Es por si tu informe como investigadora...

La interrumpió su móvil.

Tardó unos segundos en encontrarlo dentro del bolso.

—¿Dígame? —Aguardó en silencio mientras le hablaban al otro lado de la línea—. Sí, por supuesto que podríamos vernos. Le agradezco que haya cambiado de opinión —la oí decir—. Ya es tarde y acabo de llegar a Granada, pero podríamos quedar mañana a primera hora. —De nuevo esperó a ver qué le decían—. Sí, no se preocupe, podemos vernos fuera. Donde usted me diga.

—¿Quién era? —le pregunté en cuanto colgó.

—Era José Casas. —Me miró extrañada—. Parece que la señora Celeste y él han tenido una charla intensa. Me ha dicho que quiere hablar conmigo sobre el DNI. Pero desea que nos veamos fuera de su casa, lejos de su mujer.

*Dinero, dinero y más dinero.
Todo parecía estar bañado en dinero.*

Resumiéndolo un poco, aquél fue un fin de semana extraño.

Dos días en los que una poderosa idea acabó conquistándome irremediablemente: mi corazón y el de quienes me rodeaban parecían estar desmoronándose. Y, como preludeo lacrimoso a todo lo que me aguardaba los dos días siguientes, la muerte de mi bichejo negro y horroroso, Clemente.



Todo aconteció aquel aciago día de otoño. Llegué a casa apresurada, tras una breve caminata huyendo de la tormenta que acababa de desatarse, con la respiración acelerada y todos los sentidos bien alerta.

Al traspasar el umbral fui consciente de que algo no iba bien. Una densa oscuridad, interrumpida fugazmente por los caprichosos relámpagos, inundaba la estancia. El frío se colaba, implacable, por una rendija en la ventana del salón y lamía mi cuerpo provocándome intensos escalofríos. El ambiente era denso, bañado por un excesivo silencio, alterado cada pocos segundos por los atronadores compañeros de los rayos.

Una atmósfera demasiado extraña, impredecible en exceso.

Por ello me mantuve alerta, con los ojos bien abiertos, avanzando paso a paso con firmeza.

Pronto supe que estaba en lo cierto, algo no iba bien.

Aquella atmósfera extraña e impredecible desprendía un halo de...

« ¡Ramiau!»

Sí, un halo de « Ramiau ». Vamos, que al entrar en casa me encontré con un gatito negro, diminuto y bonito a más no poder, restregándose contra mis piernas. Por supuesto, se trataba de Tulipán.

—Tuli, pequeño, había olvidado que estabas aquí —le dije mientras me

agachaba para acariciarlo.

—¡Ramiau! —me respondió.

Enrolló la colita a mi tobillo y siguió haciéndome monerías y ronroneando tan fuerte que, más que un minino, de nuevo me pareció un tractor.

—¿Hace mucho que se ha ido tu mamá? —le pregunté, como si él pudiera darme una respuesta—. Eres muy bonito, ¿lo sabes?

Nos fuimos juntos a la cocina. Yo estaba deseando tomarme un buen tazón de leche calentita con Cola-Cao y pensé que él no me despreciaría una buena loncha de pechuga de pavo.

Cogí el móvil para ver si Hugo me había llamado y mi decepción fue mayúscula al comprobar que no.

« ESTO SE HA ACABADO » .

Permanecí un buen rato mirando al frente, compadeciéndome de mí misma y de mi pena. Recreándome en mi tristeza al ritmo de la voz de Bessie Smith y temas del estilo de « Nobody's blues but mine » .



Cuando consideré que había sido suficiente, recuperé el móvil de encima de la mesa para mandar varios mensajes. El primero, a Enrico, para decirle que ya estaba de vuelta y para preguntarle cómo iban las cosas con el abuelo mafioso napolitano. El segundo, a Andrea, para desearle mucha suerte al día siguiente; suerte... y cantidades ingentes de paciencia. El tercero, a Flor, para contarle lo bonito que estaba su pequeño Tulipán. Y el último... el último comenzó siendo un mensaje para Hugo pero, después de decirme a mí misma que debía tener paciencia y dejarle espacio, decidí escribir a mi amiga Cristina.

Yo: ¡Hola, loca!

Yo: Te escribo porque llevamos un montón de tiempo sin vernos y quiero que sepas que te echo de menos.

Yo: J

Cristina: ¡Yo también te echo de menos!

Cristina: Nos tenemos un poco abandonadas. Yo de parranda y tú con tu Hugo. R

Yo: Puede que sea él el motivo por el que te extraño tanto. Me siento perdida, Cristina.

Cristina: Te ofrezco dos soluciones: noche de charla y borrachera para

olvidarnos de todo o salir a buscar un buen polvo.

Yo: Opción A

Yo: Salgo de trabajar sobre las doce. ¿Me recoges en La Napolitana?

Cristina: Puede que aparezca por allí para cenar.

Cristina: ¡Muax!

Yo: ¡Muax!

Solté el teléfono cuando Tulipán se subió sobre la mesa para recordarme que aún seguía allí y quería mimitos. Fue en aquel instante cuando descubrí que mi bichejo no estaba nadando en su pecera.

—Pero ¿qué...?

—Ramiau.

El muy puñetero volvió a restregarse contra mí cuando fui consciente del motivo por el que me había rechazado la loncha de pechuga de pavo: Tulipán había aprovechado mi ausencia para cenar algo mucho más sabroso.

—¿Y ahora qué hago contigo? —le pregunté—. ¡Has asesinado a mi pobre bichejo! ¡Y encima pareces contento!

—Ramiau. —Obviamente, estaba contento.

Lo miré enfadada, sin saber muy bien cómo reaccionar. No podía regañarlo por algo que había hecho hacía un buen rato, y tampoco iba a sentarle demasiado bien a Flor que arrojara a su gato al váter y tirara de la cadena, así que, simplemente, me limité a quedarme pasmada.

—¡Cuando regrese Flor te vas a enterar! —le dije, mosqueada—. Aunque, pensándolo bien, si Flor lo descubre, se sentirá fatal. ¡Serás...!

—Ramiau.

No voy a mentirte, alguna que otra lagrimilla se me escapó, no sólo por Clemente, sino por todos los recuerdos que había en mi cabeza en torno a él. Mi bicho negro y horroroso había conseguido que la cocina acabara convirtiéndose en el centro neurálgico de mi casa. Me encantaba desayunar junto a él y acudir a su lado en momentos de alegría o tristeza para no sentirme tan ridícula hablando sola. Iba a echar mucho de menos el movimiento de sus mofletes acompasado con la apertura de sus branquias; sus ojitos saltones, que más que ojos parecían un par de alfileres de cabeza gruesa, y sus labios regordetes desdibujando la superficie del agua cuando comía con esa ansiedad que lo caracterizaba.

Sí, ya sé que sólo era un pez, pero era MI PEZ. Reflejo del vínculo que me unía a mi madre (ella me lo regaló) y un referente para mí cuando necesitaba encontrar algo de calma en mi distorsionada cabeza.

—Yo te guardo el secreto si prometes hacer muy feliz a Flor y no comerte a

mi siguiente bulto —dije a Tulipán sujetándolo por las patitas y mirándolo a su preciosa y traicionera carita.

Así fue como decidí salir a buscar un pez nuevo al día siguiente, a ser posible igual de feo o más que mi pequeño Clemente. Con un poquito de suerte, Flor no notaría su ausencia y yo podría conservar parte de lo que mi bichejo negro y horroroso me aportaba.



Aquel sábado me permití el lujo de quedarme en la cama hasta que mis ojos se abrieron de forma natural. Nada de despertadores, ni llamadas de teléfono (lo dejé todo en silencio), ni... «Ramiau». Claro, no había contado con el minino asesino de peces y su hambre voraz por la mañana temprano.

Después de poner su desayuno a Tulipán regresé a la cama decidida a volver a dormirme y, por primera vez en mucho tiempo, lo conseguí.

Desperté con una sensación de descanso que ya era extraña en mí y con muchas ganas de hacer frente a aquel día. Tenía un montón de tareas pendientes: comprar un pez, hablar con Andrea, ir a hacer un turno a La Napolitana y salir a tomar unas copas con Cristina.

No incluí a Hugo en mis planes porque él no parecía haberme incluido en los suyos y, por mucho que me pesara, estaba firmemente decidida a darle todo el espacio que pudiera necesitar.

«Déjale marchar a tiempo» .

« Esto se ha acabado» .

Ya casi me había acostumbrado a aquellas palabras dentro de mi cabeza. El daño que me causaban había pasado de ser un dolor excesivamente agudo a una especie de molestia sorda y perenne, soportable si la silenciaba con toneladas de cosas por hacer.

—Las diez de la mañana —dije a Tulipán—. Hoy tendré que desayunar contigo, minino asesino.

—Ramiau.

Después de un desayuno extraño, rodeada de pelotitas de papel de aluminio y demás juguetes improvisados para entretener a aquella bolita de pelo encantadora y un poco loca, me metí en la ducha y me preparé para salir.

Me puse ropa con la que me sentía bonita y salí a la calle en busca de mi nuevo pez.

No llevaría ni diez minutos caminando cuando sonó mi móvil.

—¿Qué tal el reencuentro con ese hombre? —pregunté a Andrea nada más descolgar.

—Bastante bien, dadas las circunstancias —me dijo algo seria—. ¿Recuerdas lo de la lotería? Pues, por lo visto, le tocaron veinte millones de pesetas. Lo curioso es que el boleto era el carnet.

—A ver, explícame eso —le pedi.

José Casas, el funcionario jubilado, había confesado a Andrea que fue él quien falsificó el DNI a cambio de la friolera de veinte millones de las antiguas pesetas. En aquella época era mucho dinero, tanto que un funcionario con problemas con el juego y que acababa de perder su casa, por culpa de su mala cabeza, jamás rechazaría tal soborno.

—¿Y sabes quién es el dueño del carnet? —La intriga me estaba matando.

—Sí, pero no es el tipo que buscamos —respondió Andrea con el tono un poco crispado—. El funcionario me ha contado que el de la foto del DNI es su primo Remigio Casas, un delincuente de poca monta que, casualidades de la vida, lleva cinco años en la cárcel de Alhaurín. Un perfil demasiado errático e impulsivo para ser el dueño real de las lápidas.

Por fin entendía la apatía de Andrea al hablar. Según me contó, el tal Remigio había acudido a José Casas, su primo, para hacerle un encargo que no iba a poder rechazar. Si los dos hacían lo que se les pedía, serían millonarios.

La primera parte del encargo, la que dependía del funcionario, consistía en expedir en un soporte de DNI auténtico una identidad ficticia. La segunda parte atañía por completo a Remigio y, al parecer, su «misión» era secreta; tan secreta que nunca lo hablaron entre los primos, o al menos eso juraba José.

—El funcionario me ha contado que los pagos se hicieron en efectivo, utilizando una de las papeleras de la sección de caballero de Cortefiel, en la avenida de Andalucía, cuando el centro estaba recién abierto. Fueron dos pagos de mil billetes de diez mil pesetas, en paquetes perfectamente sellados.

Dinero, dinero y más dinero.

Todo parecía estar bañado en dinero.

—Andrea, ¿te estás dando cuenta de que lo que nos vamos encontrando acaba traducándose en pasta? —apunté—. Adquirir lápidas a prenecesidad por todo el territorio español y hacer pagos de esas características para obtener un simple carnet. Quienquiera que sea el tipo que estamos buscando, no sólo tenía un plan preconcebido sino que, además, contaba con muchísimo dinero para llevarlo a cabo. ¿Para qué pagar por una falsificación vulgar cuando puedes permitirte conseguir una auténtica?

—Y ¿para qué comprar tú mismo todas esas lápidas cuando puedes pagar a otro para que lo haga por ti? —continuó ella con los interrogantes, dándome la razón—. El DNI se hizo con la foto del primo de José y, dado que es ese mismo DNI el que hemos encontrado en los cementerios, podemos deducir que fue el mismo Remigio quien se encargó de adquirir todas esas tumbas. Y me da que, al igual que José, éste no va a tener ni idea de quién lo contrató.

Me senté en una de las cafeterías del centro comercial Neptuno para tomar algo mientras seguía conversando con Andrea. Las dos compartimos un extenso silencio a través del teléfono.

«¿Para qué tanto cuidado?» , me pregunté.

Yo había leído bastante en torno a asesinos en serie, pero no recordaba nada que se pareciera a lo que teníamos entre manos. Una preparación previa escrupulosamente discreta, un número altísimo de tumbas repetidas a nivel nacional (y eso sin tener en cuenta las que aún nos quedaban por encontrar), las desapariciones de siete chicos y la muerte de un joven, una clara progresión aritmética en sus edades...

—¿Cuál es su fin? —pregunté en voz alta al cabo de unos segundos—. Tiene que haber un fin detrás de todo esto. Tengo la sensación de que el dueño de las lápidas ha sido excesivamente escrupuloso. A ver, vamos a repasar lo que tenemos hasta el momento, ¿de acuerdo?

—Bien —aceptó Andrea—. El origen de todo esto fueron las lápidas que, por ahora, son al menos cuarenta y ocho, contando con que el chico de Águilas tenga la suya propia.

Mientras ella hablaba, yo iba haciendo anotaciones en mi cuaderno.

—Siete desaparecidos, entre 1981 y 1987 —continuó Andrea—. Cada uno de ellos, un año mayor que el anterior, comenzando por doce años y terminando en los dieciocho. —Hizo una pausa como buscando algo—. Además tenemos al joven encontrado muerto en la sierra de La Alfaguara en 1993, con veinticuatro años, justo la edad que debería tener el desaparecido correspondiente a esa fecha. Todos ellos, tanto los desaparecidos como el encontrado muerto, guardan un parecido asombroso, como si representaran diferentes edades de la misma persona y, además, a todos ellos, menos al de Águilas, hasta que podamos confirmarlo, se les ha asociado una lápida repetida —resumió Andrea—. Eso en lo que concierne a los chicos. Centrándonos en las lápidas, parece que todas fueron adquiridas en 1979 por la misma persona, Antonio López Sánchez, que ha resultado ser una identidad falsa.

La inspectora hizo una breve pausa y continuó.

—José Casas expidió el DNI con la identidad falsa y la foto de su primo Remigio Casas en 1979. José recibió veinte millones de pesetas a cambio; no sabemos lo que obtuvo Remigio ni cuál fue su cometido real, aunque podemos suponer que su función consistió en viajar por España visitando cementerios y adquiriendo nichos por un período de cincuenta años, que es lo que otorgan la mayoría de las compras a prenecesidad. —Parecía que Andrea estaba leyendo sus propias notas—. Lo que sí está claro es que para hacer todo esto se necesita mucho dinero, como tú bien has apuntado. Si ponemos como promedio trescientas mil pesetas por nicho, los cuarenta y ocho nichos debieron de costarle unos catorce millones de pesetas. A ese importe hay que sumarle los veinte de

José Casas y lo que sea que le pagara a Remigio.

—Mucho dinero y muchos preparativos —añadí—. ¿Para cuántas víctimas? —planteé.

—Pues, como mínimo, las ocho que ya tenemos —respondió Andrea—. Muy probablemente una víctima por año, hasta el chico encontrado muerto en 1993, lo que haría un total de trece víctimas mortales —aseguró—. Sí, ya sé que sólo tenemos un cuerpo —añadió cuando intuyó mi «pero»—. Sin embargo, las características del caso me llevan a pensar en un asesino en serie. Pese a haber dejado de hablar de la tumba de Jaén, con la esclava de mi hermano y la pintura, no podemos olvidarnos de ella. Me inclino a pensar que los nichos son lugares en los que el asesino de las lápidas oculta sus trofeos y estoy convencida de que, el día que consiga que esos nichos se abran, aparecerán dentro de ellos tantos objetos personales como desaparecidos existan realmente.



Andrea y yo estuvimos hablando un buen rato más. Tiempo suficiente para dar buena cuenta de dos cafés, un zumo de piña con hielo y un exquisito sándwich mixto.

En algunos momentos, las dos tuvimos la sensación de que, con nuestras deducciones, conseguíamos progresar un poco en aquel complicado rompecabezas. En otros, nos agobiábamos sobremanera, porque no hacíamos más que meternos en callejones sin salida. Como bien dijo ella en un momento concreto: «Pocas pruebas y demasiada imaginación».

Necesitábamos avanzar y, como primer paso de ese avance, Andrea había propuesto agotar por completo la vía del carnet falso. Gracias a un amigo que conocía a otro amigo que conocía a uno de los guardas de la cárcel de Alhaurín, la inspectora iba a ver a Remigio Casas aquella misma tarde.

—Mucha suerte, nena —le deseé—. Yo estaré pendiente del móvil. Llámame cuando tengas algo.

Colgué el teléfono y me quedé mirando a lo que había apuntado en la libreta:

- 48 lápidas (14 millones)
- 7 desaparecidos (1981-1987); edad en progresión aritmética +1
- Fallecido en 1993; cumple la progresión aritmética.
- Parecido aplastante entre todos
- Lápida cercana en todos los casos; comprobar Águilas
- DNI con identidad falsa expedido por José Casas en 1979 (pago 20 millones)

— Remigio Casas: el portador de la identidad falsa (pago desconocido); encarcelado

— Lo que hay en el interior de las lápidas: ¿TROFEOS?

—Ojalá esto se hubiera quedado en un curioso cúmulo de casualidades —dije en voz alta mirando fijamente aquella hoja del cuaderno—. ¡Bueno! A ver si llego a tiempo para comprar al nuevo Clemente.



—Que sepas que traigo una pecera a prueba de gatitos encantadores y traicioneros —le dije a Tulipán nada más abrir la puerta.

Él acudió raudo y veloz, con la curiosidad a flor de piel. Quería descubrir qué era aquella bola brillante y transparente con un bulto negro nadando en el centro.

—Tulipán, te presento a Clemente II —le dije mostrándole la bolsa llena de agua con aquel calco de mi pobre pez muerto—. De ahora en adelante, para que Flor no sospeche de ti, lo llamaremos Clemente a secas. Pero ¿qué hago yo hablando con un gato? —me pregunté de pronto—. Supongo que porque es más entretenido que hacer las cosas sin decir ni mu —me respondí encogiéndome de hombros.

Metí a Clemente II en su nueva pecera rectangular con tapadera y me senté a tomarme un café en compañía de mi nuevo bichejo negro y feo recién estrenado y de un gato nervioso y enfadado, tras haber descubierto aquella nueva casita acuática con tapa.

—Las dos de la tarde —dije mirando el reloj de la cocina—. ¡Las dos de la tarde! —grité—. Enrico me mata. ¡Hoy me mata!

*Era cierto.
La antigua promesa.
La sed de venganza de Enrico.
Mi compañero se crucificaría él solito.*

Al llegar a La Napolitana tuve una dolorosa bienvenida: justo cuando abría la puerta para entrar sentí un fuerte empujón que me llevó al suelo dando un señor culetazo. No sé por qué, pero esperaba un nuevo golpe, así que me preparé para recibirlo, tirada aún en medio de la calle y con la guardia en alto.

—Perdona, Ada —me dijo una voz muy familiar en tono seco.

Cuando miré hacia arriba para ver de quién se trataba, me encontré con Sebastián, el marido de Carmina, con el rostro convulsionado por la ira. Me ayudó a levantarme con mala cara y se fue como alma que llevara el diablo, sin pararse a comprobar en qué estado me encontraba.

—¡Adiós, Sebastián! —exclamé, enfadada, para que me oyera—. Joder, cómo me duele. —Comencé a notar una fuerte punzada en la base del coxis, de esas que te obligan a respirar poco a poco, como si una profunda inhalación pudiera terminar rompiéndote el hueso en dos.

Me llevé las manos al trasero justo cuando dirigía la mirada al interior de La Napolitana. Estaba claro que allí dentro las cosas no sólo no marchaban bien, sino que habían ido a peor. No me extrañaba que Enrico me llamara tan a menudo para echarle una mano en el restaurante; por alguna razón, ya no daban abasto.

Nunca había visto a Sebastián en aquel estado. De hecho, para mí siempre había sido lo más parecido en bondad y tranquilidad a un osito amoroso. Todo corazón. Todo sosiego. Vamos, lo que viene siendo un hombre con horchata dulce y refrescante en las venas.

Respiré hondo y me preparé para adentrarme en aquella insólita jungla.



—Llegas tarde —me dijo Carmina con mala cara en cuanto me vio entrar.

—Lo siento, me he despistado —me disculpé, algo extrañada.

Ella no pareció querer hacerme ni el más mínimo caso. Estaba demasiado ocupada atendiendo sola las mesas y tratando de mantener una sonrisa en aquel hermoso rostro cargado de angustia.

—Me pongo el delantal y enseguida estoy aquí contigo —la avisé.

Era cierto, iba a ponerme el delantal, pero en el despacho de Enrico. Tenía que averiguar lo que había pasado.

—¿Se puede? —pregunté al ver la puerta entreabierta.

—Llegas tarde —exclamó una voz con tono de derrota desde el otro lado.

Empujé la puerta y me encontré a Enrico sentado en el sofá, con las piernas cruzadas y mirando al frente fijamente. Sangraba por la ceja izquierda, y su ojo comenzaba a adquirir un intenso tono morado.

La canción que sonaba de fondo en el restaurante me pareció de una ironía aplastante en aquel momento... en aquella escena.

«Tired», interpretada por la voz poderosa de Mahalia Jackson, inundaba nuestros oídos y alimentaba a golpe de trompeta el agotamiento de mi compañero.

—¿Qué haces que no estás en la cocina? —Decidí dar un pequeño rodeo en lugar de preguntar directamente.

—¿Qué haces tú que no estás sirviendo mesas? —me preguntó él mostrándome una sonrisa forzada.

Estaba claro que mis rodeos no irían a ningún lado.

—Si no fuera porque el tipo que me ha tirado de un empujón al suelo y me ha pedido disculpas después del porrazo se parecía mucho a Sebastián, juraría que aquél no era el marido de Carmina. ¿Vas a contarme qué ha pasado?

—Pues lo que ocurre cuando te enteras, después de llevar casados unos cuantos años, de que tu mujer ha estado mintiéndote desde el principio —respondió él con la vista fija aún en el mueble de enfrente—. Y como a su mujer no le pondría la mano encima jamás, la hostia me la he llevado yo.

Yo no tenía ni idea de que Sebastián no conociera el pasado de su esposa.

—¿Y cómo es que no lo sabía?

—Ada, cuando estrenas una nueva identidad estás estrenando un presente, un futuro... y un pasado —me explicó—. Es lo más seguro para todos. Si yo hubiera podido evitarlo, también te habría protegido a ti de mi pasado.

Te parecerá extraño, pero aquéllas me parecieron las palabras más bonitas que Enrico me había dicho jamás.

Protegerme de su pasado...

—Ya, pero si no me lo hubieras contado, habrías tenido que acudir a Carmina cuando llegaste con aquella herida de bala, y no quiero ni imaginar la que te habría caído después —bromeé—. Vaya, una sonrisa sincera al fin —le dije

cuando acabó sonriendo y desviando su mirada hacia mí—. Te quiero un montón, jefe, y debes saber que vas a tenerme aquí siempre, para lo que necesites —le solté con toda la sinceridad de mi corazón—. Eso sí, al mastodonte de Sebastián lo controlas tú. ¡Madre mía! Menos mal que pierde los papeles con poca frecuencia.

—Dale un par de días. —La seguridad había regresado a su cara, y a su voz—. Su corazón es tan grande como su fuerza, y estoy seguro de que defenderá a su familia por encima de todo.

Iba a decir algo más, pero de pronto apareció el huracán Carmina y arrasó con todo.

—Tú, a servir mesas —me ordenó, enfadada—. Y tú —dijo dirigiéndose a Enrico—, cúrate eso y de vuelta a la cocina. Si dejamos que los problemas lo ensucien todo, nos cargamos el negocio y de esto comen mis niñas.

No nos atrevimos a rechistar. Yo emprendí rumbo a la zona de comedor y Enrico se puso enseguida a trabajar.



Fue un sábado realmente intenso. Cerramos pasadas las seis de la tarde por culpa de una reunión de amigos con demasiada charla y alguna que otra copa de más.

—Nos vemos a las ocho —dije antes de salir.

—Ada, espera. —Carmina salió de detrás de la barra—. Quiero hablar contigo. ¿Te importa que tomemos algo?

—No, claro que no —contesté extrañada—. Vamos a La Qarmita, está aquí al lado.

Salimos juntas a la calle.

Me sentí extraña caminando junto a Carmina. Pese a tenernos cariño la una a la otra y a haber compartido muchas risas, nunca habíamos compartido nada fuera de La Napolitana. Su círculo vital y familiar lo componían Enrico, su marido y sus niñas, y fuera del ambiente laboral prefería centrarse en ellos.

—Perdona por la bronca de antes —me dijo un poco avergonzada—. En realidad te estoy muy agradecida por ayudarnos estos días.

—No te preocupes, puedo entenderlo. —Quise tranquilizarla—. Debes de estar pasando un momento regular.

—Saldré de esta, créeme —afirmó con contundencia—. Me crié cerca de mi abuelo y eso endurece a cualquiera.

Hizo una pequeña pausa para mirar algo en el móvil. Luego continuó.

—Creo que Enrico siempre ha pensado que yo había olvidado el pasado. Puede que para él haya sido mucho más sencillo pensar que su sobrina recién

estrenada sufría algún tipo de estrés postraumático. Eso explicaría por qué una cría de quince años no pregunta por sus amigos, su casa en Nápoles, su abuelo... o sus padres muertos. —Se le quebró un poco la voz con aquello último—. Tenía quince años, Ada; ya no era tan cría. Y del mismo modo que recuerdo perfectamente quién ejecutó a mis padres en aquel coche, sigo preguntándome por qué me dejó allí a mí, con vida, toda cubierta de sangre... Del mismo modo que recuerdo aquello, permanece muy vivo en mi memoria mi pasado cerca de mi abuelo.

» Gennaro ha hecho mucho daño durante toda su vida. Lo controlaba todo. — Hizo énfasis en la palabra “todo”—. Basuras, contrabando, drogas... Aún hoy me río cuando veo la película *El Padrino*; una Camorra organizada, eso sí que da miedo. Y, precisamente, aquello era lo que estaba consiguiendo mi abuelo, una mezcla perfecta entre jerarquía y caos. Un proyecto a largo plazo que Gennaro tenía muy bien planificado y cuyo fin me daba auténtico pavor.

—¿Pavor? ¿A ti? —le pregunté—. Pero si eras sólo una cría.

Aún nos separaban unos metros de La Qarmita cuando comenzó a llover de nuevo. Gotas diminutas, de esas que calan enseguida.

—Sí, tienes razón, y o era una cría, pero con un futuro prometedor —afirmó—. No sé si lo sabes, pero la Camorra tenía la peculiaridad de hacer cada vez más sitio entre sus filas a las mujeres. Esto no fue una casualidad; Gennaro siempre pensó que su organización llegaría a lo más alto si daba cabida al género femenino. Fue él quien inició el reclutamiento activo de féminas en su organización, y pronto acabaron teniendo representación en todos los niveles. «Las mujeres sois más frías, más calculadoras y más listas», me explicaba mi abuelo. Lo que no solucionábamos con nuestro cuerpo lo resolvíamos con el intelecto.

Al fin pudimos refugiarnos de la lluvia en La Qarmita. Carmina ocupó una de las mesas más apartadas mientras yo saludaba a Javi y le pedía un par de cafés en mis tazas preferidas. Cuando regresé a la mesa, ya tenía mi pregunta preparada.

—¿Tu abuelo quería que lo sucedieras? —No era difícil llegar a aquella conclusión con lo que me estaba contando.

—Ésa era su idea —me confirmó—, y se habría hecho realidad si mi madre no lo hubiera descubierto y si Enrico no hubiera desmantelado parte de su imperio —me explicó—. Ya llevaba un par de meses recibiendo «clases particulares» directamente de mi abuelo. Me introdujo en el negocio y me explicó superficialmente cómo funcionaba todo. A veces omitía las barbaridades. Otras veces no. —Sonrió amargamente al decir aquello—. Yo creo que, desde el principio, estaba probándome. Por eso conozco tan bien el «negocio» de las basuras y lo de las expropiaciones de campos para quemar residuos químicos. También por eso supe de sus chanchullos con los chinos y su idea de «equilibrio»

en el negocio de las exportaciones. Por suerte, no tuvo tiempo de enseñármelo todo. Cuando mi madre se enteró, acudió a mi padre para contárselo. Tuvieron una bronca descomunal en casa. Mi madre se negaba a que su pequeña acabase metida en aquel mundo de violencia, y mi padre, como buen hijo de mi abuelo, no terminaba de entender por qué era yo quien estaba siendo preparada para el puesto.

» La disputa acabó en tablas. Mamá no se quedó tranquila hasta que mi padre le prometió que acudiría a hablar con Gennaro para que me dejara en paz, y mi padre dejó bien claro que no sólo iba a hacer aquello sino que también reivindicaría su situación de hijo único varón como heredero. —Carmina respiró hondo antes de continuar—. Dos días más tarde, mientras esperábamos a que se elevara la barrera del aparcamiento, dos hombres abrieron las puertas del coche y mataron a mis padres a balazos.

« ¡Joder! », gritó mi mente con toda sus fuerzas. La alarma corría veloz por mis venas mientras yo trataba de parecer calmada por fuera.

—¿Crees que fue tu abuelo? —le pregunté, temiendo la respuesta.

—Lo que yo crea o deje de creer no es lo importante —me dijo tajante—. Lo realmente importante es que conozco tan bien a Gennaro que sé de lo que es capaz con tal de recuperar a su familia. Si realmente ha venido a por mí, no dudará ni un instante en hacer desaparecer todos sus obstáculos.

—Y con eso de « obstáculos », ¿te estás refiriendo a Enrico? —pregunté—. ¿Estás intentando decirme que tu abuelo piensa hacer con él lo que quiera que hagan los mafiosos para quitárselo de en medio? —Aquella conversación me estaba poniendo demasiado nerviosa; desde hacía rato, no podía parar de pensar en zapatos de cemento y subfusiles Thompson—. Carmina, esto es España, no creo que tu abuelo lo tenga aquí tan fácil como en su tierra.

—Ada, lo tiene mucho más fácil de lo que crees —me dijo tajante.

—¿De verdad piensas que Enrico corre peligro? —Puse las manos sobre la mesa con el corazón encogido.

—Para destruirlo, lo único que tiene que hacer Gennaro es cumplir el trato que sellaron hace años —me susurró.

Era cierto.

La antigua promesa.

La sed de venganza de Enrico.

Mi compañero se crucificaría él solito.

—¿Y qué podemos hacer nosotras para evitarlo? —Necesitaba saber que teníamos opciones.

—Precisamente por eso quería hablar contigo —me dijo—. Tú y Enrico tenéis una complicidad especial. Estoy segura de que, ahora que Domenico ha muerto... —Intenté disimular la cara de « Glups » con lo de « Domenico ha muerto »—. Tú eres la única persona a la que escucharé. Consigue hacerle

olvidar su promesa. Convéncelo de que no merece la pena, por si y o no logro lo que pretendo.

—¿Qué vas a hacer, Carmina? ¿No se te habrá ocurrido ninguna locura? —le pregunté, alarmada.

—No te preocupes, nada de locuras —me dijo—. Lo primero que debo hacer es ir a casa y solucionar los problemas con mi marido. Lo está pasando fatal con todo esto.

—¿Y lo siguiente? —Algo me decía que no iba a gustarme lo que estaba a punto de oír.

—Le daré a Gennaro lo que quiere. —Su semblante mostraba determinación—. Creo que no ha venido a España después de tantos años sólo para recuperar el contacto con su familia. Pretendo averiguar qué quiere de mí o, más bien, confirmar mis sospechas y, en la medida de lo posible, alejar a Enrico de su mente.



Nos separamos al salir de La Qarmita. Yo me dirigí a La Napolitana a enfrentarme sola a aquella noche de sábado sirviendo mesas y Carmina se marchó a casa.

«Vaya marronazo», pensé mientras caminaba bajo la lluvia. Nuestro plan tenía tantos cabos sueltos que más que un plan me pareció una chiquillada.

«Esto... Enrico. Pues verás que, como nos preocupamos por tu seguridad, Carmina y yo hemos decidido enfrentarnos a ese abuelo suyo con todo nuestro arsenal de sonrisas y bondad —parodiaba yo en mi cabeza—. Sí, verás, va a ser muy sencillo. Mi misión es perseguirte noche y día y repetirte, a modo de martillo percutor, lo poco conveniente que sería vengar la muerte de tu mujer y tu hija en caso de que Gennaro decida cumplir su promesa. Pero no te preocupes, porque no va a cumplirla; ya se encarga Carmina de ganarse el premio a la mejor nieta del año y seguro que así, con oleadas de cariño y sumisión, el puñetero abuelo mafioso napolitano se olvida de que quiere quitarte de en medio».

Pues sí, un plan con demasiados cabos sueltos. Quizá habría sido mejor drogar a Enrico, sacar del banco los malditos cien mil euros y llevármelo inconsciente a cualquier refugio perdido en la montaña. Tan sólo tendría que mantenerlo atado hasta que Gennaro muriera. ¿Cuánto podría tardar en morir? ¿Cinco años? ¿Diez? ¿Quince a lo sumo?

—¡Hola! —dije en voz alta al entrar—. ¡Ya estoy aquí!

Cuando me asomé al despacho me encontré a mi compañero dormido

profundamente en el sofá. La estancia apestaba a bourbon y a tristeza.

Cogí la manta roja que le regalé para sus « siestas de despacho » y lo arrojé. Me llevé el vaso y la botella de whisky, y cerré la puerta al salir.

A Óscar y a mí nos esperaba una larga y dura noche de sábado. Íbamos a necesitar ayuda y, por suerte, tenía a alguien a quien recurrir.

—¡Hola, loca! —me dijo Cristina al descolgar el teléfono.

—¿Alguna vez has trabajado como camarera? —le pregunté.

—Jamás —respondió ella al instante.

—¡Perfecto! ¡Estás contratada! Te espero aquí en media hora.

*«El Pintor», repetí en mi cabeza.
Entonces recordé la pintura del nicho de Jaén.
«¿Será la única?», me pregunté.
Algo en mi interior me dijo que no.*

Una noche de sábado realmente intensa, sí señor. Noticias frescas en torno al caso de las lápidas y lleno total en el restaurante. ¿Qué más se podía pedir? Pues si hubiera podido pedir algo, habría preferido que las manos de plastilina de Cristina no hubieran roto tantos platos.

La llamada de Andrea llegó poco antes de que comenzara a entrar gente al local.

—Cien lápidas, Ada —me dijo al descolgar—. Cien malditas lápidas.



Cuando la inspectora se presentó ante Remigio Casas y le preguntó sobre las lápidas, éste no quiso soltar prenda en un principio. Sin embargo, después de dejarle bien claro que su delito había prescrito y tras hacerle promesas de esas que, pensaba yo, sólo se hacían en las películas y en las series de televisión, consiguió que hablara.

La confesión no empezó demasiado bien porque, al igual que había ocurrido con José Casas, Remigio tampoco conocía la identidad del hombre que lo había contratado. Aunque, en su caso, se había encontrado con él dos veces.

—Dice que no lo vio bien porque en las dos ocasiones llevaba una gabardina con las solapas hacia arriba y un sombrero. Está seguro de que se trataba de un hombre joven, de unos veintitantos años, y lo que más le llamó la atención fue una cicatriz bastante marcada en el labio inferior —me explicó Andrea—. «Como si le faltara un trozo de labio», según palabras textuales.

—Una cicatriz como ésa es un rasgo bastante distintivo —afirmé.

—Tienes razón, pero es lo único que tenemos —se quejó ella—. Le pregunté

cómo estaba tan seguro de que se trataba de un hombre tan joven y me respondió que por su voz y por sus hechuras. O sea, que lo de la edad no me ha parecido un dato demasiado fiable.

Andrea me contó que la primera vez que el dueño de las lápidas y Remigio se encontraron fue en un callejón. Por lo visto, el tipo explicó al primo de José Casas que llevaba algunos días siguiéndolo y que, si él quería, podría dejar de robar carteras durante bastante tiempo.

No sabía cómo, pero el hombre misterioso conocía la relación de parentesco entre José y Remigio. También estaba al tanto de los problemas del primero con el juego.

—Tampoco hubo casualidades en esto —puntualizó Andrea—. Está claro que los quería a los dos porque, juntos, podían darle lo que necesitaba.

Según contó Remigio, el pago por su trabajo fue equivalente al de su primo. Además, le explicó con todo detalle en qué consistió su parte del encargo.

Tras obtener el DNI con la identidad falsa, comenzó un tour de seis meses por toda España. Una extraña gira perfectamente organizada, con el único objetivo de adquirir las cien lápidas a prenecesidad.

En el hotel de cada ciudad, horas antes de partir, siempre encontraba en recepción un sobre con todo lo necesario para llegar a su nuevo destino y cumplir con su cometido. Billetes de tren o de avión, horarios de autobuses, lugar en el que se hospedaría, cementerio al que debía dirigirse y número de nicho que tenía que comprar. Todo ello junto con efectivo suficiente para realizar la compra y abonar los gastos de su estancia.

Tras arreglar los papeles de la adquisición del nicho, Remigio Casas debía encargar una lápida con bisagras y una cerradura muy concreta. Sobre la lápida, pequeños floreros atornillados en las esquinas y, hecha con letras metálicas, la inscripción: «“El mejor olor, el del pan; el mejor sabor, el de la sal; el mejor amor, el de los niños”, Graham Greene».

A continuación, debía dirigirse a una de las mejores floristerías de la localidad para encargar sendos ramos de margaritas que debían ser sustituidos rigurosamente cada semana. Dejaba pactados pagos anuales por adelantado, por encima del verdadero precio del servicio que estaba solicitando, para asegurarse de que todo marchara bien al cabo de los años.

—Vale, ya sabemos qué hizo Remigio y cómo lo hizo —dije—. ¿Sabemos cuándo se encontró por segunda vez con ese hombre? ¿Fue en el momento del pago?

—No —respondió Andrea—. Los pagos se llevaron a cabo del mismo modo que con José Casas: se hicieron en una de las papeleras de la sección de caballero de Cortefiel. Dos pagos de mil billetes de diez mil pesetas, uno por adelantado y el otro tras la entrega de los documentos.

—¿Los documentos? —pregunté.

—Sí, las copias de los contratos de todos los nichos y de las floristerías. Los dejó en un apartado de correos. Remigio Casas no ha sido capaz de recordar el número —dijo con fastidio.

—Entonces... ¿dónde volvieron a verse?

—En Madrid —me dijo—. Por lo visto, a Remigio se le ocurrió hacer una paradita en uno de los puticlubs de la ciudad, justo después de llegar a su nuevo hotel. Se encontró a ese tipo en el aparcamiento de la « casa de citas » y, según me ha contado, el individuo misterioso le recordó, muy educadamente, el motivo por el que había viajado hasta allí y lo importante que era que se centrara en su cometido. Le sorprendió tanto que lo hubiera seguido que no volvió a pensar en putas hasta que todo hubo terminado.

Le dio algo de tiempo a mi cerebro para procesar toda aquella información y me extraña que la voz de Andrea sonara tan desilusionada.

—Pues yo creo que tenemos más datos de los que pensamos —apunté.

—A ver, sorpréndeme —me retó Andrea.

—Lo primero de todo, sigo haciendo hincapié en el factor « dinero » —comencé—. Ese tipo se gastó una pasta gansa en la compra de las lápidas y en todo lo relacionado con ellas. Lleva pagando más de treinta años por ramos de margaritas frescas para cien nichos diferentes. ¿Te has parado a pensar cuánto cuesta eso? Y, a todo esto, puede que encontremos alguna información sobre él en esas floristerías, porque no creo que Remigio haya seguido abonando anualmente esos pagos. Alguien ha debido de hacerlos.

Andrea me dio la razón y lo anotó como tarea pendiente.

—Otra cosa que sabemos es el escrupuloso control que llevó nuestro hombre en todo el proceso. Debíó de seguir a Remigio en todos sus viajes, encargándose de entregar personalmente el sobre en la recepción de cada hotel y asegurándose de que no traspasara el umbral de ninguna casa de putas —le expliqué—. O sea, que buscamos a un hombre cuidadoso sobremanera.

» Y, por último, pienso que el comprador compulsivo de nichos vive o vivió en Málaga, o bien tiene alguna relación estrecha con la provincia.

—¿Por qué crees eso? —preguntó con interés Andrea.

—Pues porque ese tipo necesitaba a un funcionario que expidiera la identidad falsa que quería y a un ladronzuelo de poca monta al que poder manejar a su antojo. Supo localizar al equipo perfecto: un funcionario desesperado por sus deudas a causa del juego y a su primo, el delincuente robacarteras, ambos incapaces de decir que no a tantísimo dinero —le razoné—. Y no sólo por eso: los pagos en Cortefiel, la comisaría de Coín a punto de cerrar... Demasiados detalles difíciles de averiguar si la zona no te es familiar.

—En fin, que buscamos a un hombre con muchísimo dinero, con una mente extremadamente controladora, que en los años ochenta debía de vivir en Málaga y que tiene una cicatriz en el labio inferior —resumió Andrea.

—Así es —concluí.

—Pue sí, en algo hemos avanzado, pero ¿tienes idea de lo tremendamente complicado que es realizar esa búsqueda si el tipo no está fichado? —Su tono era un pelín exacerbado—. Y aunque esté fichado, es una locura.

—Supongo que es difícilísimo. —Le di la razón—. Pero es lo que tenemos.

Permaneció un instante en silencio, no sé si poniendo algo de orden a sus ideas o si planteándose arrojarse por algún puente.

—Bien, te diré lo que vamos a hacer. Mañana mismo te vienes bien temprano a la comisaría para que pueda tomarte declaración. Tendrás un e-mail por la mañana especificándote qué cosas puedes decir y cuáles no. Lo último que querría es que invalidasen tu testimonio por haberte atribuido funciones puramente policiales, siendo investigadora privada —me explicó—. Pediré a mis chicos que busquen entre los fichados a un varón de entre cincuenta y sesenta años que haya nacido o residido en la provincia de Málaga y que tenga una cicatriz llamativa en el labio inferior. No sé ni cómo se me ocurre comprobarlo; va a ser como buscar una aguja en un pajar —refunfuñó—. Y por último, voy a encargarme de lo que creo que puede aportar más pistas: mañana mismo, por la tarde, pretendo judicializar el caso. Necesitamos localizar el resto de las lápidas y abrirlas todas cuanto antes.

Yo no tuve nada que objetar. Es más, mi trabajo, tras la declaración al día siguiente, había terminado por el momento. Andrea acudió a mí para que recabara toda la información posible en torno a esas lápidas con el objetivo de encontrar indicios claros de delito. Y era eso lo que había hecho. Ahora tendría que contenerme y dejarla trabajar en paz.

—Ah, y algo más. Casi se me olvidaba... —Andrea interrumpió mis pensamientos—. Según Remigio, el hombre a quien buscamos se hacía llamar el Pintor.

«El Pintor», repetí en mi cabeza.

Entonces recordé la pintura del nicho de Jaén.

«¿Será la única?», me pregunté.

Algo en mi interior me dijo que no.



Cuando colgué el teléfono ya había dos mesas ocupadas y la pobre Cristina parecía tan fuera de lugar como una langosta en pleno desierto, con sus tacones de diez centímetros, con su melena dorada vibrando por encima de sus senos y con aquel delantal de camarera.

—Eres la mejor amiga del mundo —le dije con una gran sonrisa en la cara

—. Venga, ¡a trabajar!

Y entre comandas, cuentas y algún que otro sobresalto a causa de no pocos platos rotos, la noche pasó volando.

Enrico surgió del pasillo a eso de las once. Fue cuando me di cuenta de lo cansado que estaba realmente. Apareció con la cara marcada aún por el sueño y con una patente resaca.

—Anda, márchate a casa, aquí está todo controlado —le dije justo en el momento en que se oyó un nuevo plato estrellarse contra el suelo—. Hazme caso, márchate, si no quieres que acabe dándote un ataque al corazón. Ya me encargo yo de la loca de pelo rubio.

Protestó, pero al fin logré que se fuera. Enrico necesitaba reponer fuerzas y yo estaba casi segura de que podría evitar la destrucción total del restaurante.

Más tarde, cuando todo el mundo se hubo marchado, Óscar salió de la cocina y abandonó La Napolitana tan silencioso como había llegado. Cristina y yo nos sentamos a la barra con una botella de Egomei, mi vino favorito, y nos metimos de lleno en la charla que nos habíamos prometido.

Hablamos un poco de todo, aunque el grueso de la conversación se lo llevó Hugo.

Para mi sorpresa, Cristina también me habló de momentos. En eso coincidió totalmente con Andrea: «Puede que no sea vuestro momento», me dijo.

Pero si hubo algo que realmente me sirvió de aquellas horas cargadas de vino y de palabras fue una frase que, aunque sólo fuera un poquito, me ayudó a confiar más en que todo acabaría yéndome bien. Mi amiga me aconsejó que dejara de culparme porque estaba segura de que yo no lo hacía tan mal como pensaba.

—Antes de morir, mi madre me dijo algo que no olvidaré en la vida —me explicó Cristina con la carita teñida de recuerdos—. Yo tenía mucho miedo y no era capaz de imaginarme mi vida sin ella. Se lo confesé una tarde en el hospital, y ella me respondió con aquella entereza que la caracterizaba: «Tienes un cerebro en la cabeza y un par de pies dentro de los zapatos, así que, tranquila, sabrás hacia dónde tienes que caminar». Y tenía razón. —Sonríó—. Me he equivocado muchas veces en la vida, pero siempre he sabido recuperar mi camino y rehacerme por completo. Créeme, Ada, tú también sabrás hacia dónde caminar.



Subí la escalera del bloque con la cabeza dándome vueltas. Habíamos acabado con la botella de vino, y no había sido capaz de darme cuenta hasta el momento

de ponerme en pie. Aunque no era sólo el alcohol lo que hacía tambalearse a mi cuerpo; me pesaba mucho más el agotamiento.

Sonaba, peldaño a peldaño, con el mágico reencuentro entre mi camita calentita y yo. Lo único en lo que podía pensar era en el sueño.

Estaba tan lacia...

Tan cansada...

Tan...

¿Descolocada?

—Hola —me saludó.

La laxitud de mis miembros desapareció de golpe cuando me encontré a Hugo sentado en el suelo, junto a la puerta de mi piso.

—¿Qué haces ahí sentado? ¿Te has olvidado las llaves? —le pregunté.

Sabía de sobra que las llevaba en algún bolsillo. Era sólo que ya no consideraba que aquélla fuese su casa.

—Necesitas verte —me contestó estando aún en el suelo.

Cuando me senté a su lado tenía una ligera taquicardia. Me rodeé las rodillas con los brazos, buscando desesperadamente contener mis emociones. Temía que, teniéndolo por fin cerca, sintiendo su presencia, su calor, toda la determinación que había ido acumulando aquellos días... pudiera desaparecer.

—Siento no haberte llamado, pero...

Nos interrumpieron los vecinos del tercero. Subían tan acaramelados por la escalera que no pude evitar evocar aquellos días nada lejanos en que Hugo y yo caminábamos así allá a donde fuéramos.

Sentí que mi valor iba perdiendo fuerza a pasos agigantados. La decisión firme que había tomado después de mi charla con Cristina ya no parecía tan firme, cuando comenzaban a sumarse todos aquellos recuerdos.

—¿Quieres pasar? —le pregunté sin haberlo decidido y arrepintiéndome al instante de haberlo dicho.

Fuimos directos a la cocina y allí, antes incluso de poder ofrecerle algo para beber, se me echó encima. Lo movían una ansiedad y una violencia que, de nuevo, me encendieron como un mixto de pólvora.

—No consigo masturbarme si no pienso en ti —me susurró con lascivia al oído.

Me cogió en volandas y me sentó sobre la encimera.

Se refugió por un instante en el hueco de mi cuello, al abrigo de mi pelo, y ensifó profundamente mi aroma.

Luego lo venció la prisa. Me dejó desnuda de caderas para abajo, sintiendo el implacable frío de la encimera en contacto con mis glúteos, pero con un calor intenso invadiendo todo mi centro.

Él dejó que su ropa le resbalara hasta los tobillos, tiró de mis caderas hacia el borde de la superficie de granito y, entonces, me folló.

Lo hizo como nunca lo había hecho, sin dejarme mover ni un miembro. Aprisionó mis muñecas a mi espalda con la mano izquierda y, con la otra, se dedicó a masturbarme con el pulgar a la vez que entraba y salía de mí con violencia.

Mordía mi cuello y me besaba con urgencia. Pero no me miró a los ojos, al menos no como solía hacerlo. Fue como si quisiera esquivar mis pupilas para evitar reconocerse... o reconocerse a sí mismo.

Fuera complicidad.

Las palpitaciones previas al orgasmo.

Fuera ternura.

El estallido entre mis ingles que desgarró mi garganta.

Fuera todo...

Las sacudidas de su clímax que revientan en mi interior.

... Salvo el sexo.

Un sexo excitante y brutalmente placentero, pero, al fin y al cabo, sólo eso...

Sólo sexo.

*Ochenta y cinco lápidas localizadas.
Veintiún desaparecidos.
Un solo muerto.*

Aquel año, el universo pareció conspirar para que mis Navidades y las de casi toda mi gente acabaran siendo una auténtica mierda.

No obstante, a toro pasado, me doy cuenta de la gran lección que nos dio a todos nosotros el universo: nos enseñó a aprender.

Aprender a comprender.

Aprender a tener paciencia.

Aprender a crecer.

Sí señor, muy inteligente el universo.

Si Paulo Coelho leyera esto, se sentiría orgullósísimo de mí, ¿no crees?



El mes de diciembre transcurrió lento, envuelto en una monotonía a la que ya no estaba acostumbrada.

Tras mi declaración, el caso de las lápidas había quedado fuera de mi alcance y casi se le escapa de las manos a la propia Andrea. Consiguió que se le asignaran después de mucho insistir y, ya entrado diciembre, comenzó con las labores de policía judicial, mientras aguardaba la ansiada apertura de las cerraduras de aquellas lápidas.

Día tras día aparecían nuevos nichos desperdigados por los cementerios españoles. Y, utilizando sus localizaciones como criterio de búsqueda, por cada nicho iban emergiendo, de entre los miles de desaparecidos de las bases de datos policiales, varones que casaban con nuestras premisas.

Hombres con la progresión aritmética que habíamos identificado y de aspecto muy similar al de los primeros desaparecidos, salvo por la evolución lógica de sus rasgos a lo largo de los años. Hombres cuyo perfil me dio la

respuesta a la primera gran pregunta que nos habíamos hecho José Luis y yo en Sevilla.

La escasez de notas de prensa sobre los desaparecidos se debía a la mayoría de edad de las víctimas y a un cuidado exquisito a la hora de elegirlos. A partir de 1988, todos fueron varones independientes, con escasos lazos familiares y con tendencia a ausencias temporales, tal como pudo corroborar Andrea hablando con las familias.

Sin embargo, aparte de los avances en el caso, la inspectora no lograba encontrar pistas claras que la acercaran al Pintor.

Ochenta y cinco lápidas localizadas.

Veintiún desaparecidos.

Un solo muerto.

El resto de los cadáveres, si es que los había, estaban realmente bien escondidos.

La sensación de impotencia obligó a Andrea a ser paciente y a aguardar con calma la llegada de la orden que le permitiera abrir todas aquellas tumbas. Pero, claro está, eso dependía del señor juez, y algo nos decía a ambas que, sencillamente, aquéllas no eran las mejores fechas.

Se acercaba a toda prisa la época de los muñecos de nieve, los belenes y los árboles cargados de bolas de colores con regalos a sus pies.



No creas que me fue fácil mantenerme al margen del tema de las lápidas. Me subía por las paredes sintiéndome, de golpe y porrazo, apartada por completo. Sin embargo, no pude hacer otra cosa más que controlarme, después de una de esas charlas con Enrico cargadas de leñazos de humildad. Él tenía toda la razón del mundo: yo era investigadora privada, no policía, y debía darme con un canto en los dientes, teniendo en cuenta que Andrea había accedido a compartir conmigo todos sus avances, cosa que, de descubrirse, la habría perjudicado mucho.

Tras la charla con Enrico, habiendo aceptado mis limitaciones y con el caso de las lápidas en *standby* dentro de mi cabeza, mi vida se vio, de nuevo, sumida en la rutina.

Mis jornadas en La Napolitana acabaron siendo abundantes debido a la irregularidad creciente de Carmina. Además, Enrico volvió a delegar en mí algunos de sus propios encargos. Me enfrenté a varios seguimientos sencillos y a mi primer trabajo como «cliente misterioso», algo completamente nuevo para mí.

Debía acudir, repetidas veces y de incógnito, a una de las tiendas del centro

para observar la atención al cliente de los empleados. Al principio no me pareció buena idea porque no me gustaba la posibilidad de llegar a ser la causante del despido de alguien. No obstante, accedí a hacerlo, diciéndome a mí misma que mi trabajo no sólo podía tener cosas buenas. No siempre podía ser aséptico.

No puedes ni imaginarte lo bien que me sentí cuando, después de haber instalado las microcámaras correspondientes acompañada de la dueña del local, acabé descubriendo que uno de los empleados se dedicaba a grabar vídeos de las mujeres que accedían a los probadores. Sus cámaras eran muy parecidas a las que Enrico y yo empleábamos, y estaban tan bien escondidas que al instalar y o las mías no me percaté de las suyas.

¿Quién iba a decirlo? Un chaval de veinticinco años, perfectamente normal en apariencia, y aficionado a colgar vídeos en internet de señoras mayores probándose ropa. En fin... cosas más raras se han visto.



También me ocupé un par de días más de Tulipán ya que Flor, para mi sorpresa, seguía avanzando a pasos de gigante en eso de salir y conocer gente nueva. Bueno, gente y, en especial, a un señor de su edad llamado Joaquín.

Se conocieron en el viaje a París.

Los dos viudos.

Los dos viajeros primerizos y solitarios.

No parecieron congeniar en un principio. De hecho, en París apenas hablaron, o eso fue lo que me contó Flor. Sin embargo, al llegar al aeropuerto, antes de embarcar en sus respectivos aviones, ella tuvo un impulso e intercambiaron sus números de teléfono.

Un par de citas castas... Y luego otro par más.

Flor parecía feliz, pero asustada. Si bien, con cada una de las visitas de Joaquín desde Málaga ella parecía enfrentarse al miedo y vencerlo con más rapidez.

Yo tenía la sensación de que todo estaba yendo excesivamente rápido para ella, teniendo en cuenta a lo que me tenía acostumbrada mi querida Flor. Pero se la veía tan animada y feliz que no quise decirle nada. Después de todo, ¿quién era yo para dar consejos en el ámbito del amor y la espontaneidad?

El virus del amor también pareció haber atacado a Cristina. Mi amiga apareció una noche en La Napolitana con uno de sus «amigos». La vi tan acaramelada que no pude evitar preguntarle.

—Ada, creo que se está convirtiendo en un amigo demasiado especial —me explicó ella con el pecho cargado hasta los topes de alegría.

Y, del virus del amor, al de la desesperanza. Enrico tuvo que asistir, inermes, al intenso y sorpresivo reencuentro entre Carmina y Gennaro. Mientras más se veían nieta y abuelo, más deprimido encontraba yo a mi compañero.

Deprimido... y herido.

Carmina parecía recuperar a su familia de sangre y alejarse cada vez más de su familia del alma.

—Créeme, por una vez en tu vida, sin hacer preguntas —le dije, buscando tranquilizarlo—. Carmina va a regresar.

Mis palabras le hicieron pensar, pero no parecieron sosegarlo.



Creo que he dejado el tema «Hugo» para el final por una sencilla razón: sigue costándome demasiado enfrentarme a lo que nos pasó.

Aquel mes de diciembre tuvimos cinco o seis encuentros más.

Puro sexo; cada vez más excitante, más violento y placentero.

Sin embargo, al mismo tiempo que aumentaba la intensidad de mis orgasmos, también crecía el roto que, hacía ya semanas, se había abierto en mi corazón.

Cada vez que aparecía en la puerta de mi piso, volvía a abandonarme la determinación que había ido acumulando a base de repetirme las dolorosas frases «Déjalo marchar a tiempo» y «Esto se ha acabado». No era capaz de hacerlo. No tras encontrarme con esos preciosos ojos bicolores capaces de evocar nuestros más tiernos recuerdos.

Me dejaba llevar por el momento y sucumbía por completo al ritmo de sus caderas. Sin embargo, el placer era poco duradero y el arrepentimiento llegaba inmediatamente después, cuando volvía a ser consciente de que Hugo se había negado a reconocermelo y trataba de eliminar su frustración dominando nuestro sexo.

Yo me hundía en la miseria cada vez que lo veía salir por la puerta, sintiendo el profundo rasguño de los olvidados «Te quiero» y añorando aquel pasado en el que taladraba con sus ojos mi alma.

—No voy a dejarte entrar —le dije tras abrir la puerta aquel 23 de diciembre—. Lo siento, hoy no voy a hacerlo.

Le pedí que retrocediera un paso y que aguardara al otro lado de la puerta con el móvil en la mano.

Yo: Sé que estas cosas no se dicen por WhatsApp, pero soy incapaz de decírtelo mirándote a la cara.

Yo: Siento mucho el daño que te he hecho.

Yo: Y siento no haber sido capaz de darte lo que necesitabas.

Yo: Llevo tiempo diciéndome que debo dejarte marchar antes de que sea demasiado tarde, pero no he tenido el valor suficiente para hacerlo.

Yo: Siempre he dicho que te quería tanto que a veces me dolía. Y ahora me doy cuenta de que, desde que te conocí, he estado equivocada.

Yo: El amor no puede doler.

Yo: Y si duele es porque no hay equilibrio.

Yo: Si duele...

Yo: Si duele es porque no hemos encontrado la forma de querernos bien.

Yo: Y te juro que te quiero. Pero te quiero tanto y tan mal, que me duele demasiado.

Yo: Puede que no sea nuestro momento y que no hayamos querido reconocerlo.

Yo: Te prometo aprender a cuidarme. Sobre todo, a protegerme.

Yo: Pero ahora sé que debo hacerlo sola porque no quiero que acabemos haciéndonos añicos.

Yo: Te quiero, Hugo.

Pasaron unos interminables segundos antes de que me llegara una respuesta.

Hugo: Yo también te quiero, mi amor.

Una bruma densa y húmeda se asentó en mi cabeza y se concentró en la cuenca de mis ojos. Me dejé caer de espaldas sobre la puerta y fui deslizándome por su superficie hasta acabar sentada en el suelo.

Miré el móvil con ansiedad.

Releí los mensajes y susurré el suyo.

—« Yo también te quiero, mi amor » .

Fue al escuchar mi voz cuando llegó el arrepentimiento.

El miedo a no volver a verlo.

El deseo de regresar atrás en el tiempo, tan sólo un par de minutos, y haber tenido el valor de sentarme a hablar con él para tratar de arreglarlo. O para romperlo todo con valentía, no con una puerta y un móvil de por medio.

« No quiero que se vaya » , dije para mis adentros.

—No quiero que se vaya —repetí en voz baja.

Y, una vez más, el sonido de mi voz y sus palabras trajeron un nuevo sentimiento: la esperanza. Todavía estábamos a tiempo.

Me levanté de un salto y abrí la puerta corriendo.

—¡No quiero que te vayas! —dije con energía.

Pero mis palabras se perdieron en el aire. Pronuncié en voz alta mi deseo ante aquel rellano vacío y frío.

« Se ha ido» , me dijo mi cabeza.

« Se ha ido» , repitió dolorosamente, de nuevo.

Y, de pronto, me sentí vacía.

Vacía y rota.

Rota y sola.

Sola...

Sí, sola de nuevo.

En el suelo, junto a la puerta, el juego de llaves que tenía Hugo de mi piso.

Sola de nuevo.

« No eres tan fuerte como crees » .

« Es lógico tener miedo » .

« A veces, es bueno pedir ayuda » .

Nunca me ha gustado el refrán « Mal de muchos, consuelo de tontos » . Sin embargo, puedo asegurarte que aquella Navidad me vino que ni pintado.

Supongo que el titular de aquellas fiestas podría ser: « Ada Levy resurge de uno de sus mayores momentos de decadencia gracias a sentirse acompañada en la tristeza » . Sí, más o menos, ése podría ser el titular.



El 24 de diciembre desperté en el sofá, casi en la misma postura en la que había caído el día anterior. Me quedé dormida poco después de que Hugo se hubiera marchado, rumiando una incómoda certeza: todo aquello había sido por mi culpa. Yo, mi mala cabeza y mi egoísmo lo habíamos estropeado todo.

« Sola de nuevo » .

Aquella maldita frase traía consigo el abatimiento más profundo cada vez que se repetía en mi cabeza.

« Sola de nuevo » .

Tenía todo el cuerpo entumecido y la habitación no paraba de dar vueltas.

Dieciséis horas durmiendo y ni el más mínimo síntoma de haber descansado. Me sentía aturdida, demasiado extraña dentro de mi propia piel, como si lo ocurrido el día anterior no hubiera pasado de verdad.

Tenía tanta sensación de irrealidad que incluso necesité coger el móvil para convencerme, una vez más, de que todo había acabado.

« Ya está —me dije—, hasta aquí ha llegado todo » .

Me ardió el pecho por la angustia y percibí mi cuerpo como un lastre demasiado pesado para mí.

« Me sentiría mejor si hubiera llorado » , pensé .

Pero, como buena idiota que soy a veces, no me había permitido soltar ni una sola lágrima. ¿Cómo iba a llorar, si todo aquello lo había provocado yo?

[Nota mental: Tengo que dejar de ser tan rematadamente tonta.]



Aquel día 24 sólo salí de casa para trabajar. Tenía el turno de mediodía y, a pesar de mi apatía extrema, logré convencerme de que debía acudir a La Napolitana. No podía dejar solo a Enrico sabiendo que, aparte de mí, no tendría otra camarera.

Todos los años, Carmina se quedaba en casa preparando la cena mientras que él atendía el restaurante con mi ayuda y la de Óscar. Por eso me extrañó encontrarla allí trabajando, pero preferí no preguntar. Aunque el ambiente en el restaurante estaba casi tan apagado como en mi interior, y no estaba preparada para los problemas de los demás aquel día.

Me dediqué a moverme entre las mesas como una autómata, soltando alguna sonrisa de vez en cuando y deseando que llegara la hora de salir para poder refugiarme de nuevo en la oscuridad de mi salón.

—¿Estás bien, Ada? —me preguntó Enrico, sacándome de aquella apagada ensoñación.

Cuando lo miré a los ojos, los encontré visiblemente preocupados.

—¿Eh? Sí, sí. —Sonreí con esfuerzo—. Sólo estoy un pelín mareada.

—¿Qué piensas hacer esta noche? —Su voz sonaba casi tan desganada como la mía.

—Pues... como no ha venido mi madre y Flor se ha ido a pasar la Nochebuena a Málaga, he quedado con Cristina y unos amigos para cenar e ir de copas.

No le mentí del todo. Flor no estaba, mi madre se había quedado en Londres por culpa de un temporal y era cierto que había quedado con Cristina, aunque ya había decidido que no iría.

—¿Y tú? ¿Con la familia como siempre? —Con «familia» me refería a Carmina, Sebastián, las niñas y Óscar.

—Ejem... sí, sí. —No me pareció muy «Sí, sí», pero decidí no preguntar—. Con la familia... Como siempre.

—¡Me alegro! —Intenté parecer entusiasmada, aunque no sé si lo conseguí.

Los dos continuamos trabajando, evitando que se cruzaran de nuevo nuestras respectivas caras largas hasta la hora del cierre.

—¡Me voy ya! —exclamé desde la puerta—. ¡Que paséis buena noche!

—¡Igualmente!

Misma respuesta, tres voces diferentes. La única efusiva, la de Óscar.



Pasé la noche sola en casa. Bueno, sola, lo que se dice sola... Me acompañaban la réplica de Clemente, nadando en su pecera, y Tulipán, correteando y dando bríncos por el piso.

Tuve que echar una buena trola a Cristina para que no viniera a casa y me sacara a rastras para ir a la fiesta. También me aseguré de que ni mi madre ni Flor llamaran. Les escribí un par de mensajitos, deseándoles una buena noche y, de paso, pidiendo disculpas porque había salido de casa con el móvil sin batería. Acto seguido, apagué el teléfono.

Traté de cenar algo, pero no pude.

Probé a ver una película de esas típicas de Navidad, pero tantas sonrisas me estaban sentando fatal. ¡Quién lo iba a decir! Yo, la reina de las sonrisas, abrumada por una película de Navidad.

Al final, opté por cambiar a un género que no tenía nada de navideño: *La lista de Schindler*. La historia de la niña del abrigo rojo iría a juego con mi estado de ánimo.

Por segunda noche consecutiva, me quedé dormida en el sofá.



El último día del año llegó sin pena ni gloria, después de largos días cargados con sensación de derrota y con un ambiente en el trabajo aún más oscuro que mi propia casa.

—Las nueve de la noche, Clemente —le dije a mi bichejo—. Tres horitas para las doce.

Ni siquiera se me había ocurrido comprar uvas. Tenía sobre la mesa un par de botellas de vino y un trozo de pizza recalentada.

—La verdad es que no sé por qué me miras así —le espeté al pobre pez—. Sí, ya sé que es mi primera Nochevieja sola... Pero alguna tenía que ser la primera, ¿no? Hace una semana pasé mi primera Nochebuena sin compañía y no he muerto por ello.

El pobre Clemente II nadaba tranquilamente en su casita mientras yo me empeñaba en mantener aquella absurda conversación con él.

—Vale, reconozco que estoy triste —le dije—. Y también reconozco que

debería haberle contado toda esta mierda a Flor para sentirme un poco mejor. Yo no soy tan mala, ¿vale? Sólo estoy un poco perdida, nada más.

En ese preciso instante deberían haber lanzado cohetes en toda Granada para celebrar la única vez en mi vida que había sido capaz de reconocer aquella gran debilidad.

Estaba perdida. Tanto que, tras aquella caída, no había logrado encontrar aún un buen apoyo que me ayudara a levantarme. Pero, claro...

—Es que es cierto. Nunca pido ayuda —reconocí en voz alta—. Nunca pido ayuda.

Hasta donde abarcaban mis recuerdos, siempre que había tenido un problema me había empeñado en afrontarlo sola. La ayuda, cuando la había tenido, había venido sin llamarla.

La gente que me quería aparecía en mi vida en los momentos difíciles porque me conocía y sabía cuándo no podía enfrentarme a algo por mí misma.

Lo había hecho Flor con el problema con Nico...

Enrico, cuando casi me revientan aquellas malas bestias...

Y Hugo...

Bueno, Hugo siempre me ofrecía su ayuda y su apoyo; yo jamás se lo acepté.

—Tienes razón, Clemente. Siempre salgo de los baches porque tengo cerca a gente que se preocupa por mí y es capaz de ver cuándo no estoy bien —admití—. No soy tan fuerte como creo.

«No eres tan fuerte como crees».

«Es lógico tener miedo».

«A veces, es bueno pedir ayuda».

Aquel 31 de diciembre me di cuenta de que el hombre que había perdido gracias a mis grandes dosis de idiotez siempre había tenido razón. Todas aquellas frases me las había dicho una y otra vez Hugo desde que nos habíamos conocido, pero yo, por aquel entonces, aún no estaba preparada para escucharlas.

Recordé de pronto uno de los WhatsApp que le había escrito: «Te prometo que aprenderé a cuidarme. Sobre todo, a protegerme».

Ya no me sentí mal al recordarlo.

Aquella era mi promesa, mi gran deuda con Hugo: aprender a cuidarme.

Cogí el móvil y me levanté de la mesa. Antes de salir de la cocina le mandé un par de mensajes a la única persona que no me juzgaría.

Yo: Creo que te necesito un poco.

Yo: ¿Noche de confidencias?

Yo: No te olvides de los trozos de tiramisú.

Yo: Ya me encargo yo del bourbon y del café.

Yo: Por cierto, ponte guapo, que es Nochevieja.

Solté el teléfono en la mesita del salón y me fui directa a la ducha, sintiendo cómo la semillita del desahogo comenzaba a germinar en el interior de mi pecho. Lo haría sin esos preciosos ojos bicolores, pero aprendería a cuidarme.



Enrico llegó al cabo de una hora, con un rico aroma a recién afeitado y más guapo de lo que lo había visto nunca.

—He traído un tiramisú entero; la noche va a ser larga. —Me regaló una linda sonrisa—. También traigo uvas, seguro que tú ni te has acordado de comprar.

—En el salón hay unas velas encendidas, un pedido recién llegado de comida japonesa, dos botellas de vino y una de Jack Daniel's. Si quieres, puedo llevar también la cafetera.

Apenas comimos. Nos limitamos a hablar y a beber bourbon.

Le pedí a él que empezara porque, pese a no haber tenido fuerzas para preguntar, sabía de sobra que le pasaba algo.

Al igual que en mi caso, su Nochebuena había transcurrido en soledad. Óscar se había ido a cenar a casa de su nueva novia y Carmina, junto con el resto de la familia, había cenado en el hotel Victoria, con Gennaro.

Aquella noticia me impactó más de lo que debería. Vale que Carmina me había avisado de su intención de estrechar lazos con su abuelo, pero ¿en Nochebuena? ¿Dejando solo a Enrico? Me pareció un poco excesivo.

—Lo siento, jefe —le dije, pero no añadí nada más.

Aquella noche estuvo bien para mí tal cual ocurrió.

La realidad era que mi compañero estaba realmente preocupado por su sobrina. Bueno, más que preocupado, aterrado. Estaba convencido de que la estaba perdiendo. Y yo, con todo lo que me contó aquella noche, puedo asegurarte que acabé pensando que podía tener razón.

—Bueno, ya hemos hablado de mí y mis problemas. ¿Vas a contarme al fin lo que te pasa?

—Está bien, a ver por dónde empiezo.

Supe por dónde empezar: por nuestra primera bronca, en Córdoba, cuando me escapé para rescatar a Mari Vila.

También supe por dónde terminar: por el llanto. Por fin me permití llorar. Todo comenzó con unas tímidas lágrimas que rodaron hacia las comisuras de mis labios. Segundos más tarde, ya no podría parar. Fue como si tuviera tanta culpa acumulada, tanta tristeza y tantas lágrimas que, al salir, hubieran decidido tirar de todo lo que tenía dentro.

Por suerte, ahí estaba Enrico para regalarme sus palabras mágicas:

—Pero mira que eres tonta, niña —me soltó mientras me alargaba una servilleta—. ¿Para qué bebes bourbon si te sienta fatal?

Me hizo sonreír.

Y después, reír. Tanto que, al final, ya no supe qué lágrimas eran de la risa y cuáles de ellas pertenecían al llanto.

Me dio un abrazo de oso y me dijo al oído:

—Estamos para cuidarnos y eso es lo que vamos a hacer, ¿no crees?

Me retiré de él y asentí con una amplia sonrisa. Alejé de mí el vaso de Jack Daniel's y me llené una copa de vino.

De pronto oímos los aplausos en los pisos cercanos y los cohetes que anunciaban la entrada del año.

—Feliz Año Nuevo —le deseé.

—Feliz Año Nuevo —me deseó él.



A eso de las doce y media sonó el timbre.

—¿Tan alta está la música? —pregunté levantando la voz y sintiéndome la lengua demasiado pesada y torpe dentro de la boca.

Acudí a abrir con mi copa de vino en la mano y, cuando tiré de la puerta, me encontré al otro lado a Flor con signos de haber llorado.

—No puedo, Ada —me dijo entre sollozos—. Soy incapaz de olvidar a mi Salvador.

No le dije ni pío.

Le ofrecí mi copa de vino y la invité a pasar.

Aquella noche nos encargamos de recibir el año con las penas bien bañadas en alcohol... y con un buen trozo de tiramisú, que todo hay que decirlo.

*¿Yó?
¿Una bomba de relojería?*

Día 1 de enero: jornada de resaca.

Después de cambiar el bourbon por vino y de haber bebido hasta un estado cercano al coma etílico, acabé perdiendo el sentido en el sofá. Enrico debió de llevarme al dormitorio, porque amanecí calentita en mi cama, escuchando los fuertes ronquidos de mi amigo/compañero, que llegaban a mis oídos desde la habitación de invitados.

Ni siquiera recordaba en qué momento se había marchado Flor a su casa. Lo que sí había quedado grabado dulcemente en mi memoria fue su bonita sonrisa; copa tras copa, broma tras broma, había acabado regresando a su cara.

Me levanté sintiendo el cuerpo mucho más ligero que los días anteriores. El tren había regresado a mis sueños y, para mi tranquilidad, el vagón del «Mañana» ya no estaba ocupado únicamente por mi moto. Enrico, Flor, mi madre y Cristina se habían instalado en él cómodamente.

«No es malo pedir ayuda», admití para mis adentros.

Al llegar al salón, lo encontré todo hecho un desastre. ¿Aquello había sido una tranquila reunión de (sólo) tres amigos o un multitudinario botellón?

—No pienso ponerme a limpiar ahora, pequeña copia —le dije a Clemente II cuando entré a la cocina.

Un café para terminar de abrir los ojos y un gramo de paracetamol para calmar el dolor brutal que se había apoderado de mi cabeza.

—Enrico tiene razón, yo no soy de whisky —reconocí.

De repente, me apeteció muchísimo salir a pasear. Deseé contemplar mi Granada con el año recién estrenado y sentir aquel puñado de promesas asentándose con plomo en mi cabeza.

Regresé al dormitorio para quitarme la ropa de la noche anterior y ponerme algo más cómodo. Me aseo como los gatos y salí de casa con el mayor sigilo posible, intentando no despertar a Enrico. Se merecía descansar.



Disfruté de aquella Granada durmiente, con comercios cerrados y semáforos solitarios. Calles desiertas, salvo por los fiesteros rezagados que regresaban a aquellas horas a sus casas. Recordé, golosa, los churros con chocolate del café Fútbol y, casi sin darme cuenta, acabé allí mismo, en la plaza Mariana Pineda, desayunando.

Aquella mañana dediqué dos horas enteras a mi cabeza, a aquel cambio de paradigma en mi vida, sin miedo a enfrentarme a mis miedos.

« Aprenderé a contar con la gente que me quiere, para lo bueno... y para lo malo » .

« Me convenceré a mí misma de que no tiene nada de malo pedir ayuda » .

Había decidido acercarme al equilibrio en todas las parcelas de mi vida. Un gran propósito de Año Nuevo, ¿no crees?

Después de los churros y cerca de una hora de paseo circular por Granada, me di cuenta de que había un « temita sin importancia » en el cual lo del equilibrio iba a costarme algo más.

Sin darme cuenta, me había ido acercando a la Comisaría Superior de Policía.

« ¿Estará Andrea trabajando? » , me pregunté.

Me moría de ganas de verla y no únicamente por el caso del Pintor. Llevábamos días sin hablar. La ausencia de contacto con ella me estaba preocupando.

Justo antes de cruzar la calle para entrar en la comisaría recordé que llevaba encima la navaja. Miré a ambos lados por si encontraba un lugar en el que poder ocultarla y finalmente me acerqué a uno de los jardines de las urbanizaciones nuevas. Saqué una bolsa vacía de gusanitos de una de las papeleras, la puse dentro y la escondí entre las ramas de un seto.

« La navaja y las comisarías están resultando ser una delicada combinación » , pensé cuando pasaba por el detector de metales.

—¡Feliz Año!

Fui saludando a todos los polis que me encontraba desde la entrada hasta el mostrador principal.

—¿No estará trabajando hoy la inspectora Andrea García? —pregunté al poli que me atendió, un hombre muy joven.

Al cabo de unos minutos, ella apareció por la puerta de aquella inmensa pared de madera.

—¡Hola, Ada! ¡Feliz Año Nuevo! —me dijo, muy efusiva, en voz alta—.

¿Cómo se te ocurre venir aquí? —me susurró al oído en tono menos amistoso mientras me abrazaba.

Como comprenderás, me quedé un poco cortada. ¿Es que estaba haciendo algo malo? ¿Me había prohibido Andrea, en algún momento, acudir a la comisaría?

—Voy a salir un rato a tomar un café —anunció en voz alta—. Regreso en una media hora.



—¿He hecho algo malo? —le pregunté cuando llegamos a la cafetería.

Andrea permaneció callada un instante. Era como si le costara trabajo aventurarse a hablar.

—El juez de instrucción me ha tirado de las orejas —dijo al fin.

—¿Por qué? —quise saber yo.

—No sé quién le habrá ido con el cuento, pero el tema es que alguien le ha hablado de nuestra relación —me explicó—. Te ha definido como una auténtica bomba de relojería y me ha advertido que permanezca alejada de ti, si no quiero acabar perdiendo el caso.

—¿Yo? ¿Una bomba de relojería? —No daba crédito a aquellas palabras—. ¿Por qué?

—En primer lugar, eres detective privada y, como tú bien sabes, no puedes investigar delitos —me explicó—. Y, en segundo lugar, también eres periodista y publicas mensualmente en una revista.

—Ya, pero no he hecho nada por mi cuenta como detective privada, ni tampoco como periodista —rechisté.

—Eso no es del todo cierto —objetó Andrea—. Se ha enterado de lo de «El Juego de los Cementerios».

—Joder, Andrea, pero si hice que desapareciera justo antes de que tú y yo empezáramos con todo esto.

—¿Y qué me dices de lo de romper una de las lápidas? Tus impulsos son peligrosos para mí, Ada. —Aquello me pareció más un ataque que un argumento.

—Gracias a aquel impulso ahora estás buscando al asesino de tu hermano —le dije, enfadada.

Me estaba poniendo de los nervios. No me había gustado nada aquel apelativo de «bomba de relojería», pero si había algo que realmente me dolía era la postura que había adoptado Andrea. Lo único que yo había hecho en torno al caso del Pintor era tratar de ayudarla, nada más.

—Ada, escúchame. —Había notado mi cabreo—. Me costó muchísimo trabajo conseguir este caso después de que el juez se enterara de que uno de los desaparecidos era mi hermano. De hecho, si a día de hoy dirijo la búsqueda del Pintor es porque Enrique Portillo, el juez, me debía un favor —me explicó—. Necesito seguir adelante con esto y... —Hizo una pausa antes de continuar—. Y si para descubrir qué le pasó a mi hermano tengo que dejarte al margen por un tiempo, sintiéndolo en el alma, estoy dispuesta a hacerlo.

Todo aquello me sacaba de quicio, pero no pude hacer otra cosa que comprenderla. Necesitaba dar paz al recuerdo de su hermano.

—De acuerdo —admití—. Haz lo que creas que es mejor para ti. Sólo te pido un favor.

—Suéltalo —me dijo con la boca dibujando una media sonrisa.

—Creo que el Pintor no se hacía llamar así por casualidad y algo me dice que, cuando abras los nichos, vas a encontrarte tantas pinturas como víctimas se haya cobrado ese tipo —le expliqué.

—Eso me parece una posibilidad, pero no lo más probable, Ada.

—No sé qué decirte —objeté—. Una planificación tan meticulosa, unas víctimas tan cuidadosamente escogidas, tanto dinero invertido... A mí todo esto me parece la preparación de algo muy gordo... un fin a largo plazo relacionado con esas pinturas.

Andrea permaneció un rato en silencio, como si analizara seriamente lo que acababa de plantearle. Acto seguido negó levemente con la cabeza; se resistía a aceptar aquello.

—Esto que acabas de contarme es la principal diferencia entre lo que hace la policía de verdad y lo que ocurre en las series de televisión —me soltó con una escueta sonrisa—. ¿Te han hablado de la Navaja de Ockham? A mí me la recuerdan muy a menudo. —Apoyó su mano sobre mi muñeca como para intentar insuflarme algo de cordura—. Según ese principio, la solución más sencilla suele ser, por lo general, la correcta.

—¿Y quién dice que lo de relacionar el apelativo «el Pintor» con la pintura del nicho no es la solución más sencilla? —le pregunté, obstinada.

—Bueno, no es ni lo más obvio ni lo más razonable —me rebatió—. No puedo basar mi trabajo en soluciones complicadas y búsquedas de asesinos de ciencia ficción. Tengo que analizar todo esto como algo real.

—Andrea, no te estoy pidiendo que te tomes lo que te digo como el único camino a seguir —le aclaré—. Aquí la policía eres tú y yo sólo te he acompañado en un caso que me parece extraño desde el principio. Hace dos años, un escritor famoso se dedicó a ir quemando a mujeres por los parques andaluces —le recordé al Asesino de la Hoguera—. No era ni lo más obvio ni lo más razonable pero, sin embargo, acabó descubriéndose que el asesino estaba obsesionado con la existencia de las brujas.

Nuevo silencio por parte de Andrea.

—Yo lo único que te estoy pidiendo es, simplemente, que si al final mi fantasía sobre el Pintor y sus pinturas se hace realidad, me lo digas —añadí para acabar—. Un simple OK por WhatsApp bastará.

—De acuerdo —aceptó al fin—. Si acaban apareciendo un montón de pinturas dentro de las tumbas, te prometo que te lo digo.

Cerramos así nuestro trato: yo sin entender muy bien por qué Andrea era incapaz de dar cabida a aquella posibilidad; ella, la inspectora de lo obvio y razonable, con la sensación de que su amiga Ada Levy vivía más en el país de las Hadas que en el planeta Tierra.

Al cabo de unos días recibí en casa un pago en efectivo por el importe que habíamos acordado al principio. Aquel maldito sobre con dinero me irritó sobremanera; ni siquiera se había molestado en venir a entregármelo en persona.



Tras aquella charla con Andrea me fui caminando hacia La Napolitana. Hacía dos años que Enrico había comenzado a abrir en Año Nuevo, gracias a una gran idea de Óscar: el Menú del 1 de Enero. Era económico y tenía dos variantes: la de los glotones y la de los arrepentidos por los atracones. Cada año, gracias a la publicidad y al boca a boca, parecía tener más éxito.

Cuando entré por la puerta, todo parecía casi tan oscuro como en las jornadas anteriores. Bueno, todo menos yo. No estaba dispuesta a permitir que el chasco con Andrea enturbiara mi propósito de Año Nuevo.

—¿Cómo está Enrico? —me preguntó Carmina cuando estuvimos a solas.

—¿Que cómo está? Pues más bien regular, la verdad —le respondí, un poco mosqueada—. Está muy descolocado... y triste.

Su cara se impregnó de lástima de pronto.

—¿En qué estabas pensando? —le solté—. ¿No crees que estás tomándote tu plan demasiado en serio? Hasta a mí me has dejado pasmada —admití—. Joder, Carmina, que has dejado solo a Enrico esta Navidad para pasarla con el mafioso de tu abuelo. —Traté de bajar la voz al máximo para que nadie nos oyera.

Ella se alejó de mi lado para atender una de las mesas. Cuando fue a entregar una cuenta, se me acercó y me dijo en voz baja:

—Gennaro se muere.

Continué hacia la mesa y no regresó a mi lado hasta que hubo cobrado y despedido a los clientes. Yo, mientras tanto, trataba de digerir aquello.

«Gennaro se muere».

Se le veía un hombre mayor, pero no para tener ya un pie en la tumba.

Supuse entonces que estaba enfermo.

¡Toma ya! Si es que soy magnífica haciendo deducciones.

—Tiene cáncer —me explicó Carmina a su regreso—. Me lo dijo hace días y me pidió, llorando como un niño chico, que pasáramos en familia su última Navidad. Por eso he estado estos días tanto tiempo con él, porque... —Miró a ambos lados algo nerviosa—. Ada, me dio pena —me confesó—. A pesar de lo mala persona que es y de las barbaridades que ha hecho en su vida, nadie se merece morir solo. Yo soy lo único que le queda.

« ¡Ay, madre! —pensé—. ¡Que se la ha metido en el bolsillo!»

—Carmina, ¿y si te ha mentido? ¿No te lo has planteado en ningún momento?

—Pues claro que me lo he planteado —rechistó—. Le exigí pruebas, y cuando comprobé que todo era cierto, casi me muero de la vergüenza. Es un muerto viviente, Ada. El cáncer se le ha extendido y le queda muy poco tiempo de vida.

Confieso que, en aquel momento, no me lo creí en absoluto. Pensé que lo del cáncer y la muerte inminente de aquel abuelo mafioso no era más que una treta para volver a poseer a su nieta. Ella misma me había dicho que Gennaro haría cualquier cosa para recuperarla, y ¿no podía considerarse aquello como un posible « cualquier cosa » ?

*Era él.
 Estaba segura, era él.
 Sus cerca de dos metros.
 Su tremenda cabeza [...].
 Su tatuaje tribal en el mentón.*

Aquella fue, obviando el tema económico, una gran cuesta de enero. Resumiéndolo un poco, recuerdo semanas cargadas de agujetas por mi regreso a los entrenamientos de Krav, un esfuerzo dantesco para tratar de olvidar al Pintor, constantes bajadas de ánimo por la ausencia de mis queridos ojos bicolores y, como colofón final, un reencuentro de lo más inesperado.

¿Estrés postraumático?

Pues, al final, hasta en aquello había tenido Hugo razón.



La normalidad llegó a mi vida algo distinta a como era meses atrás. La razón era bien sencilla: ahora me faltaba Hugo. Si bien, su constante recuerdo y el dolor del roto en mi corazón me animaban, día a día, a respetar mi propósito de Año Nuevo.

Puedo asegurarte que puse todo mi empeño en olvidarme de las lápidas y de su dueño. Hasta acudí a hablar con Enrico cuando me descubrí una mañana haciendo búsquedas por internet relacionadas con el caso.

—¿Qué es más importante para ti, el misterio de las lápidas o el bienestar de tu amiga Andrea?

Desde luego que Enrico, como buena voz de mi conciencia, siempre acaba dando en el clavo. Aquella fue la pregunta adecuada. No podía negar que el Pintor me tenía sorbido el seso, pero Andrea era mucho más importante para mí que un colgado que había ido comprando nichos hacía más de treinta años.

«El bienestar de mi amiga Andrea», repetí varias veces en mi cabeza, para

recordarlo cuando volviera a dudar. No me arriesgaría por nada del mundo a que le quitaran el caso, por mucha curiosidad (obsesión) que yo tuviera.

—Tienes razón, lo realmente importante para mí es Andrea —le reconocí a Enrico.

—Pues entonces, compi, ya sabes lo que debes hacer —concluyó.

Era cierto, sabía exactamente lo que debía hacer: tenía que coger aquella Moleskine que siempre llevaba encima con toda la información del Pintor y guardarla en un cajón. O, aún mejor, que alguien me la guardara para no caer en la tentación de volver a cogerla.

Saqué del bolso la libreta y se la alargué a Enrico decidida.

—¿Me la guardas? No quiero volver a verla hasta que todo esto haya pasado.



Salí de La Napolitana con la sensación de haber tomado la mejor de las decisiones. Me sentía orgullosa de mi misma: yo, Ada Levy, aprendiendo a pedir ayuda y controlando mis obsesiones. ¡Menudo avance!

Y que conste que no fui yo quien lo estropeó. Justo al llegar a la puerta de la calle mi móvil vibró en el bolsillo de la chaqueta. Cuando lo saqué me encontré con un correo electrónico en la bandeja de entrada.

Aguanté la respiración al ver de quién era.

No tenía muy claro si quería abrirlo o no.

El asunto decía: « Espero que me perdones algún día » .

Apagué la pantalla del móvil, enfadada por todos los recuerdos que aquel mensaje acababa de hacer retornar a mi mente.

—¡Maldito José Luis!

Por mucho que lo intenté, no logré guardar el móvil sin leer el mensaje.

Querida Ada:

Te ruego me perdones por lo ocurrido aquella noche. A veces se me va la mano con el alcohol. Bebí demasiado y supongo que mi estado te generó una gran inseguridad. No he sido el mismo desde la muerte de Silvia, y su recuerdo está terminando por destrozarme mi vida.

Llevo semanas reuniendo el valor suficiente para escribirte y pedirte disculpas. Si lo he hecho finalmente no es porque albergue la esperanza de encontrar tu perdón, sino porque he dado con algo que puede, de algún modo, compensar aquella noche: un detalle referente al caso de los chicos desaparecidos que ha llamado poderosamente mi atención. Si te fijas en los dos recortes de periódico que te envío, en las fotos encontrarás al mismo individuo.

Corresponden a partidas de búsqueda diferentes. Una de las imágenes es de 1983; la otra, de 1986. A no ser que se trate de un policía, me parece demasiado extraño.

Espero que te sea de utilidad y, una vez más, permíteme disculparme por aquel día. Eres muy afortunada al tener a alguien a tu lado que te quiere y te protege.

Atentamente,

JOSÉ LUIS BAYO

Tenía que hacerlo.

Tenía que acabar el maldito e-mail hablándome de Hugo.

Afortunada por tener a un hombre así a mi lado... Más bien imbécil por no haber sido capaz de conservarlo.

Y lo más increíble de todo fue que omitiera aquella habitación de los horrores con el rincón dedicado a Silvia. Aquello fue lo que realmente me dio miedo de él, no el alcohol ni su borrachera.

Sacudí la cabeza y abrí los archivos adjuntos antes de que me venciera el llanto. José Luis tenía razón: se trataba de partidas de búsqueda diferentes; los artículos hablaban de distintos desaparecidos, pero en las fotos, en posición más o menos central, aparecía el mismo hombre. En una de ellas parecía estar mirando un mapa junto a otras personas, como organizando las áreas de búsqueda; en la otra estaba sentado a solas, con un bocadillo entre las manos.

Tras una semana de búsqueda incansable, los vecinos de Jaén no parecen perder la esperanza de encontrar con vida al joven Daniel.

«El hermano de Andrea», pensé. Uno de los recortes era del año en que desapareció.

Miré con más atención las fotos y me di cuenta de un detalle que me puso la piel de gallina. ¿Era mi imaginación o aquel hombre parecía tener una gran cicatriz en el labio inferior?

«No», deseché la idea de inmediato. Las fotos tenían tan mala calidad que, si me lo proponía y añadía un poco más de imaginación, también acabaría viendo un collar de perlas en el cuello de aquel hombre.

Fuera como fuese, aquél era un detalle tremendamente importante y no entendía cómo, después de dar vueltas y más vueltas a aquellos recortes de periódico, ni Andrea ni yo nos habíamos dado cuenta.

Lo valoré sólo un instante.

Cabía la posibilidad de que no significara nada. Como había indicado José Luis en su correo, bien podía ser un policía que había trabajado en ambos casos.

Sin embargo, una de las cosas curiosas que caracterizan a muchos psicópatas es estar al tanto de todo lo que se dice en prensa sobre sus «hazañas». No son pocos los casos en los que el asesino aparece en el lugar de los hechos, e incluso interactúa con la policía para estar al tanto de sus avances.

Estaba claro que Andrea debía tener constancia de aquello, por si acaso.

Le envié los dos archivos con un texto muy escueto:

¿Qué crees que hace ese hombre en dos desapariciones diferentes? Una de ellas es la de tu hermano. Un beso.

Entonces lo supe, aquello había sido una especie de señal: «No te obsesiones con el caso, pero tampoco lo abandones por completo».

O, al menos, aquélla fue mi interpretación.

—Necesito mi Moleskine —le dije a Enrico nada más entrar en su despacho—. Me he prometido a mí misma mantenerme al margen, pero no puedo deshacerme de la libreta. No después de lo que acaba de pasar.

Fue así como cumplí la parte de no abandonar el caso por completo. Ahora bien, en cuanto a lo de no obsesionarme...

Yo y mis obsesiones.

De pronto me dio por invertir todo lo que me había pagado Andrea en transformar el cuarto de invitados en un despacho. Si Enrico tenía el suyo, ¿por qué no iba a tener yo el mío? Así dispondría de un rincón en el que poder pensar. Un sitio sagrado, donde colocar dos inmensos tabloncillos imantados para colgar todos y cada uno de los recortes de periódico que tenía sobre el caso. Al lado de los tabloncillos, una gran pizarra Vileda, para apuntar mis ideas.

También me dio por hacerme, de una vez por todas, con el mapa mudo de España que hacía tiempo quería comprar. Así podría marcar y tener bien localizados todos los cementerios en los que había lápidas repetidas. Y, ya que hacía lo del mapa, ¿por qué no tener un listado, desde 1981 hasta entonces, con los desaparecidos que había ido apuntando hasta el silencio de Andrea?

Todo aquello, en uno de los laterales de la habitación. Al otro lado, un cómodo sofá desde donde poder mirar durante horas cuanto tenía sobre el Pintor hasta aquel momento. Definitivamente, lo de las obsesiones con los casos sigue siendo mi gran tarea pendiente. Sobre todo teniendo en cuenta la forma en que ha ido evolucionando mi antiguo cuarto de invitados.



Pero no te asustes, no permanecí el mes de enero al completo encerrada en mi

nuevo despacho. La hiperactividad pareció haber regresado a mi vida y, siéndote sincera, era bienvenida. Mientras más ocupaciones tenía, menos regresaba Hugo a mi cabeza.

Además de mis turnos cada vez más frecuentes en La Napolitana, a causa de las ausencias de Carmina, y de entregar religiosamente mi artículo del mes para la revista *Moter@S*, aún saqué hueco para regresar a mis entrenamientos de Krav Maga y para pasar buenos momentos con los chicos del gimnasio.

—Niña, que entre tanto turrón y tanto polvorón, llevas más de un mes sin venir a entrenar.

¡Cómo no! Aquél fue el recibimiento de Paco, mi profe, nada más entrar al gimnasio. En eso se parecía demasiado a Enrico.

—¡Ay, Paco! ¡Siempre me estás regañando! —protesté y o—. Que conste que no he estado precisamente de vacaciones.

—Claro, claro —dijo Pablete, el querubín del grupo—. Yo he estado castigado por haber suspendido y, mirame, no he faltado ni a una clase.

Lo cierto es que los había echado de menos, y eso que la primera vez que los vi me dieron un poco de miedo: una sala llena de tíos con cara de malos y cargada hasta los topes de testosterona. Hay que ver lo que son las primeras impresiones, ¡si son todos unos pedazos de pan!

Elegí el Krav por recomendación de Enrico. Fue él quien me habló de Paco Torrero, campeón europeo de Karate e instructor de Krav Maga y de defensa personal. Como lo que me movía por aquella época era más el miedo que una necesidad profesional de defenderme, me cercioré, husmeando por internet, de que aquél era el sistema de defensa que yo quería aprender. Pronto me quedó bien claro que era lo que buscaba: «No existe en todo el mundo un sistema más probado en la calle que el Krav Maga, el sistema de defensa oficial del ejército israelí». Tras aquella frase y unos cuantos vídeos de YouTube, me planté aquel mismo día en el gimnasio Shito Riu para conocer a Paco y a sus chicos.

Llevaba ya cerca de dos años entrenando y, además de haber aprendido por fin a caer al suelo sin sentirme como un saco de patatas, comenzaba también a tener cierta seguridad. Paco no sólo me enseñaba a defenderme y a pegar fuerte; gracias a él, también estaba aprendiendo a controlar los picos de adrenalina que se producen en una agresión y, sobre todo, a salir huyendo. No sé si lo sabes, pero, en situaciones extremas, lo más común es quedarse quieto y no ser capaz de reaccionar.



El reencuentro inesperado ocurrió un par de semanas después de haber vuelto a

clase. Terminamos el entrenamiento en torno a las diez de la noche y, cuando salía, Pablo se ofreció a acompañarme de camino a su casa.

Me encantaba, y me encanta, Pablete. Aún hoy sigue siendo uno de mis compañeros de puñetazos preferido, junto con Raúl y Gustavo. Un chaval de dieciocho años recién cumplidos, con un corazón que no le cabe en el pecho, una energía envidiable y una increíble capacidad para meter la pata. El pobre es un poco bocazas.

Me lo estaba pasando tan bien hablando con él sobre los castigos por las malas notas y sus tejemanejes con las pobres chicas que, sin darme cuenta, habíamos llegado a la plaza de la Caleta, frente al hospital Virgen de las Nieves. Nos detuvimos un instante junto al parque infantil. Pablo estaba en el momento álgido de una de sus batallitas, viviendo su recuerdo con intensidad cuando, de pronto, vi algo que me hizo entrar en pánico.

Te juro que no recuerdo haber decidido moverme. En décimas de segundo, me encontré escondida detrás del tobogán de la zona infantil. Estaba de pie al lado de Pablo y, de repente, agazapada tras el tobogán.

—Pero ¿qué haces, loca? —gritó Pablo a pulmón abierto.

Yo era incapaz de reaccionar.

Me era imposible apartar las pupilas del objeto de mi pavor.

¿Recuerdas al calvo? ¿El del tatuaje en el mentón? Venga, te doy otra pista: llevaba un traje caro y me dio una paliza. Pues sí, el puto calvo de los cojones paseaba tranquilamente por la plaza de la Caleta hablando por el móvil.

Como Pablo seguía sin dar crédito, de pie a unos metros de mí, me estiré todo lo que pude y tiré de él hasta que conseguí que se echara al suelo a mi lado.

Era él.

Estaba segura, era él.

Sus cerca de dos metros.

Su tremenda cabeza, casi tan grande como la mía con el casco puesto.

Su tatuaje tribal en el mentón.

Cada vez estaba más cerca; con cada paso que él daba, yo podía verlo con más claridad.

—Ada, tranquila —me dije en voz alta—. Saca el móvil, Ada —me ordené—. ¡Sácalo!

Pablo no daba crédito. Creo que pensó que me había vuelto loca de repente. Allí, los dos tirados en el suelo y yo con un diálogo conmigo misma que lo estaba dejando pasmado. Apesar de la excéntrica escena, el pobre no dijo ni pío.

Al final conseguí reunir las fuerzas suficientes para sacar el móvil de la mochila. Quitó el flash a la cámara y alargué el brazo para echar un montón de fotos en disparo rápido. Deseé con todas mis energías que la luz de la plaza fuese lo suficientemente intensa para captar una imagen aceptable.

Plegué el brazo, miré la pantalla del móvil de soslayo y, de súbito, fui presa

de la prisa. Se apoderó de mí una necesidad imperiosa de escapar.

—Pablo, ¡nos vamos! —le grité.

Lo agarré del brazo, tiré de él y comencé a correr. Pablo me seguía, con la misma cara que habría puesto si hubiera visto un muerto.

—¿Adónde vas, loca? —me gritó en mitad de la carrera.

Por suerte, pese a sus voces y a lo atónito de su cara, no dejé de correr hasta que llegamos al Arco de Elvira, junto a mi casa.

—¿Qué te ha pasado, chiquilla? Estás tan blanca que parece que acabas de potar. —Pablete y sus delicadezas.

Logré deshacerme de él, prometiéndole que al día siguiente quedaríamos y se lo explicaría todo. No sabía por qué, pero algo me decía que todos los compañeros del Krav iban a acabar enterándose de aquello.

—Tú tranquila, loca —me dijo Pablete antes de marcharse—, que si ese tío te ha hecho algo, nosotros nos encargamos.

Me dio un toquecito en el hombro, como intentando transmitirme consuelo, y se marchó algo preocupado.



Aquello era miedo. Puro miedo.

La lengua seca como una alpargata.

El intenso temblor que gobernaba mi cuerpo.

Los latidos de mi corazón castigando con fuerza mis sienes.

Y lo peor de todo, el dolor punzante en la ausencia de mi dedo.

Solté la mochila en la entrada, junto a la puerta, y me fui directa al baño.

Al ver mi cara en el espejo, mi cuerpo dio un violento vuelco. Un sudor frío cubrió la superficie de mi piel, y aquella saliva líquida y caliente me indicó que debía acercarme al váter.

No sé qué fue peor, si el vómito o el llanto posterior. Desconozco si fueron segundos, minutos u horas los que pasé tirada en el suelo del baño, incapaz de moverme por culpa del miedo. El caso es que, cuando fui consciente del estado en el que me encontraba, me levanté de allí y comencé a desnudarme.

Después de más de dos años, por fin estaba preparada para enfrentarme a mi cuerpo.

Me quité la ropa poco a poco, intentando contener aquellos temblores que se negaban a abandonarme y, cuando estuve en cueros, me planté frente al espejo.

¿Aquella era yo? Había pasado tanto tiempo que era incapaz de reconocerme. Me vi más delgada, con los miembros y el abdomen algo marcados por el ejercicio, pero deteriorada.

¿Era realmente yo? ¿Todas aquellas cicatrices que marcaban mi cuerpo me pertenecían de verdad? ¿Me acompañarían para siempre?

Sí.

Me acompañarían para siempre.

Recorrí con los dedos las delgadas líneas blancas en que habían quedado las lesiones de mis costillas. Me pareció sentir de nuevo aquellas patadas, mientras yo yacía en posición fetal en el suelo. Aquellas botas de puntera metálica, asestando fríos golpes sobre la calidez de mi cuerpo. Áreas de mi piel que permanecerían por siempre oscurecidas, a causa del intenso y duradero color morado de los cardenales.

Glúteos.

Caderas.

Espalda.

Había quedado marcada hasta la muerte.

Señales diminutas, pequeñas o medianas.

Y señales monumentales.

Mediana, la de mi pecho; aquella línea con algo de relieve y puntitos alrededor a causa de las grapas. Si no hubiera llevado puesta la espaldera cubriendo mi torso, aquel cuchillo me habría atravesado el corazón.

Una espaldera.

¿Era aquello protegerse?

No, por supuesto que no.

Aquello era tentar a la suerte.

Enfrentarme yo sola al Asesino de la Hoguera había sido la mayor estupidez de mi vida. Sobre todo después de...

Señales monumentales.

El dolor agudo regresó implacable. Acudió a mí, acompañado de aquel color rojo intenso que solía rememorar en mis noches de pesadillas.

Mi dedo.

La cicatriz de mi dedo.

Me pesaba tanto...

Y, por fin, logré comprender por qué: hasta aquel momento no había sido capaz de entenderlo.

¿Cómo puede ser tan fácil contratar a un par de tipos para que revienten a una persona? Y ¿cómo puede tener alguien la sangre fría de darle una paliza y cortarle un dedo a esa persona, sin siquiera conocerla?

Aquellas preguntas me habían estado atormentando en silencio, sin llegar a dar la cara. Aquellas preguntas me estaban impidiendo avanzar.

Elevé mi mano izquierda y la puse junto a mi cara, frente al espejo.

Aquella era yo, la mujer del reflejo.

AQUÉLLA ERA YO.

Y había llegado la hora de aprender a reconocermé para poder reencontrarme.

Reconocer el miedo, de verdad, y admitir mi sensación de desamparo. Plantarme frente a mi infelicidad para poder alejarme de ella. Comenzar a sonreír en serio y abandonar las muecas falsas carentes de felicidad.

«Pide ayuda», me dijo mi cabeza.

«Pide ayuda», me repitió.

Eché un último vistazo a la verdadera Ada Levy y prometí acudir a verla cada día, hasta que dejara de serme necesario buscarla en el espejo. Me volví hacia el dormitorio y observé por un momento mi cama grande y vacía. Supe que no quería dormir sola. No debía.

Me puse ropa de estar por casa y salí descalza al rellano, sintiendo la fría realidad en contacto con mis pies.

Din-don, sonó el timbre de la casa de Flor.

Ella abrió enseguida, con el rostro preocupado. Olía a colonia de bebé.

—No quiero dormir sola —le confesé.

Se apartó a un lado y me invitó a entrar.

Me hizo un hueco en su colchón y me ayudó a dormirme, aferrando mi mano bajo las sábanas.

*Cien nichos, treinta y cinco de ellos llenos.
Treinta y cinco objetos personales.
Treinta y cinco pinturas junto a ellos.*

Salí del piso de Flor con una necesidad tremenda de libertad y, cuando es libertad lo que necesito, sólo tengo una manera de encontrarla: mi moto.

—Hola, *Chiquitina*, ¿me has echado de menos? —Acaricié su lomo y la examiné cuidadosamente, como de costumbre.

Llevábamos sin hacer kilómetros juntas desde que Hugo y yo comenzamos a separarnos. Era como si, al alejarme de mi compañero de vida, me hubiera olvidado de mi auténtica compañera de rutas. Sin embargo, fue pulsar el botón de encendido, oír el dulce sonido de su motor y olvidarme de todo.

Un par de kilómetros de zigzagueos entre los coches, alguna que otra glorieta, un pequeño recorrido por autovía y, pocos minutos después, estaba dejándome llevar por la carretera.

Sentía a mi *Chiquitina* ligera entre mis piernas... traviesa en el puño de mi mano derecha.

Aquella mañana, ambas nos negábamos a frenar.

Trazadas rápidas, en las que mis caderas se sentían cómodas y ágiles, ayudándola a tumbar, y ella... bueno, ella dándome toda la superficie de sus ruedas y regalándome, en su vaivén, la mágica sensación de libertad que había salido a buscar.

Asfalto, curvas y velocidad; mi alma por fin volvía a estar llena.

«Es cierto, en mi futuro estarás siempre tú», dije para mis adentros, pensando en ella.

«Únicamente, mi moto y yo», pensé. Y fue entonces cuando recordé mis sueños en el interior de aquel tren. El vagón del «Mañana», en el que me había sido tan difícil incluir a Enrico, a Cristina, a mi madre y a Flor.

Yo no quería volver atrás. No era lo mismo disfrutar de la soledad y la libertad que me regalaba mi moto, que tener que vivir por siempre en soledad. Estaba claro, se había acabado para mí lo de salir huyendo.

—Lo siento, *Chiquitina* —dije en voz alta—. Contigo por siempre, pero no a

solas.



En menos de hora y media estaba de vuelta en Granada. No fui directa a casa, necesitaba ordenar mis ideas y no se me ocurrió mejor lugar que La Qarmita.

Saludé a Lidia y me senté a mi mesa preferida. Cogí un libro de una de las estanterías, no recuerdo cuál, y me puse a hojear sus páginas, como si en aquellas láminas de papel, obviando las letras impresas, pudiera encontrar alguna de las respuestas que necesitaba mi cabeza.

Mi vida estaba desorganizada. Más que desorganizada, yo diría que patas arriba.

«Las fotos», pensé. No había tenido el valor de echar un vistazo a las fotos que le había hecho al calvo la noche anterior y sabía muy bien por qué: la razón era la misma que me había llevado a arrojarme a la carretera con la moto.

El miedo.

Sin embargo, tampoco había acudido a la policía. Si sólo se trataba de miedo, ¿no habría sido lo más lógico?

Respiré hondo y saqué el móvil de la mochila. Mis dedos se movieron lentos; mi corazón, a toda pastilla.

Ahí estaba.

Por fin lo tenía.

Y al ser consciente de ello, de nuevo quiso atacarme el vómito.

Dejé el móvil sobre la mesa y traté de tranquilizarme. Me planteé qué era lo que quería hacer con aquello.

Si acudía a la comisaría, por fin tendrían una imagen clara del aspecto de uno de mis agresores. Sería más probable que lo encontraran y lo metieran entre rejas. Pero ¿cuánto tiempo duraría su encierro? ¿Tendría suficiente castigo por lo que me había hecho?

Desde mi punto de vista, estaba claro que no.

No era a la policía a quien iba a contarle todo aquello. Acudiría a la única persona en la que realmente confiaba. Sabía que él me comprendería.

—Pocas motos hay en Granada tan preparadas y cuidadas como la tuya.

Aquella voz interrumpió mis pensamientos. Su timbre me era tremendamente familiar.

—¡Bruno! —Me sorprendí al mirar hacia arriba y verlo allí de pie, junto a mi mesa.

—¿No decías que tú nunca te dejabas las llaves puestas en la moto? —me preguntó enseñándome las llaves de mi *Chiquitina*.

—Ups. —Fue lo único que me salió.

Había aparcado con tanta prisa que me las había dejado olvidadas en la cerradura del bidón trasero.

—¡Madre mía! ¡Qué bien te veo! —le dije con toda la sinceridad del mundo.

No sé si recuerdas a Bruno. Era uno de mis amigos entrecomillados preferidos: mi amigo *bondage*. Bueno, a punto estuvo de ser algo más que un simple amigo, pero, cómo no, mi mala cabeza lo acabó estropeando. Si hubiera podido volver atrás, habría dejado el sexo a un lado y lo habría incluido en mi vida como un amigo de los de verdad. Era y es un chico realmente interesante, e inteligente. Uno de los pocos artistas que he conocido que se ganan bien la vida con su talento.

—¿Qué ha sido de ti en estos dos años? ¿Cómo van tus esculturas? —le pregunté, emocionada.

«Ojalá aún esté a tiempo de recuperar su amistad», pensé para mis adentros. Me negué a recordar aquellos gloriosos momentos entre las sábanas; estaba realmente dispuesta a avanzar.

—Mis esculturas van por buen camino —respondió a mi pregunta—. Y yo... bueno, no me quejo. Después de haberte echado un poco de menos, al final conseguí centrarme en cosas más reales.

Aqué! fue el único silencio incómodo de dos horas de café. Nuestro reencuentro fue mucho más relajado de lo que me habría imaginado.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? —Su turno de preguntas.

—Más o menos igual que hace dos años, sólo que con un dedo menos.

Levanté la mano y sonreí. Fue extraño, no sentí vergüenza al mostrar el muñón de mi mano. Mi reencuentro con el espejo parecía haber calado hondo en mí.

—Lo supe por Cristina —me comentó—. Perdóname por no haberte llamado; confieso que aún estaba un poco dolido.

—No, perdóname tú a mí. Fui una auténtica gilipollas —reconocí.

—¿Lo dejamos en tablas? —preguntó él.

—Lo dejamos en tablas. —Aprobé la moción.



Lo cierto es que pasamos un rato muy entretenido. Sonreí de verdad, como hacía semanas que no lo había hecho. Recordamos nuestras rutas juntos; él, en su Mazda RX8, y yo, a lomos de mi primera moto.

Al parecer le iba realmente bien, lo suficiente para haber sustituido su «antiguo» coche por un elegante y potente Lotus Elise SC. Y lo increíble no era

que hubiera podido comprarlo, sino que su economía le permitiera mantenerlo.

—Bueno... Creo que debería marcharme, Ada. De hecho, había quedado para almorzar y llego una hora tarde —me explicó, un poco apurado.

—Sí, claro, no te preocupes. —Sonrei—. Yo debería ir a casa a quitarme el equipo de la moto. A veces se me olvida lo incómodo que es —le dije enseñándole las botas.

Nos despedimos con un cálido abrazo y con una grata sensación.

«Quizá aún podemos llegar a ser buenos amigos», pensé.

Justo cuando Bruno salía por la puerta recibí unos cuantos mensajes de WhatsApp de Andrea. Al leerlos, el corazón se me subió a la boca.

Andrea: Aquí tienes tu OK.

Andrea: Cien nichos, treinta y cinco llenos.

Andrea: Treinta y cinco objetos personales.

Andrea: Treinta y cinco pinturas junto a ellos; todas fechadas en el reverso. Siempre en el mes de mayo.

Andrea: Ah, y gracias por los recortes de periódico.

—Han abierto las tumbas —dije en voz alta.

No podía creerlo. Había dado en el clavo.

Las lápidas repetidas.

Las pinturas en el interior.

El Pintor...

«Bruno», pensé.

Salí de La Qarmita lo más rápido que pude.

—¡Bruno! —grité cuando lo vi a lo lejos a punto de doblar la esquina—. ¡Espera un momento!

Aquello no podía ser una simple casualidad. Dos años sin vernos y aparecía justo en aquel preciso momento. Bruno era la única persona que conocía en el mundillo del arte y, pese a ser escultor, seguro que podría ayudarme.

—Ya sé que lo tuyo es la escultura, pero ¿si necesito ayuda con algo relacionado con la pintura, podrías echarme un cable? —le pregunté cuando nos encontramos a medio camino entre La Qarmita y la esquina.

Creo que le gustó que le pidiera ayuda, pese a haber sido tan poco específica. Me dijo bromeando que alguna idea tenía de pintura y que, si él no podía ayudarme, seguro que conocía a gente que sí.

Yo me quedé mucho más tranquila.



Llegué a la moto pensando únicamente en regresar a casa para poder encerrarme en mi despacho y analizar con detenimiento toda la información que tenía. Albergaba una esperanza: que la relación entre la pintura, las lápidas y las desapariciones anuales me llevara a algún lugar.

Justo cuando me colocaba los guantes recordé al calvo y mi visita pendiente a Enrico.

«Mierda», pensé.

Aquello tampoco podía esperar. Aunque, de algún modo, había dejado de ser el centro de mi universo. Me sentía mucho más relajada con aquello al tener tantas cosas en las que pensar.

«Aún es temprano —me dije—. Voy a ver a Enrico y luego tiro para casa».

—Tengo que contarte algo —le dije nada más asomar a su despacho.

—¿Hace falta tiramisú? —me preguntó.

—No, quizá vendría bien la pistola que tienes escondida en el cajón —bromeé.

Saqué el móvil y le enseñé las fotos que le había hecho a aquel tipo la noche anterior.

Cuando las vio se puso tenso. Se levantó de su sillón y salió de detrás de la mesa para sentarse a mi lado en una de las sillas.

—¿Te vio? ¿Te hizo algo? —me preguntó, preocupado.

—No, tranquilo, no creo que me viera. Iba distraído, hablando por el móvil.

—¿Tú te sientes bien? —quiso saber después; se refería a mi cabeza.

—Bueno... Ahí ando. —Logré controlar la angustia—. He estado dudando entre acudir a la policía o venir a contártelo sólo a ti.

Enrico me miró muy serio y asintió levemente con la cabeza.

—Supongo que la policía debe saberlo o no en función de lo que quieras tú que ocurra. —Me tanteó.

—Quiero que se arrepientan —dije con toda la frialdad del mundo.

—¿Estás segura? —me preguntó.

—Estoy completamente segura —afirmé.

Enrico respiró hondo y se levantó. Volvió al otro lado de la mesa, a su trono, y abrió uno de los cajones de la derecha. Sacó una carpeta y me la tendió.

—Los dos formaron parte de la brigada Plus Ultra en la guerra de Irak. Tuvieron que portarse realmente mal porque regresaron al cabo de un año y fueron expulsados del ejército.

Me explicaba aquello mientras yo ojeaba lo que había en aquella carpeta. Enrico lo sabía prácticamente todo sobre ellos: lugar y fecha de nacimiento, recorrido educativo, año en que ingresaron en el ejército y fotos, muchas fotos, en ciudades y países diferentes. Sonreí al leer sus apodos: al puto calvo de los cojones se lo conocía como el Calvo; al de la coleta, como el Jardinero.

—«El Jardinero» —leí en voz alta.

—Al parecer, lo de las tijeras de podar es una marca distintiva —me explicó Enrico.

Yo sentí una fuerte punzada en el puño.

—¿Por qué tienes todo esto? —le pregunté, mostrándole con ambas manos la carpeta.

Enrico se levantó de nuevo y se dirigió hacia el sofá. Se sentó en el centro, mirando al frente; pretendía evitar mis ojos.

—Lo que te ocurrió aquel día fue por mi culpa, Ada —me soltó de sopetón y alzó la mano para impedirme rechistar—. Yo te pedí que te encargaras del caso. Mis años y mi experiencia tenían que haberme servido para darme cuenta de lo que se te venía encima. No fui capaz de protegerte, y ésa era mi obligación... velar por tu seguridad.

« ¡Cago en la puta! », grité en mi cabeza. Dos años con Enrico diciéndome día sí y día también que debía olvidarme de los señores trajeados y preocuparme por estar bien. Dos años cambiando de tema cada vez que intentaba hablar de ello con él. Dos malditos años creyendo que Enrico no le había dado importancia a aquello, cuando precisamente evitaba el tema por lo mucho que le había afectado.

—Nadie le corta un dedo a mi compañera y sigue viviendo como si no hubiera pasado nada —afirmó.

—¿Y por qué no me has contado nada de esto antes? —le pregunté, un poco dolida—. ¿Sabes cuánto bien me habría hecho? ¿Sabes lo que habría supuesto para mí enterarme de que esto realmente te importaba? —Hice todo lo posible por aguantarme el llanto—. ¡Joder, Enrico! ¡Que llevo dos años con miedo y sintiéndome culpable por no ser capaz de superarlo! —Fue tarde, las primeras lágrimas de rabia comenzaron a correr—. ¿Por qué me lo has ocultado?

Lo miré fijamente a la cara y, al verlo, recordé aquel día en mi piso, cuando se abalanzó sobre mí y apretó mis costillas con toda la fuerza de su abrazo. Aquel día me hizo daño para protegerme, para que fuera consciente de que no servía de nada mi valentía si mi escasa fortaleza me llevaba a la muerte. Yo no fui consciente de lo que estaba haciendo hasta que comencé a sangrar profusamente mientras me defendía.

La culpa y la tristeza de su cara eran las mismas que aquel día.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté en un tono más cariñoso.

—Hugo vino a verme hace año y medio. Me habló de tus pesadillas y tus cambios de humor; de tu empeño por aparentar que todo marchaba bien. —Me quedé perpleja al oír aquello—. Vino a pedirme que te quitara de la cabeza la idea de encontrar a esos cabrones. Me contó que solías decirle a menudo que yo te ayudaría a encontrarlos y que, juntos, les haríamos pagar por lo que te habían hecho.

Aquello era cierto. Tras lo ocurrido, me defendía de mis pesadillas con la

promesa de encontrar a los señores trajeados y despacharme a gusto con ellos. Por aquel entonces aún me recuperaba de mis heridas.

—Y le hiciste caso —afirmé.

Me invadió la desilusión por aquella traición de Hugo. Aunque, acto seguido, recordé las charlas, que acabaron siendo broncas, en torno a lo de protegerme y tomar conciencia de la necesidad de cuidarme.

Mi cabezonería le había llevado a hacer aquello.

—Le hice caso a medias —continuó Enrico con la conversación—. Traté de esquivar el tema contigo, pero, por mi cuenta, comencé a recopilar toda la información que encontré sobre esos dos.

Respiré hondo y me dispuse a limpiar mi mente de posibles reproches e idas de olla varias. « Todo esto lo ha hecho por mi bien », me dije. Y logré relajarme de nuevo; le dejé hablar.

—Son tipos peligrosos —continuó—. Trabajan por encargo y puedo asegurarte que no les importa cuál sea su objetivo; cumplen con lo pactado y después desaparecen por un tiempo. De hecho, si andan por Granada es porque algo les ha vuelto a traer aquí.

—¿Nunca les han cogido por nada? —pregunté, pensando que aquello se parecía más a una película de Steven Seagal que a la vida real.

—Ni una sola ficha policial.

—¿Y qué podemos hacer? —dije sintiendo la prisa en las venas—. Damos con ellos y...

—Lo que podemos hacer es tener paciencia, Ada —me interrumpió él—. Sólo has visto al Calvo y el realmente escurridizo es el Jardinero. Tenemos que encontrar la forma de reunirnos con los dos. Creo que lo mejor que podemos hacer es tenerlos controlados y conseguir atraerlos hacia nosotros.

No me gustaba mucho aquello de esperar. De hecho, era lo último en lo que podía pensar en aquel momento, ahora que los olía tan cerca.

—No lo veo, Enrico. Creo que lo mejor sería darnos prisa y cogerlos antes de que vuelvan a marcharse de Granada.

—Vale, si quieres lo hacemos como tú digas —admitió—. Conseguimos dar con ellos, los seguimos a dondequiera que vayan y después ¿qué? No puedes precipitarte en esto, Ada. Son tipos sin escrúpulos y con mucha experiencia. Lo único en lo que podemos ser superiores es en la estrategia y la sorpresa, y para eso hace falta mucha paciencia.

No sabía cuándo me había movido, pero ya no estaba sentada en la silla. Estaba en pie, apoyada sobre la mesa de Enrico y en actitud más que beligerante. Sopesé las palabras de mi compañero y supe que tenía toda la razón del mundo.

« Aprender a cuidarme », pensé.

—De acuerdo —admití al fin—. Pero déjame que aporte mi granito de

arena. Entre mis compañeros de Krav hay muchos porteros de discoteca, alguno que otro con un pasado bastante oscuro. Conocen a mucha gente y pueden mantenernos informados.

Enrico me miró con el ánimo recuperado y, diría yo, con grandes dosis de orgullo.

—Has pasado el bache —me dijo con cara de satisfacción.

—¿Cómo dices? —No lo entendí al principio.

—Por fin estás mirando al pasado sin miedo —afirmó.

Era cierto. Estaba mirando al pasado, me estaba enfrentando a él y lo estaba orientando al futuro.

« ¿Alguna lápida en Málaga?»
« ¿Por qué la inscripción y las margaritas?»

¿Cómo se compaginan la búsqueda de un asesino en serie, la tórrida relación de tu socio con un mafioso napolitano y una venganza personal? Te digo yo cómo se compaginan: con muchísima dificultad.



Lo primero que hice al llegar a casa, después de la charla con Enrico, fue sentarme en el escritorio del despacho, con mi libreta y un bolígrafo en la mano.

« Todo esto está demasiado desordenado », concluí después de haberle echado un buen vistazo.

Me levanté y me planté frente a la pared que había cargado de información. Al encontrarme con el mismo desorden tanto en los tablones como en la pizarra, decidí quitarlo todo y comenzar de cero.

Amontóné las fotos, los recortes de periódico y demás papeles sobre la mesa, cogí de nuevo la libreta y comencé a poner en orden mis ideas.

« LÁPIDAS », anoté en la pizarra en primer lugar.

—Vamos a ver, tenemos cien lápidas distribuidas por todo el territorio español, incluyendo las islas —comencé a analizar en voz alta—. Están en todo el país, excepto en Málaga.

Cogí el mapa mudo de España en el que había marcado con una cruz latina las lápidas de las que yo tenía constancia: las noventa y siete localizadas por la policía hasta que dejé de recibir la información de Andrea.

—Me da a mí que las tres que faltan tampoco van a estar en Málaga —dije en voz alta—. Podría ser el territorio del Pintor y por eso decidió dejarlo virgen. O... —Reformulé mi duda en la cabeza—. O puede que en Málaga haya algo más que no hemos encontrado aún; algo que no hemos relacionado con el caso.

Ambas opciones me parecieron probables y, para que no se me olvidara, en

la esquina inferior izquierda de la pizarra anoté mi primera pregunta para Andrea: «¿Alguna lápida en Málaga?».

—Volviendo a las cien lápidas, todas ellas tenían exactamente el mismo aspecto: granito verde, ramos de margaritas frescas en las esquinas y la inscripción «“El mejor olor, el del pan; el mejor sabor, el de la sal; el mejor amor, el de los niños”, Graham Greene».

También ahí tenía dudas. Había algo que no encajaba con lo que habíamos encontrado. Flor me había contado que las margaritas son símbolo de la inocencia y ese detalle, junto con la inscripción, me llevó a pensar que los desaparecidos iban a ser niños. Sin embargo, los únicos que podían ser considerados en edad infantil, y estirando mucho la edad, eran los desaparecidos de 1981 a 1983, con entre doce y catorce años.

Abrí una nueva lista de preguntas en la esquina inferior izquierda de la pizarra. Esta vez, dirigidas al Pintor: «¿Por qué la inscripción y las margaritas?».

—Y de cien lápidas —continué—, sólo treinta y cinco encerraban objetos tras la cerradura. Treinta y cinco objetos personales más treinta y cinco pinturas.

Mientras anotaba aquellos datos en la pizarra, me planteé si todo lo que había en el interior de los nichos eran trofeos del Pintor.

—Puede que las pinturas tengan otro significado —señalé.

Anoté en la pizarra «PINTURAS» y traté de recordar la única obra del Pintor que yo había visto, la de Jaén. Si cerraba los ojos, si me concentraba un poco, aquel realismo parecía atraparme de nuevo. Aroma a pinar. Troncos estilizados y delgados, copas bajas; árboles jóvenes y muy cercanos, tan reales que casi podía sentir la escasa rugosidad de su superficie.

Amplios espacios entre los pinos.

Claridad y sensación de libertad a su alrededor.

Tras ellos y a una distancia intermedia, rugoso y resquebrajado, lo que me pareció un fragmento de muralla. Piedra o barro... o ambas cosas.

Del tono terrizo de la muralla a la luminosidad del cielo, salpicado de nubes blancas. Y, al fondo, a la izquierda del paisaje, como pasando desapercibido, un castillo en lo alto de un cerro.

—Podría ser el parque del Cerro de Santa Catalina —conjeturé en voz alta también esta vez, rememorando mi primera impresión en el cementerio de Jaén.

Pero no estaba segura. Desconocía el tipo de vegetación de la zona y no tenía ni idea de si quedaba en pie algún trozo de su muralla.

«Podría ser la pared de un viejo caserón», pensé recordando aquel paredón.

Apunté en mi libreta como tarea «Investigar los alrededores del parque del Cerro de Santa Catalina» y, en la pizarra, una nueva pregunta para Andrea: «¿Todas las pinturas son paisajes?». La respuesta a aquella cuestión podría ayudarme a encontrar algún significado.

—Me da a mí que me estoy haciendo demasiadas preguntas —concluí—. Y

acabo de empezar.

Sacudí la cabeza y pasé al siguiente punto, después de las lápidas: «MÁLAGA».

Había demasiados detalles que me hacían pensar en Málaga como centro importante de todo aquel misterio. Para empezar, el hecho de que no hubiera allí ninguna lápida. Claro que eso aún tenía que confirmármelo Andrea... si es que lo hacía.

—¡Mierda! Tenía que habérselo preguntado cuando me contó lo de Remigio —me lamenté al recordar que aquélla fue la primera vez que me lo había planteado.

Independientemente de la presencia o no de lápidas en Málaga, había otros detalles importantes: el hecho de que el Pintor conociera la relación de parentesco entre Remigio y José Casas y las deudas de juego del funcionario; lo de tener controlado el cierre de la comisaría de Coin; los pagos en los almacenes Cortefiel, que por aquella época estaban recién abiertos y tendrían la suficiente afluencia de gente para poder pasar desapercibido...

En aquel momento no se me ocurrió nada más, pero me parecieron datos más que suficientes. El Pintor conocía bien el terreno por el que se movía.

Justo cuando iba a pasar al siguiente punto recibí una llamada de teléfono.

—Ada, te necesito en el restaurante. —La voz de Enrico sonó contrariada—. Ya sé que te dije que no haría falta, pero Carmina ha salido y no tengo camarera.



Miércoles.

Un miércoles normal.

Únicamente dos mesas llenas.

Estaba claro que si Enrico me había llamado no era porque me necesitara para trabajar.

—¡Jefe! ¿Puedes salir? —Lo llamé desde la barra cuando no hubo comandas que servir.

Él acudió enseguida, con la cara algo cargada por la preocupación.

—¿Me vas a contar qué está ocurriendo? Jamás me habías llamado para... — Señalé las dos mesas—. Esto.

Enrico miró el tiramisú de la vitrina y sonrió levemente. A continuación, se metió la mano en el bolsillo y sacó de él un papel doblado.

—Carmina no está porque esta tarde han ingresado a Gennaro —me explicó—. Ella acaba de llamar. Han estabilizado al viejo y creen que en un par de días le darán el alta.

O sea, que lo del cáncer era cierto.

—¿Y tú por qué estás así? —le pregunté mirando el papel que estrujaba en la mano.

—Porque parece que se acerca la hora de la verdad y no sé si estoy preparado —respondió él alargándome el papel.

« ¡Mierda de nota! », pensé. Mi nivel de ansiedad volvió a subir al leer las palabras « El momento se acerca. Gennaro », escritas en italiano.

—Y si el momento se acerca, ¿por qué coño está jugando contigo? ¿Por qué no te lo ha contado ya? —quise saber, enfadada—. Ojalá ese hijo de puta se muera esta noche mismo —deseé en voz alta con todas mis fuerzas.

Enrico cogió el papel y lo guardó de nuevo en el pantalón.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo él—. Cuando apareció en el restaurante pensé que todo acabaría pronto. Si había venido a por Carmina, lo más fácil para él habría sido cumplir con nuestro acuerdo.

—Tú sabes cuáles serían las consecuencias. —No fue una pregunta sino una afirmación—. ¿Te merece la pena perder todo lo que has ganado en estos años por una estúpida promesa?

—No es una promesa estúpida, Ada —me corrigió, dolido—. Ellas eran mi vida. —Su voz sonó quebrada—. Toda mi vida...

Se levantó de la banqueta en la que estaba sentado y se metió en su despacho. Yo miré las mesas y, al ver que todo parecía estar controlado, fui tras él.

—Lo siento —le dije nada más asomar por la puerta—. No he querido decir eso.

No me miró. Permaneció hundido en su sillón, con la mirada fija al frente y los puños apretados.

—No soy muy buena con estas cosas, ¿vale? —admití—. Sobre todo porque llevo demasiado tiempo mirándome el ombligo. Siempre que he tenido algún problema importante con alguien a quien quiero, he acabado mirando a otro lado y esperando que todo se solucionara solo. Lo he hecho con Hugo... y lo hice con Susana. —Oír aquel nombre en mi propia voz me estrujó el alma. Volví a relegar el recuerdo de mi amiga al cajón de « Esto es mejor obviarlo ».

Enrico fue a levantarse para huir de nuevo de mí, pero no se lo permití. Cerré la puerta y me apoyé sobre ella, indicándole que no iba a dejarlo pasar.

Él tomó asiento otra vez con desgana.

—No pienso mirar para otro lado para no ver cómo te destrozas —le dije, enérgica—. Eres mi compañero, mi amigo, mi colega... mi padre. Eres una de las patas más importantes de mi vida y me niego a vivir sin ti.

Sentía toda la emoción del mundo acumulada en mi garganta.

—Te quiero, Enrico. Te quiero de tantas formas diferentes que ahora mismo eres, por acumulación, la persona a la que más quiero... Y a la que más respeto. —Me costaba hablar a causa de esa pelota en la garganta—. El papel que tienes

en el bolsillo puede significarlo todo... o no significar nada. Gennaro puede ser alguien crucial en tu vida... o alguien sin importancia. Puedes salir por esta puerta, exigiendo que cumpla su promesa... o puedes quedarte aquí, rodeado por todo lo que tú solito has construido. Puedes hacer lo que quieras... y yo siempre voy a respetarte. —Respiré hondo—. Pero, precisamente por lo importante que eres para mí, porque no puedo imaginarme el resto de mi vida sin ti, te pido que quemes ese papel que guardas en el bolsillo, que decidas que Gennaro ha muerto y que te quedes aquí... conmigo.

Aquel día, el hombre de acero lloró por primera vez en mi presencia. Se desahogó por completo, mientras yo hacía de tripas corazón y lo abrazaba, tragándome mi propio llanto. «Shhhhhhh...», le susurraba al oído, sin poder evitar recordar el pasado. Viagé, usando la memoria, a aquellos años de mi infancia en los que me ahogaban el miedo hacia mi padre y los mares de lágrimas; a aquellos momentos de angustia en los que mi madre acallaba su propia tristeza para ayudarme a dejar la mía atrás. «Shhhhhhh...», me susurraba ella.



Abandoné el despacho al cabo de un rato, cuando Enrico pareció haber recuperado la entereza. Me dedicó una tierna sonrisa antes de salir por la puerta.

Cuando llegué al comedor, la alegría me inundó el pecho y expulsó, a su paso, casi toda la angustia. Carmina estaba allí, tan bonita como siempre, encargándose de las mesas. Fue como si la normalidad hubiera decidido regresar para darnos un soplo de tranquilidad en medio de toda aquella tormenta.

—¡Enrico! ¿Puedes venir? —lo llamé, recordando con orgullo una de las frases que le había susurrado al oído en el transcurso del llanto.

«Te prometo que Carmina ni se ha ido, ni se irá».

Cuando mi compañero salió de su despacho, su sobrina y él se cruzaron miradas de complicidad. Enrico regresó a su puesto en la cocina y ella cogió las riendas del restaurante como si jamás las hubiera soltado.

—Carmina, yo me marchó. Esta noche tengo trabajo en casa —dije satisfecha.

*«Arte», pensé.
«El Pintor», sonó en mi cabeza.*

Odio esas veces en las que, de pronto y sin venir a cuento, tomas conciencia de algo y ya no puedes pensar en otra cosa salvo en eso. «¿Habré cerrado el coche?», «¿He dejado la sartén puesta en el fuego?» ...

Una de esas preocupaciones me atacó varios días después. Más que una preocupación, una certeza: estábamos a día 1 de febrero, y el Pintor volvería a matar en mayo.



Aún me sentía algo extraña hablando de un asesino en serie cuando únicamente se había relacionado con él un cadáver. Bueno... vale, un cadáver y muchísimos varones desaparecidos, de los que sólo habían quedado objetos personales ocultos en el interior de un montón de nichos.

Aquellos días no paré de darle vueltas a la figura del Pintor. Aún no sabía si admirarlo o temerlo, por su gran capacidad de planificación y esa impunidad con la que había estado actuando durante tantos años. De hecho, de no haber sido por un golpe de suerte, jamás habríamos descubierto lo de las lápidas repetidas.

Recuperé del trastero algunos de mis manuales de criminología y, poco a poco, fui desarrollando un perfil criminal de andar por casa.

Elaboré una lista con preguntas sencillas que me consideraba capaz de responder con los datos que tenía; las demás, como de costumbre, fueron deducciones de cosecha propia.

«¿Personalidad organizada o desorganizada?» Por supuesto, organizada. Extremadamente organizada.

«¿Tiene un plan preconcebido o actúa al azar?» Preconcebido, obviamente.

«¿La fecha en la que actúa tiene algún significado para él o para su entorno?» Probablemente, si la fecha no tuviera un significado no llevaría cerca

de treinta y seis años repitiéndola.

« ¿Usa objetos o mata con sus propias manos? » Esta pregunta era la que con menos precisión podía responder. Sólo conocía un caso, el de David Sanders, el chico de veinticuatro años encontrado envuelto en plástico junto a una carretilla en la sierra de La Alfaguara. Andrea me había contado que había sido drogado (no especificó qué tipo de droga le suministraron) y estrangulado. El estrangulamiento es un símbolo de poder y superioridad por parte del agresor, y añadiéndole el uso de drogas, podía sumar a todo aquello un síntoma más: el control. Precisamente, era esto último lo que más abundaba en todos los movimientos del Pintor: control, planificación, organización...

Las siguientes preguntas giraban en torno a los lugares en los que se habían cometido los crímenes y dónde fueron encontrados los cuerpos. Eran tantos sitios y tan alejados los unos de los otros que hasta daba miedo. Acabé teniendo la sensación de que el Pintor rompía con todo lo que yo conocía sobre asesinos en serie.

—Tienes pasta —dije de pronto mirando fijamente aquella foto impresa del asesino de la película *Seis mujeres para el asesino*, con su gabardina y su sombrero negro y el rostro oculto con una máscara—. Tienes mucha pasta y no te ha importado en absoluto gastarla en este juego de desapariciones, lápidas y arte.

« Arte », pensé.

Mi cabeza seguía insistiendo en que la clave de todo estaba en las pinturas.

—Además de ser rico, eres extremadamente meticuloso e inteligente. —Le hablaba a la foto—. Lo tienes todo calculado al milímetro desde hace muchos años. Muchos años... —Eché una visual a todo lo que tenía allí apuntado—. ¿Cuál es tu fin? Porque has de tener alguno.

« El Pintor », sonó en mi cabeza.

—Debe haber algún modo de encontrarte. —Me dirigía de nuevo a la foto—. Algún rastro has tenido que dejar.



Al cabo de varias noches en vela y de dar vueltas y más vueltas a los tablones y la pizarra de mi despacho sin haber conseguido avanzar ni un poco, acabé reconociendo que estaba bloqueada.

Bloqueada... y enfadada.

Había mandado un montón de mensajes a Andrea con varias preguntas y no había hallado respuesta. Bueno, miento, después del tercer intento recibí un escueto: « Lo siento, Ada, no puedo ».

« Piensa —me dije a mí misma—. Piensa» .

Pero los pensamientos no llegaban.

—¿Tú también crees que me va a sentar bien dar un paseo? —pregunté a Clemente II mientras me tomaba un café junto a él en la cocina.

Salté de la silla y me metí de cabeza en la ducha. Tenía una visita pendiente desde el día anterior y no se me ocurría un mejor momento para hacerla.



TRAXGO PELUQUEROS, leí en el cartel.

Aparqué la moto justo enfrente de aquella fachada de color azul cielo, al lado de la Harley de Gustavo, uno de mis colegas de Krav Maga.

Días antes, tras mi conversación con Enrico sobre el Calvo y el Jardinero, antes de ir a casa a encerrarme en mi despacho, acudí a él y a un par de compañeros más del gimnasio, incluyendo a Paco, mi entrenador. Les expliqué que andaba buscando a los dos tipos que me habían cortado el dedo hacía más de dos años y que necesitaba que me echaran un cable. Les mostré las fotos del Calvo que guardaba en el móvil y me prometieron que harían todo lo posible por localizarlo.

La verdad es que me impresionaron. Sabía que me tenían aprecio y que se preocupaban por mí, pero jamás habría esperado una respuesta tan potente.

« La primera regla del Club de la Lucha es que no se habla del Club de la Lucha» .

« La segunda regla del Club de la Lucha es que no se habla del Club de la Lucha» .

A eso me recordó lo que acabaron montando los chicos: a la novela *El club de la lucha*, de Chuck Palahniuk.

Yo pertenecía a uno, y acababa de darme cuenta. Sí, un club de la lucha, aunque con menos hostias reales y menos grasa de liposucción para fabricar jabón. Tan sólo hacía falta un Tyler Durden cualquiera para hacerlo funcionar. Y ese Tyler era Gustavo.

« Si mezclas ácido nítrico con glicerina obtendrás nitroglicerina» .

Gente que vive a pie de calle, que se preocupa por la gente que vive a pie de calle.

« Si mezclas nitroglicerina con nitrato sódico y serrín, obtendrás dinamita» .

Gente que no se lo pensó dos veces cuando acudí a pedir ayuda.

« Si mezclas la nitroglicerina con más ácido nítrico y parafina, obtendrás explosivos de gelatina» .

Gente que se preocupaba por mí... Mi gente.

Seguratas, porteros de discoteca, taxistas... Tipos con muchos amigos, éstos eran mis compañeros de Krav.

Los currantes a pie de calle.

El jabón.

La nitroglicerina.

La dinamita.

El explosivo de gelatina.

Tardaron muy poco en localizar al Calvo en el hotel Sidorme, en Pulianas, junto al parque comercial Kinépolis. Fue Miky, uno de los chicos de seguridad del hotel, quien lo identificó y mandó la primera foto.

Después de aquello, vieron al Calvo en distintos sitios de juerga por Granada: la discoteca Mae West, las salas Rendbrandt y Príncipe y el puticlub Don José. Siempre se movía de noche; siempre en taxi. Durante el día, permanecía encerrado en el hotel.

El Calvo aparecía en todas partes, pero ni rastro del Jardinero.

Yo los quería a los dos juntos.

—Se ha largado —me dijo Gustavo nada más verme entrar en su peluquería.

—¿Cómo que se ha largado? —le pregunté, incrédula.

—Te llamé ayer, pero no cogiste el móvil —me dijo con tono de mosqueo.

—Lo siento, he tenido el teléfono estropeado. —Mentí; no le había contado a nadie, salvo a Enrico, lo de mi obsesión por el Pintor—. ¿Y cómo sabes que se ha largado?

—Me lo ha dicho Miky —me explicó—. Ayer por la mañana me mandó esta foto.

Me alargó el móvil y me quedé sin habla.

El Calvo salía del hotel con una gran maleta de ruedas. A su lado, un tipo con la cabeza rapada. Juraría que era el Jardinero, sólo que sin coleta y sin tijeras.

—Mierda, estaban los dos en el hotel —me lamenté.

Di las gracias a Gustavo y me levanté del sillón de barbero para salir a la calle.

—Si me entero de algo te aviso, ¿de acuerdo? —me dijo él antes de que yo saliera del local.

—Gracias, nene, te debo una —le respondí.



Mi siguiente parada fue La Napolitana. Acudí allí a contarle lo de los señores trajeados a Enrico, pero el ambiente me pareció demasiado turbio.

«Esto va a tener que esperar hasta que llegue el momento adecuado», pensé.

Mi cabeza estaba cargada con tantas cosas que opté por tener paciencia. Me daba mucha rabia dejar escapar a esos dos, pero, pensándolo fríamente, iba a ser lo mejor. ¿Cómo carajo sacaba yo tiempo para vengarme de los señores trajeados cuando el Pintor no abandonaba mi cabeza ni un solo momento?

Y, hablando del Pintor, de pronto recordé algo que había anotado en mi cuaderno.

—Hola, Enrico, y adiós, Enrico —le dije a mi compañero cuando salía a saludarme—. Esta noche te veo, se me ha ocurrido algo y voy a casa a trabajar en ello.

*«Que no se note que tienes miedo», me dije.
«Esto no va a terminar bien», me anuncié.
« Zapatos de cemento...»*

El DAFO me dio la clave.

¿Lo recuerdas? Aquella herramienta que usaba Hugo para hacer los estudios de viabilidad en las empresas. Un simple recuadro en el que anotaba las debilidades, las fortalezas, las amenazas y las oportunidades que iba identificando para luego poder trabajar con ellas.

Pues yo tenía mi propio DAFO y se me ocurrió que sería una gran idea recuperarlo.



Mis debilidades...

Tras leerlas, tuve que reconocer que todo continuaba igual: seguía queriendo abarcarlo todo, aún confundía la valentía con la temeridad, era impaciente, cabezona, tomaba demasiadas decisiones en caliente y, para colmo, pecaba de exceso de confianza. En mi defensa alegaré que por aquel entonces ya andaba y trabajando dos de esos defectos que tanto me limitaban: mi temeridad y mi impaciencia.

Las fortalezas, pese a no creérmelas del todo, decidí también dejarlas tal como estaban. Eran las amenazas y las oportunidades las que habían cambiado.

Cogí un folio y confeccioné un nuevo diagrama, con las mismas debilidades y fortalezas pero con nuevas amenazas y oportunidades, más acordes con lo que tenía en aquel momento. Cuando estuvo listo, hice hueco en el centro de uno de los tableros y lo colgué.

Permanecí un buen rato frente a él.

DEBILIDADES

- QUERER ABARCARLO TODO
- CONFUNDIR VALENTÍA CON TEMERIDAD
- CABEZONERÍA
- EXCESO DE CONFIANZA
- TOMA DE DECISIONES EN CALIENTE

AMENAZAS

- PÉRDIDA DE CONTACTO CON ANDREA
- ESCASEZ DE PRUEBAS
- SÓLO UN CADÁVER ENCONTRADO
- SÓLO HE VISTO UNA PINTURA
- NO SÉ SI EN MÁLAGA HAY LÁPIDAS

FORTALEZAS

- INSTINTO
- CABEZONERÍA
- CAPACIDAD DE TRABAJO
- OPTIMISMO
- CREATIVIDAD

OPORTUNIDADES

- 35 PINTURAS (confirmadas por Andrea)
- APODO: EL PINTOR
- MI GENTE
- ¿...?

—¿Para qué quiero un DAFO si no lo utilizo? —me pregunté en voz alta cuando reconocí cuál estaba siendo mi gran fallo.

Pronto me di cuenta de que había olvidado dos de mis mejores fortalezas: el instinto y la creatividad.

Días y días pensando en el Pintor. Días y días preguntándome por el significado de sus pinturas, con una vocecita en mi cabeza insistiéndome en que todo aquello debía de tener un fin concreto. Sí, una vocecita que me decía muchas cosas que yo me había negado a escuchar.

¿De qué me servía obsesionarme por el dinero que había invertido el dueño de las lápidas si no tenía forma posible de investigarlo? ¿De qué me servía intentar conocer a las víctimas si ni siquiera sabía los nombres de la gran mayoría de ellas? ¿De qué me servían todos esos factores que ocupaban mi mente si sólo estaban al alcance de la policía?

Debía pensar con creatividad y dejarme llevar por mis pálpitos.

« Cien lápidas repetidas y treinta y cinco desapariciones» .

« Treinta y cinco desapariciones y las treinta y cinco pinturas ocultas tras las lápidas» .

« El Pintor» .

« El Pintor y su arte» .

—Las pinturas —dije en voz alta—. Yo tengo que centrarme en las pinturas.

Y centrándome en ellas, acabé llegando a dos caminos que aún no había explorado.

En primer lugar, la pintura que había dentro del nicho de Jaén y cuyo paisaje guardaba en mi recuerdo.

No me había centrado en ella aún porque no había logrado que Andrea me confirmara si todas las demás obras eran o no paisajes. Pero había llegado el momento de ser realista: yo siempre iba a jugar con desventaja con respecto a la policía.

Centrándome en la pintura de Jaén, me arriesgaba a acabar en un callejón sin salida, pero ¿y si llegaba a buen puerto?

Mi hipótesis era clara: yo pensaba que aquellas pinturas eran la clave para encontrar a los desaparecidos.

« Vamos a ver si es verdad» , dije para mis adentros mientras cogía del tablón la hoja en la que había descrito aquel paisaje. La dejé sobre la mesa, junto al portátil. Aquella búsqueda comenzaría en internet, sentada cómodamente en mi sillón, y acabaría en Jaén, a pie.

La segunda vía era mucho más artística: recordé a Patricia Cornwell y su hipótesis en la que relacionaba a Jack el Destripador con el pintor Walter Sickert. Cabía la posibilidad de encontrar algo investigando en el mundo del arte, aunque sólo fuera un detalle nimio que me ayudara a entender todo aquello.

Cogí el móvil y mandé varios WhatsApp a Bruno.

Yo: ¡Hola, Bruno!

Yo: Necesito que me echas un cablecillo.

Yo: J

Bruno: Tú dirás. R

No sabía muy bien cómo enfocar aquello. ¿Ponerle una excusa o serle sincera? Concluí que lo mejor sería no dar explicaciones y, únicamente si él preguntaba, quedarme a medio camino entre la verdad y la mentira.

Yo: Locura y arte.

Yo: Me vendría genial información al respecto.

Bruno: Ése es un tema muy amplio.

Yo: Locura y pintura.

Bruno: Sigue siendo amplio, pero veré qué encuentro.

Bruno: ¿Quedamos mañana para tomar un café?

Yo: ¡Genial! ¿Hora?

Bruno: Déjame la mañana para buscarte lo que pueda. ¿A las cinco?

Yo: ¿En La Qarmita?

Bruno: No. Vente a mi casa. Mejor tener cerca el material y el ordenador.

Yo: OK.

Yo: A las cinco nos vemos en tu casa.



Después de haber quedado con Bruno me senté a la mesa frente al portátil y comencé a hacer búsquedas en la red. El primer paso para poder utilizar el recuerdo que tenía de aquella pintura era confirmar que se trataba, como yo pensaba, del parque del Cerro de Santa Catalina.

Pinché sobre la pestaña « Imágenes » del buscador e hice un barrido rápido seleccionando un grupo de fotos. Mis búsquedas: « Cerro Santa Catalina Jaén » , « Castillo Santa Catalina Jaén » , « Muralla Castillo Santa Catalina » .

Tardé poco tiempo en cerciorarme de que, en efecto, el recuerdo que tenía de aquella pintura se parecía bastante a algunas de aquellas imágenes del castillo de Jaén. Lo realmente difícil fue dar con información que me permitiera acercarme a aquel lugar concreto, suponiendo que existiera, claro.

Descubrí que aquella zona era de roca caliza y, en gran parte de su superficie, roca viva. En muy pocas áreas, la erosión había sido lo suficientemente potente para generar un suelo grueso capaz de albergar pinos y, por suerte, muy pocas zonas con pinos tenían cerca restos de la muralla.

Me había basado en mi recuerdo de la pintura y en otros detalles que había dado por sentados, como haber decidido que el muro del cuadro era un trozo de muralla y no un caserón derruido. Sin embargo, cuando di con información sobre la ruta de senderismo del Nerveral, me dije que no perdía nada por recorrerla y

buscar en ella alguna visual que se acercara a aquel recuerdo.

Estaba apagando el ordenador, satisfecha por lo que acababa de encontrar, justo cuando sonó la alarma de mi móvil indicándome que había llegado la hora de irme a trabajar.



Aquella noche apareció Gennaro en La Napolitana. Cuando lo vi entrar acompañado de Osito y Ratoncito me temí lo peor.

Me quedé pasmada cuando Enrico lo saludó con un gesto de cabeza desde la barra y Carmina salió a recibirlo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Jefe, ¿me he perdido algo? —le pregunté.

—Te he dicho mil veces que no me llames jefe. —Fingida desesperación en su voz.

—¿Todo bien? —Lo intenté de nuevo al ver que no me contestaba.

—Carmina y yo hemos hablado. Todo solucionado —me explicó—. Lo que no quita que no me guste ni un pelo que haya decidido comportarse como la nieta de ese tijejo.

—Total, si en unos meses habrá estirado la pata. —Me sorprendió que aquella broma de mal gusto hubiera salido de mi boca.

¿Era una broma o lo había dicho en serio?

—Tiene lo que se merece —sentenció Enrico—. Ha jugado tanto con su querida tierra que ahora ella le ha devuelto el golpe.

Aquélla era la Gran Ironía con la que mi compañero y yo habíamos bromeado alguna vez.

Humor negro, por supuesto.

Uno de los negocios más rentables de la Camorra era el de las basuras. Venía a ser algo del estilo de: «Hola, me llamo Gennaro, soy un camorrista bien vestido, tengo dinero y doy mucho miedo. Esta mañana, cuando me he levantado, se me ha ocurrido que podría expropiar un montón de tierras de cultivo, comprar cuatro o cinco camiones y salir a negociar con empresas de esas que producen residuos químicos. Me voy a ofrecer para destruir yo esos residuos, pero a un precio muchísimo más barato de lo que les cobran el resto de las empresas por el mismo servicio; digamos... un ochenta por ciento menos. Seguro que me dicen que sí cuando se den cuenta del dinero que van a poder ahorrar. Si es que es de locos... ¿Quién monta hoy en día una empresa especializada en destrucción y almacenamiento de residuos químicos, potencialmente perjudiciales para el medio ambiente? ¡Pues cualquiera con dos dedos de frente! Cualquiera, pero con algo de idea porque, ¿para qué quieren

tanta maquinaria especializada si con unos cuantos camiones y un buen puñado de tierras es tan fácil? Por supuesto, lo de ocultar los residuos bajo capas de basura urbana en los vertederos no lo contaré en el momento de la negociación. Y tampoco diré ni pío de mi intención de quemar lo que no pueda ocultar en basureros; para eso tengo las tierras. Además, con lo barato que va a ser mi servicio, ¿quién va a preocuparse por que cumpla o no con la Normativa Europea de Destrucción de Residuos? Les va a interesar más mirar a otro lado» .

Y con razonamientos tan « inocentes» como el de Gennaro y todos los que se han dedicado en los últimos años al « negocio» de las basuras, acabaron subiendo los índices de cáncer en Campania.

Menos mal que la naturaleza es sabia y devolvió a Gennaro el daño que le había hecho. Ahora se estaba muriendo por ser menos listo de lo que él se había pensado. Había decidido morder la mano que le daba de comer: envenenaba su propia tierra, la misma que lo alimentaba.

—En fin... Esperemos que, mientras siga por aquí, no dé demasiado por culo —dije tras aquel largo silencio.

—Ojalá —añadió Enrico.



Serían cerca de las doce cuando salí por la puerta del restaurante. Enrico se había quedado dentro haciendo caja y Carmina hacía rato que se había marchado.

Caminaba hacia la moto, organizando mentalmente mi subida a Jaén a la mañana siguiente, cuando me pareció que un coche me seguía.

Al principio fue una mera impresión, pero en unos segundos se transformó en certeza. Un Dodge Caliber negro con las ventanas tintadas avanzaba por la calzada a la misma velocidad que yo por la acera.

Todas mis alarmas se activaron.

« Los señores trajeados» , pensé.

« Seguro que se han enterado de que los estoy buscando» .

« Vienen de nuevo a por mí» .

Miré a mi alrededor para localizar posibles vías de escape.

« Mierda, mi moto está demasiado lejos —concluí—. Pero...»

Me limité a darme la vuelta y a andar en dirección contraria. Aquélla era calle de un solo sentido.

Antes de haber podido dar tres pasos, el coche había parado y se había abierto la puerta trasera izquierda. Yo me preparé para salir corriendo de vuelta a La Napolitana.

—Señorita, no haga tonterías y suba al vehículo —dijo alguien con acento

italiano desde el interior.

«¿Gennaro?», me pareció su voz.

Volví la vista atrás un instante y, cuando miré de nuevo al frente, Ratoncito apareció delante de mí.

Habían previsto mi reacción.

Me volví, dispuesta a echar a correr en sentido contrario, y me di de bruces contra Osito. No olía demasiado bien Osito. El peludo, regordete y poco aseado Osito.

Levanté las manos en señal de que me rendía y me indicaron que subiera al coche.

De camino hacia aquel mastodóntico vehículo deseé por un momento que en lugar de Gennaro me hubieran visitado los malditos señores trajeados.

—Adelante, señorita —me dijo el mafioso al verme aparecer en el hueco de la puerta.

—¿Qué quiere? —pregunté desde fuera.

—Adalberto, haz el favor de coger la bolsa de la señorita —ordenó Gennaro.

«Le pega más Osito», pensé cuando me di cuenta de quién era Adalberto.

Le entregué la mochila sin oponer resistencia.

—Vamos, muchacha, suba al coche —me invitó de nuevo a entrar—. No tiene por qué pasarle nada.

El «No tiene por qué pasarle nada» me resultó muy poco tranquilizador. Sobre todo conociendo de boca de Enrico cuáles eran las funciones de los acompañantes de aquel mafioso italiano. Ratoncito era el «guapo», encargado de desapariciones, enterramientos y formas varias de esconder la mierda. Osito era el «floreador», más conocido como el «matón». Juntos formaban un magnífico equipo.

Al parecer, Gennaro había ido adoptando con los años muchas de las antiguas costumbres de la Garduña, aquella sociedad secreta de la que, se decía, habían nacido las mafias italianas.

Subí al coche con el corazón taladrándome el pecho e intentando aparentar normalidad.

«Que no se note que tienes miedo», me dije.

—¿Qué es lo que quiere, Gennaro? —No pude evitar dar un respingo al oír el sonido de la puerta al cerrarse.

Comenzamos a movernos enseguida.

—Las mujeres... —comenzó—. Siempre me han fascinado las mujeres.

Giramos a la derecha a la altura de lo que en su día fueron los multicines Centro y recorrimos la calle hacia Recogidas. Como buen jueves que era, la calle estaba llena de gente.

—Las mujeres españolas... —Regresé de la calle y me reincorporé al discurso del abuelo de Carmina; pasaban tantas cosas por mi cabeza que me

estaba costando centrarme—. Las mujeres españolas se parecen mucho a las napolitanas. Fuerza, entereza, astucia, inteligencia... y belleza. —Me miró con aquellos ojos vidriosos y comidos por la enfermedad—. Son ustedes admirables.

Comenzaba a creer que Gennaro iba a hacerme alguna proposición deshonesta.

—Enrico la aprecia mucho, señorita —dijo de pronto, en un tono de voz mucho menos afable.

Al llegar a la glorieta de Neptuno, el Dodge salió a la autovía en dirección a Cenes de la Vega.

« Esto no va a terminar bien », me anuncié.

—La aprecia casi tanto como a mi nieta —puntualizó—. Y, además de apreciarla, la tiene demasiado en cuenta.

No terminaba de entender adónde quería llegar el viejo.

—¿Para qué viajó usted a Nápoles, señorita Levy? —Por primera vez se dirigió a mí por mi nombre; no sabía que lo conociera, pensé que había pasado mucho más desapercibida para él.

—Un viaje de placer —le respondí con toda la frialdad en la voz que pude acumular.

—De placer... Ya —repitió él.

Sin volver la cabeza hacia mí, sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y me lo entregó. Me indicó que lo abriera.

Eran fotos. Numerosas instantáneas de los días que pasé en Nápoles.

En todas estaba yo.

Entrando y saliendo del hotel.

Paseando por los alrededores.

Me habían estado siguiendo en todo momento.

Aguanté la respiración cuando me vi subiendo al taxi que Domenico había enviado para recogerme.

De pronto lo comprendí todo. Los cristales tintados. Las vueltas y más vueltas por la ciudad. La entrada a aquel aparcamiento. El cambio de coche...

La última foto fue la del aparcamiento, y me pregunté si realmente había sido la última o si Gennaro había decidido ocultarme las demás.

« Domenico », temí por él.

—¿Y qué le ha dicho a Enrico, señorita Levy?

Ahí sí que me dejó a cuadros. ¿Qué le había dicho? ¿Sobre qué? ¿Se estaba refiriendo a mi visita a Nápoles o a otro tema diferente?

Al llegar al túnel del Serrallo recé para que el coche no tomara el carril de la derecha. Si nos alejábamos de Granada podía dar por sellado mi destino.

« Zapatos de cemento... »

—No le entiendo. —Le fui sincera.

—Ayer mismo Enrico me envió un mensaje por medio de su pinche de

cocina —me explicó—. Me liberaba de nuestra promesa. ¿Conoce usted esa promesa, señorita Levy? —Su acento napolitano era cada vez más marcado.

—No sé de qué me habla. —Le mentí.

—No lo sabe... Ya.

El tono plano de su voz y la parquedad de su lenguaje corporal terminaron por elevar mi tensión hasta un límite imposible de controlar.

Si estaba perdida, mejor morir luchando que llorando.

—A ver, don Gennaro... —Ahí estaba mi temeridad comenzando a hacer de las suyas—. ¿Por qué está haciendo usted esto? ¿Pretende acojonarme? Si es eso lo que intenta, le agradecerá saber que lo ha conseguido —le solté con toda la sinceridad del mundo y con la mala leche que me caracteriza a veces—. Ahora bien, si lo que intenta es perjudicar a Enrico y terminar de ganarse a su nieta utilizándome a mí, le aseguro que no lo va a conseguir. Puede hacer conmigo lo que quiera. Puede coger esa carretera que tiene a la derecha y llevarme a la sierra; con darme un golpe en la cabeza y dejarme en mitad del monte tiene más que suficiente. Pero aténgase a las consecuencias. ¿Cree que su nieta volvería a mirarlo a la cara? Yo creo que no.

Gennaro hizo un gesto con la cabeza a Osito y, para mi alivio, permaneció en el carril de la izquierda, rumbo a la glorieta de Cenes de la Vega.

—Cálmese, señorita Levy —me dijo con la voz cargada de cansancio—. Tan sólo sentía curiosidad por conocerla; no habíamos tenido la oportunidad hasta este momento. Y ahora entiendo muchas cosas —lo dijo señalándome con un dedo—. Sí, señorita, ahora entiendo.

Al llegar a la glorieta, la rodeamos entera y emprendimos el camino de vuelta.

—¿A qué ha venido a Granada, Gennaro? —le pregunté de pronto, cuando comencé a sentir el regreso paulatino de mi tranquilidad.

—A recuperar a mi nieta, por supuesto —respondió él.

—No, no ha venido por eso —le espeté—. Si Carmina fuera la única razón, habría venido hace mucho tiempo. Usted quiere algo más.

Por un momento tuve la sensación de que me estaba metiendo en terreno pantanoso. Temí que volviéramos a dar la vuelta.

—Las mujeres españolas son también muy listas —admitió con media sonrisa en la boca.

—¿Qué ha venido a buscar? —me atreví a preguntar de nuevo.

—He venido a morir, señorita Levy. —Sus palabras llegaron a mis oídos cargadas de sinceridad—. He venido a morir.



Me sentí una idiota cuando bajé de aquel coche. Me dejaron en el mismo punto en el que me habían obligado a acompañarlos. En el mismo estado físico, pero muy conmocionada.

—Hijo de la gran puta —dije en voz alta.

Gennaro era mucho mejor en lo suyo de lo que jamás hubiera imaginado. Lo tenía todo preparado.

« He venido a morir» .

—Y una mierda —respondi yo a aquel recuerdo.

Gennaro sabía jugar con el miedo magistralmente.

Aquel mafioso me había subido al coche coaccionada y se había dedicado a darme un paseo por los alrededores de Granada para que mi propia imaginación me jugara una mala pasada.

« He venido a morir» , sonó en mi cabeza de nuevo.

El abuelo de Carmina no había venido a España simplemente a morir. Estaba en Granada porque, precisamente, morir le daba miedo. Buscaba algo más rápido, más sencillo... más efectivo: su cinismo había planificado un glorioso reencuentro con su nieta y una muerte honorable a manos de Enrico.

¿Que cómo llegué a esa conclusión? Pues muy sencillo, me limité a atar cabos cuando el muy hijo de la gran puta me describió con todo detalle el dormitorio de la niña de Enrico. Bueno, el dormitorio de la nena, las paredes y las muñecas salpicadas de sangre. Ah, y casi se me olvida, la rosa blanca junto a aquella nota.

« ¿Creías que ibas a librarte de tu condena?» , me dijo Gennaro refiriéndose al contenido de la nota.

Había sido él.

Aquel jodido mafioso había acabado con las vidas de los ángeles de Enrico y, más tarde, cuando la cosa se puso difícil para él, tuvo la sangre fría de acudir a aquel maldito aeropuerto y pedirle que protegiera la vida de su nieta Violetta.

Una promesa.

Una maldita promesa que no tenía intención de cumplir.

Un compromiso que había olvidado con los años.

Hasta que la crueldad de la muerte llegó para recordárselo. Incapaz de acabar él solito con su vida, acudió a saldar su cuenta con Enrico.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —le pregunté poco antes de que el coche se detuviera, y controlando el impulso de molerlo a golpes con mis propias manos.

—Francesco me ha perdonado la deuda —me dijo fingiendo estar conernado—. Sólo necesitaba confesarle mi pecado a alguien.

Cuando el coche se detuvo y fui consciente de la bomba de relojería que Gennaro acababa de plantar en mi cabeza, abrí la puerta y, una vez fuera, tomé una importante decisión.

—Le perdono por sus pecados, don Gennaro —le solté con toda la sangre fría

del mundo—. No se preocupe, me llevaré su secreto a la tumba.

Y para evitar que la chulería se volviera contra mí, llamé a voces a un grupo de chavalas que caminaban al otro lado de la acera y les pedi fuego.

—¡Nos vamos! —gritó Gennaro desde su asiento; el cabreo le salió desde lo más profundo del alma.

Lanzaron mi mochila desde la ventanilla del conductor y el Dodge Caliber se alejó.

El grupo de chicas pasó de mí y continuó con su camino. Yo me senté en la acera, incapaz de controlar el temblor de piernas.

Si Gennaro pretendía que acudiera a Enrico para contarle aquello, iba listo.

—Si no quieres morir en una cama de hospital cargado de morfina hasta las cejas, te compras un par de cajitas de Orfidal y nos dejas a todos tranquilos —dije en voz alta al coche mientras terminaba de volver la esquina—. ¡Retorcido de mierda!

Fumó.

Fumó.

Y fumó...

[...] Le parecía estar oyendo una voz.

Richard Dadd, un pintor victoriano que pasó la mayor parte de su vida encerrado en un manicomio. Su obra más famosa, *El golpe maestro del leñador duende*. Tan impactante que hasta los mismísimos Queen acabaron dedicándole un tema.

*Oberon y Titania son observados por una bruja;
Mab es la reina, y también hay un buen boticario.
¡Ven a saludar!*

*El duende bacán, haciéndole cosquillas,
a la fantasía de su amiga, la ninfa de amarillo.*

¡Qué pregunta, compañero!

¡Vamos, leñador!

Rómpelo y ábrelo si te place.

Sí, ya sé que al traducir la canción no parece tener demasiado jugo. Aunque, sinceramente, no creo que la versión original tenga mucha más profundidad.



A priori no fue un día demasiado productivo. La larga caminata por el parque periurbano de Jaén me dejó una extraña sensación. Ya no sabía si seguir confiando en mi pálpito inicial o abandonarlo por completo.

Recorrí la ruta por los pinares del Neveral y me encontré con restos de muralla en lugares diversos. Sin embargo, ninguno de ellos se parecía al recuerdo que guardaba de aquella pintura.

Por si acaso, fui haciendo fotos de todas las zonas en las que coincidían suelos

con buena profundidad, pinos y fragmentos de muralla... o paredones viejos. Sí, al final admití la posibilidad de que lo que había quedado en mi recuerdo pudiera ser un paredón viejo.

Acabé obviando el detalle del castillo al fondo porque en ninguno de los puntos del recorrido pude contemplar el parque del Cerro de Santa Catalina a lo lejos. Para ello, necesitaba tomar distancia de la arboleda y buscar algún lugar elevado.

«Vaya paliza para nada», pensé cuando llegué al coche tras cinco horas de caminata.

Eché un rápido vistazo a las fotos en la pantalla de la cámara.

«Puede que no haya escogido bien el lugar», me planteé.

Arranqué el motor, con las piernas vibrando a causa del cansancio y notando esa delgada película pegajosa que queda en la piel por culpa del sudor y del polvo.

«Mañana le daré otra oportunidad», concluí, mirándome en el espejo retrovisor.

Salí de allí en dirección a Granada, con el tiempo justo para darme una ducha y acudir a mi cita con Bruno y con la pintura.



—Bienvenida —me saludó Bruno al abrir la puerta.

Jamás había estado en su casa. Vivía en un coqueto loft en el Realejo, el barrio de los *greñúos*, una de las zonas de Granada en las que siempre había soñado vivir. Un lugar con mil pequeños rincones esperando a ser mil veces descubiertos. El Campo del Príncipe con su Cristo de los Favores; las numerosas terrazas cargadas de sol y de exquisita comida; las fachadas, paredes y muros llenos de magia y realismo social gracias a los grafitis del Niño de las Pinturas... Un barrio bohemio, cargado de arte, de historia y de vida.

Bruno no era hombre de grandes lujos; sólo parecía ser exquisito eligiendo sus coches. Vivía en un amplio espacio dividido en dos ambientes: uno dedicado a su trabajo, cargado de materiales y obras aún por acabar; otro dedicado a la zona de hogar, con muebles minimalistas, escasez de tecnología y una inmensa librería.

Al descubrir aquel lugar fui consciente de lo poco que había llegado a conocerlo durante el tiempo que habíamos estado viéndonos.

«Sólo sexo», recordé.

Yo y mis antiguas reglas.

«Nada de afecto», rememoré.

Yo y mi antigua y poco realista promesa.

—Tu casa tiene mucha personalidad —le dije admirativamente—. Me gusta. No la esperaba así.

—¿Y qué esperabas? —me preguntó con una sonrisa en la boca.

—No sé, quizá más lujo, más opulencia. —Sabía que le iba muy bien con sus esculturas.

—Dicen que la verdadera felicidad no está en el placer sino en la paz. Todo lo que necesito está ahí —me dijo señalando su taller—; el resto son sólo cosas que se compran con dinero.

Me gustó mucho su respuesta. Tanto tiempo obstinada en ser feliz, cuando lo que debía haberme preocupado era saber responder a la pregunta «¿Qué necesito yo para ser feliz?». Me encantó darme cuenta de que, por fin, iba por buen camino.

—Pero bueno, tú has venido aquí por algo, ¿no? —me preguntó clavándome en el cráneo esos ojos verdes cargados de personalidad.



La bipolaridad de Van Gogh.

La esquizofrenia de Richard Dadd, Adolf Wölfli, Martín Ramírez y Louis Wain.

Tendencias maniicodepresivas por doquier.

Era como si los pintores, los creativos en general, viesen la realidad a través de un filtro especial, una especie de caleidoscopio potente y muy brillante, pero algo resquebrajado.

Bruno me dio aquella tarde una lección intensiva sobre locura y pintura; sobre todo, acerca de esquizofrenia y pintura. No sólo me enteré de que muchos de los grandes del pincel habían padecido en alguna etapa de su vida algún tipo de esquizofrenia sino que, en el lado opuesto, también descubrí la pintura como una magnífica terapia para pasar del malestar y la rigidez de esa enfermedad a la expresividad y la sensación de alegría.

Por supuesto, a mí lo que más me interesó fue lo primero.

En el caso de Louis Wain, el pintor de los gatos, a través de sus dibujos pude observar la clara evolución de su enfermedad. De gatitos antropomórficos y cercanos, protagonizando escenas de lo más humanas, a figuras fractales propias de visiones alucinatorias. En sus etapas intermedias, abundaban los colores chirriantes y los ojos penetrantes de miradas salvajes.

Quizá quien más me impresionó fue Richard Dadd, un pintor victoriano cuya obsesión por las hadas y los duendes acabó intensamente plasmada en sus obras.

Con veinticinco añitos y muchísimas ganas de vivir aventuras, Richard partió junto a su mejor amigo, sir Thomas Phillips, a un viaje por Italia, Grecia, Turquía y Egipto. En este último destino, en El Cairo, se animó a fumar en una cachimba junto con un grupo de hombres.

Fumó.

Fumó.

Y fumó...

Durante cerca de cinco días no hizo más que fumar, obsesionado con que, en el gorgoteo que producía el agua de la cachimba, le parecía estar oyendo una voz.

A saber lo que estaba fumando y si realmente permaneció tanto tiempo allí sentado. Lo cierto es que, después de ponerse hasta las cejas de aquello que hubiera en el narguile, se levantó convencido de que el dios Osiris se había puesto en contacto con él a través de aquel gorgoteo. El esposo de Isis le había encomendado una importante misión: acabar con las maldades en la tierra del dios Seth, su verdadero enemigo.

Su amigo Thomas notó fuertes cambios en la conducta del pintor y decidió llevarlo de vuelta a casa. Una vez en Inglaterra, le diagnosticaron una insolación y aconsejaron que fuera ingresado en un manicomio.

Casi entiendo a su propio padre cuando se negó a internarlo por una simple insolación. Probablemente no lo habría hecho si su diagnóstico hubiera sido algo más acertado; quizá una psicosis cannábica (la cachimba vendría con sorpresa) que, sin el correcto tratamiento, habría acabado derivando en una esquizofrenia paranoide.

El caso es que, en una «idílica» estancia en el campo, Richard acabó partiéndole la cabeza a su padre con un golpe de hacha, cortándole la garganta con una navaja de afeitar y clavándole un cuchillo en el pecho unas cuantas veces. Casi nada para haber sufrido únicamente una insolación, ¿no crees?

Tras un intento de huida y un violento ataque a un viajero en un tren, terminó internado en un manicomio con tan sólo veintisiete años.

Maduró, artísticamente hablando, confinado entre paredes acolchadas y, como obra cumbre, aunque inacabada, quedó para la posteridad *El golpe maestro del leñador duende*.

Sabiendo cómo mató a su padre, lo del hacha en un escenario lleno de hadas y duendes puede llegar a resultar un tanto escalofriante.



—No es esto exactamente lo que estoy buscando —le dije a Bruno después de un

rato recorriendo la vida de pintores con trastornos mentales.

Quizá fuera precisamente aquello lo que me estaba sobrando: los trastornos mentales.

Ninguno de los casos que conocí aquella tarde me resultó cercano al caso del Pintor. Él era calculador en exceso; la impulsividad no era una característica que pudiera asociarse a sus actos.

Meticuloso, previsor, paciente...

Me parecía alguien con una inteligencia muy por encima de la media. Con una gran capacidad para diferenciar entre el bien y el mal. Una persona que, más que carecer de cordura, carecía de capacidad emocional.

«Un psicópata no es un enfermo mental», recordé.

Yo buscaba a una persona carente de empatía y de remordimientos, pero con una gran capacidad para relacionarse con la gente que lo rodeaba. Alguien con una personalidad atractiva, capaz de manejar a los demás como si fuesen simples cosas, instrumentos. Una persona con códigos propios de comportamiento, con necesidades especiales y formas atípicas de satisfacer esas necesidades.

Yo buscaba a alguien con mucho dinero, obsesionado con la pintura y que relacionaba su arte con un perfil muy característico de varón. Alguien que había convertido aquellas desapariciones y muertes en un complejo y duradero ritual que, esperaba yo, tendría algún fin supremo para él.

Me lo imaginé como un hombre que superaba la cincuentena, con un egocentrismo engordado por treinta y tantos años de impunidad y que podría haber acabado supralvalorándose a causa de esa exención prolongada.

«Si te valoras en exceso, puedes cometer algún error por exceso de confianza», me dirigí mentalmente al Pintor.

—Hazme el favor de buscar obras curiosas —pedí a Bruno—. No sé... Obras de pintores que fuesen muy viajeros, por ejemplo. —Pensé en las múltiples ciudades en las que el asesino había hecho de las suyas—. Obras repetitivas, también, como el caso del pintor de los gatos, sólo que sin esquizofrenia. Pequeñas obsesiones o manías. Cualquier cosa que se salga de lo común.

—Viajeros... A bote pronto se me ocurre Sorolla y sus viajes por España, pero su obra para la Hispanic Society of America fue un encargo. —Bruno pareció abrumado—. Ada, lamento decirte que casi todos los artistas consagrados y famosos se salieron de lo común. ¿Puedes explicarme para qué necesitas esto?

Y ahí llegó la pregunta, del mismo modo que llegó el momento de soltar mi mentirijilla a medias.

—Estoy retomando mi interés por la criminología —le dije—. Últimamente he estado manejando mucho material sobre asesinos en serie que me han llevado a hacerme preguntas. Ya sabes cómo soy de obsesiva cuando me lo propongo.

—Pues no. No lo sabía —me dijo con sinceridad—. Recuerda que no me

dejaste conocerte demasiado. —Sonrió—. Aunque estoy descubriendo una cara diferente de Ada Levy que me está resultando francamente interesante.

Creo que me ruboricé al mirarlo a los ojos. Y también creo que él se dio cuenta, porque me aguantó la mirada hasta obligarme a centrarme de nuevo en la pantalla del ordenador.

—Está bien. —Rompió el silencio incómodo—. Vamos a buscar casos de pintores un poco maniáticos.

Se acercó a la mesa del ordenador haciendo girar las ruedas de su sillón y desplazándose a mí a un lado con su movimiento.

Bruno volvía a ponerme nerviosa después de dos años, y yo me sentía culpable porque aquellos preciosos ojos bicolores que ya había perdido no hacían más que vibrar en mi cerebro.

«Ahí está Málaga», pensé.

[...] *La misteriosa Obra longitudinal de Alberto Adarre.*

Bruno había tenido razón. Casi todos los pintores famosos y consagrados que conocí aquel día se salían de lo común. Si no estaban un poco locos, adolecían de manías y obsesiones que nada tenían que ver con la gente catalogada como normal.

Dalí, el genio del surrealismo. El artista que se comió su propio arte con el personaje que acabó creando en torno a sí mismo. Aquel que jugó con los cánones preestablecidos y terminó rompiéndolos, que trascendió a las tendencias de su época y acabó creando un nuevo lenguaje.

Dalí y su obsesión por las matemáticas.

Dalí y la razón áurea; aquella divina proporción que los expertos acabaron encontrando en obras magistrales como la *Quinta sinfonía* de Beethoven, el Partenón de Atenas o *El hombre de Vitruvio* de Leonardo da Vinci.

Dalí y *El gran masturbador*.

Dalí, la Guerra Civil española y el canibalismo en sus cuadros.

Sí señor, a excentricidades y obsesiones pocos podían ganar a Dalí.

Y, junto con él, algún que otro artista obsesivo más.

Botero con sus formas generosas de bocas pequeñas; Jasper Johns y sus banderas; las deformidades de Francis Bacon; Alberto Adarre y su *Obra longitudinal*...

—¿A ver? Vuelve atrás —pedí a Bruno cuando vi de pronto algo que me resultó familiar. No podía creerlo. Allí estaba lo que buscaba. Algo que se ajustaba, quizá demasiado, a lo que hacía el Pintor.

—Háblame de este artista, por favor.

—¿No conoces a Alberto Adarre? —me preguntó Bruno, sorprendido.

—No conocía prácticamente a ninguno de los pintores de los que me has estado hablando hoy —le confesé—. Aunque reconozco que la mayor parte de lo que he visto me ha gustado. —Sonreí.

Bruno se levantó del sillón y me invitó a acompañarlo.

—Es tarde —dijo mirando el reloj—. ¿Qué te parece si hacemos un descanso para pedir una pizza, y luego abrimos una botella de vino y nos sentamos en el sofá a ver un documental sobre Alberto Adarre mientras nos la comemos? Da la casualidad de que Adarre es uno de mis pintores favoritos. Tengo todo lo que se ha publicado sobre su obra.



El inicio de aquel documental titulado *Alberto Adarre, vida y obra* me llevó a aferrarme con fuerza al reposabrazos del sofá. Un recorrido de dos minutos por la Málaga actual y por la Málaga que, hacía cerca de cuarenta años, lo había visto perecer.

« Ahí está Málaga », pensé.

Después de aquello, hice poco caso al documental en sí. Puse en funcionamiento mi atención selectiva y fui buscando únicamente aquello que pudiera servirme de nexo con el caso del Pintor.

Su nacimiento y muerte en Málaga capital, su prolífica carrera, el hecho de haber sido durante años uno de los pintores españoles más famosos a nivel internacional, llegando a alcanzar sus obras, en muchos casos, cifras similares a las de Picasso.

« Aunque el dato del triunfo y del dinero de poco me sirven si este pintor ya ha muerto », me dije para mis adentros.

Entre sus obras: paisajes, escenas cotidianas de su tierra y retratos de niños con fondos maravillosamente coloridos.

« Retratos », pensé. Y recordé las pinturas que había visto minutos antes en el ordenador.

—Sus acuarelas alcanzaban un realismo imposible de imaginar para la mayoría de los pintores de su época —me explicó Bruno—. Era un genio. — Parecía sentir verdadera admiración por aquel pintor.

—¿En qué consistió su *Obra longitudinal*? —le pregunté.

Le encantó mi pregunta. Dio un salto del sofá y se dirigió a una de las inmensas estanterías.

Cuando regresó a mi lado, traía consigo un tomo grueso. « *Alberto Adarre: Conjeturas sobre su Obra Longitudinal* », leí en la tapa.

—Es un gran misterio; nadie la ha visto jamás físicamente —me dijo—. Se trata de una sucesión de retratos anuales en los que Alberto Adarre utilizó la misma persona como modelo. La inició en 1943 y se dice que su última pieza la terminó en mayo de 1978, poco antes de fallecer. Nadie sabe con exactitud quién la guarda en su poder; ni siquiera si tiene uno o varios dueños, quizá su hijo o el

modelo, o, como cuentan algunos, es posible que se enterrara con el mismísimo autor cuando éste murió. Desde luego, hoy en día y gracias al misterio que se ha generado en torno a esos retratos tienen un valor incalculable.

« ¡Hostia puta! », grité en mi cabeza.

Bruno había hecho un buen resumen de lo que contenía aquel libro. No eran más que conjeturas en torno a las piezas que componían la obra y a su posible ubicación. Guardadas bajo llave, atesoradas por el propio modelo, en la colección privada del hijo de Alberto Adarre o enterradas junto a él, bien ocultas en lo más profundo de aquel panteón.

Sí que había varios datos que parecían probados en el libro: el primer retrato fue realizado en 1943 a un niño de doce años, el último lo concluyó el artista una semana antes de morir en mayo de 1978. Y en todas las obras, sin excepción, contó con el mismo modelo, un año mayor en cada ocasión.

—Ahora lo entiendo —dije en voz alta.

—¿Qué es lo que entiendes? —me preguntó Bruno.

« Ups », pensé.

—Ejem... Bruno, ¿me prestarías el libro? —Necesitaba llevármelo a casa por si se me había escapado algo.

Se quedó un poco cortado al verme tan alerta de pronto.

—Claro —me dijo con la voz cargada de dudas—. Si te va a servir, llévate.

—Te lo devolveré, lo prometo.

Antes de marcharme de su casa le di un fuerte abrazo.

—¿Sabes? Me alegro de que nos hayamos reencontrado —le dije con sinceridad—. Me he dado cuenta de que no llegué a conocerte ni un poquito.

—Bueno, lo de « ni un poquito » no es del todo exacto —bromeó con cara de pícaro.

Le solté un beso en la mejilla y salí de allí corriendo, antes de que pudiera notar que me había ruborizado de nuevo.



—Estás siguiendo la misteriosa obra de Alberto Adarre, ¿verdad? —le pregunté en voz alta a aquella foto del enmascarado con sombrero y gabardina que había colgado en el tablón.

« Inmortalizar las edades », pensé.

En el libro no había imagen alguna de aquella gran *Obra longitudinal* del pintor malagueño, pero sí que aparecían muchos de los retratos infantiles que había realizado a lo largo de su carrera. Por lo visto, aquellos trabajos fueron los que le permitieron comenzar a vivir de la pintura. Más tarde, cuando su fama fue

creciendo, se alejó de aquellos encargos y se dedicó a inmortalizar su tierra.

—¿Por qué esta obra en concreto? —pregunté al Pintor mirando de nuevo aquella foto en el tablón—. ¿Qué estás tratando de demostrar? ¿Cuál es tu intención?

Mi propia respuesta llegó enseguida: el Pintor se había propuesto superar la *Obra longitudinal* de Alberto Adarre. Los retratos se vieron interrumpidos en 1978 por la muerte del pintor malagueño y, probablemente, si no hubiera fallecido, habría seguido contando con su modelo.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Superarlo?

La idea no me pareció nada descabellada después de haber hecho un nuevo recorrido a todo lo que tenía sobre el Pintor.

Treinta y cinco desapariciones.

Cien lápidas.

Se había preparado a conciencia para desarrollar su «obra artística» durante años.

Durante muchos años.



A pesar de haber sido previsora abriendo el sofá cama, pasé toda la noche en vela buscando en internet información en torno a Alberto Adarre y el resto de su obra.

Intenté averiguar la identidad de aquel modelo, pero no encontré nada. Hablaban de él como «el gran secreto del pintor malagueño» y de su último retrato como «el más cotizado de todos», por haber sido terminado una semana escasa antes de fallecer.

Bruno tenía razón, aquella obra era todo un misterio.

—«Veinte de mayo» —leí en voz alta—. Alberto Adarre murió el 20 de mayo de 1978. Otra respuesta más —dije mirando todas aquellas preguntas que había ido anotando en las esquinas de la pizarra.

El Pintor actuaba en mayo conmemorando la fecha en la que Alberto Adarre había fallecido.

—Vale, ¿y ahora qué hago? —me pregunté a eso de las nueve de la mañana.

Por un momento me planteé coger el móvil y llamar por teléfono a Andrea para contárselo todo. Acto seguido, decidí que no era buena idea. Opté por seguir buscando información para tratar de darle algo con más jugo a la inspectora.

—Buenos días —saludé a Clemente II cuando entré en la cocina para prepararme un café—. ¿Tienes hambre, bichejo?

Recargué mis pilas con una dosis doble de cafeína mientras observaba a mi

pequeño bulto nadador.

—Vaya, sí que estabas hambriento —le dije al verlo comer con aquella voracidad—. Está bien, aquí tienes un poquito más. —Le puse un pellizquito extra de escamas con olor a pescado seco.

De vuelta frente al ordenador, me preparé para buscar más información, pero no encontré nada más que pudiera acercarme al Pintor.

Acabé odiando aquella obra porque me estaba resultando tan oscura y misteriosa como el mismísimo dueño de las lápidas.

—¡Malditos artistas! —dije en voz alta.

Justo en ese momento recibí una llamada de Bruno que me dejó con la boca abierta.

—No te lo vas a creer —me dijo cuando contesté al teléfono—. Bueno, ni siquiera yo me lo creo —añadió.

Bruno había recibido una llamada bien temprano aquella mañana. Lo invitaban a una exposición muy especial, tanto que, al principio, había pensado que le estaban gastando una broma.

—No puedo creerlo, Ada —me dijo—. Llevo años obsesionado con la obra de Alberto Adarre. He intentado cientos de veces coincidir con su hijo en algún acto para tratar de sacarle información sobre su padre y sobre su misteriosa *Obra longitudinal* y ahora, de pronto, llegas tú y mis deseos se cumplen.

—A ver, explícame eso —le pedí.

—Pues que dentro de dos semanas Andrés Adarre inaugura una exposición de sólo dos días en la galería familiar. Ha anunciado que exhibirá por fin la *Obra longitudinal* de su padre junto con el tributo que él mismo ha ido dedicándole a lo largo de estos años —me explicó—. Si no me hubieran mandado las invitaciones por e-mail, te juro que seguiría sin creerlo. No entiendo por qué, de pronto, ha decidido sacarla a la luz.

Yo tampoco lo entendí. De hecho, algo me decía que aquello apestaba a podrido. Un ocultismo absoluto durante años, monografías dedicadas en exclusiva a aquella gran obra, silencio por parte del hijo junto con el anonimato absoluto del modelo y, justo cuando lo de las lápidas comenzaba a moverse y la policía había empezado a investigar todas aquellas desapariciones, la misteriosa *Obra longitudinal* de Alberto Adarre salía por fin a la luz.

Sin lugar a dudas, apestaba a podrido.

—He pensado que querías ser mi acompañante —me dijo Bruno con cierta timidez en la voz.

Por supuesto, no pude decir que no.

*Eran ellos.
Estaban todos allí.
En aquellos cuadros.*

HOTEL DEL PINTOR, leí en la fachada nada más llegar.

Al principio me pareció una broma macabra y estuve tentada de no entrar. Segundos después, me recordé a mí misma que Bruno no tenía ni idea de lo de mi obsesión con el maldito Pintor y entendí el motivo por el que nos encontrábamos allí: él era artista y aquel lugar le parecía un rincón muy especial.

—Te va a encantar este sitio —me dijo nada más llegar, emocionado—. Las pinturas y la estética son de Pepe Bornoy, un gran pintor malagueño —me explicó.

Respiré hondo y traté de convencerme de que aquello no tenía por qué significar nada.

«Casualidades de la vida —me dije—. Intenta disfrutar del lugar».

Nos registramos y nos dirigimos cada uno a nuestra habitación. Bruno había sido muy elegante al no proponer siquiera la posibilidad de compartir habitación.

—Nos vemos abajo en un par de horas —me recordó—. ¿Crees que te dará tiempo? —bromeó.

Estaba haciendo con Bruno muchas cosas por primera vez. Por ejemplo, lo de no tirármelo nada más verlo. Y, aún más importante que aquello, el hecho de haber decidido dejar mi moto atrás y haber bajado a Málaga con él en su coche.

Yo, Ada Levy, dejándome llevar. No estaba nada mal.

«Así se construyen las amistades —pensé—, aprendiendo a confiar».

—Dos horas por delante —dije en voz alta.

Me arreglé en tres cuartos de hora y, cuando estuve harta de dar vueltas en la habitación, decidí bajar a tomar algo.

Aproveché para llamar a Flor y recordarle que diera de comer a mi pez.

—Ya lo he hecho, cielo —me confirmó—. Por cierto, ¿no te parece a ti que Clemente está raro? —me preguntó.

—No, ¿por? —le respondí, pensando «Glups».

—Es que lo veo algo más pequeño y con la boca más grande —me explicó—. Está como más feo. Aunque puede que sea la edad —concluyó—. Desde luego, has hecho muy bien comprándole una casita nueva; es mucho más cómoda y bonita para él.

« ¡Jodido Tulipán!»

Después de mi charla con Flor traté de relajarme, pero aquellos ojos de mujer que presidían la entrada al patio del hotel no me lo permitieron. Me miraban fijamente, escudriñándome, mientras yo intentaba disfrutar de mi copa de vino.

Tuve que admitir que aquellas pinturas eran francamente buenas. Se alejaban por completo de lo que estaba acostumbrada a encontrarme en los hoteles.



—Nunca te había visto tan bonita.

La voz de Bruno me sacó de mis oscuros pensamientos. Él se había puesto realmente guapo: traje negro y camisa blanca, sin corbata. Vestía prendas sencillas, pero muy elegantes, y las llevaba con tanta naturalidad que le hacían parecer aún más atractivo.

—Bueno, a mí me cuesta trabajo verme bonita desde... esto —le dije elevando mi mano izquierda.

—¿Quieres saber lo que pienso sobre eso? —Se acercó y se sentó en el asiento que había a mi lado—. Pienso que es sólo un dedo.

Me quedé mirando hacia abajo, a mis cuatro uñas pintadas de rojo intenso, y pensé en la ausencia de la quinta.

« Sólo un dedo...»

Me halagó su comentario, pero no fui capaz de creérmelo.

Cogí los guantes de raso negro con el dedo meñique remendado y me los coloqué, ocultando mis uñas perfectamente arregladas y pintadas de rojo.

« Sólo un dedo...»

—¿Nos vamos? —Bruno me sacó de mis pensamientos.

—Vámonos, sí.



La galería estaba junto al Museo Casa Natal de Picasso. Llegamos hasta allí caminando, y cuando nos acercábamos a la entrada pude darme cuenta de lo verdaderamente importante que era aquella exposición. Seguratas en la puerta

con lectores de códigos bidi para cerciorarse de que sólo entraban las personas que habían sido invitadas. Como yo acudía de acompañante, tuve que dejar constancia de quién era mostrando mi DNI antes de poder pasar. Aquella había sido una de las principales reformas que había sufrido la ley de Seguridad Privada: ahora los seguratas podían solicitar documentos de identidad a efectos de identificación.

—Esto parece la Casa Blanca —bromeé.

Al entrar, me encontré con una amplísima sala con las paredes laterales cubiertas por cortinas negras. Champán y vino caro allá donde miraras, y en las bandejas, canapés de formas y colores imposibles.

Reconozco que los actos sociales de gente «bien» no son lo mío. Me sentía completamente fuera de lugar, igual que años atrás en Córdoba, cuando acompañé a Roberto a aquella fiesta de modelos en el Soho Rivera.

Bruno fue presentándose a gente conocida y amigos más cercanos, y distrayéndome con sus bromas cuando me veía nerviosa.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó en un momento concreto; supongo que mi cara había llegado a cambiar de color, quizá a un tono verdoso.

—No estoy acostumbrada a este tipo de actos —le confesé.

—Tranquila, sólo tienes que encontrar algún entretenimiento —me dijo—. Como por ejemplo observar a la gente y su necesidad de quedar siempre bien. Mira a aquella pobre, parece un pato con esos tacones. —Señaló con la cabeza a una mujer de cerca de sesenta años, con un sobrepeso considerable, subida a unos tacones de diez centímetros—. O aquel que se ha puesto el peluquín del revés.

Bruno consiguió hacerme reír. Desde aquel instante comencé a observar a la gente que tenía alrededor. Los falsos halagos que se hacían, los que ya estaban borrachos después de sólo media hora de espera, los comentarios tipo fan de muchos de los y las acompañantes... Era cierto, si encontrabas con qué entretenerte, aquello se llevaba mucho mejor.

Hubo un momento en el que los camareros dejaron de dar vueltas por la sala y la música cesó.

—Ha llegado la hora —me dijo Bruno—. Vamos a acercarnos.

Lo noté nervioso. Por un instante, dejé de ser el centro de su atención y pasé a la periferia de su pensamiento. Bruno llevaba años aguardando aquello.

—No te preocupes, acércate tú. —Decidí liberarlo—. Yo voy a ir al servicio un segundo.

—¿Estás segura?

—Segurísima. —Le di un pequeño empujón para que se adelantara.

Permití que la gente fuera agrupándose delante de mí y viví aquel acontecimiento desde el gallinero, sin poder ver quién era Andrés Adarre y oyendo a aquella voz nasal explicar el motivo por el que había decidido mantener

oculta la gran obra de su padre durante tantos años.

—La *Obra longitudinal* está inacabada —confesó con gravedad en la voz.

Muchas de las gargantas allí presentes emitieron sonidos de sorpresa y se levantó cierto revuelo en la sala.

—Como ustedes saben, mi padre murió de forma repentina el 20 de mayo de 1978 —explicó Andrés Adarre—. Antes de fallecer, me pidió que yo, como su sucesor, concluyera la gran obra de su vida. —Silencio expectante antes de continuar—. Sin embargo, he de confesar que no he tenido las agallas de enfrentarme al legado de Alberto Adarre en todos estos años. La obra de mi padre es... No tengo palabras suficientes para describirla. Él era un genio, un artista adelantado a su época. Capaz de plasmar en sus obras prismas, colores, texturas y profundidades que, para mí, en la época en que él murió, eran imposibles de imaginar.

» He necesitado cerca de treinta y ocho años y un largo y exigente proceso de perfeccionamiento para sentirme realmente preparado para culminar su obra maestra.

» Hoy, por fin, me siento digno de la obra de mi padre. En breves momentos procederemos a retirar las cortinas que cubren las paredes de la sala. A este lado van a poder contemplar treinta y cinco de los treinta y seis retratos que el gran Alberto Adarre realizó de aquel misterioso modelo. Un retrato anual, que culminaba en el mes de mayo y que iba acompañando a su crecimiento. De niño a adolescente... De adolescente a adulto... Les aseguro que mi padre habría querido immortalizar la transición de adulto a anciano.

» Al otro lado de la sala, les muestro la evolución que yo y mi pintura hemos tenido a lo largo de estos años. Treinta y cinco cuadros cuyo motivo no es otro que honrar la memoria del grandioso Alberto Adarre.

» Y, para finalizar, detrás de mí y oculto por una tela, se encuentra el último retrato inacabado de mi padre, el trigésimo sexto componente de la *Obra longitudinal*. Eso, y una promesa por mi parte: la de tener concluida su obra antes de que llegue el día 20 de mayo. Sintiéndolo mucho, la obra permanecerá oculta hasta esa fecha.

Aplausos potentes y vítores de todos los timbres y tonos.

Lo normal en aquellos casos, o eso supuse.

Lo normal, cuando no estás mosqueada por todo lo que acabas de oír.

« Treinta y cinco cuadros cuyo motivo no es otro que honrar la memoria del grandioso Alberto Adarre », resonó en mi cabeza.

« He necesitado cerca de treinta y ocho años y un largo y exigente proceso de perfeccionamiento para sentirme realmente preparado para culminar su obra maestra », retumbó mi cerebro.

Tuve la extraña sensación de haberme metido en la boca del lobo, y me agobié tanto al ver la prisa de todos los invitados por contemplar aquellos cuadros

colgados en la pared que necesité salir un momento al baño.



« Mírate —me dije observándome frente al espejo—, retocándote en el servicio como hacen las mujeres coquetas» . Sonreí al ser consciente de aquella escena. Huía de lo que había fuera y no se me había ocurrido otra cosa más que empolvarme la nariz.

Me entretuve unos buenos minutos antes de decidirme a salir de nuevo y, para cuando llegué a la sala, la pared con los cuadros que realmente me interesaban se había quedado despejada.

Casi me caigo al suelo al notar que mis piernas perdían toda su fuerza.

Eran ellos.

Estaban todos allí.

En aquellos cuadros.

« 1981, 12 años» .

« 1982, 13 años» .

« 1983, 14 años» .

« Daniel» , pensé al ponerme frente al cuadro de 1983.

Era él.

El mismo paisaje que había en el interior de aquel nicho.

Exactamente el mismo, salvo por un detalle: en primer plano aparecía aquel rostro que se había quedado grabado a fuego en mi memoria. El hermano de Andrea me miraba fijamente con aquella carita cargada de inocencia. Reconocí sus pecas y, al igual que mi amiga, me pregunté si las habría conservado en su edad adulta de no haber desaparecido aquel día. ¿Cuál habría sido su futuro? Probablemente, habría sido feliz. Su padre no se habría rendido jamás y su madre lo habría visto crecer, sin la necesidad constante de sobreprotegerlo.

¿Y Andrea? ¿Qué habría sido de Andrea? Ella habría podido tener una infancia de verdad, cargada hasta los topes de riñas con su hermano y de momentos inolvidables junto a él. Habría tenido una familia.

Cuando me negué a seguir mirando aquello, me volví y crucé la sala para contemplar la obra de Alberto Adarre. Reconozco que aquel recorrido por los años del modelo no me pareció ni hermoso ni digno de admiración. No después de lo que su propio hijo había hecho con su obra.

Sí que encontré respuestas.

¿Por qué eran así las lápidas?

Los retratos de Alberto Adarre fueron hechos siempre en el mismo escenario: el modelo, sentado sobre un gran sillón de color verde; junto a él, en

una mesita, un ejemplar del primer libro de Graham Greene, *Babbling April*, la edición original, y en un jarrón oscuro, un luminoso ramo de margaritas.

Las lápidas reflejaban la estética de los cuadros que conformaban la *Obra longitudinal*.

—Era un genio —me dijo una voz anciana a la espalda.

Cuando me volví, me encontré con una cara realmente hermosa a pesar de todos sus años.

«El retrato de Dorian Grey», pensé.

Lo miré fijamente y me pareció ver en él todos los rostros juntos de los chicos desaparecidos.

—Es usted... Él. —Señalé hacia atrás, a los cuadros.

—Sí, lo soy —me dijo con una tierna sonrisa en la cara—. Más bien, lo que queda de aquel chico.

Traté de controlar el exceso de emoción que se estaba acumulando en mi pecho.

—¿Y qué siente? —le pregunté.

—Me siento extraño —me respondió—. Han pasado ya demasiados años.

—¿Por qué dice eso? —quise saber.

—No se lo diga a nadie, pero habría preferido que todo esto siguiera siendo un misterio —me confesó—. Era la verdadera magia de la obra, su ocultismo durante tantos años.

Me hice aquella pregunta de nuevo. ¿Por qué había decidido el Pintor dar a conocer la obra de su padre justo en aquel momento? No era propio de él. Después de tanto tiempo esperando, ¿por qué no hacerlo cuando hubiera acabado aquel retrato?

—¿Cómo cree que Andrés Adarre concluirá el último retrato que su padre hizo de usted, el inacabado? —le pregunté—. ¿Utilizará fotos de cuando usted tenía cuarenta y siete años? Porque parece que el resto de su obra la ha hecho basándose en sus retratos anteriores —disimulé.

—No necesita mis fotos, créame. Tiene al perfecto modelo —me explicó.

Cuando fui a preguntarle quién era ese modelo, mi móvil nos interrumpió.

—La llaman al teléfono, señorita —me avisó él.

Quise pedirle que aguardara, pero ya se había puesto a hablar con un grupo de personas a unos metros de mí.

Cogí el móvil dispuesta a rechazar la llamada. Cuando vi que se trataba de Andrea, respondí sobre la marcha.

—Andrea, ya sé quién es el Pintor. Es el hijo de...

—Mira hacia atrás, pero no hagas ningún gesto —me ordenó.

Cuando volví la cabeza me la encontré a unos metros de mí.

—Ve en busca de tu acompañante y salud de la galería. No me gustaría que Andrés Adarre te relacionara con la policía —me dijo, y colgó.

Miré atrás de nuevo y me hizo un gesto con la cabeza instándome a hacerle caso.

Localicé a Bruno junto al cuadro inacabado, aún oculto tras la tela. Estaba hablando con alguien.

—Bruno, no me encuentro muy bien, ¿te importa que...?

No pude acabar mi pregunta.

—¡Hola, Ada! Acércate, quiero presentarte a Andrés Adarre, el hijo de Alberto Adarre.

Yo ya sabía quién era. Lo habría reconocido en cualquier parte.

Era el dueño de las lápidas.

El causante de todas aquellas desapariciones.

El hombre con la cicatriz marcada en el labio inferior.

El Pintor.

—Bruno, tenemos que irnos —le dije evitando volver a mirar a la cara a Andrés Adarre—. Me encuentro fatal.

Lo agarré de la mano y tiré de él. Cuando estuvo a una distancia suficiente le susurré al oído:

—Hazme caso, tenemos que salir de aquí.

Me miró a la cara y, al verme tan seria, decidió seguirme sin decir nada.

—Disculpa, Andrés. Espero que tengamos ocasión de volver a encontrarnos —se excusó Bruno.

Cuando nos dirigíamos a la salida, Andrea y Elena pasaron a nuestro lado escoltadas por un grupo de policías uniformados.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Bruno.

—No te pares, ya te enterarás luego —le dije tirando de su brazo.

—Andrés Adarre, queda detenido por...

Oímos la voz potente de Andrea en la sala; supe que se estaba vengando dejándolo en evidencia delante de todos aquellos que habían ido a admirar su obra. Aquel hombre no se merecía la más mínima discreción.



Bruno y yo llegamos al hotel en pocos minutos. Hasta que no estuvimos en mi habitación, no volvimos a hablar.

—¿Me cuentas qué ha pasado? —me preguntó muy serio.

—Algo que no sabía que iba a ocurrir —respondí con total sinceridad—. La policía acaba de detener a Andrés Adarre por un chorro de asesinatos —le expliqué—. Pero no puedo contarte mucho más porque tampoco tengo mucha más información.

—Y si no sabes más, ¿por qué estabas tan interesada en Alberto Adarre?

—Porque estaba investigando el mismo caso que la policía, pero por mi cuenta. Me extrañó mucho que, después de lo que me habías contado sobre la obra de ese hombre y su misterio, de pronto hubiera decidido hacerla pública —le expliqué—. Ahora lo entiendo todo. La inspectora Andrea iba tras su pista y él no quería perder la oportunidad de exponer su propia obra.

Bruno no daba crédito. Yo, Ada Levy, una antigua compañera de jueguecitos de cama, investigando a un asesino en serie.

—¿Sueles hacer estas cosas muy a menudo? —me preguntó.

—Bueno, no muy a menudo. Aunque de dos casos como éste, uno me costó un dedo. —Elevé la mano aún cubierta por el guante de raso negro.

Bruno se levantó de la cama y se acercó al minibar. Sacó un par de botellitas de whisky y me dio una.

—¿Por eso saliste corriendo? —me preguntó refiriéndose a nuestro pasado.

—No sólo por eso —admití—. Miedo, promesas que una se hace y que son difíciles de cumplir, momentos... Y luego apareció él.

No quise pronunciar su nombre. Temía que aquellos ojos bicolors regresaran a mi mente de nuevo.

—Momentos... —repitió Bruno.

—Malditos momentos, ¿verdad? —dije, con la sensación de haber tenido una vida llena de instantes emocionalmente desacompasados.

—Sí, malditos momentos —repitió él inclinándose hacia mí y clavando su mirada verde en mis labios.

Fue un leve roce. No más.

Una milésima de segundo que me llevó a rememorar lo gustosa que era su boca.

Por suerte, sólo fue eso.

Nos interrumpió el sonido del móvil; Andrea quería saber dónde me encontraba.

—Debo irme —dijo Bruno cuando colgué el teléfono—. Tengo que salir de aquí antes de que cometa un error que vuelva a pesarme demasiado tiempo.

Lo acompañé hasta la puerta.

Antes de abandonar mi habitación tuvo un gesto que jamás olvidaré: cogió mi mano izquierda y la desnudó deslizando aquel guante de raso negro.

—Es sólo un dedo —volvió a decir mientras acunaba mi mano entre las suyas —. Sigues siendo tú. Tan bonita y huidiza como siempre. Tan fuerte y asustada como de costumbre. No necesitas ese dedo para estar completa.

*Falta un cuadro.
Para ser más exacta, falta «el cuadro».*

Andrea apareció en mi habitación a primera hora de la mañana. Se le notaba que no había dormido y me explicó que tan sólo tenía un rato, mientras sus chicos terminaban con el traslado de las pruebas. Después de horas de interrogatorio, no había logrado sacar ni una sola palabra al Pintor.

Su siguiente paso era esperar a que el juez de guardia de detenidos se inhibiera a favor del juez de Granada y emitiera la orden de traslado de Andrés Adarre al centro penitenciario de Albolote.

Para mi sorpresa, la inspectora había acudido a darme las gracias.



—No habría podido hacerlo sin ti —me dijo cuando abrí la puerta para dejarla pasar.

Al parecer, la clave se la habían dado los dos recortes de periódico en los que aparecía el mismo hombre. Y visto de ese modo, yo tampoco lo habría hecho sin la ayuda del colgado de José Luis.

A Andrea le había parecido reconocer en las imágenes al antiguo maestro de dibujo de su hermano.

Por supuesto, cuando Daniel desapareció, a nadie le resultó extraño que los profesores participaran en la búsqueda del chico. Lo que a Andrea le pareció raro fue verlo en aquellos recortes, en dos escenarios diferentes.

Aquélla fue la primera vez que el Pintor se confió. Su interés por saber si la policía tenía pistas fiables en torno a la búsqueda de los chicos lo dejó demasiado expuesto. No pudo controlar las fotos espontáneas para los periódicos.

La segunda vez que el Pintor cometió un fallo fue en 1999. Había dejado una huella parcial y otra completa en la cajita que había depositado en el interior del nicho.

Cuando la madre de Andrea confirmó sus sospechas, la inspectora intentó averiguar la identidad del maestro. Como era de esperar, todos los datos referentes a sus contrataciones y a su paso por los colegios habían desaparecido. Más tarde, su madre y ella refrescaron en la memoria la fea cicatriz del labio inferior del profesor, y el principal objetivo de Andrea fue localizar aquella marca característica en el máximo posible de imágenes.

Tras varios intentos infructuosos, decidió centrarse en las floristerías que cambiaban semanalmente por toda España los ramos de margaritas y, tras confirmar que muchos de los pagos se hacían mediante ingresos en cuenta a través de cajeros electrónicos, rastreó los cajeros desde los que se hacían esos ingresos y solicitó todas las grabaciones de las cámaras de seguridad.

Todos los pagos habían sido realizados en cuatro entidades diferentes del centro de Málaga, lo que acotaba mucho la búsqueda. Elena se encargó de esa parte. Revisó día y noche las grabaciones de los últimos años hasta que localizó a un sujeto con sombrero y una marcada cicatriz en el labio inferior.

Una vez identificado el sospechoso gracias a su cicatriz, Elena no tardó demasiado en encontrar un patrón en los pagos. Los ingresos correspondientes a las cien lápidas se efectuaban a lo largo del mes de septiembre de cada año.

Aquello resultó ser un gran descubrimiento, aunque inútil para la investigación. Más les valía dar con algo cuanto antes si no querían arriesgarse a que el Pintor volviera a ser el causante de una nueva desaparición.

Andrea y su equipo se centraron en la búsqueda de nuevas pistas mientras Elena, ayudada por un par de compañeros, se centró en las grabaciones de los cajeros.

Tras horas y horas de visionado, acabó topándose con un golpe de suerte bastante reciente: meses atrás, en septiembre del año anterior, el sospechoso había sufrido un percance fatal para él. En una de las imágenes, el Pintor perdía su sombrero; como si una ráfaga de aire se lo hubiera arrebatado. Desconcertado por el contratiempo, y siendo consciente del riesgo que aquello podía suponer para él, desapareció de la pantalla y no regresó hasta tener de nuevo puesto su disfraz. Sin embargo, aquel momento fugaz resultó ser más que suficiente. El Pintor había mirado fijamente hacia la cámara durante un instante.

Por fin tenían una imagen más o menos nítida de él.

—Aquellos pagos eran anónimos, pero en algún momento tendría que acudir a algún cajero a sacar dinero de sus cuentas, como cualquier ciudadano normal —me explicó Andrea.

Elena se encargó, junto con un equipo de cuatro hombres, de monitorizar las cámaras del centro de la ciudad. Aparte, distribuyeron la imagen del Pintor a nivel de seguridad privada y policía local.

—Lo localizamos gracias a un municipal —me comentó Andrea—. Lo identificamos y lo seguimos un par de días, mientras comparábamos las huellas

que habíamos obtenido de un vaso en una cafetería con las del interior de aquel nicho. El cotejo fue positivo —me explicó—. Lo interrogué hará cosa de dos semanas. Teníamos pruebas suficientes para encerrarlo, pero pensamos que obtendríamos mucho más si dejábamos que se marchara y lo manteníamos vigilado. Imagínate mi sorpresa cuando me enteré de que andaba organizando la exposición.

» Ha dilapidado su fortuna a lo largo de estos años para mantener a flote toda esta locura —me contó—. Ha malvendido sus propiedades y, en los últimos meses, ha estado viviendo de las tarjetas de crédito. Una ironía, teniendo en cuenta la millonada que tenía en casa —me dijo refiriéndose a la *Obra longitudinal* de su padre.

Andrea se sumió en un súbito silencio. Parecía estar jodida, a pesar de todo.

—¿Pasa algo? —le pregunté.

—No... es sólo que no ha querido declarar y no parece tener la intención de hacerlo —me explicó—. Si no suelta prenda, difícilmente vamos a poder localizar los cuerpos.

Dijo «los cuerpos» como queriendo mantener la distancia, pero yo supe perfectamente que a quien quería encontrar realmente era a su hermano Daniel.

—Andrea, creo que todo esto no lo ha hecho solo. —Me acordé de pronto de la conversación con el modelo del pintor malagueño—. Anoche hablé con el hombre que posó para Alberto Adarre durante tantos años, y cuando le pregunté por la última pintura, él me respondió que Andrés ya tenía al modelo perfecto. ¡Puede que él sepa algo! —propuse, esperanzada.

La inspectora se quedó muy seria al oír aquello.

—¿Estás segura de eso? —me preguntó.

—Es lo que me dijo, no sé si inocentemente o no —respondí yo.

Andrea sacó su móvil del bolsillo y buscó entre sus contactos.

—Elena, averigua el nombre del modelo de Alberto Adarre. Parece que estaba al tanto de todo —le pidió a la oficial y, acto seguido, permaneció en silencio un momento—. ¿Cómo? Pero, bueno, no tiene por qué guardar relación con el caso. —Nuevo silencio—. Ya veo... Vale, voy para allá.

Mi amiga cogió la chaqueta de la silla y guardó su teléfono.

—Tengo que ir a comisaría —me anunció—. Al parecer, Julián Gómez, el modelo del que hablamos, ha aparecido esta mañana bien temprano en la comisaría. Cuando llegó a casa después de la detención de Andrés Adarre, se encontró allí a su nuera muy preocupada. Su hijo lleva desaparecido desde antes de ayer al mediodía.

—¿Y por qué crees que es importante? —le pregunté con curiosidad.

—Elena dice que tengo que ver su foto; el aspecto perfecto para el Pintor —me explicó—. Y hay algo más... tiene cuarenta y siete años.

—¡Joder! —exclamé—. ¿Puedo acompañarte? —le pregunté, nerviosa,

esperando una respuesta negativa.

Andrea se lo pensó un momento.

—Anda, vístete. Quizá esa cabecita tuya pueda volver a ayudarme.



Al llegar a la comisaría, aquello me pareció un auténtico caos. Efectivos de Málaga y de Granada por todos lados. El Pintor había revolucionado al cuerpo de Policía y lo mantenía en tensión con aquella nueva desaparición.

Rostros cansados y cuerpos agotados que habían tenido que sustituir la promesa del inminente descanso por un último achuchón, francamente difícil de afrontar.

—Mis chicos están muertos —me dijo Andrea al entrar a su improvisado despacho—. Llevan dos meses trabajando a destajo y se han quedado rotos al enterarse de que esto aún no ha terminado.

—Andrea... —Interrumpí sus idas y venidas nerviosas—. ¿Había lápidas en Málaga? —Por fin podía hacerle una de mis preguntas.

Su gesto reflejó cierta desesperación.

—No las había —respondió—. Por eso no esperaba sorpresas —admitió, algo avergonzada.

—Andrea —nos interrumpió Elena—. Falta un cuadro —dijo muy seria.

—¿Cómo que falta un cuadro? —Nuestras voces se acomodaron al hacer la pregunta.

—Para ser más exacta, falta « el cuadro » .

El retrato inacabado, aquel que se suponía que estaba oculto tras la tela negra y que no podría ser visto hasta que Andrés lo hubiera terminado, había resultado ser un lienzo en blanco enmarcado.

La inspectora entró en cólera y comenzó a dar vueltas por el despacho como un animal enjaulado y furioso. Yo me negué a entrar en pánico.

—Esto tiene que ser más sencillo de lo que parece —dije en voz alta para tratar de tranquilizarme—. Sólo hay que pensar como él.

Recordé de pronto una frase de Sherlock Holmes que siempre repetía en sus clases uno de mis antiguos profesores de criminología: « Una vez eliminado todo lo imposible, la verdad está en lo que queda, por improbable que parezca » .

Andrea y Elena me miraban con incredulidad.

—No me miréis así —les dije—. Vosotras lleváis dos meses analizando pruebas y haciendo seguimientos. Yo llevo cuatro soñando con el maldito Pintor y sus lápidas. Para mí ha sido muy difícil dar con él y prefiero pensar que lo que queda tiene que ser mucho más fácil de resolver.

—No sé si estoy de acuerdo contigo, pero ¿qué propones? —Andrea me estaba dando cancha.

—A ver... No creo que haya escogido al hijo del modelo por casualidad —propuse—. Estoy casi segura de que lleva desde el año 1981 esperando el cuarenta y siete cumpleaños del hijo de Julián Gómez. Detrás de todo esto tiene que haber algo más que concluir la *Obra longitudinal* de su padre. Si sólo se tratara de eso, habría bastado con pedir al hijo del modelo que posara para él, ¿no os parece?

Andrea y Elena se miraron un instante. Tuve la sensación de no estar diciendo demasiadas tonterías.

—Elena, habla con Julián Gómez. Pregúntale si Adarre había comentado alguna vez la posibilidad de que su hijo, el desaparecido, fuese el modelo final —solicité la inspectora—. Ada puede tener razón.

Cuando Elena se marchó, Andrea y yo seguimos dando vueltas al tema.

—¿Y por qué la exposición? —preguntó mi amiga.

—No sé, puede que sea el ego del artista —propuse—. Hay algo que sí me ha quedado bastante claro. Andrés Adarre actuó con prisas, improvisando. Sabía que se le estaba agotando el tiempo.

—Pero no esperaba que lo detuviéramos tan pronto —dijo Andrea—. No, después de todo el espacio que le estábamos dejando. ¿Y si lo hubiera preparado todo para desaparecer anoche mismo y dejar terminada su obra antes de que lo detuviéramos?

Efectivamente, era mucho más sencillo de lo que, a priori, habíamos esperado. Tanto la desaparición del hijo del modelo como la ausencia del cuadro en la galería nos parecieron fruto de la desesperación de Andrés Adarre. El Pintor no podía permitir que lo encarcelaran sin haber terminado la obra, no la de su padre sino la suya propia... Su fin supremo. Por eso había adelantado la fecha de su ejecución.

—El cuadro y el hijo de Julián Gómez tienen que estar en el mismo sitio —dedujo Andrea.

—Ya, pero sin lápidas en Málaga, ¿dónde buscamos? —planteé.

—Julián confirma que Andrés y su hijo habían fijado las fechas para terminar el cuadro. Iba a posar para él —nos dijo Elena asomándose a la puerta.

Andrea asintió con la cabeza y permaneció un instante mirando al suelo, pensativa.

—Dadme unos minutos —nos pidió, y desapareció por la puerta del despacho.

La inspectora regresó al cabo de media hora con el nervio y la rabia recorriendo todo su cuerpo. Elena y yo aguardábamos inquietas en nuestros asientos.

—El único objetivo de todo esto era cargarse al hijo de Julián —nos dijo al entrar, refiriéndose al hombre desaparecido—. ¡Treinta y cinco muertes! ¡Treinta y cinco muertes preparándose para su víctima real!

Sacó su móvil del bolsillo y lo puso sobre la mesa. Había grabado el interrogatorio a escondidas para poder compartirlo con nosotras.

—¿Dónde está? —le preguntaba Andrea al principio de la grabación.

—No sé a qué se refiere, inspectora. —La respuesta de Andrés había sido pausada, tranquila.

—Lo sabe muy bien, Andrés. Sabe perfectamente de lo que hablo. ¿Dónde está el cuadro de su padre?

Me habría encantado poder ver la cara de Andrés Adarre. Él, esperando a que le preguntaran por el hijo de Julián. Andrea, interesándose por el cuadro. El largo e inquietante silencio que vino a continuación consiguió ponerme los nervios de punta.

—Tiene usted unas facciones interesantes —dijo al fin el Pintor—. Me resultan tremendamente familiares. —Estaba intentando poner nerviosa a Andrea—. ¿La han retratado alguna vez, inspectora?

—No, nunca me ha gustado demasiado la pintura.

Un nuevo silencio.

—Lástima —dijo por fin el Pintor.

Me sorprendió muchísimo la capacidad de Andrea para no ceder ante aquellas interminables ausencias de diálogo.

—¿Sabe, inspectora? Todo lo que nos rodea puede plasmarse en un cuadro. Lo tangible y lo intangible; la alegría y la pena; la hermosura y la monstruosidad; la palpitante vida... y la implacable muerte. La muerte durmiente.

Una pausa más. Deduje que el Pintor buscaba algún tipo de reacción en Andrea tras sus últimas palabras.

«La implacable muerte» .

«La muerte durmiente» .

—Pero no todo lo que puede plasmarse en un cuadro puede ser considerado

arte... —continuó—. Eso, querida inspectora, depende de la capacidad de la mano que sostenga el pincel.

Tras un extenso monólogo sobre pintura y excelencia, en el que la voz nasal de Andrés Adarre trataba de ignorar las preguntas de Andrea, la inspectora, al fin, acabó dando en el clavo.

—Tiene razón, la obra de su padre posee una sensibilidad especial —dijo ella provocando el silencio automático del Pintor—. Julián debió de ser alguien tremendamente importante para él. Tantos años, tanto esfuerzo... Tantísima dedicación.

—Ojo por ojo, diente por diente —soltó de pronto Andrés Adarre.

—No entiendo —sonó la voz de la inspectora.

—¿Sabía usted que el gran Alberto Adarre sentía debilidad por los niños? No demasiado pequeños. Solía buscárselos de entre ocho y doce años. Jugaba con ellos y luego los mandaba con sus papás. Muchos de esos niños salían de nuestra casa sin su sonrisa. Eso sí, el gran genio malagueño se aseguraba de que los padres quedaran contentos inmortalizando en sus obras a sus pequeños infantes.

«El mejor olor, el del pan; el mejor sabor, el de la sal; el mejor amor, el de los niños». Me dolió el corazón al recordar la frase de Graham Greene que había incrustada sobre las lápidas. El Pintor la había escogido a modo de burla hacia su padre.

Al parecer, Alberto Adarre acostumbró a su hijo a aquellas inocentes visitas desde muy pequeño. De hecho, según contaba el propio Andrés, jamás le habían importado. Sin embargo, hubo algo que no pudo soportar: el padre jamás atendió el deseo de su hijo de convertirse en un gran pintor.

Lo que contó Andrés me recordó muchísimo al caso de Lewis Carroll y su *Alicia en el País de las Maravillas*. Un adulto Charles Lutwidge Dodgson (verdadero nombre del escritor), enamorado de la dulce niña Alice Liddle; un amor tan imposible que no tuvo más remedio que volcarlo en un cuento alocado narrado al ritmo de un conejo que siempre llegaba tarde y de una reina ordenando «¡Que le corten la cabeza!».

Según el Pintor, Alberto Adarre acabó tan obsesionado con su modelo de eterno aspecto infantil que se pasó el resto de la vida preparándose para el siguiente cuadro de su *Obra longitudinal*. Su monomanía debió de haber provocado que se olvidara de aquel hijo demandante de atención y obsesionado con heredar la genialidad de su padre.

—Julián me arrebató a mi padre y yo juré arrebatárselo a su hijo —explicó—. Inmortalizarlo en su presencia. Llevarlo a la excelencia que el gran Alberto Adarre no pudo alcanzar con su última obra.

«Hijo de puta», pensé. Andrea tenía razón, había acabado con la vida de treinta y cinco personas mientras hacía tiempo para acabar con su verdadero objetivo. Aquellos años de tumbas repetidas y asesinatos habían constituido su

proceso de formación como pintor.

—¿Inmortalizarlo en su presencia? —oímos en la grabación de boca de Andrea.

—Inspectora, yo no he dicho tal cosa. —Andrés sonó nervioso de repente—. Ha debido de interpretar mal mis palabras.

La voz acelerada del Pintor marcó el final del interrogatorio.

—Ada, está en el cementerio, como en todos los casos —me dijo Andrea segura de sí misma, apagando la grabación—. Elena, averigua dónde está enterrado Alberto Adarre. Ésa es la lápida que nos falta.

Elena localizó el mausoleo de Alberto Adarre en el cementerio de San Miguel. Estaba catalogado como uno de los panteones de personajes ilustres del camposanto.

De camino hacia allí, recibí un par de mensajes de WhatsApp.

Bruno: ¿No te habrás vuelto a escapar?

Bruno: Voy a salir a dar una vuelta, ¿nos vemos para comer?

Yo: No tenía intención alguna de escaparme. F

Yo: He salido temprano, pero supongo que volveré en un rato. Te llamo cuando haya terminado. Estaré encantada de almorzar contigo.

Cuando llegamos al cementerio, el encargado de las instalaciones nos estaba esperando. Nos acompañó hasta el impresionante panteón de Alberto Adarre y cuando intentó localizar la llave del candado para abrirlo se dio cuenta de que no la tenía.

«¿A alguien le extraña lo del candado a estas alturas?», bromeé conmigo misma, recordando el nivel de control que el Pintor había mantenido todos aquellos años. Resultaba hasta lógico que, si aquél iba a ser el escenario de su obra culmen, se asegurara de que nadie visitara el interior del panteón de su padre.

—No se preocupe, ya nos encargamos nosotras —excusó la inspectora a aquel señor y le pidió que nos procurara la máxima tranquilidad posible.

Muy obediente, aunque algo fastidiado, el encargado se alejó de nosotras para controlar el flujo de gente hacia aquella zona.

Andrea sacó una cizalla de la bolsa negra que llevaba encima y cortó el candado con facilidad.

—¿Por qué me miras así? —me preguntó.

—No, por nada, esperaba que abrieras el candado con uno de tus ganchillos para el pelo —bromeé, recordando mi anterior experiencia con ella y con una cerradura.

Al entrar, nos encontramos con un espacio abierto y diáfano. Mucho más

luminoso de lo que había esperado al otro lado de aquella puerta opaca.

—Aquí no hay nada —dijo Andrea, dejando que le venciera demasiado pronto la decepción.

—Nena, espera un poco, a lo mejor encontramos algo.

Y vaya si lo encontramos. Tras el pequeño altar que había al fondo de aquella sala nos topamos con una estrecha escalera que se perdía, hacia abajo, en la oscuridad.

—Tomad linternas —nos dijo Elena ofreciéndonos una a cada una—. Yo espero aquí fuera. Lo de meterme en una tumba no es la ilusión de mi vida.

«Una vez eliminado todo lo imposible, la verdad está en lo que queda, por improbable que parezca», vino a mi mente de nuevo aquella frase de Sherlock Holmes.

Descendimos lentamente, iluminando cada paso con la luz de las linternas. Peldaño tras peldaño, la oscuridad se iba haciendo más intensa y los pequeños focos que llevábamos en la mano cada vez fueron más necesarios.

Nunca había descendido a las entrañas de un mausoleo, pero lo que fui encontrando no se parecía en nada a lo que habría esperado.

Ausencia de humedad en el ambiente.

Una atmósfera limpia y bien ventilada.

Quizá un leve aroma a disolvente.

Tras aquel breve descenso, una amplia sala se abrió frente a nosotras.

Era lo suficientemente grande para que la luz de las linternas no la abarcara por completo.

—Ada, creo que es él —me dijo Andrea, señalando un bulto en uno de los laterales y manteniendo una templanza en la voz digna de admiración; parecía el cuerpo desnudo de un hombre—. Busca un interruptor... o algún tipo de iluminación. Si Andrés pretendía encerrarse a acabar aquí el cuadro, necesitaba poder ver con claridad.

Le hice caso, tratando de no pensar demasiado en aquel pobre hombre tendido en el suelo. Me centré en aquellas paredes y en su oscuridad, pese a la luz de la linterna lamiendo su superficie.

Descubrí con el corazón helado una macabra exposición en torno a la tumba de Alberto Adarre.

Los trofeos del Pintor.

Cajas en el suelo con nombres y fechas.

Cuadros en las paredes que inmortalizaban para siempre unos pobres cuerpos inertes.

«1981, 12 años».

«1982, 13 años».

«1983, 14 años».

...

Rostros angelicales, durmientes.
Cuerpos inertes en posturas antinaturales.
Carne muerta sobre lechos coloridos e impactantes.
—¡Ada! ¡Reacciona! ¡Necesito luz!

Las voces de Andrea me sacaron de la tétrica pesadilla. Ella ya estaba inclinada sobre el cuerpo.

Al fin lo localicé.

—¡Aquí está! —exclamé al pulsar el interruptor.

Aquella luz cegadora me obligó a cerrar unos segundos los ojos. Al recuperar la visión y mirar a mi alrededor, tuve la sensación de estar dentro de un búnker. El cuadro inacabado permanecía oculto bajo una sábana en una de las esquinas de la sala, a escasos metros del hijo del modelo.

—¿Está muerto? —pregunté al cabo de unos segundos.

—Tiene pulso, pero muy débil —respondió Andrea—. Ve arriba, y di a Elena que pida una ambulancia y que llame a mi equipo para que se lleve todo esto. Julián, ¿puede oírme? —dijo dirigiéndose al hijo del modelo; y yo ni siquiera sabía que se llamara como él.

Salí de allí corriendo para hacer lo que Andrea me había pedido. La dejé cubriendo el cuerpo desnudo de Julián y deseé con todas mis fuerzas que lograra recuperarse de aquello.

«Se acabó —me dije al salir del panteón—. Por fin se acabó».

Entonces fui consciente de que aún quedaba el peor trago para Andrea: encontrar el cuerpo de su hermano.



Bruno y yo regresamos a Granada aquella misma tarde, después de un maravilloso almuerzo en uno de los restaurantes del centro. Al verme de nuevo en mi ciudad, feliz por todo lo que había hecho por Andrea, decidí olvidarme del Pintor y disfrutar de unas horas de paz y relajación.

Por supuesto, la experiencia me ha enseñado que, cuanto más empeño pones en estar tranquila, más frenética acaba siendo tu vida.

—¿Me dejas en La Napolitana? —pedí a Bruno.

Me apetecía pegarle un achuchón a Enrico después de todo lo que había ocurrido.

Cuando me bajé del precioso Lotus me extrañó muchísimo encontrarme bajado el cierre del restaurante. Había un cartel colgado en el centro: «Sentimos no poder atenderles esta noche».

—¿Cómo? —dije en voz alta. No entendía nada.

Me di cuenta de que el cierre no estaba cerrado con llave y decidí levantarlo para averiguar qué pasaba. No oí ruido en el interior, salvo el normal de las cámaras frigoríficas y del resto de las máquinas.

—¿Hola?

Al principio no vi a nadie allí dentro.

Poco después vi a Carmina; estaba sentada a una de las mesas de la esquina. Sujetaba con una mano una copa de vino y tenía la mirada perdida en el vacío.

—¿Pasa algo, Carmina? —pregunté, pero no pareció oírme—. Carmina...

Reaccionó cuando notó el contacto de mi mano sobre su hombro.

—No tenía que habérselo contado, Ada —me dijo, envuelta en un halo de ansiedad, culpa y decepción—. No debí habérselo dicho.

—¿De qué estás hablando, Carmina? —le pregunté temiéndome lo peor.

—Hace dos días ingresaron a Gennaro —me explicó—. He permanecido a su lado en todo momento... hasta que hoy me lo ha confesado. —Respiró hondo, como intentando controlarse el llanto—. No he podido soportarlo y me he marchado de allí.

—¿Qué es eso que te ha confesado, Carmina? ¿Dónde está Enrico? —le pregunté, nerviosa.

—Le he contado que fue mi abuelo quien mató a su familia. —Las tripas me dieron un vuelco al oír aquello—. Ahora ha ido a por él. —Carmina rompió de nuevo a llorar—. Se ha llevado un arma, Ada. Lo va a matar. —Y continuó llorando.

—¡Me cago en la puta, Carmina!

Salí pitando de La Napolitana, después de averiguar en qué hospital y en qué habitación habían ingresado al maldito mafioso de los cojones.

Pedro Antonio de Alarcón, esquina con Sócrates.

Primera llamada de teléfono. Enrico no lo coge.

Pedro Antonio de Alarcón, esquina con Pintor Velázquez.

Segunda llamada. Rechazada.

Camino de Ronda, a la altura de plaza Einstein.

Primer mensaje.

Yo: Enrico, no lo hagas.

Camino de Ronda, esquina con Julio Verne.

Sin respuesta al mensaje.

Tercera llamada. Teléfono apagado o fuera de cobertura.

Camino de Ronda, esquina con avenida de Andalucía.

Sin aliento. Las lágrimas nublándome la vista. La ansiedad oprimiendo mis pulmones e instándome a parar.

Nuestra Señora de la Salud. La calle. El hospital.

Llegué allí ahogada por la desesperación. Envenenada por la certeza de no poder hacer nada. Convencida de que lo había perdido.

Mi aliento y mi empaque se habían quedado atrás. Mi corazón tenía miedo a seguir adelante.

—¡Enrico! —grité al verlo salir del hospital—. ¿Qué ha pasado, Enrico?

No hubo respuesta. Una cínica sonrisa tatuaba su cara.

—¿Qué has hecho? —dije antes de salir corriendo de nuevo.

Pasillo.

Escalón.

Escalón.

Escalón.

Aquellos peldaños se me hicieron eternos.

Cuando llegué a la segunda planta me encontré un revuelo por los pasillos.

—Ha sido visto y no visto —oí decir a una enfermera.

—Y salió tan tranquilo, como si no hubiera pasado nada —oí de boca de otra.

Aligeré el paso con toda la seguridad que fui capaz de reunir.

Tenía el corazón en la boca cuando por fin llegué a la habitación en la que se suponía que estaba el viejo.

« Por favor, por favor, por favor, por favor... » , repetía mi cabeza.

Al girar el pomo y abrir la puerta, suspiré de alivio al encontrar a Gennaro con vida. Osito y Ratoncito estaban siendo atendidos por un par de enfermeras. Les habían pegado una buena paliza.

—Señorita, pase, por favor —me dijo Gennaro con la voz apagada y una profunda huella de derrota en la cara.

Entré en la habitación sin comprender muy bien qué había ocurrido.

—Está usted vivo... —Me salió de forma espontánea.

—Eso parece.

—No ha querido matarlo —concluí con sorpresa—. No ha querido matarlo. No le ha dado lo que usted quería.

—No —admitió.

Él estuvo a punto de seguir hablando, pero me negué a dejar que me embaucara de nuevo.

—Descanse en paz, don Gennaro —le dije.

Y me marché de allí.

Al salir del hospital, Enrico me esperaba en la acera de enfrente, apoyado en una de las columnas de los soportales. Se mantenía semioculto, observando a una pareja de policías que entraba en el hospital para comprobar qué había pasado. Algo me dijo que ni a Gennaro ni a sus pobres perros apaleados les interesaba dar detalles a los agentes.

Los dos reaccionamos al vernos. Él con impaciencia, aguardando. Yo, con prisa, avanzando hacia los soportales.

Respiré por fin, aliviada al tenerlo allí delante, tan imponente como siempre, tan socarrón como de costumbre, aunque con un temblor y un temor inundando su cuerpo que tardarían días en desaparecer.

—He estado a punto de hacerlo —me confesó.

—Pero no lo has hecho —le dije yo.

Y tras aquella breve charla en la que nos dijimos mucho más con la mirada que con palabras, me dio un fuerte abrazo de oso que me llenó de nuevo el alma.

Enrico estaba sano y salvo, aun sin saber si había hecho bien o no al dejar al viejo con vida, pero con una creciente sensación de venganza cumplida.

No tuvo que esperar demasiado para convencerse de que aquello había sido lo correcto. Gennaro acabó muriendo, y murió sufriendo.

Solo.

Su corazón envenenado no se dejó vencer fácilmente. Aguantó el avance del cáncer hasta quedar completamente podrido por dentro. Hígado, páncreas, bazo, pulmones... y huesos. Su mala sangre regó y sembró cada recoveco de su maltrecho cuerpo con la simiente de la muerte.

Y del dolor.

Ese dolor que lo mataría desde dentro y que acabaría comiéndose todo su seso.

Dos días después de que todos los líos de mi vida reventaran, la estabilidad parecía haber regresado a mi día a día. Desperté plácidamente en mi colchón y disfruté de un riquísimo desayuno junto a mi inseparable compañero Clemente II, el bichejo negro y feo. A continuación, me di un baño de esos que te dejan la piel como una pasa y, acto seguido, me enfrenté de nuevo a mi reflejo en el espejo.

—Hola —me dije a mí misma con una sonrisa.

«Es sólo un dedo», repetí en mi cabeza recordando la frase y el bonito gesto de Bruno.

Al cabo de unos minutos salí del cuarto de baño, me puse ropa cómoda y me enfrenté a una aburrida pero necesaria tarea: guardar todos los papelajos del Pintor, incluyendo la Moleskine que tanta compañía me había hecho.

No recuerdo exactamente qué fue lo que me dio la clave, si el recorrido mental por las pinturas que Alberto Adarre había hecho usando a Julián padre como modelo o si esa plasticidad que la mente de Enrico me había demostrado tener para salir adelante y seguir estrujando su felicidad. Lo cierto es que, casi sin haberlo decidido, me encontré llamando al móvil de Andrea. Sabía que el silencio del Pintor la estaba matando; no había encontrado aún la forma de hacerle confesar dónde había enterrado los cuerpos de los desaparecidos.

—Creo que se dónde está enterrado tu hermano —le dije.

Había tenido frente a mí en todo momento la clave y no había sido capaz de verla hasta aquel instante. En mi recorrido por la ruta del Nerval, buscando la escena del cuadro que el Pintor le había dedicado a Daniel, me obcequé tanto en visualizar el castillo a lo lejos por encima de los pinos que obvié un detalle crucial: aquella pintura tenía más de treinta años y, por aquel entonces, el pinar había sido recientemente plantado. Yo buscaba árboles jóvenes y bajos cuando, al cabo de tanto tiempo, lo normal era que hubieran acabado creciendo.

Viajamos juntas a Jaén, acompañadas por un equipo de la Policía Científica de Granada. Comparándolas con la acuarela, escogimos tres fotos de las muchas que yo había tomado aquel día de paseo.

Al cabo de varias horas, y sin dar demasiados palos de ciego, acabamos localizando los restos del hermano de Andrea. Daniel estaba junto a la muralla,

aguardando a ser encontrado.

Jamás olvidaré la cara de mi amiga la inspectora. Aquella aleación de tristeza, alivio y agradecimiento permanecerán por siempre como un tesoro entre mis recuerdos.

Después de aquello, la policía decidió pedir la colaboración de artistas expertos en paisajes para poder localizar el resto de los cuerpos.

A lo largo de los meses siguientes, los demás desaparecidos acabaron siendo encontrados y, con ello, numerosas familias pudieron poner, al fin, el punto y final a años y años de angustia y falsas esperanzas.



Cerrado el caso del maldito Pintor, no tuve más remedio que centrarme en mi propia vida. Una vida en proceso de cambio que, sin casos de asesinos en serie con los que obsesionarme, de pronto me pareció un poco vacía. Para colmo, los señores trajeados seguían sin dar señales de vida y Gennaro pronto estuvo tan hecho polvo que acabó perdiendo las fuerzas para seguir dando por saco.

Total, que como se me acabaron las excusas, tuve que enfrentarme a la realidad: un día a día cargado de trabajo pero con ausentes dosis de emociones fuertes. Un día a día en el que, pese a perseverar en mi empeño por crecer y ser feliz, el recuerdo de aquellos ojos bicolores volvió a pesarme.

Lo eché mucho de menos. A veces, demasiado.

No obstante, mi vida continuó avanzando.

Con el tiempo, mis visitas regladas al espejo disminuyeron. Poco a poco fueron adquiriendo naturalidad, y esa naturalidad acabó derivando en un buen aumento de mi seguridad.

La antigua Ada Levy regresaba. Eso sí, al igual que en el caso de *La guerra de las Galaxias*, la nueva versión estaba remasterizada. El nuevo paquete incluía licencia de detective privada, habilidades *in crescendo* en lo que a defensa personal se refería, un DAFO individual en proceso de cambio y un montón de pares de guantes con el dedo meñique de la mano izquierda cosido.

¿Sabes cómo mido ahora aquel cambio? Recordando mis sonrisas. Cada día que pasaba, éstas eran más sinceras.



Yo evolucionaba, mientras todo mi alrededor se iba asentando.

Flor aceptó por fin lo de su eterno amor por su marido muerto y decidió llenar el resto de los recovecos de su alma acompañada de su inseparable Tulipán. Desde entonces, ha visitado Roma, Berlín, Dublín y alguna que otra ciudad española más.

Su último viaje, conmigo, a Londres. Fue mi forma de resarcirme por haberme olvidado de ella el día de su primer gran viaje.

Y del cierre de un corazón, a la apertura definitiva de otro. Una sorprendente relación que acabó funcionando: la de Cristina con Javier, su... ¡Madre mía! Aún me sigue costando decirlo. A ver, repito... La relación de Cristina con Javier, su novio. Su primer novio.

Ésa sí que era una pareja equilibrada: Cristina ponía morritos y Javier decía que sí. Javier decía que no, y Cristina ponía morritos. Gracias a ellos dos y al resto de mis (casi olvidados) amigos, las salidas nocturnas, la música jazz en directo y las risas provocadas por la embriaguez regresaron a mi vida.

Incluso Bruno reapareció, aunque de un modo algo distinto. Comenzamos a conocernos de verdad y a entablar una bonita amistad, con algún que otro silencio incómodo y una pizca de tensión sexual, pero entablamos una amistad al fin y al cabo. Estaba tan decidida a no volver a meter la pata con él que, cada vez que quedábamos, me encargaba yo misma de aplacar mi calentón. Una media hora antes de salir de casa, mi dedo índice se dedicaba a jugar de forma traviesa con mi caprichoso botón.

Y para terminar el recorrido, ¿qué voy a decirte de Enrico? Pues que acabó recuperando toda su energía. Su restaurante de nuevo marchó viento en popa, y su sobrina Carmina decidió dejar en un cajón guardado su pasado en Nápoles como Violetta. Por fin regresaron los numerosos «Pero tú eres tonta, niña» de mi compañero, así como sus medias sonrisas, su carácter gruñón y su cariño distante. En definitiva, Enrico había regresado para quedarse. Mi italiano cincuentón estaba de nuevo a mi lado.



En cuanto a Hugo y yo, volvimos a cruzarnos. Dos veces.

Nuestro primer encuentro fue casual. Yo caminaba por la calle con Bruno, rumbo a una de sus exposiciones. Él apareció en sentido contrario, acompañado por una bonita gaditana; su ex novia, Bianca.

Un encuentro inesperado en el que no supimos cómo reaccionar.

Un «Hola, ¿cómo estás?», saliendo de mi boca.

Un «Te veo muy bien», emergiendo de la suya.

Unas breves presentaciones para no excluir a nuestros acompañantes.

Una acelerada despedida cuando esos acompañantes fueron conscientes de a quién acababan de conocer.

Aquel día me quedé muy rota. Parca en palabras como acompañante de Bruno en la exposición y escasa de ánimo en general. Pero el tiempo volvió a pasar y convirtió de nuevo el doloroso recuerdo de aquellos preciosos ojos bicolores en una pérdida aceptada y necesaria para los dos.

Y gracias al tiempo y a la reestructuración de mi vida, tres meses más tarde, cuando Hugo llamó a mi puerta para despedirse de mí y anunciarme que regresaba a Cádiz junto a Bianca, conseguí no desplomarme. De eso hace escasamente tres semanas.

Un « Hola, vaya sorpresa », saliendo de mi boca.

Un « He venido a decirte adiós », emergiendo de la suya.

En aquella ocasión, el marco de la puerta de mi piso fue nuestra barrera. Mientras me despedía de él guardando las distancias, mi cuerpo y mi ser anhelaron tenerlo muy cerca.

Un « Cuidate », saliendo de mi boca.

Un « Te echaré de menos », emergiendo de la suya.

Una putada eso de querer a alguien hasta el punto de dejarlo marchar.

Antes de desaparecer, Hugo se acercó a mí y me besó en los labios.

Nuestro último beso; uno de esos que te llenan la boca e inundan todos y cada uno de los recovecos del alma.

Un querer intenso y familiar que regresó a mi vida para volver a marcharse en un par de segundos. Un amor instantáneo que me atacó, cargado de recuerdos, y que acabó venciendo a mi fuerza de voluntad y al paso del tiempo.

NOTA A MI TERAPEUTA

Tenías razón. No me doy valor.

He pasado un mes entero escribiendo esta historia y mirando durante horas la caja que me mandaste comprar. Luego ha transcurrido un mes más, y no exagero si te digo que he leído estas hojas unas cinco o seis veces. He cambiado cosas, y luego he vuelto a dejarlas tal como las había escrito.

Muchos kilómetros en moto y una visita a un lugar que para mí ha sido muy especial: el Valle del Jerte.

Solas mi moto y yo. Sin móvil ni acceso a internet.

Miles de cerezos en flor y mucho tiempo en soledad para pensar.

Mucho... pero no demasiado.

Por fin creo haberlo comprendido: el amor no puede doler, y yo he permitido que llegue a dolerme demasiado.

¿Las razones? Intentar encajar en mi vida, a la fuerza, algo que había llegado en un mal momento. ¿Cómo iba a conservar a Hugo si ni siquiera era capaz de mirarme desnuda ante un espejo? ¿Y cómo encontrar el equilibrio si basaba todos mis cambios en lo que me decía otro?

Yo sólo necesito una cosa: sentirme bien conmigo misma. Y como es lo único que necesito, no puedo permitirme olvidarlo.

Me ha costado mucho, pero ya sé qué es lo que voy a meter en mi caja: en lugar de cuatro objetos, he decidido guardar en ella mi vida.

Sí, mi vida.

Mis historias.

Mis errores y mis aciertos.

Así, cuando vuelva a sentirme perdida, no sólo tendré a una loquera a la que acudir. También podré volver a recorrer mis vivencias y, con ellas, mis avances y mis procesos de cambio.

En el espejo reconocí mi reflejo y me reencontré.

En la caja atesoraré mis relatos immortalizados en papel.

La convertiré en mi historia... en mi reflejo en el espejo.

AGRADECIMIENTOS

No sé si lo sabes pero nuestros sueños se hacen realidad gracias a las personas que nos rodean. Yo he tenido la suerte de tener muy cerquita a gente que creyó en mí y me apoyó incondicionalmente, incluso en los momentos en los que ni yo misma estaba segura de seguir adelante.

Esta novela y todas las que escriba a lo largo de mi vida están dedicadas a esa gente que, día a día, me recarga las pilas.

Para empezar, mi compañero de viaje, Paco Rodríguez, que sufre mis interminables horas de escritura, me ayuda a vencer al miedo implacable y regala a mi vida una luz tan especial que es capaz de llenar mi camino de sonrisas.

Otra de esas personas especiales es Jara, mi amiga la poli, que se merece que la tenga en un altar de por vida por la cantidad de llamadas y preguntas que ha tenido que soportar. Mil gracias, Jarita, por ser como eres y por aguantar mis locuras.

Mucha más gente ha enriquecido mis textos y mis personajes: mi mami y mi suegra (las bases fundamentales de la querida Flor), Paula (la psicóloga de la historia) y Manolo (el filósofo de verdad), Antonio y Charito (a quienes he hecho cachitos para que estén en muchos de mis personajes), José Antonio (gerente del cementerio de Granada y una de esas personas que comparte conmigo esa bonita visión de la muerte... los recuerdos), Carlota (la supertraductora), Peque (a la que siempre agradeceré su apoyo desde mis inicios), Anita (bloguera y lectora cero de mi pequeña ninfa y de mi nueva historia), las Cármenes de Casa de Verdes, José e Isabel (mis madrileños « prefes ») y, por supuestísimo, al resto de mi familia (Choni, Simba, Wibel, Fix, Edu, Concu y las supersobrinas: María, Anita y Alba).

Quiero agradecer también su tiempo y su información a Adolfo Castaño (un gran policía y una inestimable ayuda en un momento en el que andaba muy perdida), al inspector José Luis Sierra García y a Carmen Rodríguez (por guiarme en el tema del DNI falso y alejarme un poco de la ficción extrema), a Miguel Olmedo (por aclararme todas las dudas sobre los investigadores privados) y a Nuria Torres (por sus enseñanzas en derecho procesal-penal).

No puedo cerrar estos agradecimientos sin nombrar a mis queridos blogueros

literarios: Sergio, Nune, Freyja, Beka, Rosa, Alex, Nico, María(s), Aida, Esperanza, Pablo... Y un montón más que siempre tendrán un rinconcito especial en mi corazón. Hacéis una labor inestimable en el mundo del libro y merecéis que toooooooooooooos vuestros sueños se hagan realidad.

Mil gracias a todos y todas de nuevo y mil gracias a ti por prestarme tus ojos a lo largo de todas estas páginas. LOS ESCRITORES NO SERÍAMOS NADA SIN LOS LECTORES.

¡¡¡Muax!!!

*A continuación podrás averiguar cómo Ada logra ajustar cuentas con el Calvo y el
Jardinero*

LA VENGANZA DE ADA

PRÓLOGO

Lo sé. Hace mucho tiempo que no recurro a tu terapia de cafetería... puede que demasiado.

Aquella locura de arte y cementerios terminó hace ya varios meses y, si te soy sincera, he comenzado a añorar nuestros momentos.

Sin embargo, por mucho que los eche de menos, sé muy bien que ahora no puedo acudir a ti.

No puedo, bajo ningún concepto.

Últimamente he estado metida en algo de lo que no sé si sentirme orgullosa. Ni siquiera tengo muy claro si, a toro pasado, me siento aliviada. A veces pienso que todo esto me ha sabido a poco... que no ha sido suficiente.

«Eres demasiado buena, compañera», me suelta bastante a menudo mi parte emocional.

«Una frialdad admirable la tuya, Ada», contrarresta de vez en cuando mi muchas veces ausente parte racional.

¿Qué me pasa?

¿Realmente me ha sabido a poco?

¿De verdad necesitaba ir más allá?

Y, quizá, la duda más importante: si no me siento saciada, ¿es porque he dejado de ser la persona justa y con buenos sentimientos que siempre he creído ser?

—¿Cómo vamos? —pregunté a Enrico cuando aún no había atravesado el umbral de aquella habitación atestada de monitores.

—Tienes a uno de ellos dándose un baño de burbujas —respondió muy serio y señalando con la cabeza hacia uno de aquellos chismes—. El otro está en la cama, bastante ocupado. Acaba de alquilar una peli porno.

Observé las escenas durante unos segundos hasta que acabé perdiéndome en medio del brillo de las pantallas y del zumbido de aquellos viejos aparatos funcionando a todo trapo.

Retrocedí dos meses en mi memoria. Sesenta y cuatro días, para ser más exacta.

«Traxgo», leí en aquel cartel colocado a media altura en el lateral de la fachada, y tuve la sensación de que algo había cambiado desde mi última visita. Un azul más intenso bañaba las paredes exteriores y, en el lado izquierdo, destacaba un vistoso guiño al trazado tricolor helicoidal tan típico de las barberías tradicionales, con sus característicos postes en la entrada. Me pareció bonito, y me pregunté si mi compañero de entrenamiento conocería el origen medieval de aquel símbolo que había escogido para su establecimiento.

Cuando salí de mi embeleso, dejé el casco en el bidón de la moto y crucé el umbral del local.

—¡Rosas azules! —exclamé, impresionada, al ver salir del servicio a Gustavo con un inmenso ramo de rosas teñidas entre las manos.

Enseguida supe que no había sido demasiado oportuna.

—¡Me cago en la puta! ¡Qué susto me has dado, tía!

El barbero trató de disimular el rubor de sus mejillas con uno de esos arranques de tipo duro tan suyos.

—A ver, repito: ¡un ramo de rosas azules! —me mofé de nuevo, disfrutando de aquella faceta de Gustavo tan novedosa para mí.

—Sí, un ramo de rosas azules —respondió él con desgana—. Un ramo de rosas azules porque las mujeres sois muy *especialitas*. No podían gustaros, simplemente, los ramos de margaritas de colores. No. ¡Las puñeteras rosas azules! —Se detuvo un instante y me miró inquisitivo—. ¿Tienes idea de lo que me ha costado encontrarlas?

Yo habría sacado mucho más partido al romanticismo de Gustavo y a su forma gruñona de enmascararlo de no haber sido por la aparición de un cliente que quería pedir cita para sus greñas.

—A las seis nos vemos, Andrés —fueron sus palabras de despedida.

Cuando el tal Andrés abandonó el local, el semblante de Gustavo era mucho más serio. No volvió a mirar las rosas. Se acercó al perchero del que pendía su chupa de cuero y sacó algo de uno de los bolsillos.

—No tienes ni idea de lo escurridizos que son esos tipos. No es nada fácil contactar con ellos y, mucho menos, contratarlos. Creo que vas a tener que montar una buena para atraparlos —me explicó antes de darme lo que llevaba en la mano.

Gustavo había tenido que poner en funcionamiento toda su red de contactos para localizar a los señores trajeados.

¿Recuerdas a los señores trajeados? Esos jodidos caballeros con corbata siempre dispuestos a darte una paliza y a cortarte un dedo a cambio de un montón de pasta.

—Llama a este teléfono —me dijo Gustavo. Acababa de entregarme un pequeño papel con un número anotado—. Te atenderá una mujer bruta como ella sola. ¡Vete a saber si es la madre de alguno de ellos!

—O la señora esposa —bromeé para restar trascendencia al momento.

Los recuerdos de dolor y miedo teñían de nuevo mi mente con aquel desagradable color rojo y punzaban con su aguijón la tierna superficie del muñón de mi dedo.

Respiré hondo y atendí a todo lo que Gustavo tenía que contarme.

Más tarde, cuando me despedía de él para marcharme, sus ojos me hablaron antes de que lo hicieran su garganta y su boca.

—Cuenta conmigo para lo que necesites —me dijo con firmeza—. Te lo debo.

—No me debes nada, Gustavo. —Intenté quitar fuerza a sus palabras—. Tú habrías hecho lo mismo por mí. ¡Ah! Y mándame una foto cuando hayas entregado ese ramo a su destinataria —bromeé nuevamente, tratando de obviar aquellas palabras.

Cuando salí de la barbería toda yo era un cúmulo de emociones descontroladas pugnando por aflorar.

Ansiedad y grito.

Miedo y vómito.

Nerviosismo y llanto...

Un amago de histrionismo controlado a duras penas por la templanza y por una promesa que no sabía si sería capaz de cumplir: no romperme en aquel momento, aguardar a que todo hubiera pasado.

Entonces, y sólo entonces, podría derramarme sobre mis pies y recorrer con

mi líquida desesperación la textura de mis traumas y mis miedos.

Entonces, y sólo entonces, comenzaría mi fase de reconstrucción.

Entonces, y sólo entonces, tendría la posibilidad de sentirme de nuevo entera, a pesar de la dolorosa ausencia de mi meñique izquierdo y del color rojo que se empeñaba en inundar constantemente mi cerebro.

«Tijeras de podar. Necesitaré unas tijeras de podar», pensé antes de volver a subirme a la moto y, gracias a una macabra imagen en mi cabeza, recobré las fuerzas para poder continuar adelante.



—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —me preguntó Enrico tras escuchar lo que había ido a contarle—. Te aseguro que será tan complicado como arriesgado. Podrían sospechar a la primera de cambio, Ada.

—Eso no va a ocurrir, si lo hacemos bien. Lejos de Granada, en un lugar en el que no puedan atar cabos. Con una bonita tapadera y la promesa de un buen puñado de billetes —argumenté, segura de mí misma—. Aún conservo los cien mil euros en el banco. Sacaré un buen pico y volveré a ingresar lo que salvemos.

—¿No tenías pensado hacer algo importante con ese dinero?

Me puse en pie y comencé a dar vueltas por el despacho de Enrico como un gato encerrado.

—Lo sé, lo sé —admití—. Pero sólo gastaré unos miles de euros. El resto servirá de suculento caramelo. Cuando todo acabe, regresará al banco, ya lo verás.

Unas horas más tarde, y después de una larga lista de pros y de contras, nos pusimos manos a la obra.

—Aquí he encontrado otro —anuncié elevando la voz para que Enrico pudiera oírme desde la cocina de La Napolitana.

Tal como habíamos sospechado, la larga etapa de crisis había dejado un buen reguero de hoteles vacíos y abandonados por España. Cientos de negocios clausurados, posiblemente cargados de duras vivencias y enormes charcos de lágrimas.

Cientos de sueños rotos, enraizados en un fructífero pasado del que sólo habían quedado aquellos esqueletos huecos de madera, ladrillo o piedra.

Y de entre todos esos sueños rotos, nosotros necesitábamos localizar uno muy

concreto.

El plan era, a priori, muy sencillo.

Un hotel rural abandonado, lo más alejado posible del núcleo urbano, no demasiado deteriorado y con las habitaciones distribuidas en dos alas separadas. Zona de recepción con buenos ángulos para instalar cámaras ocultas, espacio de comedor no demasiado amplio y, a ser posible, sin más zonas comunes.

Si. Se suponía que iba a ser un plan sencillo... pero no lo fue. De los quince hoteles que, en todo el territorio nacional, cumplían gran parte de nuestros requisitos, no quisieron alquilarnos ni uno solo. Ni siquiera doblando el precio. Claro que en ningún caso probé a triplicarlo; el dinero nos sería más necesario después.

—Éste tampoco, Enrico. —Estaba algo desinflada después de haber hecho la última llamada—. ¡Menuda mierda!

—¡Mira que eres tonta, niña! —Ya estaba echando yo en falta aquella forma de dar ánimos de mi amigo/compañero—. Como siempre, a la primera de cambio tiras la toalla.

—¡Eso no es cierto! —protesté—. Yo no he tirado la toalla.

—Pues a ver si es verdad y empiezas a darle un poco al coco. Alguna alternativa habrá.

Alternativas.

«Siempre hay alternativas», me dije.

Bueno... casi siempre. Supongo que depende de si uno tiene o no buenos amigos. En mi caso, por suerte, apareció una gran amiga de Ríza con un caserón inmenso en un lugar perdido de la ancha Castilla. Herencia de sus abuelos, la finca parecía estar en buen estado aunque llevaba años sin habitar.

—¡Enrico! ¡Nos vamos a Segovia!

Patricia, antigua compañera de carrera y dueña del caserón, no había dudado ni un momento cuando le dije lo que pensaba pagarle por un mes de uso, aparte del buen puñado de mejoras que tenía pensado hacer al inmueble.

Ante la pregunta lógica, «¿Para qué lo quieres?», evité contarle la poco políticamente correcta verdad. Recurrí a uno de mis mejores recursos: la mentira hilada con sencillez. Me inventé que una buena amiga se casaba y que estaba buscando un sitio especial. El dinero no era inconveniente. Lo importante era el lugar: alejado de todo, tranquilo... El perfecto nido de amor. «Ya sabes cómo es la gente con pasta, siempre queriendo hacer cosas que no haya hecho nadie antes», le dije, quitándole importancia.

Por supuesto, antes de soltar la trola a Patricia, me aseguré de que aún seguía siendo corresponsal de guerra. Necesitaba cerciorarme de que su residencia continuaba estando en un país lleno a rebosar de conflictos y de que no tendríamos visitas inesperadas de familiares o vecinos en el caserón durante los días de alquiler. Ella misma se encargaría de que me enviaran las llaves a casa

cuando « mi amiga casadera » le hubiera hecho el ingreso en su cuenta.

Una semana después, mi pequeña moto y yo viajamos rumbo a Riaza con las llaves del caserón en la mochila y la dirección del lugar a buen recaudo en el GPS.

Nada más llegar noté que Patricia debía de llevar mucho tiempo sin dejarse caer por allí. La fachada había sufrido mucho con los años e iba a necesitar una buena puesta a punto. En el interior las cosas no estaban mejor. Aquello podía seguir considerándose rural, pero, quizá, un rural demasiado cercano a lo campestre. Mesas camillas destartadas y sillas de mimbre de la posguerra. Cuadros de antiguos familiares que, más que recuerdos, transmitían una inquietud alarmante con claroscuros tirando a negros, posturas antinaturales y miradas escalofrantes.

—Estas cosas tendrán que esperar apiladas en algún dormitorio hasta que todo termine —concluí—. Si voy a montar un hotel para tres días, tiene que ser un hotelito rural espectacular.

Alrededor de quince mil euros para las reformas oficiales; cinco mil más para las extraoficiales.

Entre las primeras, arreglo de la fachada, puesta a punto de dos dormitorios completos con todos los lujos, jacuzzi incluido; salón comedor adaptado a lo que un buen hotel debería ofrecer; recibidor del inmueble transformado en una coqueta recepción, y setos y árboles de los jardines exteriores maqueados.

Entre las segundas, un bonito cartel con el nombre del hotel, cámaras instaladas en todas las zonas de paso, sala de monitorización cargada hasta los topes con un material del que aún desconozco su procedencia, y mi obra maestra: la que denominamos « habitación blanca », perfectamente insonorizada y preparada para interactuar con nuestros invitados sin que estos nos descubrieran en ningún momento.

¡Ah! Casi se me olvida mencionar los conductos para el gas, tan cruciales para dejar fritos a aquellos tipos cuando y donde quisiéramos. Enrico se encargaría de conseguir el anestésico: de olor dulzón, no inflamable, uno de los más rápidos en actuar y de los más lentos en permitir el despertar.



Cuando llegó el gran día, minutos antes de que aparecieran los « huéspedes » del hotel, dudé por primera vez.

¿Estaba haciendo lo correcto?

¿Acaso Enrico tenía razón al afirmar que aquello era demasiado arriesgado?

¿Estaba yo poniendo en peligro innecesariamente a la gente que quería?

—Ada, ha llegado la hora; tenemos que escondernos —me dijo Enrico asomándose al dormitorio en el que me encontraba.

—¿Has dejado la bolsa con el dinero sobre una de las camas? —le pregunté.

—Sí, y he puesto la carpeta con todas las pruebas en el asiento delantero de la furgoneta —me confirmó mi compañero.

Hice un repaso rápido del plan, tratando de alejar las dudas de mi cabeza. Todo parecía estar en orden; y a no era momento de echarse atrás.

« Además, esto no es sólo por lo que me hicieron a mí, sino por todo lo que han hecho a otras personas a lo largo de estos años. Hoy vamos a quitar al Jardinero las ganas de seguir amputando miembros », me dije para darme ánimos.

El principal motor de mi sed de venganza era la ausencia de mi dedo. Sin embargo, el combustible de ese motor era tan potente o más que mi motivación personal. Me alimenté del miedo y de la desesperación que muchos, como yo, habían sentido a manos del Calvo y del Jardinero. ¿Quién sabía a cuántas personas inocentes habían destrozado para siempre con una de sus fugaces, contundentes y sanguinarias visitas? A saber cuánta gente había tenido que oír la frase « Necesitamos llevarnos una prueba », antes de ver aquellas enormes tijeras de podar.

Sí. El plan debía continuar.

Fieles a él, Enrico y yo nos encerramos en la habitación que habíamos habilitado para controlar todo lo que ocurría dentro y fuera del hotel y, muy especialmente, la llamada « habitación blanca ».

Según los monitores, todos permanecían aguardando en sus puestos. Óscar en la cocina, preparando una de sus succulentas cenas; Carmina en el comedor, con un generoso escote capaz de dejar sin respiración a cualquiera; Gustavo en recepción, con un traje de chaqueta y una corbata que no le quedaban nada mal; y, por último, mi madre, sentada a una de las mesas, coqueta como ella sola y preparada como nadie para fingir que era una de las huéspedes del hotel, la mejor para mí.

Aquel día fui consciente por primera vez de lo que puede llegar a hacer una madre por su hija. Yo me había negado en redondo a contarle nada. Sin embargo, Enrico, que al parecer mantenía frecuentes conversaciones telefónicas con ella, sabía que era algo que no le podíamos ocultar. Si yo me moría de ganas

por ver sufrir a los señores trajeados, mi madre vivía día a día con el ansioso deseo de encontrarse con ellos para matarlos.

«Nadie le hace eso a mi pequeña. Nadie».

Había oído aquellas palabras de su boca más de una vez, pero, claro, ¿cómo tomarlas en serio? Lo había interpretado como algo normal, pasajero. El profundo dolor de una madre que no había podido proteger a su niña. ¿Quién me iba a decir a mí que, más que un profundo dolor maternal, aquello había acabado siendo algo bastante cercano al instinto asesino?

—Acaban de entrar —me informó con voz templada Enrico—. Están registrándose en recepción. Subo volumen.

—Tenemos dos habitaciones reservadas a nombre de José Luis Custodio.

Aquel timbre de voz, que llegaba a través de los micros hasta mis oídos, tuvo un efecto aplastante sobre mí. Un manotazo, y un móvil que salta por los aires y acaba estrellándose contra el suelo, una bolsa en la cabeza y una manta de palos previa a mi encierro en una furgoneta.

Ansiedad.

Falta de aire en los pulmones.

Miedo...

Mucho miedo.

Sensación de muerte inminente.

Ahogo.

—¡Ada, céntrate! —Me ordenó Enrico mientras me apretaba con fuerza el brazo—. Ahora te necesito enfadada. Muéstrame tu rabia, pequeña, ¡enséñame lo cabrona que puedes llegar a ser!

Miré a los ojos a Enrico y comencé a beber de su seguridad. Recordé los días en el hospital, los poderosos golpes, mi nariz rota y la piel de mi cuerpo amoratada. Las botas con puntera metálica, mis costillas fracturadas y los profundos cortes en mi piel.

Mis cicatrices.

Mis eternas cicatrices.

La ausencia de mi dedo...

—Aquí las tienes, mi ira y mi rabia dispuestas —dije a mi compañero con la voz cargada de energía y la postura de mi cuerpo recompuesta—. No sabes las ganas que tengo de comenzar a tirar de esas cadenas —añadí.

Eché un vistazo al otro lado de la habitación. Dos gruesas cadenas atravesaban la pared por su parte superior, conectando, en su discurrir, la sala de monitores con la contigua. Enrico y yo habíamos diseñado un sistema de dos poleas que nos permitiría izar un peso muerto atado en la habitación blanca, justo al otro lado del muro, desde la sala en la que nos encontrábamos. De esa forma, preservaríamos nuestro anonimato.

Si una hormiguita hubiera querido hacer el camino completo de un extremo

al otro de una de las cadenas, habría tenido que ascender hasta la primera polea, recorrer la curva que formaban los eslabones sobre ella y caminar en línea horizontal hasta el estrecho agujero que habíamos hecho en la anchura de la pared para conectar las dos salas. Cuarenta centímetros después, la hormiguita volvería a ver la luz, esa vez en la habitación blanca, mismo color y misma textura en paredes, techos y suelos; ausencia de ventanas; con cámaras en las esquinas y potentes focos estratégicamente colocados. La hormiguita recorrería unos dos metros de cadena hasta llegar a la siguiente polea. Al rodearla, apenas quedaría un metro y medio de eslabones en la vertical, y en el extremo, unos poderosos grilletes de acero.

Dos agujeritos conectando ambas salas.

Dos cadenas.

Dos juegos de grilletes.

Las muñecas de dos señores trajeados, perfectas para aquella habitación.

—Suben a soltar las maletas —dije en voz baja.

Gustavo había hecho bien acompañándolos; no queríamos que se metieran en alguno de los rincones del caserón que habían quedado sin arreglar.

Cuando entraron en sus respectivas habitaciones, lo primero que hicieron fue localizar el maletín con los cincuenta mil euros que habíamos dejado en el dormitorio del Calvo. Se trataba del pago del supuesto trabajo para el que habían sido contratados. Enrico se había encargado de ponerse en contacto con ellos. Les ofreció cien mil euros como retribución por matar a una persona. La mitad, los cincuenta mil del maletín, les serían entregados al llegar al punto de información, nuestro « hotel ». A la mañana siguiente, antes de abandonar el lugar, un sobre les estaría aguardando en recepción con el nombre de la supuesta víctima. El segundo pago se haría efectivo cuando hubieran cumplido con el encargo ficticio.

Por supuesto, las únicas víctimas de nuestro encargo serían ellos.

—Bajan a cenar. Avisa a Gustavo para que finja un encuentro casual —pedí a Enrico—. Debemos evitar que merodeen por el hotel.

—Gustavo, sube a dar el encuentro a nuestros invitados y acompáñalos al comedor —solicitó mi compañero a través del micro.

Una vez en el comedor, cada miembro del equipo actuó impecablemente. Óscar hizo disfrutar al Calvo y al Jardinero de una cena exquisita que debía estar cargada de tranquilizantes. Carmina mantuvo centrada la atención de los señores trajeados haciendo gala de su succulento escote y uso de su increíble desparpajo. Mi madre, la buena señora andaluza, se encargó de darles el suficiente palique para que no quisieran permanecer en las zonas comunes más de lo estrictamente necesario.

—Si es que el hotel es precioso, ¿saben? —les dijo cuando volvió a

acorrallarlos en recepción—. Ahora, que para preciosa, mi tierra. Sevilla con sus sevillanas, Málaga con su *pescaito*, Huelva con su Doñana, Cádiz con sus carnavales. Córdoba con sus patios llenos de geranios. Almería con sus playas vírgenes. Jaén con sus... Jaén con sus... cosas.

—Sí, señora, muy bonita su tierra, y a nos lo ha dicho al principio de la cena... y durante la misma, hasta con los postres. Ya nos ha contado lo bonita que es su tierra —le respondió al borde del ataque de nervios el Jardinero.

—Pues eso, que mi tierra es muy bonita —soltó mi madre con toda la cara dura del mundo—. Bueno, y o voy a quedarme dando unas vueltecitas por aquí. Si les apetece conversar, les estaré esperando.

Los señores trajeados subieron la escalera directos hacia sus habitaciones. Parecía que los tranquilizantes y la cháchara de mi madre los habían animado a irse pronto a dormir.

—Mucho me temo que Carmina se ha pasado un poco con el escote —comentó Enrico con una sonrisa pícaro en los labios.

—¿Por qué lo dices?

Antes de preguntar, debí haber mirado a los monitores. Los dos estaban dale que te pego. El Jardinero frente a la tele, con una peli porno de las verdaderamente cutres. El Calvo en el jacuzzi, dándose un buen baño de semen después de dos eyaculaciones y preparándose para la tercera.

—¿Y los tranquilizantes que Óscar ha echado en la comida?

—Pues o se ha equivocado con los platos, o, repito, Carmina se ha pasado con el escote.

Aún hoy seguimos sin descartar la segunda posible causa del insomnio de los señores trajeados. Después de todo, es algo imposible de medir científicamente hablando. Pero lo que sí podemos medir es el tema de los tranquilizantes. Óscar todavía se siente culpable, una lástima.

Nada en la comida del Jardinero.

Nada en la comida del Calvo.

Doble dosis en la de mi madre.

La pobre se quedó frita en uno de los sillones de la recepción y no hubo forma de despertarla. Gustavo la cogió en brazos y la acomodó en el coche para que todos pudieran marcharse llegado el momento.



—¡Ada, despierta! —La exhortación de Enrico me sobresaltó; no recordaba haberme dormido—. Ya están los dos en la cama.

—Bien. —Me aclaré la garganta para ahuyentar la pereza que cargaba mi voz—. Di a Gustavo que selle con cuidado las puertas y que los gasee. Recuérdales que debe ponerse la mascarilla y que no se pase con los tiempos, que no queremos matarlos.

Tras la orden, Gustavo cumplió a la perfección con la última parte de su misión. Entró en la habitación que había justo en medio de los dormitorios de los señores trajeados, cogió las mantas que habíamos dejado preparadas para ponerlas en las rendijas inferiores de las puertas y regresó a aquella estancia llena de bombonas de sevoflurano enganchadas a tubos de goma que iban a desembocar a orificios específicamente hechos para trasvasar el gas a las habitaciones del Calvo y del Jardinero.

—De acuerdo... —Comencé a notar el potente trote de mi corazón bajo mi pecho—. Unos minutos y entramos. Pide a Gustavo que avise a Carmina y a Óscar. Aquí ya han terminado. Que tiren para Granada y que no se detengan.

—Muy bien, jefa —me respondió mi compañero con un tinte de orgullo en la voz y un guiño de complicidad.

No te imaginas cuánto agradecí la idea que mi madre había tenido de hacernos con un par de camillas de hospital. Si un peso muerto parece el doble de plomífero de lo que es, imagínate un peso muerto de ciento veinte quilos de puro músculo.

—¡Puto Calvo! Vamos a tener que pedirle que se ponga a régimen por si volvemos a encontrarnos —bromeé para intentar quitar hierro a lo que estábamos haciendo.

Una vez en la habitación blanca, inmovilizamos las muñecas de nuestros invitados con los grilletes mientras aún permanecían tumbados sobre las camillas.

—¿Necesitas ayuda? —me preguntó Enrico cuando salía hacia el cuarto contiguo.

—No, no te preocupes; creo que puedo hacerlo yo sola. Tú controla que no despierten. Además, estoy deseando quitarme el pasamontañas y la puñetera mascarilla.

Ya dentro de la sala de los monitores, me puse unos guantes para no hacerme daño y me dirigí hacia el sistema de poleas. Comencé con la cadena del Jardinero. La solté del gancho en el que estaba trabada, agarré con fuerza los eslabones y tiré con energía. El mecanismo me evitó la mayor parte del trabajo, así que pude disfrutar de la imagen en el monitor al otro lado de la estancia. Aquel cuerpo inerte se elevaba desde la camilla hasta acabar pendiendo de las muñecas con el mismo movimiento oscilante que habría ofrecido un cerdo.

Cuando estuvo a la altura que yo quería, fijé la cadena y me olvidé de ella.

Repetí la operación con el Calvo, sólo que esa vez no pude disfrutar de la función. Pesaba demasiado y tuve que concentrar todas mis fuerzas en elevarlo.

—Muy bien, compañera —me dijo Enrico cuando regresó a la sala de los monitores—. He cerrado con llave la habitación blanca. Ahora, a esperar hasta que despierten. Puede que tarden un par de horas. Si quieres, nos turnamos para descansar —me propuso.

—No te preocupes. Échate tú; yo no sería capaz de cerrar los ojos.

¿Cómo cerrar los ojos cuando tenía frente a mí, en aquella pantalla, al otro lado de donde me encontraba, a los causantes de mi terror?

No, no quería cerrar los ojos.

Quería seguir observándolos, sabiéndolos en la palma de mi mano... Saboreando su indefensión.

NOTA A MI TERAPEUTA

De acuerdo, lo admito, me siento genial después de lo que hicimos. Disfruté de aquellas horas de tortura psicológica, de llanto descontrolado y de mocos por doquier.

¿Sangre? No necesitaba sangre. Bueno, al menos no demasiada. Me bastó con convertirlos en un par de títeres a merced de mis cuerdas.

—Tú, Jardinero, si miras hacia tus pies, comprobarás que llevas puestas unas botas con la puntera metálica. ¡Tienes cinco minutos para moler a palos a tu compañero! —La distorsión de mi voz sonando a través de los altavoces casi daba miedo—. Cinco minutos y ganarás tu libertad.

Fue tan fácil...

Endiabladamente sencillo.

Teníamos preparadas estrategias para obligarlos a hacer lo que les pedíamos. Incluso Enrico había llevado su pistola. Sin embargo, la orina en los pantalones del Calvo, su llanto desconsolado y sus repetidos hasta la saciedad «De aquí no salimos, tío», «Nos lo merecemos, tío» y «Estamos muertos, tío» fueron más que suficientes para convencer al Jardinero.

—Acepto —dijo con la voz tan fría como un témpano de hielo.

Cinco minutos de golpes.

Cinco minutos.

El Jardinero erguido en el suelo y asido por las muñecas a la cadena.

El Calvo casi rozando con los pies el firme, pero aún pendiendo como un cerdo.

Sólo cinco minutos bastaron para asegurarme de que muchas de las heridas acabarían dejándole cicatrices imborrables. Marcas eternas que le recordarían, todos los días de su vida, los momentos angustiosos vividos en aquella extraña habitación blanca e impoluta.

Y, después del Calvo, tuvo su momento el Jardinero. Exigió su libertad por haber cumplido con su parte del trato. La exigió muchas veces, quizá demasiadas, cuando aún tenía los pies sobre el suelo.

Las exigencias violentas se tornaron en peticiones prudentes cuando comenzó a notar la tensión de la cadena. Y las peticiones prudentes acabaron bañadas en desesperación y transformadas en súplicas desesperadas cuando sus pies se

alejaron de la firme seguridad del suelo.

Jamás olvidaré las últimas palabras que intercambiamos.

—¿Por qué te llaman el Jardinero? —Un largo silencio antes de continuar—. ¿Es cierto que te encanta ir por ahí amputando miembros?

Bueno, más que intercambio de palabras, fueron gritos.

El gallito perdió la cordura cuando vio entrar a Enrico con el pasamontañas, la máscara de gas y las tijeras de podar en las manos.

—Procedo a gasear la estancia. Disfruta de tu sueño, Jardinero.

Hace tres días tuve que acudir a una rueda de reconocimiento. Al parecer, alguien había dejado en la puerta de una de las comisarías de Madrid a dos tipos atados junto con un completo dossier en el que aparecían detalladas no pocas actividades delictivas en las que, claramente, estaban involucrados.

Me avisó Andrea. El ADN recuperado de mis uñas y mi ropa había permitido relacionar a aquellos tipos de Madrid con el ataque violento del que fui víctima demasiados meses atrás.

—Son ellos —dije sin pestañear y sintiendo un regocijo inmenso por dentro.

—Muy bien, Ada. Lo has hecho muy bien —me felicitó Andrea por mi templanza.

Cuando ya me marchaba de allí, mi amiga la inspectora me lanzó una pregunta espontánea:

—Por cierto, Ada, tú no tienes ni idea de cómo acabaron estos tipejos en la puerta de aquella comisaría, ¿no?

—¿Por qué iba a saberlo? —Me hice la inocentona.

—No, por nada. Es que me resulta curioso que uno de ellos haya perdido un dedo...

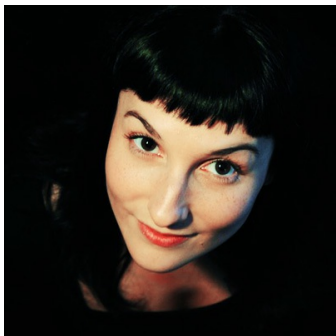
Debí haberme esperado aquel comentario por parte de Andrea.

—Vete tú a saber a cuánta gente le han cortado un dedo estos cabrones —fue mi respuesta.

Sí, lo reconozco, esto me ha sentado bien.

Coincido con Enrico en que para gestar una venganza y llevarla a cabo con satisfacción sólo hace falta tiempo.

Tiempo... y algo de dinero.



CLARA PEÑALVER nació en Sevilla el 23 de abril de 1983 y se considera muy afortunada por celebrar su cumpleaños el día del Libro. Es licenciada en biología por la Universidad de Granada, ciudad en la que vive y de la que se declara fervientemente enamorada. Con *Sangre*, su ópera prima, fue galardonada con el Premio Mejor Escritora Novel en el Festival Imaginamálaga 2010. Sus siguientes novelas, *Cómo matar a una ninfa* y *El juego de los cementerios*, han iniciado la serie de Ada Levy.

NOTAS

[1] Unidad de Prevención, Asistencia y Protección, encargada de la respuesta policial a la violencia de género. <<